LOS PRÍNCIPES DE LA LITERATURA

Ladislao Reymont

LOS CAMPESINOS

IV. Verano

EDITORIAL CERVANTES

LOS CAMPESINOS

IV. Verano

Los príncipes de la Literatura
IV
LADISLAO REYMONT
Premio Nobel de 1924

◈

LOS CAMPESINOS

IV
Verano

Traducción, del polaco, de
R. J. SLABY
y
FERNANDO GIRBAL

◈

EDITORIAL CERVANTES
Avenida Alfonso XIII, 382
BARCELONA
1927

A. B.

De esta obra se ha hecho una tirada especial de 25 ejemplares, en magnífico papel de hilo, numerados y encuadernados en pasta valenciana.

Esta obra es propiedad de la Editorial Cervantes y serán perseguidas conforme a la ley las ediciones fraudulentas.

GRÁFICA MODERNA DE L. CORTINA : Calle de Mallorca, 206 : BARCELONA

VERANO

I

Así había muerto Maciej Boryna.

Como era domingo, en la cabaña durmieron todos hasta entrada la mañana.

Lapa despertó por fin a la gente. Durante mucho rato había estado ladrando, aullando y rascando la puerta con sus patas delanteras hasta que fué oído. Cuando le abrieron tiró del vestido de sus amas con tanta insistencia y las miró tan ansiosamente desde fuera para rogarles que le siguieran, que Hanka tuvo un presentimiento.

— Jozka, ve a ver lo que quiere el perro — ordenó.

La chica corrió tras él, dándole voces. *Lapa* se detuvo en medio de los campos y, sentándose sobre sus patas traseras, aulló al viento lastimeramente.

Al llegar Jozka lanzó un grito de horror y se arrojó sobre el cuerpo inanimado de su padre. Un instante después llegaron todos al campo, atraídos por los gritos desesperados de Jozka.

Maciej yacía completamente rígido, con el rostro contra tierra, tal como quedara en el momento de la agonía, con los brazos en cruz, como en una última plegaria férvida y ardiente.

Lo llevaron a la cabaña e intentaron volverlo en sí; pero todos los esfuerzos fueron vanos y toda ayuda y socorro

inútiles; no era más que un cadáver, un frío cadáver humano.

Una lamentación áspera se elevó en la cabaña. Hanka estalló en ruidosos sollozos, Jozka se echó contra la pared lanzando grandes gritos, Witek lloró de concierto con los niños y el mismo *Lapa* aulló y ladró entre los setos. Pietrek, que había rodado de Ceca en Meca, salió un momento al aire libre y se fué a dormir a la cuadra.

Maciej estaba tendido sobre su lecho, con los miembros estirados y rígidos y la boca muy abierta y manchada de fango, y en todo parecido a una mota de tierra secada al sol o a un tronco ahuecado por la podredumbre; apretaba arena en sus puños crispados; sus ojos dilatados miraban allá, a lo lejos, muy lejos, en un éxtasis tal, que tal vez veía delante las puertas del cielo abiertas de par en par.

El muerto infundía un espanto tan horrible, tan cruel y penetrante, que lo cubrieron con una tela.

La noticia se esparció por la aldea como una exhalación; apenas el sol se había levantado un poco por encima de la cabaña, acudieron las gentes a informarse; a cada momento entraba alguien que levantaba la tela, miraba al muerto en los ojos, se arrodillaba y decía una oración. Otros se retorcían las manos de desesperación y permanecían en pie, en un silencio fúnebre, petrificados hasta los tuétanos bajo el golpe del poder de Dios ejercido sobre la vida del hombre. Entre tanto, las lamentaciones fúnebres de los pobres huérfanos no se calmaban un minuto y se hacían oír hasta la aldea.

Apenas se presentó Jambrozy expulsó a todo el mundo de la casa y se encerró en la estancia para hacer el tocado del muerto, con Jagustynka y Agata, que habían ido renqueando hasta allí para ofrecerle una oración a Dios. Siempre se encargaba gustosamente de ese cuidado, no sin bromear con todo el mundo; pero hoy parecía pesarle el corazón.

— ¡He ahí en qué para la dicha del hombre! — murmuró desnudando al muerto. — La *Chata* le pilla a uno por el gañote cuando se le antoja, le atiza un porrazo en la jeta y

ya estás con las piernas en dirección al establo del cura; ¡y prueba a resistir!

Hasta Jagustynka estaba melancólica y se lamentaba tristemente:

— El pobre no ha hecho más que luchar sobre la tierra; vale más que haya muerto.

— ¡Caramba! ¿Qué grandes desgracias ha tenido que soportar?

— No ha tenido demasiada felicidad.

— ¿Quién tiene nunca bastante de las cosas buenas? El más gran señor, el rey mismo, no deja de tener disgustos, preocupaciones y sufrimientos.

— Al menos, él no conoció lo que es el hambre y el frío.

— ¿Y el hambre qué es, abuela? Los pesares muerden más fuerte que todo.

— Es verdad; yo tengo bastante experiencia de ellos. Jagusia le ha causado heridas en lo vivo y los hijos tampoco han andado con miramientos.

— Ha tenido buenos hijos que no le han causado ningún perjuicio — dijo Agata, interrumpiendo su oración en voz alta.

— ¡Ocúpese mejor de su oración! ¡Hay que ver! Se lamenta por el difunto; pero tiene el oído atento a lo que se dice — gruñó Jagustynka.

— ¡Caramba, si fueran malos hijos no gemirían como ellos hacen! Escúcheles usted.

— Si alguien le dejase una herencia tan grande, sollozaría usted hasta sudar sangre y agua y no escatimaría la garganta.

— ¡Silencio! Ahí viene Jagusia — dijo Jambrozy para calmarlas.

Jagus se precipitó en la estancia y se quedó plantada en medio, sin poder articular una palabra.

Acababan de poner a Maciej una camisa limpia.

— ¡Está muerto! — acabó por gemir, fijando en él sus ojos asustados, extraviados. El espanto le apretaba la garganta y su corazón casi se había cuajado en hielo, de modo que apenas podía respirar.

—¿No lo sabía usted?—preguntó Jambrozy quedamente.

— He dormido en casa de madre y Witek no ha venido a decírmelo hasta ahora mismo. ¿Es cierto que ya no vive? — preguntó de pronto, acercándose al muerto.

— No le vestimos para la boda, sino para el ataúd.

Parecía no comprender lo que pasaba, y se apoyaba en la pared como anonadada por una pesadilla de la que no podía despertar. El espanto bañábala en sudor y la empujaba hacia fuera; pero no podía apartarse ni quitar los ojos del cadáver. Finalmente, corrió hacia la parte trasera de la casa y en los vallados se sumió en la ciega contemplación de los campos. Después, sentóse en el banco fronterizo, junto a Jozka, que sollozaba y se mesaba los cabellos, gritando tristemente:

— ¡Oh, padre mío querido! ¡Oh, padrecito mío!

En el corredor y en la casa toda repercutían los sollozos y los gritos. La única que no lloraba ni se lamentaba era Jagna; pero su cuerpo temblaba y un hondo sentimiento le oprimía el pecho. Iba y venía con aire extraviado, con los ojos fulgurantes por el horror.

Afortunadamente, Hanka no tardó en volver en sí. Aun sin dejar de llorar se ocupaba de todo y daba órdenes como de costumbre, y al presentarse el herrador y su mujer era ya completamente dueña de sí.

Magda deshacíase en lágrimas y él no cesaba de dirigirle preguntas a Hanka, que refirió las cosas tal como habían pasado.

— Es mejor que Nuestro Señor Jesucristo le haya dado una buena muerte — murmuró él.

— No merecía sufrir mucho.

— ¡Pobre hombre! Se comprende que al ver a la *Chata* huyó hacia los campos.

— Anoche, cuando fuí a verle, estaba tendido y tranquilo como siempre.

— ¿Y no te dijo nada? — inquirió él, frotándose los ojos sin lágrimas.

— Ni una palabra. Le arreglé la colcha, le di un sorbo de agua y me marché a dormir.

— Así es que ha debido levantarse por su propio esfuerzo. Tal vez no hubiese muerto si alguien le hubiese velado — gimió Magda entre profundos sollozos.

— Jagusia durmió en casa de su madre porque la vieja se encuentra gravemente enferma.

— Seguramente habría de suceder lo que ha pasado. Ya llevaba más de tres meses, y cuando no se ha de recobrar la salud vale más morir lo antes posible. Hay que dar gracias a Dios por haberle evitado nuevos sufrimientos — repuso él.

— Claro que sí. Todo lo que se ha gastado en doctores y drogas no ha servido de nada.

— ¡Toma! Cuando uno ha de morir no pueden salvarle los doctores.

— ¡Morir de esa manera un campesino bueno y rico, Jesús mío! — lagrimeó Magda.

— Me apena mucho que Antek no haya llegado a tiempo para verle.

— No es ningún niño y sabrá resignarse. Lo que importa ahora es preparar el entierro.

— Es verdad; y a todo esto aún no ha venido Roch.

— Ya nos arreglaremos. No pases cuidado que yo me encargo de todo — repuso el herrador.

Este revelaba cierta inquietud y no se atrevía a mirar a nadie a la cara. De cuando en cuando lanzaba suspiros y lamentaciones y hacía como si se secase las lágrimas; pero todo por disimular lo que verdaderamente sentía. Como deseoso de ayudar a Jambrozy fué en busca de los vestidos con los que había de amortajar a su suegro; pero lo que hizo fué revolver las madejas de hilo y el revoltijo de cosas acumuladas en el cuartito. Viendo que aquí fracasaban sus afanes huroneó después por todos los rincones y hasta trepó al granero pretextando que necesitaba un par de botas. A pesar de todo continuaba suspirando como un fuelle, recitando oraciones en voz más alta que la pobre Agata y recordando las virtudes del difunto; pero sus ojos proseguían la búsqueda y sus manos iban solas a tentar las almohadas y a rebuscar ávidamente entre los colchones.

Jagustynka, que le observaba hacía rato, le lanzó finalmente esta pulla:

— Vaya con cuidado, no sea cosa que encuentre algo seco por ahí... Y si lo encuentra cójalo con fuerza, porque podría ser viscoso y deslizársele de las manos.

— Nadie corre hasta que no se quema — refunfuñó él; y como si estas palabras hubiesen desvanecido su inquietud se dedicó ya abiertamente a registrar la casa entera, sin preocuparse ni de Michal el organista, que llegaba sin aliento en busca de Jambrozy.

— Venga corriendo a la iglesia, que han traído a cuatro criaturas para bautizar.

— Que esperen; no es cosa de dejar a Boryna en este estado.

— Yo le reemplazaré, Jambrozy — insistió el herrador para desembarazarse de él.

— Me he ofrecido a hacer este trabajo y no lo dejo. Además, no es frecuente que me las haya con un propietario de tal categoría. Michal, vete a la iglesia y haz cuanto pueda hacer yo; así caerán en tu bolsillo unos cuantos gros. ¡Vaya un organista que no sabe asistir un bautizo! — le refunfuñó con desprecio.

En esto llegó Mateusz, al que había llamado Hanka para que tomase la medida del ataúd.

— No le escatimes nada de lo que se lleve a su última morada. Por lo menos que esté bien ancho después de su muerte — exclamó Jambrozy tristemente.

— ¡Lo que son las cosas! En vida se encontraba estrecho sobre muchas yugadas, y, ahora, le bastarán cuatro tablas — murmuró Jagustynka.

Agata, que había tenido que interrumpir sus oraciones, gemía deshecha en lágrimas:

— Era un campesino rico y ricos serán sus funerales, mientras que el pobre miserable no sabe al pie de que haya irá a morir. ¡Que la luz eterna brille para ti! ¡Que... — y un nuevo sollozo ahogó su voz.

Tras mover la cabeza Mateusz midió el cadáver, dijo una oración y salió. Aunque era domingo puso manos al

trabajo sin pérdida de tiempo. Recogió las herramientas de carpintero que guardaba en su casa y las tablas de roble puestas a secar desde hacía tiempo en el granero, y se dirigió al huerto de Boryna, donde comenzó al punto a aserrar y clavar el ataúd, renunciando a la presencia de Pietrek, que le habían enviado para que le ayudara.

Era ya pleno día y el sol refulgía alegremente. Desde la hora del desayuno empezó a sentirse un fuerte calor. Los huertos y los campos sumergíanse lentamente en las grandes burbujas blanquecinas del aire caliginoso.

Los árboles movíanse de tiempo en tiempo desmayadamente, como un pájaro parado mueve sus alas en el aire ardiente. Un silencio de fiesta envolvía la aldea. Sólo las golondrinas entonaban su loca canción deslizándose vertiginosamente sobre el estanque. Por las carreteras comenzaban a rodar entre torbellinos de polvo algunos vehículos; las gentes de las aldeas próximas dirigíanse ya hacia la iglesia. De cuando en cuando algunos visitantes detenían sus caballos frente a la casa de Boryna, donde se hallaba reunida la desolada familia. Se apeaban, alababan al Señor, lanzaban un hondo suspiro y tras mirar compasivamente a los reunidos reanudaban el camino.

Jambrozy sudó de lo lindo de tanto que se afanó en amortajar el cadáver. La cama se ventilaba ya en el huerto, lo mismo que las sábanas, que colgaban de las cercas. Cuando hubo terminado sus más urgentes quehaceres llamó a Hanka para que le trajese ramas de enebro con objeto de perfumar la casa; pero ella no le escuchaba. Estaba en pie, limpiándose sus últimas lágrimas y mirando fijamente a la carretera. Esperaba a Antek de un momento a otro.

Pero las horas pasaban y él no aparecía. Llevada de su impaciencia ordenó a Pietrek que enganchara para ir en busca del amo.

— Derrengará el caballo y no le encontrará, seguramente — declaró Bylica, que llegaba en aquel momento con Weronka.

— Por lo menos que pregunte en el pueblo; las autoridades deben saber algo.

— Tal vez; pero hoy está cerrada la oficina por ser domingo, y, además, no se averiguaría nada sin untar una pata o dos.

— No puedo esperar más — lamentóse al abrazar a su hermana.

— No se impaciente; ya le saboreará a su gusto, ya tendrá ocasión de experimentar sus bondades — silabeó el herrador mirando a Jagusia, que permanecía sentada, arrimada al muro.

— Así se te seque tu mala lengua — respondióle Hanka.

— Caramba, cuando se ha estado encadenado pesan las piernas y no es fácil apresurarse — repuso él con ironía, colérico por haber buscado en vano el dinero que esperaba encontrar.

Ella permaneció callada, sin apartar los ojos de la carretera.

En aquel mismo momento las campanas llamaban a misa mayor y Jambrozy se dispuso a marchar a la iglesia después de ordenarle a Witek que engrasase las botas de Boryna con manteca de cerdo, porque de secas que estaban no había podido ponérselas.

El herrador se fué entonces con Mateusz, y tras ellos fuéronse Weronka con su padre y los hijos de Hanka. En la casa no quedó nadie más que las mujeres y Witek, que engrasaba las botas y las calentaba dejándolas junto al fuego. El muchacho iba de cuando en cuando a ver al muerto y a consolar a Jozka, que lloraba cada vez más quedamente.

La iglesia rebosaba de gente y en los caminos había cesado todo movimiento. En casa de Boryna reinaba impenetrable silencio, solo turbado por la voz de Agata, que recitaba la oración de los difuntos. Por puertas y ventanas, abiertas de par en par, se escapaba su pífar de pájaro y las espirales del humo de enebro con que Jagustynka perfumaba las estancias y el corredor.

El oficio de la misa no tardó en comenzar. Los cantos que salían de la iglesia esparciéronse por el ambiente encalmado de mediodía, así como los sones, dulcemente modulados, del órgano.

Hanka, que no podía estar quieta, se dirigió a las cercas traseras de la casa para rezar una oración; pero, aunque pasaba las cuentas del rosario, las palabras no salían de sus labios más que de tarde en tarde, porque en la cabeza y en el corazón tenía una madeja de embrollados pensamientos y de angustias torturantes.

— ¡Padre ha muerto, ha muerto! — suspiraba. — Treinta y dos fanegas, los pastos y el bosque, las casas y el ganado — repetía mentalmente. — ¡Qué granja tan grande! — exclamó contemplando amorosamente los campos y el vasto mundo de Dios.

— ¡Si se pudiese pagar a los demás, conservar toda la tierra y vivir como padre vivió! — El orgullo la invadió de pronto; miró altivamente hacia el sol, tuvo una sonrisa de acuerdo o inteligencia, y se puso a murmurar las palabras de su rosario, con el corazón lleno de dulces esperanzas.

— No cederé una pulgada de la media yugada; la mitad de la cabaña es también mía, y tampoco cederé las vacas lecheras — pensó, no sin tristeza.

De nuevo rezó un buen espacio de tiempo, paseando sus ojos lacrimosos por las tierras que extendían al sol su vestimenta dorada. Los centenos ufanos, con las espigas formadas, agitaban sus barbas color de herrumbre; las avenas negruzcas brillaban como un agua profunda; las avenas de color verde claro, invadidas de mostaza silvestre, ondeaban y se estremecían en el aire cálido y tranquilo. Un pájaro muy grande se cernía por encima de un campo de trébol en flor que se extendía en una ladera como una tela ensangrentada. Aquí y allá, las habas acechaban cerca de los campos de patatas con sus millares de ojos blancos, y de trecho en trecho, en las hoyadas, los linares mostraban el azul pálido de sus flores, como ojos de niños que parpadean deslumbrados de claridad.

Era un día maravilloso; el sol calentaba a más y mejor y una tibieza saturada del aroma de las innumerables flores que lucían entre los trigos y en todas partes, exhalábase de los campos con una fuerza tan suave y vivificadora que

el alma se hinchaba de bienestar y las lágrimas subían a los ojos por sí solas.

— ¡Oh, tú, Santa Madre! Santa... — dijo inclinando la cabeza.

La campana gorjeaba en el aire como un pajarillo.

— ¡Tu voluntad lo rige todo en el mundo, amado Jesús mío! ¡Hágase tu voluntad! — murmuró con fervor, reanudando su oración.

De pronto, oyó un crujido y miró en torno con atención; bajo los cerezos, apoyada en la cerca de ramas trenzadas, Jagusia, en pie, suspiraba tristemente.

— ¡Jamás un minuto de tranquilidad! — se quejó Hanka, porque los recuerdos la azotaban como ortigas que levantasen ampollas. — ¡Es verdad, contra, ella tiene su donación! — recordó. — ¡Seis fanegas enteras! ¡Ladronaza!

Su corazón se oprimió de cólera. Le volvió la espalda; pero ya no podía concentrarse para la oración porque las ofensas y las penas antiguas la asaltaban como perros rabiosos.

Había pasado ya mediodía; escasas sombras empezaban a trepar por debajo de los árboles y al pie de las casas. Entre los trigos, un tanto encorvados al sol, los saltamontes se hacían oír quedamente; un alcaraván gritaba de vez en cuando y las codornices se llamaban a su manera.

Entretanto, el calor aumentaba siempre y abrasaba despiadadamente.

La misa mayor terminó pronto y fué aumentando el número de mujeres que se sentaban al borde del estanque para quitarse las botas. En los caminos había tal hormigueo de gentes, de carretas y de voces, que Hanka se metió en casa de prisa.

Boryna estaba ya completamente vestido, tendido en medio de la estancia, sobre un ancho banco cubierto con una tela y rodeado de cirios encendidos. No hay que decir que estaba recién lavado, peinado y afeitado; pero en una mejilla tenía una larga cortadura que le había hecho Jambrozy con la navaja y sobre la cual había pegado un papel. Habíale puesto sus mejores prendas: el capote blanco que

había adquirido para sus bodas con Jagusia, un pantalón rayado y botas casi enteramente nuevas.

En sus manos callosas y secas sostenía una pequeña imagen de la Virgen de Czenstochowa; debajo del banco habían puesto un cubo de agua para refrescar el aire; sobre un manto de arcilla humeaban bayas de enebro que llenaban la estancia de una niebla azulada, en la cual se levantaba la majestad terrible de la muerte.

Así, en aquel silencio cadavérico, yacía Maciej Boryna, hombre justo y avisado, cristiano ferviente, heredero de la tierra de sus antepasados y el más ricacho del pueblo.

Por última vez reposaba su cabeza cansada bajo el techo de sus padres, como un pájaro a punto de emigrar, antes de emprender su vuelo celeste y de huir a donde van todas las almas desde eternidades infinitas.

Ya estaba pronto a despedirse de sus parientes y de sus conocidos, dispuesto a emprender aquel camino lejano.

Ya se humillaba su alma ante el juicio del Señor; sólo su miserable cadáver, su despojo humano, sin el alma que lo vivificaba, yacía entre las luces, el humo y las oraciones incesantes; hubiérase dicho que una ligera sonrisa lo animaba.

Ya venían las gentes en interminable desfile; uno suspiraba tristemente, el otro se golpeaba el pecho y oraba con fervor y un tercero reflexionaba moviendo melancólicamente la cabeza y enjugando una lenta lágrima de duelo; el rumor de las oraciones, los sollozos ahogados, los cuchicheos y los suspiros goteaban como la espesa caída de las lluvias de otoño. La gente entraba y salía sin cesar; propietarios y arrendatarios, mujeres y mozas, viejos y jóvenes, todo Lipce acudía a la estancia y los corredores; y luego, tantos chiquillos que se estrujaban contra las ventanas y bribonearon, que Witek, no consiguiendo echarlos, les soltó el perro; pero *Lapa* no le hizo caso, y no se movió del lado de Jozka en todo el día más que algunas veces para correr alrededor de la cabaña y aullar como un tonto.

La muerte de Boryna pesaba sobre toda la aldea; el tiempo era soberbio, soleado, embalsamado de primavera y delicioso hasta lo increíble; pero una extraña tristeza

envolvía la cabaña y un extraño silencio reinaba en todos los caminos. La gente caminaba abatida, desconcertada y terriblemente afligida; todos suspiraban melancólicamente, hacían gestos de desfallecimiento y se daban a divagar sobre el triste destino humano.

Muchos que habían sido amigos del difunto, permanecían delante de la cabaña; algunas campesinas consolaban a Hanka, Magda y Jozka, llorando con ellas con todo su corazón y lamentándose tiernamente por la pérdida que sufrían.

Jagusia era la única a quien nadie se acercaba con una buena palabra de consuelo. Evidentemente, no deseaba que se apiadasen de ella; pero, de todos modos, sufría tanto por semejante abandono que huyó al huerto, se escondió entre los arbustos y allí pasó sentada horas enteras, con el oído atento al trabajo de Mateusz, que construía el ataúd.

—¡Que aún se atreva a presentarse ante la gente! —dijo indignada la alcaldesa, tras ella.

—¡Déjela! ¡No es el momento de recordar esas cosas! —repuso una de las mujeres.

—¡Es al Señor Jesús a quien corresponde juzgarla! —añadió Hanka en voz baja.

—¡El alcalde la resarcirá con sus bondades de todos vuestros zarpazos! —se mofó el herrero. Por suerte, vinieron a buscarle de parte del molinero, porque la alcaldesa se hispó como una pava, pronta a una disputa.

El herrador soltó una sonora carcajada, y se fué. Las mujeres se quedaron hablando de unas cosas y otras; pero su voz era cada vez más baja y más soñolienta, ya a causa de su gran pesar, o del calor que asaba de una manera intolerable. El aire era pesado y sofocante; no pasaba el menor soplo; ni una hoja, ni una brizna de hierba se movían, y aunque ya hacía mucho tiempo que había pasado mediodía, el calor del sol se propagaba aún en llamas y tostaba hasta el punto de que los muros lloraban gotas de resina y las hierbas y las flores desfallecían y se marchitaban.

De pronto un prolongado mugido nostálgico desgarró

el aire; un campesino conducía una vaca por el otro lado del estanque.

— Es seguramente para el toro del cura — dijo la Ploszkowa, siguiendo con los ojos la vaca, que se resistía a la cuerda.

— El molinero berrea aún más contra él; pero berrea de rabia — repuso Jagustynka; pero nadie quiso añadir una palabra.

Estaban anchurosamente sentadas, como gallinas cluecas en la arena, y apenas podían respirar por el calor que hacía. Estaban como amodorradas por el bochorno, por el silencio y por la voz lacrimosa e incesante de Agata, que rezaba junto al muerto.

No volvieron a sus casas hasta después del toque de vísperas. Hanka mandó entonces buscar al herrero para que fuese con ella a casa del cura para tratar de los funerales del padre.

Vitek volvió pronto; pero solo.

— Es que he tenido miedo de acercarme. Michal está sentado con el señor en casa del molinero, y beben té — dijo sin poder resollar.

— ¿Con el señor?

— ¡Sí, sí, con el señor, lo conozco muy bien! Beben té y comen torta; lo he visto muy bien. Los sementales están al lado, a la sombra, y no hacen más que piafar.

Ella quedó admirada; poco después de vísperas, sin esperar al herrero, se puso el vestido de las fiestas y se fué con Magda a la rectoría.

El cura no estaba en sus habitaciones, aunque todas las puertas y ventanas estaban abiertas de par en par. Se sentaron para esperarle y al cabo de algún tiempo la criada les dijo que el cura estaba en el patio y las mandaba llamar.

Al entrar viéronle sentado a la sombra, junto a la valla. En medio del patio, un campesino sujetaba por la cuerda una vaca de buena apariencia, en torno a la cual mugía y daba vueltas un robusto toro pío que el criado apenas conseguía sujetar con la cadena.

— Walek, espera que tenga más ganas — le gritó el

cura; y enjugando el sudor de su calva llamó a las mujeres y se puso a preguntarles, a consolarlas y a reconfortarlas caritativamente. Pero cuando abordaron la cuestión de los funerales y de los gastos, las interrumpió con impaciencia.

— De eso hablaremos después. Yo no desuello a la gente. Maciej era el primer propietario del pueblo, y, por lo tanto, no ha de tener unos funerales cualesquiera. ¿Lo entienden? Unos funerales cualesquiera — repitió con su voz enfurruñada.

Ellas le abrazaron las rodillas, sin atreverse a hacer la menor pregunta.

— ¿Hase visto? ¡Qué pillería de tunantes! — gritó a los chicos del organista, que miraban por detrás del cercado. — Y bien, les gusta mi toro, ¿eh?

— ¡Es magnífico! ¡Más hermoso que el del molinero! — concedió Hanka.

— Su toro, comparado con el mío, es como un buey al lado de un coche. ¡Mírenlo! — Las condujo más cerca, dando amorosamente palmaditas al toro, que ya se lanzaba hacia la vaca, como furioso. — ¡Qué nuca y qué espinazo, qué pecho! Es un dragón, no un toro — exclamó, casi salivando de placer.

— No he visto nunca otro como éste.

— Es verdad. Es un holandés puro; cuesta trescientos rublos.

— ¡Tanto dinero! — exclamaron ellas admiradas.

— Ni un gros menos. Walek, suéltalo... Pero ten cuidado, la vaca no es fuerte... La cubrirá al primer golpe... Es caro, sin duda; pero no cobro más que un rublo por vez y veinte gros por la cuerda a fin de que Lipce críe vacas decentes. El molinero está enfadado conmigo; pero me dan asco esas chivas que os nacen de su toro. ¡Rayos y truenos! ¡Sujeta la vaca firme por el morro, sino se te va a soltar! — gritó al campesino. — Vamos, que Dios sea con vosotras, dijo volviéndose a las mujeres, que se apartaban un poco a un lado, algo confusas. — Y mañana acudid al responso que diremos en la iglesia — exclamó, yendo a prestar ayuda al campesino que no conseguía tener quieta a la vaca.

— Ya me darás las gracias por el becerro, que será como no has visto nunca otro. Walek, paséalo para que se refresque, aunque para un dragón así sea eso lo mismo que una mosca — se alabó.

Las mujeres fueron a casa del organista, pues había que entenderse separadamente con él a propósito de los funerales; pero como la mujer del organista les ofreció café y se retrasaron un tanto en charlar, era ya caside noche y ya regresaba el ganado de los pastos cuando volvieron a la cabaña.

El señor Jacek estaba con Mateusz delante de la galería y echando bocanadas de humo le pedía que tallase la madera para la cabaña de Stacho.

Pero Mateusz no parecía muy entusiasmado, pues trataba de escurrir el bulto.

— Labraré las piezas de madera, esto no es nada del otro jueves; pero en cuanto a construir la casa, ya veremos. Es posible que me vaya a cualquier parte del mundo... Ya estoy del pueblo hasta los pelos. Ni yo mismo sé lo que haré — dijo mirando hacia Jagusia, que ordeñaba la vaca junto al establo. — Mañana por la mañana habré terminado el ataúd y entonces volveremos a hablar — concluyó marchándose precipitadamente.

El señor Jacek fué junto al difunto y dijo una larga y piadosa oración, enjugándose abundantes lágrimas.

— Con tal que sus hijos se le parezcan... — dijo luego a Hanka. — Era una bella persona y un buen polaco. Estuvo con nosotros durante la insurrección; se unió a nuestro partido espontáneamente y no escatimó sus huesos. Yo le he visto en el trabajo. El pobre ha perecido por nosotros... — dijo, como hablando consigo mismo. Aunque ella no le comprendió del todo, le abrazó las rodillas agradecida a las bondades que había tenido con el difunto.

— ¡Déjeme usted! ¡Soy una criatura humana como usted! — exclamó colérico. — Tonta, un castellano no es un santo. — Miró otra vez a Boryna, encendió su pipa en un cirio y salió sin contestar al saludo del herrero, que entraba en aquel momento precisamente.

— ¡Muy altivo estás hoy, viejo pordiosero! — dijo detrás de él irónicamente; pero como venía de buen talante, se sentó junto a su mujer y se puso a cuchichear. — ¡Buen negocio! ¿Sabes, Magdus? El señor quiere llegar a un acuerdo con la aldea, y me pide que le ayude. Ya se comprende que para nosotros esto producirá algo. Pero ni una palabra de todo esto; se trata de grandes cosas.

Fué ver al muerto, huroneó todavía por la casa y corrió al pueblo convocando a los campesinos a la taberna para un conciliábulo.

Se extendía ya el crepúsculo, los resplandores del poniente se extinguían, semejantes a chapas enmohecidas polvoreadas de cenizas, y sólo de trecho en trecho brillaba alguna nube hinchada por la claridad dorada del poniente.

Cuando hubo obscurecido enteramente y los trabajos de la granja estuvieron terminados, toda la familia se reunió de nuevo cerca del difunto. Junto a la cabecera de Boryna era cada vez mayor la claridad de los cirios encendidos, cuyos pábilos cortaba Jambrozy de vez en cuando. Cantaba en su libro y todos le secundaban llorando alternativamente y lanzando lamentaciones.

Como no había sitio en la estancia, donde la temperatura era asfixiante, los vecinos se habían arrodillado fuera, bajo las ventanas, y alargaban las notas gangosas y lúgubres de la letanía; hubiérase dicho que cantaba todo el huerto.

La noche cayó lentamente sobre la tierra, se hizo el silencio y la gente fuése a la cama. Una tras otra apagáronse las luces de las cabañas. En el ambiente flotaba cierta inquietud. El canto de los gallos y la calma sofocante parecían anunciar un cambio del tiempo.

En la cámara mortuoria se cantó hasta alta noche. Por fin, marcháronse todos y quedáronse solos Jambrozy y Agata para velar el cadáver.

Primero cantaron con voz sonora; pero cuando cesó todo trajín y se desplomó el silencio insondable de la noche, el sueño les venció pronto; sus cabezas oscilaron, las notas arrastradas no fueron más que un murmullo y ni si-

quiera despertaron cuando entró *Lapa* que, dando un ligero gruñido, fué a lamer las botas engrasadas del difunto.

Aproximadamente a medianoche, una obscuridad profunda cubrió la tierra, las estrellas se ocultaron detrás de una masa de nubes y la calma se hizo aún más profunda. Apenas de tiempo en tiempo se estremecía un árbol, se elevaba un rumorcillo quejumbroso, y una voz extraña, que no era ni un grito, ni un clamor, ni un llamamiento lejano, surgía en la obscuridad para perderse no se sabe dónde...

La aldea reposaba en un profundo sueño, sumergida en el fondo de las tinieblas. Sólo la estancia de Boryna lucía con un pálido resplandor en aquel abismo de sombras. A través de las ventanas abiertas se veía a Maciej entre las luces amarillas, rodeado de la humareda de incienso que formaba una nube azulada. Jambrozy y Agata habían apoyado entre sí sus cabezas y dormían de veras; en la estancia resonaba el ruido de sus ronquidos.

Aquella noche de verano pasó rápidamente, como si tuviese prisa de llegar a alguna parte antes del primer canto de los gallos; los cirios se consumieron uno tras otro, como ojos fatigados de ver al muerto; al alba no quedaba en pie más que el cirio pascual, que brillaba como una lengua de oro. La aurora, gris y brumosa, se arrastró perezosamente desde los campos y echó una mirada en la estancia, directamente a la cara de Boryna, que pareció animarse un poco, como si despertase de un pesado sueño, y, con el oído atento a los primeros gorjeos de los pájaros, contemplase la aurora, todavía lejana, a través de sus párpados ennegrecidos.

Ya se condensaba el alba y se extendía como polvo de nieve.

El cielo se aclaró como tela en el blanqueo cuando el sol la calienta; una fresca brisa soplaba de los campos; el estanque suspiraba, mecido en sus ensueños; en los hornagueros tenebrosos de la noche se recortaban los bosques como manchas negras que hubiesen surgido de la tierra; algunos árboles aislados hendían sus cimas en el aire desmayado como puñados de plumas negras; la brisa mañanera

rumoreaba en los huertos y aventaba el sueño de los que dormían en los bancos delante de las casas; pero casi nadie despertaba de su dulce sueño. A lo más, algún que otro vecino se desperezaba un momento, como es costumbre después de los placeres de una fiesta o de una feria, y volvía a dormirse.

El día era brumoso y triste; aún no había salido el sol y las alondras entonaban su oración, gorgoteaban las aguas y se agitaban los trigales, inclinando sobre los linderos y caminos sus espigas, que se entrechocaban; en los rediles resonaban los balidos nostálgicos de los carneros, por los patios alborotaban quisquillosos gansos, los gallos lanzaban su canto sonoro, por todas partes repercutían las llamadas, rechinaban las puertas, relinchaban los caballos y se oía el bullicioso ir y venir de la gente que se levantaba. Todo el pueblo despertaba y se uncía lentamente al trabajo cotidiano. Sólo la casa de los Boryna estaba aún tranquila y silenciosa. Todos dormían bajo la pesadumbre de sus pesares y de su duelo, y sus ronquidos se oían desde fuera.

De vez en cuando un soplo de viento entraba por las puertas y las ventanas abiertas y rodaba en las estancias dando un largo silbido; pero era en balde que levantase los cabellos del difunto y quisiese arrancar las llamas de los últimos cirios.

Boryna no se movía, no despertaba ni se levantaba para ir al trabajo; tampoco azuzaba a los demás a la faena. Yacía inerte, silencioso, rígido como una piedra y sordo a todo ruido.

El viento sopló con bastante fuerza y se abatió en el huerto, de modo que alrededor de la cabaña todo se puso en movimiento, a hacer ruido, a temblar, a oscilar y casi a mirar el rostro azul pálido de Boryna; el día brumoso le miraba, los árboles que se balanceaban le contemplaban, las esbeltas malvas, flexibles como doncellas, se asomaban por la ventana en profunda reverencia, de vez en cuando una abeja zumbadora se lanzaba al interior, una mariposa volaba hacia la luz, una golondrina se extraviaba en la estancia y chirriaba temerosamente, las moscas revoloteaban,

los escarabajos trepaban, y así toda suerte de criaturas de Dios, y, al mismo tiempo que ellas, entraba en la habitación un ligero zumbido, crujidos y chirridos; hubiérase dicho la voz única de un duelo sincero y profundo.

— ¡Ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

Todo lo viviente se estremecía, sollozaba, gemía, como en una lamentación cruel, ahogada; luego, de pronto, todo se cuajó en una angustia; se paró el viento, todo retuvo la respiración y se prosternó muy bajo, en el polvo de la tierra, porque de la grisura del alba emergió el sol, rojo, enorme; se izó por encima del mundo, lo abarcó con su ojo soberano, nutridor, y se escondió tras grandes nubes acumuladas en el vasto espacio.

La atmósfera se puso gris y no había transcurrido un avemaría cuando una lluvia menuda y tibia cayó en espesas gotas; pronto todos los campos y los huertos tintinearon bajo aquel chorreo fino e incesante.

La temperatura se refrescó sensiblemente, los campos exhalaron su perfume, los pájaros se echaron a cantar con todas sus fuerzas, y bajo aquel polvo de agua gris, temblorosa, que velaba el mundo, los trigos sedientos se abrevaron, las hojas desfallecidas bebieron, bebieron los árboles, las gargantas resecas de los arroyos y las tierras tostadas bebieron, bebieron largo tiempo y con voluptuosidad, y su respiración era como una acción de gracias.

— ¡Dios te lo pague, hermana lluvia! ¡Dios te lo pague, hermana nube! ¡Dios te lo pague!

Fué aquella lluvia azotadora lo que despertó a Hanka, dormida junto a la ventana; fué la primera que saltó de la cama.

Corrió a la cuadra, gritando:

— ¡Arriba, Pietrek! ¡Llueve! ¡Ve en seguida a hacinar el trébol, que se moja! ¡Witek, cacho de gandul, saca las vacas! ¡Los demás las han llevado ya a pastar! — Y mientras ordenaba esto con voz recia soltó fuera los gansos que corrieron a revolcarse en las charcas, escandalizando alegremente.

Después de ver las vacas y cuando estaba echando los

cerdos al patio, se presentó el herrador; se pusieron de acuerdo sobre lo que había que comprar para la comida funeraria del día siguiente, tomó el dinero y se dispuso a partir hacia la ciudad. Estaba ya en la brisca, cuando la llamó y le dijo en voz baja:

— Hanka, deme la mitad, no le diré a alma viviente que usted cogió el dinero del viejo. ¡Arreglemos esto amistosamente!

Ella enrojeció como una remolacha, y gritó fuera de sí:

— ¡Ladra, ladra, sigue ladrando y hazlo delante de todo el mundo! ¡Hay que ver eso! ¡Como siempre está dispuesto a hacer el mal, cree que los demás son como él!

Un relámpago pasó por los ojos del herrero, se tiró del bigote y fustigó los caballos.

Hanka se puso a trabajar activamente; tenía tanto que hacer que había que ir con cuidado y ponerse las cosas ordenadamente en la cabeza para llegar a cabo; su voz de mando resonó pronto en todo el patio, como cada día.

Encendieron dos nuevos cirios junto a Boryna y lo cubrieron con un sudario. Agata murmuraba oraciones a su cabecera y de tiempo en tiempo echaba nuevas bayas de enebro sobre las brasas.

Jagusia no volvió de casa de su madre hasta después del desayuno, pero como el difunto la traspasaba de espanto, vagó por el patio como alma en pena, mirando a menudo a Mateusz, que se había trasladado con su trabajo a la era; había terminado el ataúd y acababa de pintar encima una cruz blanca, cuando Hanka se puso a la puerta del hórreo.

Se calló, contemplando con angustia la tapa negra.

— ¡Ahora eres viuda, Jagus! ¡Realmente una viuda! — murmuró con acento compasivo.

— ¡Ya se ve! — contestó ella con voz llorosa.

El la miró tiernamente; estaba demacrada y pálida como una oblea y tenía el aire plañidero de un niño maltratado.

— ¡El destino humano es así! — dijo él tristemente.

— ¡Sí, ahora soy una viuda! ¡Sé lo que soy! — repitió, y las lágrimas le inundaron sus ojos azules. Poco faltó para

que sus profundos suspiros le rompieran el pecho. Huyó hacia detrás de la cabaña, y sin hacer caso de la lluvia, lloró allí largo tiempo, tan desconsoladamente que la misma Hanka la hizo venir a la estancia, intentando calmarla y consolarla.

— ¡De qué sirve llorar! Para nosotros tampoco es agradable; pero, naturalmente, para ti, pobrecita, es aún más duro — dijo bondadosamente.

— ¡Los llantos son llantos; pero antes de que pase un año te cantarán otra vez tal canto del lúpulo (1) que te vas a volver loca! — comentó Jagustynka, según su estilo.

— Ahora no es el momento de lanzar pullas — la amonestó Hanka.

— No digo más que la pura verdad: ¿acaso no es jovencita, guapa y rica? ¡Le hará falta un bastón para defenderse de los mozos!

Jagna no contestó; Hanka llevó al camino entre setos la comida para los cerdos y se puso a mirar hacia la carretera.

— ¿Qué habrá podido pasar? — pensó angustiada.— Habían de soltarlo el sábado, es ya lunes, y nada, siempre lo mismo.

Pero no tenía tiempo para cabildeos, porque fué preciso que ayudase a amontonar el resto del heno, lo mismo que todo el trébol, porque la lluvia caía de veras, sin parar un instante.

Poco después de mediodía llegó el cura con el organista; los miembros de la cofradía vinieron con cirios y se reunió no poca gente. Pusieron a Boryna en el ataúd, Mateusz lo cerró con clavijas, el cura recitó sus oraciones, echó los hisopazos de agua bendita, y lo llevaron a la iglesia cantando en voz baja. Jambrozy tañía ya la campana por el difunto.

Cuando los de la familia volvieron del acto fúnebre la cabaña les pareció poco menos que vacía y espantosamente

---

(1) Canto nupcial: recuérdese lo dicho en el primer tomo en la descripción de la boda de Boryna.

tranquila. Jozka se deshizo en lágrimas y Hanka dijo a Jagustynka, que ponía la estancia en orden:

— Ya hacía mucho tiempo que no era más que un cadáver, y, sin embargo, aún tenía una el sentimiento de que el amo estaba en casa.

— Antek va a volver y el amo será él — dijo la vieja por hacerse bien ver.

— ¡Con tal que vuelva pronto! — suspiró Hanka tristemente.

Pero como la tierra estaba cubierta con un velo gris, húmedo, y la lluvia caía sin cesar y había mucho trabajo por hacer, enjugó sus lágrimas, lanzó un suspiro, luego otro y empezó a azuzar a los demás.

— ¡A ver, gente! ¡Aquí todo el mundo! Aunque el que ha muerto era el principal, nadie lo volverá a traer entre nosotros; es como una piedra caída en lo profundo del mar; y la tierra no tiene espera, hay que ocuparse de ella.

Y los mandó a todos al campo por el paso de los setos trasero, donde había que aporcar las patatas; sólo Jozka se quedó para vigilar los niños y porque no se encontraba nada bien y aun no podía dominar su duelo. *Lapa* estaba en acecho junto a ella, sin separarse un paso, lo mismo que la cigüeña de Witek, que estaba de centinela en la galería, en pie sobre una pierna.

La lluvia no cesaba un instante; caía en gotas menudas, pero espesas y cálidas. Los pájaros habían interrumpido sus cantos y todo bicho viviente se acurrucaba en silencio; el mundo entero se sumía en un lento mutismo, como si aplicase el oído a aquel estremecimiento de rocío, a aquel gotear no interrumpido. Sólo a intervalos gritaban los gansos, chapoteando en las charcas azuladas, espumeantes.

Casi al anochecer salió el sol, muy encendido, y encendió fuegos rojos en las gotas de agua y en los charcos.

— ¡Seguramente mañana hará buen tiempo! — decían los que volvían de los campos.

— ¡Si esto pudiese durar! ¡Es oro puro y no lluvia!

— ¡Las patatas estaban casi a morir!

— ¡Y las avenas tostadas!

— ¡Esto será bueno para todo!

— ¡Debería llover así durante tres días! — suspiró alguien.

Y, en efecto, siguió lloviendo espeso, igual y tranquilamente hasta media noche. La gente se quedó con voluptuosidad delante de las casas, para respirar el aire fresco y embalsamado. Los chicos de Gulbas llamaron a las muchachas y a los muchachos para correr con ellos, detrás de la aldea, a la colina, a encender las hogueras, porque era la víspera de San Juan. Pero como estaba muy obscuro y hacía mal tiempo, pocos se dejaron tentar, y en el bosque apenas se veía alguna que otra débil hoguera.

Witek trató de convencer a Jozka desde el anochecer para que fuese con él a las fogatas de San Juan; pero ella le dijo tristemente:

— No, no iré; no sería ningún placer para mí; todo me da lo mismo...

— No haremos más que encender, saltar por encima de las hogueras y volver — suplicó él encarecidamente.

— Has de quedarte en casa, sino se lo diré a Hanka — amenazó ella.

Pero él se escapó y no volvió hasta después de cenar, hambriento y tan lleno de barro que daba miedo, porque la lluvia no había cesado un instante y continuó toda la noche. No se paró hasta la mañana siguiente, ya muy de día, precisamente en el momento en que la gente se dirigía a los funerales.

Con todo, el sol no se dejó ver; el mundo estaba sumido en una polvareda gris, dentro de la cual campos y huertos parecían aún más verdes. Las aguas se arrastraban como hilos de plata. El aire era vivo, fresquecillo y oloroso; las gotas de rocío caían espesas al menor soplo, los pájaros hacían un ruido loco, los perros ladraban alegremente, jugando a perseguirse con los niños por los caminos. Todas aquellas voces claras ascendían alegremente; hasta la tierra, saciada de agua e hinchada de fuerza, parecía bullir en un irresistible crecimiento.

En la iglesia el cura celebró la misa de difuntos, luego

se sentó en el banco, ante el altar mayor, frente al cura de Slupia y del organista, y los tres se pusieron a salmodiar cánticos latinos.

Boryna yacía en lo alto del catafalco, rodeado de un blanco bosque de cirios encendidos, y todo el pueblo estaba humildemente arrodillado en torno, orando y escuchando aquellos largos cantos plañideros que a veces se hinchaban en un grito tan terrible que los cabellos se ponían de punta y un horror doloroso oprimía los corazones; otras, descendían hasta convertirse en gemidos penetrantes y dolientes, de modo que el alma desfallecía y las lágrimas brotaban de los ojos por sí mismas; o los había aún maravillosos, que se elevaban hasta el cielo como cantos angélicos, cantos de eterna bienaventuranza, y entonces los fieles lanzaban profundos suspiros, se frotaban los ojos y muchos se deshacían en lágrimas de enternecimiento.

Esto duró una hora larga. Cuando terminaron, se armó un gran ruido, la gente se levantó, y Jambrozy empezó a quitar los cirios del catafalco y a repartirlos entre los asistentes. El cura cantaba aún cerca del ataúd, lo incensaba, de modo que el aire estaba todo azulado de ...mos, esparcía el agua bendita, y luego, arrastrando la última nota, se dirigió hacia la puerta, tras la cruz.

La iglesia se conmovió con los gritos, los llantos y los sollozos, pues ya los campesinos principales de la aldea habían cogido el ataúd y lo dejaban sobre el carro en una cesta rellena de paja. Jagustynka había metido ocultamente por debajo, para que los curas no se diesen cuenta, un pan envuelto en un lienzo limpio. Pietrek tomó las riendas cortas, hizo chasquear el látigo y se volvió con impaciencia hacia los curas.

La campana se puso a gemir, se sacaron las banderas negras, brillaron las luces, Stacho llevó la cruz y los curas entonaron el *Miserere mei Deus*.

El terrible cántico, el cántico de la muerte, sollozó por encima de las cabezas en su tristeza infinita, desolada.

Se pusieron en marcha lentamente, por la carretera de los álamos, hacia el cementerio.

El pendón negro con el esqueleto se desplegó en el aire como un pájaro espantoso y flotó delante. Detrás, brillaba la cruz de plata y se abría la doble hilera de los miembros de la cofradía con los cirios encendidos. Luego venían los curas con sus capas negras.

El carro mortuorio avanzaba en medio; el ataúd estaba colocado sobre la paja, de modo que todos lo tenían continuamente delante de los ojos. Inmediatamente seguía la familia, gimiendo y llorando; al lado, y en todas partes donde había sitio, el pueblo se asociaba al duelo silenciosamente.

Nadie se había quedado en las cabañas, ni siquiera los enfermos y los viejos.

El cielo gris, brumoso, colgaba bajo, como si se apoyase en los grandes álamos inclinados por encima de la carretera. Todo estaba sin movimiento, doblegado hacia delante, como si escuchase aquellos cantos fúnebres. Y cuando el viento soplaba y agitaba los campos y los árboles, caían las gotas de agua como llantos tristes y mudos, y los trigales, al moverse, balanceaban lentamente sus pesadas espigas, encorvándose más y más para prosternarse a los pies del campesino muerto, rindiéndole su último homenaje.

El canto de los curas parecía haberse disuelto en el aire y un silencio cruel se desplomó sobre las almas. Sólo las campanas gemían siempre, levantaban su voz lúgubre y lanzaban extraños llamamientos al cielo sombrío, hacia los bosques y el horizonte brumoso; las alondras cantaban sobre los campos, el carro rechinaba a veces, las banderas chasqueaban, el barro saltaba bajo los pies y el llanto doloroso de los huérfanos se oía sin interrupción.

— *Miserere mei Deus*, entonó de nuevo el cura, coreándole el de Slupia, el organista y el herrero, que sostenía un paraguas para proteger a los curas, porque de nuevo lloviznaba.

Y su canto era tan terrible, tan quejumbroso y desesperado que las lágrimas se detenían, los corazones desfallecían y los ojos angustiados, extraviados por la impotencia, vagaban a lo lejos e imploraban misericordia del cielo plo-

mizo. Las caras palidecían, las almas estaban oprimidas de tortura, un estremecimiento de horror agitaba a las gentes, las respiraciones se hacían más fatigosas, algunos se enjugaban ya las lágrimas, murmurando una oración entre sus labios cárdenos, se golpeaban el pecho y hacían penitencia. Todos estaban ensombrecidos por una tristeza aplastante, desesperada, presa de pesares infinitos; dolorosas cavilaciones y gemidos cuajados por la angustia les perseguían como un humo ponzoñoso.

— ¡Jesús, ten piedad de nosotros, pecadores! ¡Dios misericordioso!

¡Oh, destino humano, implacable destino!

¿De qué te sirven tus afanes y fatigas? ¿De qué sirve la vida humana que, como la nieve, pasa sin dejar rastro, tanto que ni nuestros propios hijos conservan el recuerdo?

Todo no es más que duelo, y llantos y sufrimientos.

Y ¿qué son la dicha, la bondad, la esperanza?

¡Humo sin consistencia, podredumbre, un espejismo, nada de nada! Y ¿qué eres, pues, tú mismo, hombre, tú que presumes y te hinchas y te elevas presuntuosamente sobre las demás criaturas?

Eres tanto como ese viento del que no se sabe de dónde viene, del que no se sabe por qué sopla, del que no se sabe dónde se deshace...

¿Y tú te crees el dueño del mundo entero, oh, hombre?

Aunque te dieran un paraíso, tendrías que dejarlo.

Aunque te confirieran todos los poderes, la muerte te los arrebataría.

Aunque te concedieran la inteligencia más superior, volverías al polvo.

¡No vencerás a tu destino, pobre miserable, no vencerás a la muerte, oh, no!

Porque eres indefenso, débil y estéril como la mezquina hoja que el viento empuja y se lleva.

Porque entre las garras de la muerte, oh, hombre, tú eres como el pajarillo que pía alegremente en el nido, agita las alas y canta, sin saber que pronto una mano traidora lo cogerá por el cuello y lo privará de su vida jubilosa.

¡Oh, alma! ¿Por qué llevas la carga de esa envoltura cadavérica humana, por qué?

Así sentían las gentes, así pensaban y meditaban en el fondo de su alma, mirando tristemente las tierras verdes, dejando vagar a lo lejos sus ojos nostálgicos y lanzando profundos suspiros en su indecible sufrimiento. Sus rostros se petrificaban y sus cuerpos se estremecían hasta lo más profundo.

Pero sabían, también, que la única confianza del hombre es la gracia del Señor y que el único refugio del alma está en su santa misericordia.

— *Secundum magnam misericordiam tuam...*

Estas retumbantes palabras latinas caían como terrones de tierra helada, hasta el punto que la gente inclinó involuntariamente la cabeza, como bajo el inexorable guadañazo de la muerte; pero caminaban irresistiblemente; caminaban duros y resignados, grises y fuertes como las grandes piedras que hay en los linderos de los campos, prontos a todo y sin temor, semejantes a los barbechos y a aquellos campos floridos lujuriantes; parecidos, también, a aquellos árboles en su fuerza y en su fragilidad... a aquellos árboles que el rayo puede hacer añicos de un momento a otro y abandonar en manos de la muerte, y que, sin embargo, se yerguen atrevidamente hacia el sol y cantan el himno profundo, el himno de júbilo de la vida...

Todos estaban allí; caminaban apretados y oprimidos, tan sumidos en la tristeza que era como si cada cual caminase solo en una soledad sin límites. Cada cual tenía la mirada perdida ante sí, como si por sus ojos empañados de lágrimas hubiese visto a sus padres, a sus abuelos y a sus tatarabuelos, a los que habían llevado allá, al cementerio, ya visible entre los gruesos troncos de los álamos...

Las campanas seguían tañendo y el lúgubre canto se elevaba cada vez más quejumbroso. El cementerio no estaba lejos; levantaba por encima de los trigos sus macizos de árboles, sus cruces y sus montículos y parecía abrirse como una fosa pavorosa nunca llena, hacia la cual, lenta e irresistiblemente se desliza el mundo entero. Así le pare-

cía a más de uno que dentro de aquel aire lluvioso y por todos lados, tocaban campanas, llameaban cirios, flotaban al viento estandartes negros, se elevaban cantos, que de cada cabaña sacaban ataúdes, que por todos los caminos desembocaban cortejos fúnebres, y que cada cual lloraba a alguno y gemía y sollozaba tan espantosamente que todo el cielo y la tierra no eran más que un inmenso y doloroso gemido que se deshacía en una lluvia no interrumpida de lágrimas, amargas como el ajenjo...

La comitiva desembocaba ya en el camino terrero del cementerio, cuando el castellano la alcanzó, bajó del coche, y anduvo junto al ataúd. Iban apretándose unos a otros, porque el camino era estrecho, bordeándolo numerosos abedules y con trigos a ambos lados.

Cuando los curas acabaron de cantar, la Dominikowa, que se cogía del brazo de Jagna y caminaba encorvada, medio ciega, entonó a su manera: «Quien se confía a la gracia»...

Los demás juntaron sus voces con diligencia y ardor, como si sus almas asustadas se agarrasen a aquel cántico lleno de ternura.

Así, cantando, entraron en el cementerio, en cierto modo reconfortados.

Los principales campesinos levantaron el ataúd, y hasta el castellano echó una mano a los demás. Lo llevaron por los senderos amarillos, por entre los sepuleros floridos, por entre hierbas y cruces, detrás de la capilla, al pie de un macizo de avellanos y de lilas, donde esperaba la tumba recientemente abierta.

Llantos y gritos terribles desgarraron el aire.

Las banderas y los cirios rodearon la fosa profunda, la gente se amasó en derredor, lanzando miradas de angustia hacia aquel agujero amarillento y vacío...

Después de los últimos cantos, el rector subió sobre el montón de tierra que se había sacado de la fosa, se encaró con la gente, y dijo con voz tonante:

— ¡Pueblo cristiano!

De repente, se hizo el silencio. Sólo las campanas gemían

a lo lejos, y Jozka, abrazada al ataúd, lloraba todas las lágrimas de su cuerpo, sin hacer caso de nada.

El cura tomó un polvo de rapé, estornudó una y otra vez, volvió sus ojos lacrimosos a un lado y a otro, y dijo en voz muy alta:

— Hermanos míos: ¿quién es ese a quien enterráis hoy? Maciej Boryna, decís vosotros.

Y yo os digo que enterráis al primer campesino de la aldea, a un hombre honrado y a un verdadero católico... Porque yo lo he conocido durante muchos años y soy testigo de que llevó una vida ejemplar, glorificando al Señor, yendo a confesar y a comulgar y dando limosna a los necesitados.

Yo os ruego que seais caritativos como él — repitió inspirando profundamente.

Los llantos empezaban a romperse en torno, los suspiros que se exhalaban iban siendo más numerosos, cuando, después de tomar aliento, prosiguió tristemente:

— ¡Y ha muerto el pobre, ha muerto!

La muerte lo ha cogido como el lobo coge el carnero más gordo del rebaño, y en pleno día, a la vista de todos, sin que nadie se lo impida.

Como cae el rayo sobre el árbol elevado, derribándolo partido, así ha caído sobre él la cruel guadaña de la muerte.

Pero no ha muerto por entero, como dice la Santa Escritura.

Pues he aquí que ese peregrino ha llegado ante las puertas del Paraíso, llama e implora tristemente. Y San Pedro, le pregunta:

— ¿Quién eres y qué quieres?

— Soy Boryna de Lipce, e imploro la misericordia del Señor...

— Tus hermanos te han puesto tan bien que la vida te ha abandonado, ¿eh?

— Yo os lo diré todo — contesta Maciej; — pero abrid la puerta, San Pedro, para que la misericordia del Señor me reanime siquiera un poco, pues estoy helado después de mi viaje terrestre.

San Pedro abre un poco, pero no le deja entrar aún, y dice:

— Sobre todo no mientas, porque aquí no engañarás a nadie. Di claramente, ¿por qué has huído de la tierra?

Maciej ha caído de rodillas, porque ha oído los cantos angélicos y las campanillas, como al alzar, y contesta llorando:

— Voy a deciros la verdad, como en confesión; no he podido aguantar más tiempo en la tierra porque las gentes se encarnizan unas con otras como lobos, porque hay peleas, querellas y ofensas al buen Dios... Aquello no son hombres, San Pedro, ni criaturas del buen Dios, sino perros rabiosos y puercos apestosos. Y pasan cosas tan malas en la tierra que es imposible decirlo todo...

No se sabe qué es la obediencia, no se conoce ya la honestidad ni la misericordia; el hermano se levanta contra el hermano, los hijos contra los padres, las mujeres contra sus maridos, los servidores contra su amo... Ya no se respeta nada, ni la edad, ni las jerarquías, ni siquiera al cura...

El Maligno reina en los corazones, y bajo su dominio, la licencia, la borrachera y el mal aumentan más y más.

En todas partes el pillo está con el pillo y se deshace de él mediante una pillada.

En todas partes no hay más que trampas, engaños, crueles opresiones y robos, de modo que lo que tengas no lo sueltes de la mano porque de lo contrario te lo arrebatarán.

Aun cuando fuese la mejor pradera, te la pastarán toda y te la pisotearán.

Aun cuando no tuvieses más que una mota de tierra, tu vecino, poco a poco, la anexionará a su campo.

Por poco que dejes salir una sola gallina del corral, otros la pillarán, como lobos.

No dejes correr de un lado a otro un pedazo de hierro o un cabo de bramante, porque aunque fuese del cura, no tendrían escrúpulo en robarlo.

No hacen más que beber aguardiente, entregarse a la disolución y abandonar completamente el servicio de Dios, esos perros paganos, esos asesinos de Cristo. Hasta los ju-

díos son cien veces más honrados y respetuosos para con Dios.

— ¿Con que las cosas van como tú dices en la parroquia de Lipce? — le interrumpe San Pedro.

— En otras partes no van mejor; pero en la de Lipce todo tiende a empeorar.

San Pedro hace castañetear los dedos, frunce el entrecejo, hace girar los ojos, y dice amenazando con los puños y mirando hacia la tierra:

— ¡Ahí tenéis, pues, lo que sois, lipcianos! ¡Odiosos bribones y paganos, aún peores que los alemanes! Tenéis buenas cosechas, tierras fértiles, pastos, prados, cada uno de vosotros tiene su trozo de bosque, y en pago de todo eso ¿os conducís así?... ¡El pan os hincha, viles granujas! ¡Yo se lo diré al Señor Jesús, yo se lo diré, y él os atará corto!...

Maciej se esfuerza en defender a sus convecinos; pero San Pedro se enfada cada vez más, da con el pie en el suelo, y grita:

— ¡No defiendas a semejantes perdidos! Sólo voy a decirte que doy tres semanas a esos bribones para enmendarse y hacer penitencia, y, si no hacen caso, les ajustaré tan bien las cuentas por el hambre, el fuego y las enfermedades, que se van a acordar de mí.

El cura había hablado con fuerza, derecho al corazón y les había cantado las verdades tan claramente, les había amenazado tanto con la cólera de Dios, blandiendo los puños, que los sollozos resonaban en torno suyo, la gente lloraba y se golpeaba el pecho contritamente...

Después de una breve pausa, el cura volvió a hablar del difunto, diciendo que había muerto por todos los demás...

Y exhortó a la unión, a la justicia y al arrepentimiento por los pecados cometidos, porque no se sabe para quién va a sonar la última hora y quién deberá comparecer a su vez ante el terrible tribunal de Dios...

Hasta el castellano se enjugó los ojos con el puño.

Pronto, sin embargo, los curas hubieron terminado su oficio y partieron con el castellano. Pero cuando metieron el féretro en la hoya y empezaron a derramar la tierra, que

producía un ruido sordo, hubo una de gritos, de arrebatos y de lamentaciones que era para enternecer al más duro.

Jozka y Magda aullaban y Hanka las imitaba; todos lloraban, parientes próximos y parientes lejanos, políticos y hasta extraños. Pero acaso la que sollozaba más frenéticamente era Jagusia, que sentía el pecho tan oprimido que se le escapaban los gritos sin que pudiese reprimirse.

— ¡Hela ahí ahora lloriqueando y qué bonita conducta ha observado con el difunto! — murmuró una de las mujeres que estaban cerca de ella.

La Ploszkowa añadió, frotándose los ojos:

— Llora para que la perdonen y no la echen de la cabaña.

— ¡Se figura que es una bastante tonta para dejarse engañar! — dijo en voz alta la mujer del organista.

Pero Jagna no se daba cuenta de nada de lo que pasaba en este mundo, y se dejó caer sobre la arena, llorando tan dolorosamente como si cayesen sobre ella aquellas pesadas paletadas de tierra, como si sonase para ella la voz lúgubre de las campanas, como si se llorase por ella...

Entretanto, las campanas seguían tañendo, lanzando sus quejumbres al cielo. Y sobre la sepultura reciente todos aquellos llantos, sollozos y quejidos deploraban también el destino inexorable y la eterna injusticia hecha al hombre.

Pronto empezaron a dispersarse lentamente. Uno se arrodillaba aún en alguna parte, antes de salir del cementerio; éste rezaba una oración por sus muertos, aquél vagaba entre las tumbas y meditaba tristemente; los demás, titubeantes, se ponían en camino hacia sus cabañas y se volvían, como si esperasen algo, porque el herrero y Hanka habían invitado a algunas personas al pan funerario, como es costumbre después de un entierro.

Cuando el montículo quedó apisonado con la pala y se hubo hincado en tierra la cruz negra, la gente rodeó a los huérfanos, y, llevándolos en medio, se fué en grupos, conversando en voz baja, compadeciendo la suerte de la familia herida por la desgracia y llorando a veces...

En la estancia de los Boryna todo estaba ya dispuesto

para la ocasión; a lo largo de las paredes se habían puesto mesas y largos bancos. En cuanto la gente estuvo sentada se sirvió el aguardiente y el pan.

Bebieron dignamente, a la recíproca, con gravedad y en silencio, se mascó algo, y el organista empezó a leer en un libro las oraciones que hacían al caso; luego, se entonó la letanía por el difunto. La gente cantaba de buena gana y con ardor, no interrumpiéndose más que cuando el herrero servía una nueva ronda y Jagustynka distribuía pan.

Las mujeres se habían reunido al otro lado de la estancia de Hanka; bebían té, comían torta espolvoreada de azúcar y cantaban dirigidas por la mujer del organista de manera tan tierna y penetrante que las gallinas cloquearon en el huerto. Así es como el pueblo, evocando afectuosamente el recuerdo del difunto, comía y bebía, lloraba y entonaba canciones piadosas por el reposo de su alma, como convenía en tal ocasión y era debido a un campesino de la estirpe de Maciej.

La comida funeraria era abundante. Hanka invitaba cordialmente a servirse, sin escatimar la comida ni la bebida, pues a mediodía, cuando ya más de uno buscaba con los ojos su gorro, se sirvieron *kluski* hechos con leche y luego carne asada con coles y guisantes bien rociados de grasa.

— Muchos, para celebrar una boda, no tendrían tan buena comida — murmuró la Boleslawowa.

— ¡Ah, pero es que el difunto ha dejado no poca fortuna!

— ¡Ya tienen con qué consolarse, seguro!

— ¡Han debido echar la mano sobre una buena cantidad de dinero contante y sonante!

— El herrero se queja de que lo había y ha desaparecido no se sabe cómo.

— El se queja; pero ha debido ponerlo bien al abrigo.

Así conversaban las mujeres entre ellas, en voz baja, rebañando cuidadosamente los platos y siguiendo con los ojos a Hanka, que vigilaba sin cesar para que a nadie le faltase nada; en el departamento de los hombres, el organista, ya un poco chamuscado, se levantó de la mesa, y,

copita en mano, se puso a evocar el recuerdo del difunto en términos tan exaltados y con tales citas latinas que todos tenían ganas de llorar como en un sermón, aunque no comprendiesen gran cosa.

El vocerío aumentó y las caras se pusieron rojas porque la botella no tenía punto de reposo y los vasos entrechocaban con harta frecuencia. Ya más de uno buscaba a tientas su copita y echaba el otro brazo alrededor del cuello de un compadre, tartamudeando con voz zarrapastrosa. Uno u otro entonaba aún alguna nota fúnebre y procuraba acordarse del difunto; pero ya nadie se juntaba a su voz ni le escuchaba, porque todos hablaban a un tiempo y fraternizaban con quien les parecía, demostrándose su amistad bebiendo a la mutua salud. Los más aficionados a las copitas, se escabullían disimuladamente y se iban a la taberna. Sólo Jambrozy estaba enteramente al revés de como solía estar. Evidentemente, bebía tanto como los otros o acaso mucho más, porque él mismo hacía alusiones al aguardiente cuando tenía la copa vacía y no se lo servían; pero estaba sentado en un rincón, con la sangre fría, y no hacía más que frotarse los ojos y lanzar profundos suspiros.

Alguien le dió un codazo y quiso hacerle contar historias chuscas.

— No me toques, tengo el alma en duelo — protestó. — Voy a morir muy pronto, voy a morir... Yo no tendré más que los perros para gañir a mi muerte y una vieja que tocará la campana en un puchero roto — murmuró lloriqueando. — ¡Canastos, es que yo asistí al bautizo de Maciej!... ¡Yo bailé en su boda! ¡Yo enterré a sus padres! Me acuerdo muy bien. ¡Jesús mío, a cuántas personas he amontonado ya la tierra encima, para cuántos he tocado ya las campanas!... ¡Ahora me toca a mí!...

Se levantó de pronto y salió de prisa a los huertos. Witek contó después que el anciano había permanecido sentado detrás de la cabaña, llorando, hasta una hora avanzada...

Naturalmente, nadie se preocupó por él, porque cada uno tenía bastante con sus propias preocupaciones, y, por

otra parte, se presentó el cura con el señor de la manera más imprevista, precisamente cuando empezaba a anochecer.

El cura reconfortó afectuosamente a la familia, acarició a los niños y se puso a hablar con las campesinas, bebiendo hasta con placer el té que le servía Jozka. El castellano conversó primero de diferentes cosas con uno y otro, aceptó una copita del herrador, bebió a la salud de todos, y dijo a Hanka:

— Seguramente soy yo quien más siente la muerte de Maciej, porque si ahora viviese me pondría de acuerdo amistosamente con el pueblo. Tal vez diera lo que vosotros queríais al principio — dijo levantando la voz y volviendo los ojos a derecha e izquierda. — Pero, ¿con quién he de tratar ahora? Yo no quiero que en esto intervenga el comisario, y sólo falta que alguien del pueblo se muestre dispuesto a conversar conmigo.

Todos escuchaban con recogimiento cada una de sus palabras.

Aún dijo esto y aquello y trató de hacerles hablar; pero era como si estuviese delante de un muro, porque nadie se dejó tirar de la lengua ni abrió la boca siquiera. Se limitaban a aprobar con la cabeza, a rascarse la cabeza y echarse uno a otro miradas de mutua inteligencia. Viendo que no daría al traste con su vigilante prudencia, hizo una seña al cura, y se fueron, escoltados por toda una turbamulta hasta el camino de los setos.

Después de su partida, se admiraron y se devanaron los sesos los reunidos, sin salir de su asombro.

— ¡Vamos, que eso de que el castellano en persona haya venido al entierro de un campesino!...

— ¡Tiene necesidad de nosotros y nos hace la corte! — dijo Ploszka.

— Y ¿por qué no ha de haber venido por salirle del corazón? — objetó Klomb en defensa del señor.

— Tú has llegado a viejo; pero has aprendido poco, ¿Cuándo has visto tú que el castellano haya venido hacia el pueblo por amistad, di?

— Ha de haber gato encerrado para que él procure ponerse bien con nosotros.

— Eso debe ser que tiene él más necesidad de estar bien con nosotros que nosotros con él.

— Pero nosotros podemos esperar — dijo Sikora, que estaba muy borracho.

— Vosotros sí, vosotros podéis; pero los demás no pueden — bramó Grzela, el hermano del alcalde, colérico.

Ya empezaban a disputarse porque éste decía la suya, otro demostraba otra cosa y el tercero era de opinión contraria a los dos, mientras los demás mascullaban a su gusto.

— ¡Que devuelva el bosque y la tierra y haremos un arreglo con él!

— No hay necesidad de acuerdo; habrá nuevos repartos y, de todos modos, todo será nuestro. ¡Ojalá pague el daño que nos ha hecho!

— Los judíos lo estrangulan y él pide auxilio a los campesinos.

— Antes no sabía más que gritar: ¡quitaos de mi camino u os aparto con mi látigo!

— ¡Yo os lo digo, no os fiéis del castellano porque sólo piensa en hacer traición al pueblo campesino! — exclamó uno que estaba completamente chispo.

— ¡Oidme, campesinos! — exclamó de pronto el herrador. — Voy a deciros una palabra sensata: si el castellano desea un acuerdo, hay que cerrar tratos con él y tomar lo que haya que tomar, sin querer sacar peras de un olmo.

En esto, Grzela, el hermano del alcalde, se levantó y exclamó:

— ¡Es la santa verdad! Venid a la taberna y allí celebraremos consejo.

— Y yo pago una ronda a toda la compañía — se apresuró a añadir el herrador.

Ya era un poco obscuro, el ganado volvía de los pastos y en toda la aldea resonaban mugidos, gritos de gansos, flauteos de caramillos, canciones y llamamientos de niños.

Entretanto, a pesar de las protestas y la oposición de las

mujeres, los campesinos se dirigían a la taberna en grupo compacto. Sólo Sikora quedó un poco rezagado; se cogía a los vallados y se detenía junto a ellos, hipando.

Se les oyó largo rato, pues metían mucho ruido, sobre todo porque algunos insinuaban una canción para aligerarse el corazón o gritaban por exceso de ardor.

En casa de los Boryna, en cuanto hubieron marchado los invitados y se hizo obscuro, hubo una quietud extrañamente vacía y triste.

Jagusia vagaba por su estancia como un pájaro en su jaula. A cada momento corría a la de Hanka; pero viendo el aire malhumorado y abatido de todo el mundo, huía sin decir palabra.

Evidentemente, la cabaña era como una tumba. Cuando se terminaron las faenas y se hubo cenado, nadie se apresuró a retirarse, aunque ya el sueño los vencía a todos. Estaban sentados delante de la chimenea, con la mirada perdida en el fuego y el oído ansiosamente atento a todo ruido.

Era una velada tranquila; sólo de tiempo en tiempo se levantaba un poco de brisa y los árboles susurraban. A veces se oía un crujido en los cercados, los vidrios temblaban o *Lapa* ladraba, con el pelo erizado, amenazador; luego, se sucedían largos silencios interminables, fúnebres.

Allí estaban sentados, cada vez más estremecidos y tan angustiados que sin cesar se santiguaban y oraban con labios temblorosos, pues ya les parecía que algo se movía en alguna parte, que alguien andaba por el granero y hacía crujir las vigas, que escuchaba detrás de la puerta, miraba por la ventana, rozaba los muros, tentaba los pestillos y daba la vuelta a la cabaña con paso tardo.

Tendían el oído, pálidos, reteniendo la respiración, muertos de miedo.

De pronto, el caballo relinchó en la cuadra, *Lapa* ladró fuertemente y se precipitó hacia la puerta y Jozka no pudiendo contenerse más, gritó:

— ¡Padre! ¡Dios mío, es padre! — y lloró de angustia.

Jagustynka hizo castañetear los dedos tres veces, y dijo gravemente:

— No llores, no impidas al alma que parta en paz; los llantos la retienen sobre la tierra. Abrid las puertas para que esa alma en pena pueda escapar a los campos del Señor Jesús... ¡Que emprenda tranquilamente su vuelo!

Abrieron las puertas: un silencio casi mortal pesó sobre la estancia; nadie se movía; sólo los ojos inflamados corrían de aquí para allá; *Lapa* husmeó por los rincones, gañendo de vez en cuando y agitando la cola como si se restregase amistosamente con alguien; entonces, todos sintieron profundamente que el alma del muerto vagaba por alguna parte, entre ellos.

Por fin, Hanka entonó con voz temblorosa y ahogada: «Todas nuestras penas cotidianas»...

Los demás unieron ardientemente sus voces a la suya, con un alivio infinito.

II

Hacía un tiempo maravilloso, un verdadero día de verano.

Serían tal vez las diez de la mañana, pues ya el sol colgaba a medio camino, entre levante y el punto de mediodía, y abrasaba a más y mejor, cuando las campanas de Lipce se echaron al vuelo con toda su fuerza.

La que llevaba el nombre de *Pedro* sonaba más vigorosamente que las demás; cantaba a plena voz, como cuando un campesino algo calamocano va por un camino, se balancea de un lado a otro, y, con su voz gruesa, esparce su alegría por el mundo entero.

La segunda, algo más pequeña, de la que Jambrozy contaba que la habían bautizado con el nombre de *Pablo*, daba un sonido un poco menos profundo, pero no por eso acompañaba a la otra con menos ardor; sus notas eran aún más elevadas, lanzaba altas modulaciones con su voz pura y sonaba arrebatadamente, como una moza excitada por el amor o por la belleza de un día primaveral, que corre por los campos, se pasea a través de los trigos y canta con todo su corazón a los vientos, a los prados, al cielo claro y a su propia alma aherrojada.

En fin, la tercera campana, la de todos los días, gorjeaba como un pajarito. Se despepitaba por cantar más alto que

las demás, pero no podía, por más que diese voces rápidas, entrecortadas, como hacen los chiquillos respondones. Sonaban, pues, todas, en animado concierto. El contrabajo exhalaba sones profundos, el violín sus gemidos y el tamboril sus sonajerías bullangueras; y aquella música solemne se dispersaba a lo lejos.

Llamaban alegremente a los fieles al oficio patronal, pues era la fiesta de San Pedro y San Pablo, que Lipce celebraba siempre con gran pompa.

El tiempo también era como de encargo, tranquilo y muy soleado. Evidentemente, iba a hacer calor; pero, a pesar de esto, los mercaderes empezaron desde el alba a montar delante de la iglesia diversas barracas, tiendecillas y mesas cubiertas con toldos de lona.

Y tan luego como repicaron las campanas, tan luego como su voz alegre se esparció por el mundo, empezaron a rodar carruajes cada vez más numerosos por las carreteras desecadas, entre torbellinos de polvo; veíase también buen número de peatones, de modo que hasta donde alcanzaba la vista, por todos lados, en todos los caminos, por todos los senderos, a lo largo de los linderos, rojeaban los vestidos de mujer y blanqueaban al viento los capotes.

Avanzaban en largas filas, a la manera de los gansos, y tornasolaban en el aire cálido en medio de los trigos verdes.

El sol se elevaba cada vez más y flotaba como un pájaro dorado en el cielo puro, azulado; llameaba cada vez más claro y calentaba tan potentemente que el aire achicharraba ya a los que atravesaban los campos; de vez en cuando un agradable hálito fresco soplaba todavía desde las praderas y mecía los centenos blanquecinos; las avenas susurraban aún quedamente y las espigas tiernas de candeal se estremecían; los linares en flor parecían correr como un río azul; pero, poco a poco, todo se sumía en la ebullición solar y en el silencio.

¡Viva! Era un día encantador, un verdadero día de fiesta mayor. Las campanas repicaban largamente y sus voces gemidoras se lanzaban a lo lejos en ondas tan sonoras que los tallos de hierba se agitaban y se asustaban los pájaros;

pero sus corazones de bronce latían siempre, palpitaban a compás, alto y fuerte, elevando hacia el sol este canto y este llamamiento penetrantes:

— ¡Ten piedad, piedad, piedad!

— ¡Santísima Madre, Madre, Madre!

— ¡Yo también te ruego, te ruego, te ruego!

Así cantaban afectuosamente, proclamando al mismo tiempo la fiesta solemne.

Era como si precisamente en el aire se hubiera sentido la santidad de aquel día de perdón; santidad en las cabañas adornadas de verdor, santidad en las lontananzas deslumbradoras como cirios encendidos, en las voces regocijadas y en algo inexpresable que subía de los campos e hinchaba los corazones de alegría y de voluptuoso recogimiento.

El pueblo acudía en masa a aquella fiesta y afluía de todos lados. Torbellinos de polvo rodaban sin interrupción por todos los caminos, los carruajes avanzaban, los caballos relinchaban, diversas voces se hacían oír, se entablaba conversaciones en voz alta, a veces alguien se asomaba por la portezuela de un carruaje y voceaba a los peatones, allá un mendigo retrasado se daba prisa, cantando con voz plañidera; en algunos carruajes se murmuraba oraciones y se miraba en torno en una muda admiración, pues la tierra aparecía adornada como para una fiesta nupcial, se esponjaba toda en flor y en verdura y en cantos de pájaro y en rumores de trigos y en zumbidos de abejas, y tan maravillosa, tan ilimitada, tan santa en su alegría y en su fuerza vivificadora, que os faltaba el aliento en el pecho.

Los árboles que se alzaban en los linderos, eran como centinelas perdidos en la contemplación del sol; abajo, hasta perderse de vista, yacían los campos verdes, que rumoreaban como aguas agitadas, y como aguas, a veces, refluían de un lado a otro, metiéndose en todos los caminos, todos los senderos y todos los fosos, que se tornasolaban como cintas floridas en los entrelizos de blanco aterciopelado, amarillo y violeta; pues ya florecían la espuela de caballero, la correhuela que, en lo más espeso de los centenos, flechaba

con sus ojos olorosos, semientonados; en algunos sitios, donde el suelo estaba una miaja húmedo, los acianos se abrían espesos y muy azules, como si el cielo se hubiese puesto allí. Las esparcillas florecían en macizos enteros y también los ranúnculos, las cerrajas, los cardos estrellados, las amarilis y los tréboles y las margaritas y las manzanillas silvestres y otras mil flores de que sólo Jesús puede acordarse, porque sólo por Él se abren y perfuman, así como si una humareda olorosa subiese de los campos o como si el señor cura incensase el Santo Sacramento en la iglesia. Este o aquél respiraban voluptuosamente aquellos aromas y fustigaba su caballo para llegar más pronto, pues el sol apretaba más y más, de modo que hasta os vencía el sueño y más de uno balanceaba la cabeza.

Pronto estuvo Lipce rebosante.

Los carruajes llegaban uno tras otro sin interrupción, de modo que ya en todas partes, en los caminos, en torno al estanque, junto a los cercados, en los patios, en todas partes donde había un poco de sombra se dejaban las carretas y se desenganchaban los caballos, y en la plaza, delante de la iglesia, había ya tal retahila y tal acumulación de carretas, que era difícil pasar.

Realmente, Lipce estaba como tragado bajo aquella avalancha de gente, de carretelas y de caballos.

El tumulto iba en aumento; las voces y los gritos resonaban en toda la aldea. El pueblo hacía el ruido de un bosque agitado por el viento. Las mujeres se sentaban al borde del estanque para remojarse los pies, calzarse las botinas y dar la última mano a su tocado antes de ir a la iglesia. Los campesinos formaban grupos y hablaban con los vecinos; las muchachas y los mozos se apretujaban, golosos, en torno a los tenduchos y barracas; pero, sobre todo, alrededor del órgano de Berbería, que tocaba. Una bestia de más allá de los mares estaba posada encima, emperifollada de rojo, con una jeta que parecía la de un viejo alemán, y daba brincos y vueltas tan chuscos, que la gente se partía de risa.

El órgano tocaba furiosamente con notas tan incitantes que las piernas os bailaban solas. Y, como al unísono, los

mendigos, dispuestos en dos filas, desde el atrio a la plaza, se pusieron a entonar sus canciones suplicantes. Junto a la misma puerta del cementerio estaba sentado el mendigo gordo y ciego que guiaba siempre el mismo perro, y cantaba con una voz más aguda y ardiente que los otros.

Pero en cuanto tocó la campana a misa mayor, el pueblo dejó las distracciones y penetró en la iglesia como un torrente engrosado. Se apretaban de tal modo que se hundían las costillas, y continuamente venían aún otros fieles que se estrujaban y hasta se peleaban; pero la mayoría debió quedarse fuera y cobijarse junto a los muros o bajo los árboles.

También habían venido en carruaje algunos curas de otras parroquias; en seguida ocuparon sus sitios en los confesionarios, bajo los árboles, para oír las confesiones, sin preocuparse poco ni mucho de la multitud ni del calor.

El viento había cesado por completo y el aire era tan tórrido que no podía resistirse, como si cayesen llamas sobre las cabezas, pero el pueblo se prensaba pacientemente cerca de los confesionarios y se amasaba en el cementerio, buscando en vano sombra o alguna protección.

El señor cura empezaba precisamente la misa, cuando Hanka y Jozka acababan de llegar; pero como no era posible ni siquiera llegar hasta la puerta de la iglesia, se quedaron en pie, en pleno sol, junto a la empalizada, mirando a la multitud y saludando a los conocidos con un «Alabado sea Dios».

Al mugir los órganos y empezar la misa mayor, todos se arrodillaron o se encorvaron y rezaron con fervor.

Era mediodía; el sol estaba suspendido a plomo encima de las cabezas, derramando llamas terribles. Todo desfallecía bajo aquel calor, ni una hoja temblaba, ni un pájaro volaba, ni una voz llegaba de los campos. El cielo estaba cuajado en un silencio de muerte, como una plancha de vidrio calentada al blanco; el aire burbujeaba como el agua en el fuego, tan cegador que os comía los ojos. La tierra estaba ardiente, los muros quemaban, y la gente, arrodillada, sin movimiento, apenas respiraba, como si ellos mismos

hubiesen sido lentamente escaldados en aquella ebullición de sol.

El pueblo rezaba en un profundo silencio, unos leyendo en su libro, otros pasando el rosario, y los de más allá alabando al Señor con palabras sinceras e inspiraciones del corazón. La voz solemne de los órganos se esparcía en una plegaria recogida, susurrante; a veces, un canto subía del altar, vibraban las campanillas o resonaba el vozarrón del organista; luego, seguían largos instantes de un silencio como aplastado de calor y el humo de incienso se esparcía a través de la puerta abierta de la iglesia, envolviendo con una niebla perfumada y azulada las cabezas inclinadas de los fieles arrodillados.

El murmullo bajo y menudo de las oraciones resonaba en la tranquilidad blanca de aquel mediodía abrasado, y los pañuelos de colores abigarrados, los capotes y las faldas de lana brillaban al sol, y todo el cementerio parecía sembrado de flores que se encorvaban humildemente en aquella hora sagrada, ante el Señor casi escondido en el sol flamígero y en todo el silencio del mundo...

Sólo de tiempo en tiempo alguno enderezaba el espinazo, separaba los brazos y lanzaba profundos suspiros; un niño lloraba o llegaba de la calle el relincho penetrante de un caballo.

Hasta los mendigos se habían petrificado en aquella calma, y sólo alguno de ellos levantaba la voz, medio dormido, para rezar un avemaría e implorar una limosna.

El calor aumentaba siempre; achicharraba de tal modo que campos y huertos, anegados en aquel incendio, chispeaban como fuego y tornasolaban de llamas blanquecinas.

El silencio era más y más adormecedor y ya más de uno roncaba de veras. Algunos cabeceaban arrodillados y otros salían a refrescarse, pues a cada instante se oía el manar de las fuentes.

El pueblo no se levantó ni formó procesionalmente hasta que los cantos sacudieron la iglesia, las banderas empezaron a desplegarse y el cura avanzó detrás de ellas, bajo el

palio rojo, custodia en mano, escoltado por los castellanos en persona.

Las campanas tocaban, los cantos salían de todas las gargantas y parecían subir hacia el cielo, fuertes, potentes, férvidos. La procesión dió lentamente la vuelta a los muros blancos y llameantes de la iglesia, como un río hinchado. El palio rojo avanzaba envuelto en humaredas de incienso, de modo que la custodia de oro no brillaba más que por momentos; relucían las hileras de luces y los estandartes desplegados batían sus alas como pájaros por encima de las cabezas que hormigueaban; las santas imágenes se balanceaban con sus adornos de cintas, las campanas repicaban alegremente, los órganos mugían y el pueblo cantaba con transportes de fe, y todo su corazón y toda su alma nostálgica parecían elevarse hacia el cielo, hacia el santísimo sol...

* * *

Después de la procesión, cuando se reanudó el oficio y la voz penetrante de los órganos volvió a sonar, el cementerio volvió a estar silencioso como antes; pero ya nadie dormitaba. Los murmullos de las oraciones aumentaban, los suspiros se hicieron más ruidosos, los mendigos sonaron sus escudillas y aquí y allá se cuchicheaba quedo.

Los castellanos salieron despacio de la iglesia, buscando en balde sombra y un sitio donde sentarse. Jambrozy echó a la gente de debajo de un árbol y trajo sillas. Se sentaron, pues, hablando entre sí.

Entre ellos estaba el señor de Wola; pero no podía estar quieto, no hacía más que dar vueltas en el cementerio y cada vez que veía a un lipciano conocido, se le acercaba y charloteaba amigablemente con él. Vió a Hanka y se dirigió en seguida a ella, a través de la multitud.

— ¿Está ya de vuelta su marido?

— Todavía no, desgraciadamente.

— ¿Pero parece que ha ido usted en coche a buscarlo?

— En efecto, fuí inmediatamente después del entierro de padre; pero me dijeron en la oficina que no lo pondrán en

libertad hasta dentro de una semana, como quien dice el miércoles.

— Y la fianza, ¿puede usted pagarla?

— Roch se ocupa ya de eso — contestó prudentemente.

— Si no tiene usted el dinero, yo saldré fiador de Antek...

— ¡Dios se lo pague! — y se inclinó hasta sus rodillas — Tal vez Roch encontrará lo que hace falta, y sino habrá que buscar otro medio.

— Ya sabe que si es preciso yo saldré fiador.

Fué más lejos, hacia Jagusia, que estaba sentada al lado de su madre, al pie del muro, en profunda oración; pero como no encontró palabras apropiadas, se contentó con sonreírle y se volvió a su grupo.

Ella le siguió con los ojos y examinó cuidadosamente a las castellanas, que estaban maravillosamente ataviadas. Y, ¡Jesús mío, qué blanco tenían el palmito y qué fino el talle! También de ellas se desprendía un perfume como de incensario.

Se daban viento con algo que parecía la cola desplegada de un pavo. Algunos señores jóvenes las miraban en los ojos y reían tan fuerte que la gente quedó no poco escandalizada.

De pronto, en alguna parte, al extremo de la aldea, hubiérase dicho que en el puente cerca del molino, se oyó un fuerte traqueteo de carruajes y grandes espirales de polvo se levantaron por encima de los árboles.

— Gente que llega tarde, sin duda, — murmuró Pietrek a Hanka.

— ¡Anda! ¡Pues van a llegar a tiempo para apagar los cirios! — añadió alguien.

Otros se asomaron por encima de las tapias y se pusieron a mirar curiosamente hacia la carretera que rodeaba el estanque.

Pronto, en medio de gritos y estrepitosos ladridos, se presentó toda una fila de enormes carros cubiertos de toldos blancos.

— ¡Son los alemanes! ¡Los alemanes de Podlesia! — exclamó uno.

Eran ellos, en efecto.

Por el camino avanzaba una quincena de carros tirados por robustos caballos; bajo los toldos de lona se veía toda suerte de utensilios caseros y mujeres y niños que iban sentados. Los alemanes, rojos y barrigudos, iban a pie, con la pipa entre los dientes. Grandes perros corrían a los lados, mostrando a veces sus colmillos, y contestaban con ladridos a los perros de Lipce que querían a toda costa echarse sobre ellos.

El pueblo se precipitó para verles y hasta muchos saltaron las tapias y fueron a mirarlos de cerca.

Los alemanes iban al paso y apenas podían pasar por entre la multitud de carretas y caballos; pero ninguno de ellos se quitó siquiera el gorro al pasar delante de la iglesia ni saludó a quienquiera que fuese. Sus ojos echaban chispas y sus barbas tenían un temblor como si estuviesen coléricos. Tuvieron para el pueblo miradas arrogantes, miradas de bribón.

— ¡Carroñas de pantalonazos!

— ¡Hijos de yegua!

— ¡Nalgas de puerco!

— ¡Primos de perras!

Los insultos caían sobre ellos como piedras.

— Bueno, y ¿quién ha salido con la suya, alemanes? — les gritó Mateusz.

— ¿Quién de nosotros ha llevado la ventaja?

— Habéis tenido miedo del puño de los campesinos, ¿eh?

— Esperad, es día de perdón; vamos a divertirnos juntos en la taberna.

Ellos no contestaban; pero fustigaban los caballos y avivaban el paso.

— ¡Más despacio, pantalonazos! Vais a perder los calzones!

Un chiquillo les arrojó una piedra y otros se pusieron a arrancar tejas para imitarle; pero se les detuvo a tiempo.

— Dejadlos tranquilos, chiquillos, dejad que esa peste levante el campo.

— ¡Que el cólera no os olvide, perros heréticos!

Un lipciano blandió los puños, y gritó:

— ¡Si se os pudiera exterminar hasta el último, como perros rabiosos!...

Por fin desaparecieron por la carretera de los álamos y entre las sombras y el polvo se oía los ladridos de los canes y el rodar cada vez más débil de los carros.

Era tal la alegría de los lipcianos que apenas si deseaban volver a sus oraciones. Rodearon al castellano en masa, y él, muy contento de todo aquello, conversaba alegremente, ofrecía tabaco, y, finalmente, expresó en tono de adulación:

— ¡Los habéis sahumado lindamente! ¡Todo el enjambre ha descampado!

— ¡Han encontrado nuestras selvas demasiado mal olientes! — bromeó un campesino; y Grzela, el hermano del alcalde, dijo como compadeciéndolos:

— Son gentes demasiado delicadas para tener campesinos por vecinos; basta darles en la cabeza para que caigan por tierra.

— ¿Es que os habéis peleado con ellos? — preguntó el señor con curiosidad.

— No, peleado no; pero Mateusz la emprendió con uno porque no había contestado a su saludo y en seguida le corrió la sangre; y no tuvo más remedio que entregar el alma.

— Es una gente muy blanda; a la vista parecen hombres como encinas, pero si les das con el puño es como si lo hundieras en una colcha — explicó Mateusz en voz baja.

— Y no han tenido suerte en Podlesia. Parece ser que sus vacas han reventado.

— Es verdad, no se han llevado ni una.

— Kobus lo podría contar — interrumpió uno de los chicos; pero Klomb gritó prontamente:

— ¡Eres más tonto que un zapato! ¡Han muerto en los pastos, ya se sabe!...

Estaban como convulsos de íntima alegría; pero nadie dijo una palabra más. Sólo el herrador se acercó un poco, y dijo:

— Si los alemanes se han marchado es gracias al señor.

— Es que yo prefiero vender a mis compatriotas, aun cuando fuese con el cincuenta por ciento de pérdida — aseguró con vehemencia; luego contó diferentes cosas y refirió que él y sus antepasados habían estado siempre en favor de los campesinos, siempre habían estado de acuerdo con ellos...

En esto, Sikora sonrió, y dijo en voz baja:

— El difunto señor me hizo grabar eso tan bien en la espalda a latigazos que todavía me acuerdo.

Pero el castellano hizo como si no hubiese oído, y se puso a contar las dificultades que había tenido para deshacerse de los alemanes. Claro que le escuchaban y asentían con la cabeza por política; pero ya se sabía lo que había que pensar de todas aquellas bondades demostradas al pueblo campesino.

— ¡Valientes bienhechores!— masculló Sikora. Fué preciso que Klomb le diese un codazo para que callase.

Así se echaban mutuamente tierra en los ojos cuando un joven con sobrepelliz blanco y una bandeja en la mano, pareció querer abrirse camino hacia ellos.

— ¡Mira, mira, me parece que es Jasio el del organista! — exclamó uno.

En efecto, era Jasio, pero ya en traje talar; hacía la colecta para la iglesia. Saludaba a todo el mundo y recibía muchas monedas, pues como no había medio de escabullirse, cada cual sacaba un gros o dos del nudo de su pañuelo; bastante a menudo caía hasta una *zlotowka*, que sonaba contra las monedas de cobre; el castellano echó un rublo y las castellanas dejaron caer monedas de plata. Entretanto, Jasio, todo sudoroso, rojo de fatiga y muy contento, pedía incansablemente por todo el cementerio, sin omitir a nadie ni mostrarse escaso de buenas palabras. Llegado frente a Hanka, la saludó tan amistosamente que ésta dió cuarenta gros, ni uno menos; cuando se detuvo delante de Jagna, hizo sonar las monedas en la bandeja; ella levantó los ojos y quedó casi estupefacta de admiración; él también se turbó un poco, dijo algunas palabras sin pies ni cabeza y se apresuró a marchar.

Había llegado al punto de olvidarse de dar una ofrenda; no podía quitar sus ojos de él porque se le aparecía como el santo que habían pintado sobre el altar lateral, igualmente joven, esbelto y hermoso. El la había como hechizado, con sus ojos chispeantes; por más que se frotó los ojos y se santiguó varias veces, no consiguió nada.

— ¡No es más que el hijo del organista y qué buen porte el suyo!

— ¡Por eso su madre hace la rueda como una pava!

— Ya desde Pascuas está en el Seminario.

— El señor cura le ha hecho venir para ayudarle en el servicio de la iglesia en la fiesta de hoy.

— El viejo tacaño desuella a la gente; pero para él no escatima nada.

— ¡Toma! ¿Acaso no es un honor que llegue a ser cura?

— ¡Y también encontrará su provecho!

Así se cuchicheaba en torno; pero Jagus no oía nada y seguía con los ojos cada uno de los movimientos del seminarista.

Había terminado la misa mayor, el cura leía aún en el púlpito las amonestaciones y las oraciones por los difuntos; pero el pueblo se escurría lentamente, los mendigos elevaban sus voces quejosas y empezaban a mendigar a coro con ritmo gangoso sus imploraciones y sus cantos.

Hanka se dirigía también hacia la salida, cuando se le acercó la Balcerkowa con una gran noticia.

— ¿Sabe usted? — cacareó sin poder resollar. — Acaban de publicar las amonestaciones del Szymek de la Dominikowa con Nastusia.

— ¡Ésta sí que es buena! ¿Qué va a decir a eso la Dominikowa?

— ¿Qué que va a decir? Va a emprender una guerra a muerte con su hijo.

— No podrá hacer nada contra él; Szymek está en su derecho; tiene edad de sobra y esto le basta.

— ¡Qué infierno va a resultar de eso! ¡Habrá que verlo! — declaró Jagustynka.

— ¡Como si no hubiese ya bastantes querellas y ofensas a Dios! — suspiró Hanka.

— ¿Ya saben ustedes la noticia de lo del alcalde? — preguntó la Ploszkowa, acercando su barriga oscilante y su caraza roja y mofletuda.

— Ha tenido tanto que hacer con el entierro y hay siempre tantos quebraderos de cabeza, que no sé absolutamente nada de lo que pasa en el pueblo.

— Pues, bueno; el sargento le ha contado a mi hombre que falta mucho dinero en la caja y que el alcalde corre en busca de gente e implora que se le preste dinero para reunir a lo menos cierta cantidad porque de un momento a otro puede venir la investigación...

— Mi padre me dijo que un día u otro había de acabar así.

— ¡Se ha elevado por encima de los demás, se ha dado aires de grandeza y ahora va a tener que pagarla!

— Pero, ¿le podrán quitar la granja?

— Naturalmente, y si no basta, se desquitará de lo que falte con cárcel — corroboró Jagustynka. — Ese bestia se ha dado bastante buena vida; ¡que haga ahora penitencia!

— En efecto, me ha parecido extraño que ni siquiera se haya dejado ver en el entierro.

— ¡Lo que le importaba a él Boryna, teniendo tanta amistad con su viuda!

Se callaron porque en aquel momento Jagus pasaba junto a ellas, acompañando a su madre; la vieja caminaba encorvada, con los ojos todavía vendados; pero Jagustynka no quiso desperdiciar la ocasión.

— ¿Cuándo son las bodas de Szymek? ¡Nadie se figuraba que iban a anunciarlas desde el púlpito! Naturalmente, es difícil oponerse, cuando un mozo le ha tomado asco a las faenas propias de una muchacha. Nastusia ocupará ahora su sitio en el trabajo... — se burló, riéndose.

La Dominikowa se irguió, y dijo con voz dura:

— Llévame más de prisa, Jagus; sino esa perra me va a morder aún.

Y se fué de prisa, como si huyese. La Ploszkowa se rió por lo bajo.

— Dicen que está ciega; pero bien la ha visto a usted...

— Está ciega; pero aún sabría alcanzar las greñas de Szymek.

— Y aún de otros; guárdeles Dios de caer bajo sus garras.

Jagustynka no contestó. Además, la muchedumbre era tan compacta delante de la puerta, que Hanka, que había quedado atrás, perdió pronto de vista a las demás. Se alegró, porque estaba asqueada de tanta maledicencia. Con toda calma se puso a distribuir dos gros a cada uno de los mendigos, sin exceptuar a nadie, y hasta dió una *dziesiontka* al ciego del perro, mientras le decía:.

— Venga a comer a casa, padrecito, a casa de los Boryna.

El mendigo levantó la cabeza y abrió sus ojos de ciego.

— ¡Antkowa, me parece! ¡Dios se lo pague! ¡Iré, ya lo creo, iré!

Por el otro lado de la puerta la afluencia era menor; pero allí también los mendigos sentados formaban doble hilera y daban gritos. En primer lugar estaba arrodillado un joven con una visera verde sobre los ojos; tocaba el violín y cantaba canciones sobre los reyes y los tiempos antiguos; en torno suyo se había formado un nutrido círculo de gente y los gros caían en su gorro profusamente.

Hanka se detuvo cerca del cementerio, buscando con los ojos a Jozka, y entonces vió a su padre de la manera más inesperada.

Estaba sentado en la fila de los mendigos, tendía la mano hacia los transeuntes e imploraba una limosna con voz plañidera.

Sintió como si alguien le diese una cuchillada; pero pensó de pronto que era una alucinación; se frotó los ojos una vez, dos veces; y, sin embargo, era él y no otro.

— ¡Padre entre los mendigos! ¡Jesús! — creyó caerse muerta de vergüenza.

Se estiró el pañuelo por encima de la frente, y se deslizó hacia él por detrás, por entre los carros, ante los cuales estaba él sentado.

— ¿Qué hace usted ahí, eh? — gimió ella, poniéndose en cuclillas detrás de él para zafarse de las miradas.

— Hanus... es que... tú comprendes...

— ¡Venga en seguida a casa! ¡Jesús, una vergüenza así! ¡Venga inmediatamente!...

— No, no iré... Hace mucho tiempo que lo tengo cavilado... ¿De qué sirve ser una carga para vosotros cuando la gente socorre tanto?... Iré por el mundo con los demás... veré los lugares santos... aprenderé cosas nuevas... y os traeré muchos gros... Mira, aquí tienes una *zlotowka*; compra un buen juguete para Pietrus... cómpraselo...

Ella le cogió bruscamente por el cuello y lo arrastró casi entre las carretas.

— ¡Derecho a casa! ¡Que no tenga usted vergüenza!...

— Suéltame porque me voy a enfadar.

— Tire usted esas alforjas, pronto, para que nadie lo vea.

— Haré lo que me dé la gana y nada más... ¿De qué he de tener vergüenza?... Quien tiene el hambre por comadre toma la alforja por madre. — Y de pronto se soltó, escapó por entre los carros y los caballos, y desapareció.

No era posible buscarlo entre la muchedumbre que se estrujaba en la plaza delante de la iglesia.

El sol apretaba tanto que parecía arrancar la piel; el polvo oprimía los pechos; aunque el pueblo estuviese cansado y bañado en sudor hasta la camisa, se empujaba y se agitaba alegremente a pesar de las apreturas y ondeaba aquí y allá como agua burbujeante.

El organillo se oía en toda la aldea; los mendigos salmodiaban sus notas arrastradas, los niños silbaban en sus gallitos de barro, los perros ladraban, los caballos se mordían la piel y relinchaban porque las moscas estaban impertinentes; cada cual hacía correr la tijera, llamaba a sus conocidos, se reunía con sus compañeros y se precipitaba hacia los puestos, junto a los cuales había un enjambre humano del que salían chillidos de muchachas.

Los puestos de objetos de devoción cedían bajo la presión de las mujeres que los asediaban. No era menor la muchedumbre donde vendían salchichones colgados en pértigas,

como gruesos cables. En otra parte vendían panes y panecillos. Allá un judío ofrecía bombones, aquí flotaban cintas bajo toldos de lona y colgaban largos collares de perlas diversas, y en todas partes se estrujaba la gente entre gran batahola de gritos, lo mismo que en una sinagoga.

Transcurrió un buen par de padrenuestros antes de que el pueblo empezase a calmarse y a apaciguarse un poco; unos se dirigían hacia la taberna, otros se volvían ya a casa; muchos, abatidos por el calor y el cansancio, se dispersaron en la sombra de los carros, por el borde del estanque, o en los huertos y los patios para tomar un tentenpié y descansar.

La tarde era tan tórrida que no se podía ni respirar; pronto nadie tuvo ya ganas de decir una palabra ni de moverse; uno era como los árboles que desfallecían en la combustión general, y como además los de la aldea se iban sentando a la mesa para despachar su comida, se estableció la tranquilidad casi en todas partes, salvo los clamores de los chiquillos y el relincho de los caballos que tascaban el freno junto a los carros.

En la parroquia el rector ofrecía una comida a los curas y a los castellanos; por las ventanas abiertas se veían las cabezas, se oía el rumor de conversaciones, el tintineo de copas y el eco de risas, y se percibía tan buenos olores que a más de uno se le hacía la boca agua.

Jambrozy, vestido de los domingos, con medallas en el pecho, acudía a cada instante al corredor, y a menudo corría a la galería, gritando:

— ¿Vais a quitaros de ahí, mala ralea? ¡Os voy a hacer cortar el pelo de manera que os vais a acordar!

Pero como no conseguía poner a raya a los descarados que se encaramaban en la empalizada como gorriones, y como los más atrevidos avanzaban hasta debajo de las ventanas, se contentó con amenazarles con la larga pipa del cura y lanzarles injurias.

En aquel momento llegó Hanka. Se detuvo cerca de la puerta.

— ¿Busca usted a alguien? — le preguntó cojeando hacia ella.

— ¿No ha visto a mi padre por ahí?

— ¿A Bylica? Como hace un calor tan espantoso es probable que esté durmiendo a la sombra de cualquier árbol. ¡Sinvergüenza! — exclamó de pronto, lanzándose en persecución de un arrapiezo que le tiraba de la falda.

Hanka, muy cansada, se fué directamente a casa y se lo contó todo a su hermana, que había ido a comer.

Pero Weronka se limitó a encogerse de hombros.

— No se le caerá ninguna corona de la cabeza si se junta a los mendigos, y lo que eso nos alivia es lo que ganamos. Los hay con más ínfulas que él que han acabado en el portal de la iglesia.

— ¡Jesús! ¡Es una vergüenza tan grande que nuestro propio padre mendigue su pan! ¡Qué va a decir Antek de esto! Aún vamos a correr de boca en boca y la gente va a decir que somos nosotras las que le hemos mandado a mendigar.

— Que ladren todo lo que quieran. Todo el mundo es bueno para morder; pero cuando se trata de ayudar no se encuentra a nadie.

— ¡Yo no permitiré que padre se haga mendigo!

— ¡Pues, entonces, cobíjale en tu cabaña y dale de comer, puesto que tomas el honor tan a pechos!

— Es lo que voy a hacer. Tu llegas al punto de negarle una cucharada de sopa. Ahora lo veo bien; eres tú quien le ha forzado a eso.

— ¿Acaso crees que soy demasiado rica? ¿He de quitar el pan de la boca de los niños para dárselo?

— Tú le debes la comida, ¿no te acuerdas?

— Si no tengo nada, no voy a arrancarme las entrañas.

— Pues, sí, arráncatelas y dáselas; padre es antes que todo. No una sola vez se me ha quejado de que le dejas morir de hambre y que tienes más cuidado del cerdo que de él.

— Tú lo has dicho, eso es; dejo morir a padre de hambre, y yo no me privo de nada, como una castellana. ¡He engordado tanto que las faldas se me escurren por las caderas y

apenas puedo arrastrar mis piernas! No vivimos más que de lo que pido prestado.

— No digas burradas; se podría creer que es verdad.

— ¡Pues es la verdad! Si no fuera por Jankiel no tendríamos ni siquiera patatas para comer. Ya sabemos que el harto no conoce el ayuno — contestó Weronka llorando a medias y con voz cada vez más plañidera. En aquel momento, el mendigo, guiado por su perro, se presentó en el camino entre setos.

— Siéntese delante de la casa — dijo Hanka que se había vuelto hacia él, ocupándose de la comida.

El se sentó en el banco delantero, puso a un lado sus muletas, dió libertad al perro y aspiró ruidosamente, deseoso de saber si ya estaban comiendo y hacia qué parte.

Precisamente se sentaban a la mesa debajo de los árboles; Hanka servía los manjares en los platos y el olor se desprendía en torno.

— Avena con tocino, es cosa buena. Que les aproveche — murmuró el mendigo rastreando los olores y relamiéndose de gusto.

Comían lentamente, soplando a cada cucharada; *Lapa* se retorcía dando leves gañidos; el gozquecillo del mendigo bostezaba junto al muro, con la lengua fuera. El calor era tan terrible que ni la sombra protegía a la gente; todo parecía querer liquefacerse, y en aquella soñolencia tórrida los únicos ruidos eran el sonido de las cucharas y la algarabía de las golondrinas posadas bajo el bálago de los aleros.

— ¡Si me diese un tazón de leche cuajada para refrescarme! — suspiró el mendigo.

— En seguida se lo traigo — le tranquilizó Jozka.

— ¡Habrá tenido que gritar hoy de lo lindo! — le preguntó Pietrek llevándose la cuchara a la boca con aire soñoliento.

— ¡Señor, ten piedad de los pecadores y no les lleves cuenta del mal que hacen a los mendigos! ¡Sí, he tenido que gritar! En cuanto uno ve a un mendigo mira atentamente al cielo o se desvía a cien pasos. Hay quien saca un gros

del nudo de su pañuelo y le gustaría que le devolviesen nueve, como si hubiese dado una *dziesiontka*. ¡Acabará uno por morir de hambre!

— Este año la carestía es grande en todas las casas — murmuró Weronka.

— Es verdad; pero todo el mundo tiene con qué comprarse aguardiente.

Jozka le encajó un tazón entre las manos y él se puso a beber con diligencia.

— Se decía en el cementerio — se dejó oír al cabo de un rato — que Lipce debe cerrar hoy un trato con el señor; ¿es verdad?

— Si reciben lo que les corresponde, es posible que se pongan de acuerdo — contestó Hanka.

— Los alemanes han levantado el campo, ¿lo sabía usted? — le interpeló Witek.

— ¡Que la peste los ahogue! — juró sacudiendo el puño.

— ¡A usted también le han hecho mal!

— Pasé por entre ellos ayer al anochecer y me soltaron sus perros. ¡Esos heréticos son unos desalmados! ¡Ralea de canes!... Los lipcianos, según se dice, les han tratado tan bien que han tenido que escampar. ¡A tal gentuza la desollaría yo viva! — fué diciendo, mientras sorbía grandes cucharadas. Y cuando hubo terminado, dió de comer a su perro y se dispuso a levantarse.

— Es tiempo de cosecha para usted, y hay que despabilarse y volver al trabajo — bromeó Pietrek.

— Ya lo creo que me despabilo; el año pasado éramos entre todos seis en esta fiesta de San Pedro y San Pablo; pero hoy hemos sido cerca de tres docenas los que aullábamos, tantos que tengo los oídos hinchados.

— Vuelva usted a la noche — le invitó Jozka.

— ¡Que Jesús le dé salud, por lo que piensa en los desgraciados!

— ¡Vaya un desgraciado! ¡Tiene una barriga que apenas puede con ella! — aventuró Pietrek, mirándole rodar en medio del patio, grueso como un tonel y tentando los obstáculos con su bastón.

La cabaña quedó pronta desierta. Unos se habían tendido a la sombra para echar un sueño, y ya roncaban; los demás habían ido a la feria.

Ya habían tocado a vísperas. El sol se había inclinado bastante hacia poniente, el calor se había mitigado un poco, y aunque muchos descansasen junto a las cabañas, a cada instante eran más los que se iban a la plaza de la iglesia, a recorrer tenduchos y puestos de venta.

Jozka se fué con otras mocitas a comprar estampas de santos; pero, sobre todo, para saciar la vista de cintas, de perlas y de otras maravillas de la feria.

El organillo sonaba de nuevo; los mendigos repetían uno después de otro su estribillo y hacían resonar sus platos, y el ruido de voces se iba elevando hasta llenar todo el pueblo, que zumbaba como colmena antes de enjambrar.

Porque cada cual había comido bien y había descansado, y, por lo tanto, era agradable volver a encontrarse y divertirse entre camaradas; uno hablaba con los amigos, otro abría mucho los ojos ante todas las cosas bonitas; algunos se apretujaban donde la cola era más densa, muchos se encaminaban con los compadres a tomar una copita, también los había que se dirigían a la iglesia o se estaban sentados en cualquier parte a la sombra, discutiendo diversas cuestiones. Pero todos eran igualmente dichosos y gozaban plenamente de la fiesta. Y no es de extrañar, porque, en fin, cada cual había rezado y suspirado hasta la saciedad, cada cual había contemplado bastantes dorados, cirios, imágenes y otras cosas santas; cada cual había derramado bastantes lágrimas sinceras y escuchado bastantes órganos y cánticos. Todos se habían como bañado en su alma y conciencia, se habían purificado y fortificado el alma, habían visto gentes diferentes, refrescado recuerdos y desembarazado de toda clase de molestias durante aquella corta jornada.

Estaba, pues, en el orden de las cosas que todos, propietarios acomodados, jornaleros o simples mendigos, se regocijasen en común, formando alrededor de las tiendas una muchedumbre agitada por tales movimientos que no era cómodo atravesarla. Claro que las voces más altas de todas

eran las de las mujeres que se aplastaban una a otra ante los mostradores por llegar a ver y tocar aquellas maravillas.

Szymek acababa de comprar a Nastusia un collar de ámbar, cintas y un pañuelo rojo; la joven se adornó con ello en seguida y fueron de puesto en puesto, cogidos por el talle, muy gozosos y casi ebrios de placer.

Detrás de ellos se arrastraba Jozka, que no hacía más que mirar y regatear los diferentes objetos expuestos sobre las mesas, y continuamente daba vueltas, suspirando tristemente, a la mísera *zlotowka* que tenía en la mano.

Jagusia andaba no lejos de allí; pero aparentaba no ver a su hermano. Iba sola, extrañamente triste y abatida. Aquel día no encontraba placer ni en las cintas desplegadas, ni en la música del organillo ni en los empujones y los gritos. Iba a donde iban los demás, llevada por la corriente, y se detenía donde los demás se detenían y apretaba el paso donde la empujaban, sin saber poco ni mucho qué había ido a hacer allí ni a dónde iba.

Mateusz se deslizó hacia ella y murmuró humildemente:

— Oye, no me eches de tu lado.

— ¿Acaso te he rechazado alguna vez?

— Sí, varias veces, y hasta con injurias.

— Me dijiste cosas indecentes y yo no podía hacer otra cosa. ¿Quién, sino, me ha...? — y de pronto se calló.

Jasio se abría lentamente camino hacia ella a través de la multitud.

— Irá también a la feria — murmuró Mateusz señalando al seminarista, que se resistía, riendo, a que le besaran la mano. — ¡Cómo se ha desarrollado ese chico! Por lo visto quiere dárselas de hijo de castellano, y yo todavía me acuerdo de cuando corría tras las vacas, no hace mucho.

— No vas a pretender que guarde vacas — repuso ella mal impresionada.

— No he dicho nada que no sea verdad. Una vez el organista le pegó porque dejó que las vacas pacieran en la avena de Pryczek, mientras dormía bajo un peral.

Jagus hizo un gesto de disgusto; pero acabó aproximándose al seminarista. Jasio la acogió sonriente, pero al obser-

var que la gente les contemplaba como al arco iris, desvió los ojos de ella y se dirigió a un puesto para comprar unas estampitas que luego repartió entre cuantas muchachas las solicitaron.

Ella le admiraba impávida, con ojos ardientes y dibujando en sus labios rojos una sonrisa tranquila, luminosa, dulce como la miel.

— Toma, Jagus, tu santa patrona — dijo poniéndole una estampa en sus manos, que se estrecharon febrilmente. Seguidamente, se separaron presurosos, como si se hubiesen quemado.

Jasio se despidió con algunas palabras que ella no comprendió, sumida en su contemplación. Todo su cuerpo se estremecía y no pudo articular el menor sonido.

El vaivén de la multitud les obligó a separarse. Ella guardóse la estampa en su seno, y se volvió para seguirle con la mirada a través de la gente. Pero ya no le pudo ver. Debíase haber marchado a la iglesia, porque tocaban a vísperas. Pero su imagen no se borraba de sus ojos.

—Verdaderamente, tiene un aire majestuoso — murmuró involuntariamente. — Extraña que las mozas no se queden sin ojos al verle. Pero, son unas tontas; la miel no se hizo para la boca del asno.

Echó a andar, y al oír unos pasos a su lado volvióse con presteza. Era Mateusz. Ella trató de separarse; pero él anduvo a su vera largo rato, como ensimismado. Por fin, acabó por preguntar:

— Jagus, ¿qué ha dicho tu madre de las amonestaciones de Szymek?

— ¿Qué remedio le queda sino callar? Si él quiere se casará; es cosa suya.

— Pero le cederá las fanegas, ¿no?

— No lo sé; no me ha dicho nada.

En esto se unieron a ellos Szymek y Nastusia, y, poco después, tropezaron con Jendrzych. Ya todos juntos, siguieron su camino.

— Jagus — exclamó Szymek; — espero que si madre me hace alguna injusticia te pondrás de mi parte.

— Así será; pero veo que has cambiado mucho en estos últimos tiempos. Es algo que me admira. Eres otro, ciertamente — dijo al verle tan resuelto a todo, tan erguido y envarado, bien afeitado, con su sombrero ladeado y el capote blanco como la leche.

— Me he escapado de la cuadra de madre.

— Y te encuentras mejor en libertad, ¿no es eso?

— Suelta el pájaro de la mano y verás cómo vuela. ¿Has oído las amonestaciones?

— Ya sé que las ha leído el cura. ¿Cuándo es la boda?

— Pronto, dentro de tres semanas, antes de la cosecha — repuso sonrojándose. Nastusia se apretó tiernamente contra él, pasándole un brazo por la cintura.

— Si precisa la celebraremos en la taberna y no invitaré a madre.

— ¿Ya tienes casa?

— Claro que sí. Me estableceré al otro lado de la casa de madre, pues no es cosa de que viva realquilado, entre extraños. Sólo con que madre me dé la tierra, ya me las compondré para salir adelante — hombreó con impetuosidad.

— Y yo le ayudaré en todo — apoyó Jendrzych con fuerza.

— Además, mi hermana no va desnuda. Tiene sus mil *zloty* en dinero cantante y sonante — objetó Mateusz.

El herrador les salió al paso, y, llamando a Mateusz, le susurró algo al oído y se fué.

El grupo siguió su camino. Hablaban de infinitas cosas y Szymek refería ahora que iba a realizar el sueño dorado de su vida: ser propietario, comprar un campo más, trabajar afanosamente la tierra. ¡Ya verían todos quién era él!

Nastusia le contemplaba con admiración, Jendrzych asentía a todo y Jagusia dejaba vagar sus miradas a lo lejos, indiferente a todo.

— Jagus, ven luego a la taberna porque habrá música — le suplicó Mateusz.

— La taberna ya no es ningún placer para mí — contestó ella tristemente.

Se miró en sus ojos empañados, se encasquetó el gorro

y echó a andar abriéndose paso a codazos a través de la multitud. Al llegar frente a la rectoría se encontró con Tereska.

— ¿Adónde vas tan de prisa? — le preguntó ella temerosamente.

— A la taberna; nos llama el herrero para una reunión.

— Me gustaría ir contigo.

— Si quieres venir no me niego, y sitio no te faltará; pero ve con cuidado porque la gente afila la lengua contra ti y dice que no me quitas el ojo de encima.

— Por más que haga me tratan como perros que desuellan un cordero.

— ¿Por qué das pie a ello, entonces? — Ya estaba impacientado y colérico.

— ¿Por qué? ¿Tú no sabes por qué? — se quejó ella en voz muy baja.

Se desprendió de ella en un arranque y tomó la delantera de tal modo que Tereska apenas si podía seguirle.

— ¡Vamos, ya estás llorando como un becerro! — le echó él en cara, volviéndose de pronto.

— No, no. Es que me ha caído una mota de polvo en el ojo.

— Cuando veo lloriqueos, es como si me atizaran una cuchillada.

Ella anduvo todavía un momento a su lado, y Mateusz, para desembarazarse de su amante, díjole en tono extrañamente afectuoso:

— Toma, ahí tienes unos cuantos gros; cómprate alguna cosa y ven después a la taberna; bailaremos.

Tereska le expresó con los ojos una gratitud infinita.

— ¿Qué quieres que haga con este dinero? Eres tan bueno... tan... — murmuró ella radiante.

— Ven al anochecer; antes no tendría tiempo.

Se volvió hacia ella desde el umbral, sonrióle y entró en el corredor.

En la taberna ya se estaba estrecho y hacía un calor insoportable. En la sala principal era grande la afluencia de gente que bebía y conversaba; los jóvenes de Lipce se ha-

bían dado cita en la alcoba, con el herrador y Grzela, el hermano del alcalde, a la cabeza. También habían venido algunos propietarios como Ploszka, el asesor, Klomb y Adam, el primo hermano de los Boryna; Kobus se había juntado a ellos, sin que nadie le invitara.

Cuando entró Mateusz, Grzela escribía algo con tiza encima de la mesa, hablando impetuosamente.

Se trataba del acuerdo con el castellano, que prometía dar a los campesinos por una fanega de bosque cuatro fanegas de tierra laborable de Podlesia y ceder otro tanto mediante pago; hasta quería darles a crédito la madera para las cabañas.

Grzela lo explicaba todo al detalle y dibujaba con tiza cómo se repartiría la tierra y lo que tocaría a cada uno.

— Pesad bien lo que os digo — gritó; — es un negocio limpio como el oro.

— Es fácil prometer y mejor si el tonto se deja embaucar y está contento — masculló Ploszka.

— Es la pura verdad y no vanas promesas. Nos lo cederá todo ante notario. Meteos bien eso en la cabeza. ¡Tanta tierra nueva para el pueblo! Cada hombre de Lipce se encontrará con una nueva explotación. Reflexionad.

Y el herrador repitió aún lo que el señor le había recomendado decir.

Escuchaban atentamente; pero nadie decía una palabra. Sólo miraban los trazos blancos y cavilaban profundamente.

— Es verdad, este negocio es casi oro; pero falta saber si lo permitirá el comisario — objetó el asesor rascándose las greñas con las uñas, con aire inquieto.

— No hay más remedio. El ayuntamiento no va a pedir permiso a las autoridades para tomar un acuerdo. No tiene más remedio que dejarnos hacer lo que queramos — dijo Grzela.

— Que haya o no remedio, comienza por no aullar. Y que alguno mire si el sargento anda por ahí junto a la pared con la nariz al aire.

— Acabo de verle junto al mostrador — dijo Mateusz.

— ¿Y cuándo querrá el castellano hacernos la cesión? — preguntó uno.

— Dice que está dispuesto a hacerla mañana mismo. Si nos ponemos de acuerdo nos hará la cesión en seguida y después el agrimensor medirá lo que toca a cada uno.

— Entonces se podrá echar mano a esta tierra inmediatamente después de las cosechas.

— Y trabajarla como conviene para las siembras de otoño.

— ¡Jesús! Por de pronto va a dar esto mucho trabajo.

Hablaban alegremente, a quien más fuerte. Todos sentían la misma alegría, sus ojos irradiaban de gozo, la satisfacción codiciosa les enderezaba el espinazo y sus manos se tendían ya para tomar aquella tierra deseada.

Algunos tarareaban y gritaban al judío que les trajese aguardiente y otros hacían chistes a propósito del reparto y cada cual soñaba en granjas nuevas y en riquezas, y decían desatinos como si estuviesen ebrios, reían, golpeaban la mesa con el puño y pataleaban con brío.

— ¡Vaya una fiesta que va a haber en Lipce!

— ¡Zambomba! ¡Qué diversiones y qué música!

— ¡Y las bodas que se van a celebrar por Carnaval!

— ¡No va a haber bastantes mozas en el pueblo!

— Se comprarán en la ciudad para completar el número; podremos hacerlo.

— ¡Voto al chápiro! Ya no engancharé a mi carreta más que garañones.

— ¡Vamos, calma! — exclamó el viejo Ploszka golpeando la mesa con el puño. — Estáis gritando como judíos en sábado. Yo sólo quisiera saber si no encubre algo malo esa promesa del castellano.

Guardaron silencio como si de pronto les hubiesen echado un jarro de agua fría. Al cabo de un momento observó el asesor:

— Yo tampoco puedo comprender por qué es tan generoso.

— Evidentemente, ha de haber alguna trampa, porque ¡vamos, dar tanta tierra casi por nada!... — opinó uno de los viejos.

Pero ante esto Grzela se enfureció y vociferó:

— Yo os digo que sois unos asnos.

Y empezó otra vez a explicar el asunto y a exponer sus razones con ahinco. Sudaba la gota gorda. El herrero también se servía de la lengua todo lo que podía y abordaba uno tras otro a los presentes; pero el viejo Ploszka no se dejaba convencer, y no hacía más que mover la cabeza y sonreír con tanta ironía que Grzela saltó hacia él con los puños cerrados no pudiendo refrenar su cólera.

— Diga el fondo de su pensamiento, puesto que el nuestro le parece falso.

— Os lo voy a decir. Yo conozco bien a esa ralea de perros; la conozco y os digo: no os fiéis del castellano mientras no esté la cosa en blanco y en negro. Ellos han engordado siempre en perjuicio nuestro y ahora también quieren trasquilarnos la lana de la espalda.

— Si es esa su opinión, déjenos a nosotros y no impida el bien de los demás — le gritó Klomb.

— Tú fuiste al bosque con los señores y ahora vas también de pareja con ellos.

— ¿Y qué? Sí, fuí, y si es necesario volveré; y conste que no estoy con ellos, sino por la justicia y por todo el pueblo. Hay que ser un mulo para no ver que es magnífico el asunto. Hay que ser un tonto para no tomar lo que a uno le dan.

— Vosotros sois unos tontos porque os apresuráis a vender pantalones por el precio de los tirantes. Burros, más que burros; cuando el castellano da tanto, bien pudiera dar más.

Se pusieron a chillar cada vez con más aspereza, y como otros tomaron el partido de Klomb, hubo tales estallidos de voces que Jankiel vino corriendo y puso sobre la mesa una formidable botella de aguardiente.

— ¡Psst, pssst..., señores campesinos! ¡Hagan las paces! ¡Si Podlesia se convirtiese en un nuevo Lipce! ¡Si cada cual fuese propietario! — exclamó haciendo circular la copita a la redonda.

Naturalmente que se pusieron a beber y a hablar aún

más, porque ya todos se inclinaban por el acuerdo, excepto el viejo Ploszka.

Al herrador debía de irle en aquello un gran provecho, porque era el que hablaba más recio, se extendía largamente sobre la generosidad del castellano y pagó sucesivamente una ronda de aguardiente, otra de cerveza y hasta una de arac con aguardiente del fino.

El festín era tal que a más de uno se le salían los ojos de las órbitas y se le entrapajaba la lengua.

Entonces, Kobus, que no había desplegado los labios, se puso a agarrar a la gente por el pescuezo y a gritar:

— ¿Y los arrendatarios, qué van a tener? ¿Qué van a salir ganando? ¡Nosotros también tenemos derecho a la tierra! ¡Nosotros no permitiremos ese acuerdo! ¡Ha de haber una justicia! ¡Con que unos apenas van a poder trajinar su panza y los otros reventarán de hambre! ¡La tierra ha de pertenecer por igual a todos! ¡Peste de señores! Son muchos los que enseñan el culo por los agujeros de su pantalón y van con la nariz alta como si quisieran estornudar continuamente. ¡Malditas cabezas de plica! — gritó a más y mejor; y lanzó a la cara de todos tales indecencias que lo echaron a la calle; pero continuó aún, delante de la taberna, echando pestes y amenazando.

La reunión no tardó en dispersarse, volviendo cada cual a su casa, descontando que los más amigos de diversión se quedaron en la taberna, donde ya sonaba la música.

Entretanto había llegado la noche, el sol se había hundido detrás de los bosques y todo el cielo parecía una llama; la cima de los trigos y de los huertos parecía bañarse en grana y oro. Soplaba una brisa blanda y húmeda, las ranas empezaban a croar, las codornices se llamaban una a otra y el cri cri de las chicharras resonaba en los campos como el ruido ininterrumpido de las espigas maduras. Era ya el fin de la fiesta mayor; empezaba el desfile y todo era carruajes que rodaban, y aquí y allá cantos sonoros de borrachos.

Lipce volvió a sumirse en la calma y la plaza de la iglesia se vació; pero aún había bastante gente sentada delante de las cabañas, disfrutando del fresco y del reposo.

El silencio y el crepúsculo se habían instalado en el mundo, los campos se obscurecían, las lontananzas se confundían ya con el cielo; todo estaba tranquilo, el sueño se iba apoderando lentamente de la tierra y la envolvía en un rocío tibio; aquí y allá salían de los huertos gritos de pájaros como una oración vespertina.

El ganado volvía de los pastos, a cada instante se oía largos mugidos nostálgicos, y cabezas cornudas se mostraban a lo largo del estanque, que los fulgores del poniente hacían brillar como si estuviese cubierto de brasas sangrientas. Cerca del molino, unos chiquillos que se bañaban retozaban y gritaban; en los patios las mozas tarareaban canciones, los carneros balaban y los gansos alborotaban.

En casa de los Boryna, sin embargo, todo estaba quieto y vacío. Hanka había ido con los niños a casa de una amiga comadre suya; Pietrek se había ido no se sabe dónde; Jagusia no se había dejado ver desde vísperas y Jozka hacía las faenas de la casa.

El mendigo ciego estaba sentado en la galería, volvía la cara hacia el viento fresco, mascullaba una oración y escuchaba atentamente la cigüeña de Witek que rondaba junto a él y que con el pico asaetaba solapadamente sus pies.

— ¡Hay que ver!... ¡Así te pudras, bribón de los demonios!... ¡Pues no me ha pellizcado con el pico!... — refunfuñó recogiendo los pies debajo de sí y blandiendo su gran rosario; la cigüeña retrocedió algunos pasos y luego volvió astutamente de flanco, con el pico tendido.

— ¡Ya te oigo, ya! Esta vez no me dejo picar. ¡Cuerno de bestia, qué cazurra eres! — murmuró; pero como oyó un sonido de violín que venía del patio, escuchó la música con placer, agitando de tiempo en tiempo su rosario para defenderse.

— Jozia, ¿quién rasca tan bien?

— Es Witek. Ha aprendido de Pietrek y ahora no hace más que rascar hasta que le duelen a una los oídos. ¡Witek, para de tocar y lleva trébol a los potros! — le gritó:

El violín se calló. El mendigo había meditado algo, por-

que cuando Witek pasó cerca de la cabaña, le dijo muy amablemente:

— Toma esta *dziesiontka*, ya que sacas tan bien tus notas.

El muchacho mostróse muy contento.

— ¿Podrías tocar también canciones devotas, di?

— Todo lo que oigo puedo tocarlo.

— Claro, a todos nos gusta lo nuestro. Pero esta tonada, ¿la tocarías también? — y canturreó a su manera con una voz de falsete lamentable.

Pero Witek ni siquiera escuchó hasta el fin; fué a buscar su violín, sentóse y tocó, en efecto, exactamente lo mismo; luego, repitió otras melodías que sólo había oído en la iglesia, con tanta habilidad que el mendigo se admiró.

— ¡Pues mira; podrías llegar a ser un buen organista!

— Toco todo lo que quiero, hasta música del castillo y lo que se canta en las tabernas — se alabó muy ufano; y tocaba a grandes golpes de arco, haciendo cacarear a las gallinas en sus pértigas. Pero llegó Hanka y lo mandó en seguida a ayudar a Jozka.

La noche era obscura como boca de lobo; los últimos resplandores se habían extinguido ya y en el cielo alto y sombrío hormigueaban las estrellas. La gente disponíase a dormir; pero en la taberna resonaban todavía gritos y músicas.

Hanka, delante del corredor, daba el pecho a su hijito mientras oía las historias que iba refiriendo el mendigo. Con la mirada fija en la obscuridad, apenas si le escuchaba.

Jagna había marchado al anochecer con dirección al pueblo, deseosa de reunirse con las mozas, y aún no había regresado. No había podido parar un momento en ningún sitio, impelida por su desasosiego, como si alguien le tirase de los cabellos. Finalmente, hasta erró sola por el pueblo. Durante largo rato permaneció mirando el agua que el viento hacía temblar, contempló las sombras agitadas, las luces que rielaban en la superficie del estanque y que parecían desaparecer en un abismo insondable. De repente, se apoderó de ella algo extraño que la hizo correr hasta detrás del molino, hasta las praderas donde flotaba ya la lana blanca

y tibia de las nieblas y donde las avefrías volaban lanzando gritos.

Escuchó el ruido de las aguas que caían de la exclusa a la tenebrosa garganta del río, bajo los álamos que parecían dormir, y aquel murmullo le hizo el efecto de un llamamiento compasivo y de una queja repleta de llanto. Al huir de allí miró largo tiempo las ventanas de casa del molinero, por donde salía luz, voces y ruido de vajilla, y siguió vagando de un extremo a otro de la aldea, como una corriente de agua que busca en vano una salida y chapotea plañideramente contra las paredes impenetrables.

Algo la roía, algo que no hubiera sabido explicar, que no era pesar, ni nostalgia, ni amor; tenía los ojos llenos de un fuego desecador y un sollozo hirviente, terrible, le subía del corazón.

Sin saber cómo se encontró delante de la rectoría; unos caballos piafaban allí impacientemente y sólo había luz en una habitación donde se jugaba a los naipes, y después de mirar siguió el camino entre setos que separaba la granja de Klomb del huerto del cura, miedosamente; las ramas colgantes de los cerezos le rozaban la cara con sus hojitas húmedas de rocío. Iba sin voluntad, sin saber dónde la llevaban sus pasos, hasta que la casa baja del organista le cerró el paso.

Se deslizó protegida por la sombra junto al cercado y miró al interior.

Las cuatro ventanas brillaban, abiertas.

El organista y su mujer permanecían sentados con sus hijos bajo la lámpara suspendida del techo, tomando té; Jasio iba y venía por la habitación, refiriendo algo.

Ella oía cada una de sus palabras, cada crujido de las tablas del suelo, el tictac del péndulo y hasta la respiración potente del organista.

Jasio contaba tales maravillas que ella no comprendía nada; pero le miraba como a una imagen santa, bebiendo cada sonido de su voz como la más dulce miel. El se paseaba, desapareciendo de vez en cuando en el fondo de la habitación y reapareciendo periódicamente en la órbita de la luz;

a veces se detenía cerca de la ventana y ella se apretaba espantada contra el vallado para que él no la viese; pero él sólo miraba el cielo cubierto de estrellas, decía algo chusco que hacía reír a los demás y la alegría se reflejaba en las caras como luz del sol. Finalmente, se sentó cerca de su madre, y sus hermanitas se le subieron a las rodillas y se colgaron a su cuello; él las abrazó afectuosamente, las meció y les hizo cosquillas, y entonces, en la estancia resonaron las risas infantiles.

El reloj dió horas y la mujer del organista dijo, levantándose:

— No hables más; ya es tiempo de que vayas a dormir. Has de partir al rayar el día.

— Sí, madre. ¡Dios mío, que pronto pasa el tiempo! — suspiró con pesar.

Fué como si alguien apretase con toda su fuerza el corazón de Jagusia, y tan dolorosamente que las lágrimas, por sí solas, se deslizaron por su cara.

— Pero pronto vendrán las vacaciones — repuso; — el rector ha prometido que me las dará si se las pide el cura.

— No tengas miedo; escribirá, se lo suplicaré yo — contestó su madre mientras le preparaba su cama en el canapé, frente a la ventana. Todos la ayudaron, y el mismo organista en persona trajo un cacharro bastante grande y lo deslizó riendo debajo de la cama. Después, se despidieron cariñosamente de Jasio, deseándole buenas noches, y su madre le apretó llorando contra su pecho mientras le besaba con efusión.

— ¡Duerme, hijo mío, duerme bien, mi niño!

— No hago más que rezar mis oraciones y me acuesto en seguida, mamá.

Salieron al fin.

Jagus los vió ir de puntillas por la estancia vecina, reprimir sus voces y cerrar las ventanas; la casa quedó sumida en el silencio.

Jagna quiso separarse de aquel lugar; pero no podía, como si algo le retuviese los pies; no conseguía dar un paso y, finalmente, optó por apoyar más las espaldas contra la

valla, agazaparse más y permanecer allí como emparedada, con la mirada fija en aquella última ventana iluminada.

Jasio leyó algo en un gran libro, se arrodilló cerca de la ventana, se santiguó, plegó las manos en oración, levantó los ojos al cielo y murmuró su oración con voz penetrante.

La obscuridad era densa, un silencio insondable envolvía el mundo, las estrellas parpadeaban en las alturas, un soplo tibio y perfumado venía de los campos y a veces susurraban las hojas o cantaba algún pájaro.

Jagusia sintió estremecerse algo en ella y su corazón palpitó locamente; sus ojos ardían, sus labios hinchados quemaban, sus manos se extendían solas hacia él; y por más que todo su cuerpo se puso rígido, la sacudía un temblor tan extraño, tan irresistible, que de grado o por fuerza tuvo que apoyarse en la valla con tanta violencia que crujió una de las traviesas.

Jasio asomó la cabeza, miró en torno y volvió a rezar al no ver a nadie.

Ella sintió algo inexpresable, una torturadora voluptuosidad que le quemaba los huesos y hacía correr fuego por sus venas hasta el punto de obligarla casi a gritar. Había olvidado donde estaba y eran tales las sacudidas que la estremecían que apenas si podía respirar. Su cuerpo relampagueaba, abrasado por extraños huracanes y deseos epilépticos. Sentíase arrastrada a trepar hacia él para rozar siquiera con sus labios sus manos finas y blancas, para arrodillarse ante él y contemplar su adorado rostro, para venerarle como a una imagen milagrosa. Y, sin embargo, no pudo moverse, inmovilizada por el espanto y el horror que, de súbito, se apoderaron de ella.

— ¡Jesús, Jesús mío, ten misericordia de mí! — gimió sordamente.

Jasio se incorporó vivamente y se asomó de nuevo a la ventana.

— ¿Quién está ahí? — preguntó.

Ella, petrificada, retuvo el aliento; su corazón cesó de latir y quedó como cuajada en un pasmo sagrado. Su alma

parecía estrujarle la garganta y su angustiosa dicha vaciló en la plenitud de la esperanza.

Jasio miró hacia el camino de los setos sin ver a nadie, y tras cerrar la ventana se desnudó rápidamente y apagó la luz.

Jagna permaneció largo rato sentada, con la mirada fija en la ventana negra y muda. La noche se había hecho más insondable en su corazón. El frío acabó por penetrarle hasta los huesos y un argentado rocío inundó su alma pronta a volar. Al extinguirse el frenético deseo que bullía en su sangre, sintió una felicidad indecible. Quedó envuelta en una calma solemne, en un santo recogimiento, algo así como el ensueño profundo de las flores antes de la salida del sol, y se sumió en una dichosa oración muda, en éxtasis dulcísimos, en una santa maravilla que encantaba su alma, en el júbilo inconcebible de la primavera que despierta y que se desgrana en lágrimas de beatitud como un rosario de acciones de gracias al Señor.

III

QUISIERA irme, Hanus — imploró Jozka, apoyando su cabeza en el banco de la iglesia.

— Bueno; pues levanta la cola como un becerro y echa a correr — refunfuñó Hanka, apartando los ojos de su rosario.

— Siento retortijones en el estómago... y tengo náuseas.

— Espera un poco; la misa acabará pronto.

En efecto; el cura acababa la misa por el descanso del alma de Boryna que había sido encargada por la familia para la octava de su muerte.

Los parientes más próximos estaban sentados en los bancos laterales y sólo Jagusia y su madre estaban arrodilladas delante del altar; no había ningún extraño, aparte Agata, que deshilvanaba oraciones en voz alta en un rincón del coro.

La iglesia estaba silenciosa, fría y obscura; sólo en medio flotaba una gran faja de luz resplandeciente, pues el sol lanzaba sus rayos por la puerta abierta y penetraba hasta cerca del púlpito.

El Michal del organista ayudaba a misa como siempre, sacudía las campanillas tan recio que aturdía los oídos, voceaba las palabras del oficio y seguía con los ojos las golondrinas que de vez en cuando se extraviaban en la iglesia y se deslizaban por el aire dando chillidos de inquietud.

A ratos se oía venir del estanque el chasquido seco de los batidores, los gorriones piaban detrás de las ventanas y varias veces una gallina clueca, viniendo del cementerio, llamó con gran cacareo desde el atrio a toda la puesta de polluelos que piaban y que Jambrozy tuvo que echar de allí.

En cuanto el cura terminó salieron todos al cementerio.

Estaban ya cerca del campanario, cuando Jambrozy les gritó:

— ¡Esperad un poco! El señor cura os quiere decir algo.

No había pasado un avemaría, cuando vino el cura resollando, con el breviario debajo del brazo; les saludó amablemente, y enjugándose la calva, dijo:

— Queridos míos; quería deciros que habéis obrado como buenos cristianos encargando una santa misa por el difunto. Esto aliviará su alma y contribuirá a su salvación eterna.

Aspiró rapé, estornudó poderosamente, y preguntó, frotándose las narices:

— Seguramente es hoy cuando vais a tener consejo a propósito del reparto, ¿eh?

— Naturalmente; es costumbre que no se haga eso hasta cumplida la octava — confirmaron.

— Sin duda. Y precisamente quería deciros una palabra: partid; pero procurad que se haga amistosamente y según justicia. No quiero querellas ni altercados, pues de lo contrario os voy a dar una pelma desde lo alto del púlpito. El difunto se revolverá en su tumba si ve que os disputáis el fruto de su trabajo como lobos que desgarran un carnero. Y Dios os libre de perjudicar a los huérfanos. Grzela está lejos y Jozka es aún una cabeza de chorlito. Y lo que corresponde a cada cual hay que dárselo escrupulosamente, gros más gros menos. De qué manera dispuso de sus bienes, es cosa suya; pero hay que cumplir su voluntad. Tal vez el pobrecito nos mira en este momento y piensa para sí: he hecho de ellos hombres, les he dejado una granja bastante considerable, y no es de esperar que acaben a bocado limpio, como perros, a causa del reparto de la heren-

cia. Os lo repito siempre desde lo alto del púlpito: todo se sostiene en este mundo por la paz, nadie ha edificado todavía nada con la cizaña, nada absolutamente sino el pecado y las ofensas al buen Dios. Y no olvidéis a la iglesia. El difunto era generoso y no escatimaba los gros para los cirios ni para la misa, ni para las otras necesidades, y por eso el Señor Dios lo bendijo.

Les predicó largo tiempo, hasta que las mujeres se pusieron a llorar y a abrazarle las rodillas en prueba de gratitud.

Jozka se cogió sollozando a sus brazos y entonces él la apretó contra su pecho, y le dijo bondadosamente, besándola en la cabeza:

— ¡No llores, tontita! Dios Nuestro Señor vela muy particularmente por ti.

— Su propio padre no le hablaría más tiernamente — murmuró Hanka, muy impresionada. Hay que creer que también estaba emocionado el cura, porque se enjugó disimuladamente los ojos, ofreció un polvo de rapé al herrero y se apresuró a hablar de otra cosa.

— ¿Y de ese acuerdo con el castellano?

— Se llegará a él. Hoy han ido a verle cinco vecinos, en carruaje.

— ¡Alabado sea Dios! ¡Voy a celebrar una santa misa gratuitamente con tal motivo!

— Me parece que el pueblo habría de hacer una cuestación para una misa votiva con exposición del Santísimo Sacramento. ¡Porque, vamos, una partición de tierras nuevas y sin desatar la bolsa!

— Esas son palabras sensatas, Michal. He hablado de ti al señor. Vamos, que Dios sea con vosotros y concertaos amistosamente, y según la justicia. Y... oye, Michal, ven a dar un vistazo a mi cupé; el resorte derecho frota un poco contra el eje...

— El cura de Laznowo es quien lo ha aplastado así con su peso.

El rector no contestó y los demás se marcharon directamente a sus casas.

Jagusia conducía a su madre, que se había quedado atrás, porque la vieja se arrastraba con dificultad y descansaba a cada momento.

Era día laborable y los caminos estaban vacíos en torno al estanque; sólo aquí y allá jugaban niños en la arena y las gallinas escarbaban en los estiércoles esparcidos. Aún era temprano, pero el sol apretaba ya bastante; afortunadamente, el viento era fresco y soplaba tan fuerte que los árboles se balanceaban, llenos de frutos ya rojizos, y los trigos batían contra las cercas como aguas impetuosas.

Las puertas de las cabañas estaban abiertas, así como las barreras de los patios; aquí y allá se aireaban ropas de cama, tendidas sobre las cercas; todos los que podían moverse trabajaban en los campos. Los había aún que transportaban, con mucho retraso, las últimas haces de heno, cuyo olor hacía cosquillear las narices, y en las ramas que colgaban por encima de la carretera se balanceaban puñados de briznas como barbas de judíos.

Caminaban lentamente y en silencio, pensando en el reparto.

De los campos donde los campesinos aporcaban las patatas, llegaba a veces el eco de alguna canción que el viento llevaba no se sabe adónde. Junto al molino repercutían los golpes de pala de una mujeruca que lavaba y el agua que caía sobre las ruedas mugía sordamente.

— ¡El molinero trabaja sin descanso — exclamó Magda.

— Se está en plena carestía y para el molinero es tiempo de recolección.

— Hay más miseria este año que el pasado. Todo el mundo se lamenta y los pobres pasan hambre — suspiró Hanka.

— Ahí van los Koziol, al acecho de lo que pueda caer; es de esperar que no tarden mucho en robar algo que valga la pena — observó el herrador.

— No diga barbaridades. Los pobres salen del paso como pueden. La Kozlowa le vendió ayer los ansarones al organista, y esto le ha dado algún respiro.

— Pronto se beberán el dinero. Yo no quiero decir nada

malo de ellos; pero mi hijo Macius encontró ayer detrás del establo de Koziol las plumas del ganso que me quitaron el día del entierro de padre — observó Magda.

— ¿Y quién robó aquel día nuestra ropa de cama? — añadió Jozka.

— ¿Cuándo se falla su asunto con el alcalde y su mujer?

— No muy pronto, porque Ploszka les sostiene, y le darán bastante que hacer al alcalde.

— A ese Ploszka le gusta siempre meter la nariz en los asuntos de los demás.

— ¡Toma, procura hacerse amigos! Se muere de ganas de ser alcalde.

Jankiel les salió al paso; tiraba por la crin de un caballo trabado que daba coces y resistía con todas sus fuerzas.

— Échele pimienta debajo de la cola y correrá como un semental.

— ¡Puede usted bromear! ¡Lo que me da que hacer este caballo!

— Llénelo de paja, fabríquele una cola nueva y llévelo a la feria, donde tal vez alguien lo compre como vaca, puesto que no sirve para nada como caballo — se chungueó Michal, y los demás soltaron la risa porque en tal momento el caballo se soltó de las manos del judío, saltó al estanque, y, sin hacer caso de las imprecaciones y las amenazas de Jankiel, se revolcó en el agua lo más despreocupadamente del mundo.

— Es un animal muy astuto. Debe haber estado con gitanos.

— Tal vez salga si le ofrece un cubo de aguardiente — dijo en son de broma la mujer del organista, que permanecía sentada junto al estanque a la mira de una bandada de ansarones que nadaban como bolitas de plumón amarillo. En la orilla cacareaba una gallina con las alas ahuecadas.

— ¡Qué bonitos son! Seguramente son los que le ha comprado a la Kozlowa — díjole Hanka.

— Sí, son éstos; pero observo que tienen la manía de correr siempre hacia el estanque. ¡Tas, tas, tas, tas! — les llamó, echándoles como cebo puñados de mijo.

Y como los patitos persistían en correr hacia la otra orilla, tuvo que correr tras ellos.

— ¡Daos prisa! — les gritó el herrero.

Al llegar a casa Hanka se dispuso a preparar el desayuno y el herrero comenzó a huronear de nuevo por los rincones, por el patio y hasta por los silos de patatas.

— Parece que busca usted algo.

— Claro que sí; no es cosa de que haya después gato encerrado y pierda en el arreglo.

— Todo lo conoce mejor que yo — repuso ella sarcásticamente, vertiendo el café en pequeños tarros. — ¡Dominikowa! ¡Jagus! Vengan con nosotros — gritó hacia el otro lado de la casa, donde permanecían ambas.

Todos se sentaron y tomaron el café con pan.

Nadie se hacía oír porque no era fácil empezar; cada cual titubeaba y miraba a los demás. Hanka se mostraba también extrañamente reservada; instaba a todos a que comiesen mientras les servía solícita; pero casi no quitaba los ojos del herrero, que se retorcía en su sitio, dejaba revolotear su mirada de un lado a otro y que continuamente fingía accesos de tos. Jagusia estaba un poco malhumorada; tenía los ojos brillantes como si acabase de llorar y suspiraba de cuando en cuando. La Dominikowa se hinchaba como una clueca y murmuraba algo al oído de su hija; en cuanto a Jozka, charlaba por los codos, según su costumbre, y cuidaba de los pucheros llenos de patatas, puestos a cocer.

Ya el tiempo se les hacía largo a todos, cuando el herrero empezó:

— Entonces, ¿cuando vamos a proceder para la partición?

Hanka se puso en guardia, y, muy envarada, dijo con tranquilidad, después de madura reflexión:

— ¿Qué quiere usted hacer? Yo no estoy aquí más que para vigilar los bienes de mi hombre y no tengo derecho a decidir nada. Cuando Antek vuelva, entonces partirán ustedes.

— Pero, ¿cuándo volverá? Las cosas no pueden quedar así.

— ¡Ya lo creo que quedarán así! Han quedado en suspenso durante todo el tiempo de la enfermedad de padre y pueden quedar también mientras Antek no esté de vuelta.

— No es él el único en participar.

— Pero es el mayor y a él corresponde tomar posesión del dominio después del padre.

— Tiene exactamente los mismos derechos que los demás hijos.

— Puede ser que vosotros tengáis también vuestra parte si os ponéis de acuerdo con Antek. Pero, en todo caso, no soy yo quien va a disputarse con vosotros; no es mi voluntad la que decide aquí.

— Jagus, recuérdales quién eres tú — se oyó decir a la Dominikowa.

— ¿Para qué?... Ya lo saben bien...

Hanka se puso como la grana, y dando un puntapié a *Lapa*, que se había metido entre sus piernas, dijo entre dientes:

— ¡Ya lo creo! Muy bien.

— Entendidos; pero aquí se trata de seis fanegas que el difunto donó a Jagusia, y no de palabras tontas.

— Si usted tiene la escritura de donación, nadie se la quitará — refunfuñó colérica Magda, que había estado hasta entonces tranquilamente sentada, dando teta al niño.

— La tenemos; ha sido hecha y registrada delante de testigos.

— Puesto que todos nosotros esperamos, Jagusia también puede esperar.

— Pero lo que es de ella lo va a tomar en seguida; bien sabéis que tiene la vaca y su ternero, el cerdo y los gansos...

— Eso son bienes comunes y serán repartidos — opuso el herrero con voz dura.

— ¡Repartido! ¡Eso quisierais! Lo que recibió en dote nadie puede quitárselo. Tal vez quisierais repartir también entre vosotros sus faldas y sus colchas, ¿eh? — La voz de la Dominikowa se hacía cada vez más fuerte.

— Yo he dicho esto en broma y usted saca las uñas.

— ¡Anda!... Ya veo bien su juego... Yo veo al trasluz.

— ¿De qué sirve estar charlando por nada? Usted ha dicho bien, Hanka, hay que esperar a Antek. Yo he de darme prisa porque he de ir a ver al señor del castillo, que me está esperando — observó el herrero.

Se levantó; y habiendo visto la piel de carnero de Boryna, que estaba colgada en un rincón en el perchero de los vestidos, tiró de ella.

— Me iría perfectamente.

— No la toque, déjela secar — le ordenó Hanka.

— Pero deme al menos esas botas viejas. Sólo las cañas son buenas, y ya han sido una vez remontadas — alegó sacándolas hábilmente del perchero.

— ¡No dejo tocar nada! Si toma usted cualquier cosa que sea, se dirá luego que he dejado pillar la mitad de la herencia. Que se haga primero el inventario. Yo no consentiré que se toque una estaca del cercado antes de que las autoridades lo hayan inventariado todo.

— Aún no se ha hecho el inventario y las ropas de la cama de padre ya han desaparecido.

— Ya te he dicho lo que ha pasado. Inmediatamente después de su muerte, se tendieron en la cerca y alguien las robó. No tenía una la cabeza para pensar en todo.

— Es curioso que hubiera allí un ladrón apostado para robarlas al punto.

— ¿Qué quiere usted decir: ¿Que soy yo quien las cogió y que ahora digo una mentira?

— ¡Silencio, mujeres! Sobre todo, fuera disputas. Deja eso, Magda. Al que las haya robado, que le sirvan de sudario.

— La colcha no pesaba mucho menos de treinta libras.

— Te lo repito, cierra el hocico — aulló a su mujer; y se llevó a Hanka pretextando que tenía que ver los cerdos.

Ella le siguió; pero muy en guardia.

— Quería darle un consejo.

Ella tendió curiosamente el oído, adivinando lo que quería decirle.

— Mire usted, sería preciso que antes del inventario, una de estas noches, llevase usted a mi casa, pongamos por caso, dos vacas. Le podría confiar la marrana al primo, y

esconder en diferentes casas todo lo que se pudiese... Yo le diré dónde... Por lo que toca al trigo, dirá usted cuando se haga el inventario, que hace mucho tiempo que está vendido a Jankiel, y él lo confirmará de buena gana; se le dará uno o dos *korczyks*. El molinero tomará la potranca, que se rellenará un poco las costillas en sus pastos. Y algunas herramientas se podrían esconder en los silos, o dentro del centeno. Le aconsejo esto porque la quiero. Todos los que tienen un poco de buen sentido hacen esto. Usted ha zanqueado como un buey y es justo que se lleve un poco más. A cambio de esto usted podría darme alguna pequeñez, alguna fruslería. Y no tenga usted miedo; yo la ayudaré en todo. Sobre todo yo haré por que ustedes se queden con la tierra. Pero haga lo que le digo; todos los que han seguido mis consejos han salido gananciosos... Hasta el castellano tiene a dicha poder escucharme. Conque, ¿qué dice usted?

— Esto y nada más; que lo que es mío, no lo suelto; pero no soy golosa de lo de los demás — contestó lentamente, hundiendo en él una mirada despreciativa. El se retorció como si hubiese recibido un garrotazo en mitad de la cabeza, paseó sobre ella su mirada, y siseó:

— Yo puedo decir que usted ha hurtado no poco a padre.

— Dígalo si le place. Cuando venga Antek le daré cuenta de su consejo.

Al herrero le costó refrenar sus votos y palabras; pero escupió y se fué de prisa, gritando hacia la estancia por la ventana abierta:

— ¡Magda, ten la vista en todo para que los ladrones no vayan a llevarse de nuevo algo!

Hanka le miró con una sonrisa sarcástica.

Escapó como escaldado y encontrando a la alcaldesa en el momento en que se metía por el camino entre setos, le estuvo hablando largo tiempo, blandiendo los puños.

La mujer del alcalde traía un papel oficial.

— Es para usted, Hanka; el recadero lo ha traído de la cancillería.

— Tal vez es a propósito de Antek — murmuró ella con temor, tomando el papel con el delantal.

— Parece que se refiere a Grzela. Mi hombre no está; ha ido a la ciudad y el recadero sólo ha dicho que ahí está escrito que Grzela ha muerto, o algo así...

— ¡Jesús, María! — gritó Jozka.

Magda también se puso en pie.

Todos miraban el papel con espanto y horror, volviéndolo y revolviéndolo entre sus manos temblorosas, sin saber qué hacer.

— Tal vez tú, Jagus, lo podrías descifrar — imploró Hanka.

Los demás la rodearon, llenos de temor y de inquietud; pero después de deletrear algún tiempo, Jagna contestó desanimada:

— Es que esto no está escrito en nuestra lengua, y yo no puedo sacar nada en limpio.

— Leer tal vez no sepa; pero hay otras cosas que sabe mejor — dijo la alcaldesa provocativamente.

— Váyase usted a su casa y no se meta con gente que la evita desde lejos como algo que huele mal — ladró la Dominikowa.

Pero a la mujer del alcalde le pareció sin duda la ocasión demasiado buena para no devolverle la pelota.

— Usted que es maestra en reprender a los demás, ¿por qué no prohibe a su hija que desencamine a los maridos de las otras mujeres?

— Déjela en paz, Pietrowa — intervino Hanka, que veía cómo iba a acabar aquello; pero la alcaldesa ya estaba puesta en el disparadero.

— He de decirle una vez siquiera lo que tengo en el estómago. Me ha envenenado la vida, me ha hecho sufrir tanto que no se lo perdonaré mientras viva.

— ¡Ladra, ladra!... Un perro no ladraría más fuerte — dijo la vieja tranquilamente. Jagus se puso roja como una remolacha; pero, aunque se abrasaba de vergüenza, un deseo loco de venganza llenó su corazón. Irguió la cabeza cada vez más, y como para desafiarla la asaetó intencionadamente con sus ojos provocativos, y una risa maligna le contrajo los labios.

La mujer del alcalde abrió la bocaza de par en par y desafiando la mirada de la otra le soltó las peores injurias, enumerando rabiosamente todas sus liviandades.

— Armas tanto escándalo porque estás borracha de veneno — le interrumpió la vieja; pero tu hombre responderá ante Dios del mal que ha hecho a Jagusia.

— ¡Ya se comprende que ha de responder de haber corrompido a una niña inocente, a una hermosa niña que corre de buena gana con cualquiera detrás de los arbustos!

— ¡Cierre el hocico, porque aunque ciega, mis manos encontrarán aún el camino de su puerco moño! — amenazó la vieja empuñando el bastón.

— ¡Pruébelo! ¡Tócame sólo y ya verás! — clamó la otra provocativa.

— ¡Anda! ¡Ha engordado con los perjuicios hechos a los demás y ahora quiere agarrarse a la gente como el lampazo a la cola de un perro!

— ¿En qué te he hecho yo daño? Quiero saberlo.

— Cuando hayan metido a tu hombre detrás de las rejas, ya te enterarás.

La alcaldesa brincó, con los puños cerrados; pero Hanka tuvo tiempo de rechazarla, y las amonestó severamente a las dos.

— ¡A ver, estáis en mi casa y no en la taberna!

Se callaron, palpitantes y resollando. A la Dominikowa las lágrimas le traspasaban los trapos que llevaba sobre los ojos vendados y corrían espesas por su cara enflaquecida. Fué la primera en adueñarse de sí misma, y, habiéndose sentado, suspiró, extendiendo los brazos:

— ¡Jesús, ten piedad de mí, pobre pecadora!

La mujer del alcalde escapó como una poseída; pero, luego, desanduvo lo andado, metió la cabeza por el vano de la ventana, y gritó, dirigiéndose a Hanka:

— Un consejo; echa de tu casa a esa arrastrada, échala a la calle mientras sea tiempo, porque sino después te arrepentirás. No la tengas ni una hora más bajo tu techo, porque esa peste del infierno será la que te echará a ti a dentelladas. Es mi consejo; defiéndete, Hanka. No tengas para

ella piedad ni perdón. No espera más que a tu hombre, y verás las tretas que te va a jugar. — Se inclinó más hacia la estancia, y amenazando a Jagusia con los puños, aulló con toda su rabia: — ¡Espera un poco, engendro del infierno, espera! No moriré tranquila, no iré a la santa confesión antes que mis ojos te hayan visto expulsada del pueblo a palos. ¡Ve detrás de los soldados, perra cuartelera! ¡Allí es tu sitio, marrana!

Y huyó. En la estancia hubo un silencio sepulcral.

La Dominikowa temblaba de pies a cabeza, porque no quería dar rienda suelta al llanto, Magda mecía al rorro y Hanka miraba hacia la chimenea, muy pensativa. En cuanto a Jagus, aún tenía la provocación en el rostro y una maligna sonrisa en los labios; pero estaba blanca como un lienzo, porque las últimas palabras la habían mordido directamente en el corazón; tenía la misma sensación que si cien cuchillos la hubiesen traspasado a la vez, y de aquellas heridas toda la sangre de su cuerpo manaba con fuerza, no dejando en ella más que un dolor indecible, un dolor verdaderamente sobrehumano. Hubiera querido estrellarse la cabeza contra la pared y dar alaridos con toda su alma; pero se dominó, y tirando a su madre por la manga, murmuró febrilmente:

— ¡Vámonos de aquí, madre! ¡Vámonos pronto, huyamos!

— ¡Bueno, bueno! Yo estoy completamente agotada; pero tú has de volver y has de velar por tu hacienda hasta el fin.

— Yo no me quedo aquí. Estoy tan asqueada de todo esto que ya no puedo soportarlo. ¡Que no me rompiera yo las piernas antes de entrar en esta casa!

— ¿Tan mal te has encontrado entre nosotros? — preguntó Hanka a media voz.

— Peor que un perro encadenado, tan mal que en el infierno se debe estar mejor.

— Entonces es extraño que te hayas quedado tanto tiempo, porque, después de todo, no te han atado aquí por las piernas. Podías haberte ido antes. No tengas cuidado, no voy a abrazarte por las rodillas y suplicarte que te quedes.

— ¡Me voy, y que la peste os ahogue a todos!

— ¡Nada de maldiciones! De lo contrario, yo podría echarte en pleno rostro las injusticias que me has hecho.

— ¡Es que todo el mundo está ahora contra mí, todo el pueblo, todos!...

— Vive honradamente, y nadie te arrojará la piedra.

— Cállate, Jagus; Hanka no está contra ti, vamos. ¡Cállate!

— ¡Que ladre, también, si quiere! Sus ladridos me los pongo en cierta parte. ¿Qué crimen he cometido yo? ¿He robado, he matado a alguien?

— ¡Cómo! ¿Tienes aún la audacia de preguntarlo? — exclamó Hanka admirada, plantándose delante de ella.—No me obligues a hablar, que yo nada digo.

— ¡Pues, bueno, dígalo! ¡Grítelo! ¡No me río yo poco! — dijo aún más arrebatada; la cólera aumentaba en ella como un incendio; estaba ya dispuesta a todo, hasta a lo peor.

Las lágrimas inundaron de pronto los ojos de Hanka; el recuerdo de las traiciones de Antek le mordió tan dolorosamente en el corazón, que apenas pudo balbucear:

— ¿Y qué es lo que hiciste con mi hombre? Dios te castigará un día por tu conducta para conmigo. No le has dejado en paz, le has dado la caza como una perra salida... como una... — los sollozos la sofocaban tanto que le faltó la respiración.

Jagus se agachó como un lobo atacado en su madriguera, con los colmillos prontos a hacer presa; el odio se le subió a la cabeza en oleadas, sus uñas se contrajeron en un deseo de venganza y saltó en medio de la estancia en el paroxismo del furor y se puso a fustigarla con palabras ahogadas, como con la cuerda de un látigo.

— ¿Yo he corrido detrás de él, yo? ¡Mientes como un perro! ¡Todo el mundo sabe cómo le he evitado! ¡Como un perro gañía detrás de mi puerta, para que yo le enseñase siquiera mi galocha! ¡Fué él quien me hizo violencia! ¡Fué él quien me echó tierra a los ojos e hizo conmigo, tonta de mí, lo que quiso! Pero ahora voy a decirte la verdad, aunque te duela. Me ha amado locamente, como no puede decirse. Y tú le dabas asco como un viejo harapo sucio, hasta el

punto que el pobre muchacho estaba de tu amor hasta los pelos. Le hacías eructar como cuando se ha comido tocino rancio, tanto que había de escupir cuando se acordaba de ti. Hasta estaba dispuesto a hacer alguna atrocidad, sólo por no tenerte más delante de los ojos. ¿Has querido la verdad? Hela ahí. Y acuérdate de lo que voy a decirte: si quiero yo, te echará a puntapiés, aunque le beses las botas, y me seguirá al fin del mundo. Ten esto presente, y no quieras medirte conmigo, comprendes, ¿eh?

Mientras lanzaba estas palabras ponzoñosas, ya dueña de sí y sin temor, estaba hermosa como jamás lo había estado. Hasta su madre la escuchaba maravillada y miedosa, hasta tal punto se había convertido en otra, completamente distinta; al mismo tiempo tenía algo de terrible, de malo y amenazador, como una nube henchida de rayos.

Aquellas palabras infierían a Hanka heridas casi mortales, la azotaban hasta hacerle sangre, la fustigaban sin piedad ni misericordia y la aplastaban como un pobre gusanillo. Finalmente, se desplomó como un árbol herido por el rayo, ya sin fuerza y sin sentimiento. Se dejó caer sobre el banco, y apenas si sus labios descoloridos podían aspirar el aire necesario; bajo el peso del dolor, todo en ella se deshizo en arena menuda y estéril, y hasta las lágrimas dejaron de correr por su cara, que con aquella tortura se había puesto gris como ceniza. Pero una tempestad de formidables sollozos desgarraba su pecho. Miedosa, miraba ante ella como si se hubiese abierto de pronto un precipicio a sus pies, y temblaba como el tallo de hierba que el viento va a segar.

Ya hacía tiempo que Jagus se había callado e ido a su estancia con su madre; Magda, no pudiendo sacar de ella una palabra, se había ido también, y hasta Jozka había ido corriendo al borde del estanque a buscar los ansarones, y ella continuaba sentada en el mismo sitio, como un pájaro medio muerto al que quitan los pequeñuelos, que no tiene ni la fuerza de gritar, ni de defenderse, ni de huir, y no puede hacer más que aletear de vez en cuando y piar quejumbrosamente.

Por fin, tuvo piedad de ella Jesucristo y alivió su alma torturada; vuelta en sí se postró delante de las imágenes, se deshizo en lágrimas e hizo voto de ir a Czenstochowa si todo lo que había oído resultaba no ser verdad.

No sentía cólera contra Jagusia; pero le había tomado tanto miedo que se santiguó como ante el Maligno al oír su voz.

Por fin se puso a trabajar, y sus manos, acostumbradas a la ruda tarea, hicieron la faena casi por sí solas, pues su pensamiento estaba muy lejos y ni siquiera sabía que había llevado los niños al huerto y arreglado la estancia; después de poner la comida en los dobles pucheros, dijo a Jozka que los llevase de prisa a los campos.

Cuando se quedó sola y se calmó un poco, se puso a pesar y meditar cada palabra. Era buena y por esto pasaba fácilmente por todas las ofensas y todos los daños que ya había soportado; pero lo que no podía olvidar era su amor propio herido, y más de una vez se requemó por dentro, su corazón se contrajo dolorosamente y le pasaron por la cabeza proyectos de venganza sangrienta. Este sentimiento acabó por dominarla, y murmuró:

— Claro que no es posible compararme a ella en hermosura; pero soy la esposa de Antek y la madre de sus hijos — le hacían pensar el orgullo y la confianza en sí misma. — Y si va detrás de ella, ya volverá a mí. Después de todo, no puede casarse con ella — se consoló amargamente, con la mirada puesta en la lontananza.

Era casi mediodía, el sol estaba suspendido sobre el estanque y el calor aumentaba de tal modo que la tierra quemaba ya y el aire abrasador parecía las bocanadas de un horno; la gente volvía ya de los campos y por encima de la carretera de los álamos se elevaban, al mismo tiempo que torbellinos de polvo, los mugidos del ganado que regresaba. De repente, Hanka adoptó resueltamente una decisión; se apoyó en la pared, reflexionó durante algunas avemarías, se enjugó los ojos, franqueó el corredor, abrió la puerta de la estancia de Jagusia y dijo en voz alta, completamente tranquila:

— ¡Ya puedes irte de casa ahora mismo!

Jagna se levantó del banco y se miraron cara a cara largo rato, hasta que Hanka retrocedió un poco del umbral, y repitió con voz ligeramente enronquecida:

— Vete en seguida, si no quieres que te haga echar por el criado... ¡al instante! — añadió inexorable.

La vieja se precipitó hacia ella para explicar y discutir las cosas; pero Jagus se contentó con encogerse de hombros.

— No hable siquiera con ese estropajo. Ya sabemos lo que le duele.

Del fondo del cofre sacó un papel.

— Lo que tú tienes en la cabeza es la donación, las fanegas. Pues bueno, tómalas; hártate con ellas.

Dijo despreciativamente, tirándole el papel a la cara.

— Trágatelas, y ahógate con ellas.

Y sin hacer caso de las protestas de su madre, se puso a liar rápidamente sus fardos de tela y a llevarlos al sendero de setos.

Hanka se sintió desfallecer como si hubiese recibido de lleno un puñetazo entre los ojos; pero recogió el papel y dijo con voz amenazadora:

— Y anda más ligera, o te suelto los perros. — Estaba como atontada. No lograba meterse en la cabeza que todo aquello fuera verdad. ¡Cómo podía comprenderse que tirase seis fanegas de tierra como quien tira un puchero roto! ¡Cómo era eso posible! ¡Por fuerza había de estar mal de la cabeza! — pensaba, siguiéndola con la mirada.

Sin hacer caso de ella, Jagna empezaba ya a descolgar sus imágenes, cuando la asaltó Jozka, gritando:

— Devuélvame los corales; son míos, son de mi madre.

Jagna ya se los quitaba del cuello, cuando, de pronto, se detuvo, y dijo:

— No, esto no lo devuelvo. Maciej me los dió; son míos.

Jozka armó un bullicio de mil demonios, y hasta Hanka tuvo que gritarle que se callase. Jagus permaneció sorda a todo y después de sacar sus bártulos corrió en busca de Jendrzych.

La Dominikowa ya no oponía la menor resistencia; ni

siquiera contestaba nada a las preguntas de Hanka ni a los alaridos de Jozka. Sin embargo, cuando todo estuvo en medio de la carreta, se irguió y exclamó amenazando con el puño:

— ¡Que caigan sobre ti las mayores desgracias!

Hanka se estremeció, y dijo por toda respuesta:

— Cuando Witek haya traído el ganado, llevará tu vaca a tu cabaña. Y en cuanto a lo demás, que venga alguien al anochecer, para llevárselo todo.

Ellas salieron en silencio, desembocaron en la carretera, y dieron lentamente la vuelta al estanque, caminando muy a la orilla; su silueta se reflejaba en el agua.

Hanka las siguió con la mirada largo tiempo, presa de un malestar extraño. Pero como no tenía tiempo para hacerse preguntas, y como los jornaleros ya volvían de los campos, guardó la escritura de donación en el baúl, que cerró con llave, cerró también la puerta del lado de padre, y se puso a preparar la comida; pero toda la tarde estuvo atormentada por sus pensamientos, muda, sin casi prestar oído a los comentarios capciosos de Jagustynka.

— Ha hecho usted bien. Hace mucho tiempo que debió ser arrojada de esta casa. Estaba completamente desenfrenada, un verdadero látigo de mendigo, porque no se le podía hacer nada, puesto que la vieja está a partir un piñón con el señor cura. ¡Si fuese otra, hace mucho tiempo que hubiera hecho caer maldiciones sobre ella desde el púlpito!

— Ciertamente — asintió alejándose por no oír más.

Cuando todos hubieron vuelto al trabajo, se fué con Jozka a escardar el lino, que estaba tan invadido de mostaza silvestre que algunos bancales aparecían completamente amarillos.

Se puso a escardar con esmero; pero las amenazas de la Dominikowa la torturaban y la llenaban de angustia. Sobre todo le preocupaba lo que diría Antek de todo aquello.

— Cuando le enseñe la escritura se apaciguará. ¡La tonta! ¡Seis fanegas, casi una propiedad! — pensaba, mirando a los campos.

— ¡Oiga! ¡Hemos olvidado completamente lo de Grzela!

— Es verdad. Arranca esto, Jozia; voy corriendo a casa del cura; él me leerá el papel.

Estaba hasta contenta con la idea de ver gente y de oír lo que se diría de todo aquello.

Se compuso un poco en la cabaña, tomó el papel de detrás de una imagen y se dirigió a la rectoría. Pero no encontró al cura; había ido a los campos con sus jornaleros, que binaban sus zanahorias. Le vió ya de lejos; iba en mangas de camisa, y llevaba un gran sombrero de paja a la cabeza; pero no se atrevió a acercársele, temerosa de que ya estuviese informado de todo y le propinase una chillería delante de la gente. Se dirigió, pues, hacia el molino, donde el molinero y Mateusz acababan de poner algo bajo la sierra mecánica a punto de marcha.

— Ahora mismo me ha contado mi mujer que ha echado usted de casa a la cuñada. ¡Eh, eh! ¡Vaya qué mujer es usted! ¡Parece tierna como una nevatilla, y a lo mejor saca unas garras de buitre! — dijo él riendo. Se puso a leer el papel y apenas le puso las ojos encima, exclamó: — ¡Malas noticias! Vuestro Grzela se ha ahogado, ya por Pascua. Dice aquí que pueden ustedes recoger los efectos que dejó, en la jefatura del distrito.

— ¿Que ha muerto Grzela? ¡Dios mío! ¡Tan joven y tan robusto! ¡Y no tenía más que veintiséis años! Había de volver para la cosecha. ¡Se ha ahogado! ¡Jesús misericordioso! — balbuceó retorciéndose las manos, porque la noticia la afectaba cruelmente.

— ¡Las herencias os vienen que es una bendición! ¡No os podéis quejar! — dijo Mateusz irónicamente. — No os falta más que echar a Jozka, y ya todo os pertenecerá a vosotros y al herrero.

— ¿Has acabado con Tereska, que ya piensas en Jagusia? — rearguyó ella, lo cual hizo soltar la carcajada al molinero mientras Mateusz se alejaba rápidamente y se ponía a cuidar con mucho celo algo de la sierra.

— ¡Una mujer de una pieza! ¡Y nada fácil de tragar! — dijo el molinero en cuanto ella se fué.

Siguiendo su camino, entró en casa de Magda. Esta, al

oír la noticia, se echó a llorar y dijo entre lágrimas y violentos sollozos:

— Dios lo ha querido así, querida mía. ¡Un hombre fuerte como una encina, como no hay otro en todo Lipce!. ¡Qué destino el de las personas! ¡Hoy vives y mañana te pudres! Michal podrá ir a buscar sus efectos. ¿A qué dejarlos perder? ¡Pobrecito, no pensaba más que en volver a casa!

— ¡Todo está en la mano de Dios! Pero con el agua nunca tuvo suerte. ¿Se acuerda usted cuando por poco se ahoga en el estanque? ¡No le costó poco a Klomb salvarle! Estaba escrito que había de morir ahogado.

Se lamentaron, lloraron y se separaron porque cada una tenía llena la medida de disgustos, Hanka sobre todo.

En nada de tiempo la noticia se había propagado por toda la aldea, tanto que los que regresaban de los campos al atardecer ya hablaban de ello; naturalmente, se lamentaba mucho el fin de Grzela. En cuanto a lo de Jagus, el pueblo se dividió, porque todas las mujeres, sobre todo las viejas, habían tomado el partido de Hanka y decían pestes de Jagusia; pero, aunque tímidamente, habían tomado su partido algunos hombres, y esto fué causa de que surgieran disputas entre los más camorristas.

Antes de que cerrase la noche, toda la aldea zumbaba como una colmena: las comadres corrían a casa de las amigas para discutir; algunas se llamaban a través de cercas y huertos; otras, que ordeñaban las vacas junto a los setos, cambiaban palabras con los transeuntes.

Era un atardecer soberbio, perfumado y fresco; el cielo colgaba aún entero dentro del oro pálido del poniente; la matraca de las chicharras y las voces de las codornices salían de los campos y en los fosos y pantanos sonaba la soñolienta salmodia de las ranas. No se oía más que algazara de niños, cantos, mugidos del ganado, relinchos, balidos, cloqueos y rodar de carruajes de un extremo a otro de la aldea. En las carreteras, a orillas del estanque y dondequiera que uno encontrase a otro, se hablaba por los codos sobre los acontecimientos del día, o se preguntaban todos lo que obtendrían los campesinos de su visita al señor.

Mateusz, que volvía del aserradero, escuchaba aquí y allá lo que se decía; pero se contentaba con escupir, jurar aparte y evitar a las comadres charlatanas. Pero, finalmente, algunas que parlanchineaban frente a la casa de Ploszka le irritaron de tal modo que no pudo contenerse, y dijo en su indignación:

— Hanka no tenía derecho a echarla porque Jagna estaba en su casa. Antkowa podría muy bien ganarse la cárcel y una multa por una cosa así.

Pero la gruesa Ploszkowa, toda roja, gritó más fuerte que él:

— Hanka no le discute su tierra; todo el mundo lo sabe. Pero como Antek vuelve de un día a otro, es de otra cosa de lo que ella tenía miedo. ¿Acaso se puede vigilar un ladrón en su propia casa? ¿O es que quisiera usted que ella cerrase los ojos, eh?

— ¡Ya se os conoce el juego! Soltáis todas las palabras que os vienen a la punta de la lengua; pero no es por justicia, sino por pura envidia.

Fué como si hubiera metido su bastón en un avispero; todas se le echaron encima.

— ¿Y de qué podríamos tener envidia nosotras de una trotona y una arrastrada, a la que le dais caza como perros, con la que cada uno de vosotros quisiera ir bajo su colcha, por la que la vergüenza y la ofensa al buen Dios están en el pueblo?

— Tal vez también sea eso lo que os duela. ¡El diablo que os entienda, bestias, espantajos! ¡Tienen miedo del sol! Si fuese como la Magda de la taberna, aunque hiciese mangas y capirotes no tendríais nada que decir; pero porque es más guapa que todas vosotras, cada una de vosotras la ahogaría en un vaso de agua si pudiese.

Le asaltaron con tal gritería que no le quedó otra salida que huir.

— ¡Así se os caigan vuestras malditas lenguas! — juró; y pasando cerca de la casa de la Dominikowa miró por la ventana abierta. La estancia estaba iluminada; pero no veía a Jagusia, y como no se decidía a entrar se contentó con sus-

pirar y volver a su cabaña. Por el camino encontró a Weronka, que iba a casa de su hermana.

— Vengo de su casa. Stacho ha labrado la madera y cavado los agujeros y se va a aserrar. ¿Cuándo vendrá usted?

— ¿Cuándo? Tal vez la semana de los tres jueves. El pueblo me repugna tanto que soy capaz de echarlo todo a rodar y marcharme a donde me lleven los ojos — gritó colérico; y escapó.

— ¡Muy mal bicho le ha de haber picado para que esté tan rabioso! — pensó ella dirigiéndose a la granja de los Boryna.

Aquí ya habían cenado todos y Hanka se la llevó aparte y le contó lo sucedido. Weronka evitó expresamente toda alusión a lo de Jagusia y no habló más que de Grzela.

— Puesto que ha muerto, su parte se junta a la herencia.

— Es verdad; no había pensado en eso.

— Y con lo que el castellano ha de dar por el bosque, cada uno de vosotros tendrá como cosa de media yugada, porque no sois más que tres. ¡Dios mío, hasta la muerte del prójimo redunda en provecho de los ricos! — suspiró tristemente.

— La riqueza no me preocupa mucho — protestó Hanka. Pero cuando se hubieron marchado a dormir, se puso a hacer cálculos y a regocijarse secretamente.

Y arrodillándose para rezar sus oraciones, murmuró con resignación:

— ¡Ha muerto! ¡Dios lo ha querido así! — y suspiró sinceramente por su alma.

Al día siguiente, hacia mediodía, entró Jambrozy en la estancia.

— ¿Dónde estaba usted? — preguntó ella, encendiendo la lumbre en la chimenea.

— En casa de los Koziol; uno de sus niños se ha quemado espantosamente. Cuando llegué ya no había necesidad más que de un ataúd y una sepultura.

— ¿Cuál de ellos?

— El más chiquitín, el que trajo ella de Varsovia en la

primavera. Se ha caído en una marmita llena de agua, y se ha cocido dentro.

— Verdaderamente, no tiene suerte con sus expósitos.

— Ninguna suerte. Pero ella no pierde nada; le pagan el entierro. He venido para decirle algo importante.

Ella le miró con inquietud.

— ¿Sabe usted? La Dominikowa ha ido en carruaje con Jagusia al tribunal; parece que la denuncia a usted por haber echado a su hija...

— ¿Qué me importa a mí la denuncia?

— Han venido temprano a confesar, y después han hablado mucho tiempo con el señor cura. Claro que yo no he podido escuchar y no le cuento más que las palabras sueltas que he oído. Se han quejado tanto de usted que el cura ha amenazado con el puño.

— ¡Es sacerdote y mete la nariz en los asuntos de los demás! — exclamó ella exaltada. La noticia la había afectado de tal modo que todo el día anduvo como loca, llena de miedo y de negros presentimientos.

En pleno crepúsculo, un carruaje se detuvo delante del sendero de setos.

Ella se precipitó fuera de la cabaña, asustada y temblorosa; el alcalde estaba sentado en su brisca.

— ¿Ya está usted enterada de lo de Grzela? — preguntó él. — Es una gran desgracia; también tengo una buena noticia para usted. Antek volverá hoy o mañana lo más tarde.

— ¿No me engaña?

Verdaderamente, no se atrevía ni a creerlo.

— Se lo asegura el alcalde.

— ¿Quién se lo ha dicho?

— En la cancillería.

— Tanto mejor si vuelve. De todos modos, ya es tiempo de sobra — repuso friamente, como si la noticia no le causase la menor satisfacción.

El alcalde guardó un breve silencio, y añadió en tono amistoso:

— Usted ha llevado muy mal las cosas con Jagusia. La han denunciado y pueden castigarla por lo sucedido. Ella

estaba en su casa y usted no tenía ningún derecho a arrojarla a la calle. Es mal asunto. Cuando vuelva Antek la meterán a usted en la cárcel. Mi consejo es que debe procurar que las cosas se arreglen en seguida. Se lo digo porque la quiero bien. Yo haré lo que pueda para que retiren la denuncia; pero sus yerros nadie más que usted puede repararlos.

Hanka le replicó muy envarada:

— ¿A quién defiende usted, a la víctima de una injusticia o a su querida?

El alcalde arreó unos cuantos golpes a los caballos, y éstos partieron a galope.

IV

HANKA había pasado por momentos tan encontrados y penosos, que no pudo dormir poco ni mucho aquella noche. Además, siempre le parecía oír a alguien por entre los setos, o en la carretera, y hasta casi junto a la chimenea. Aplicaba el oído latiéndole el corazón; pero toda la casa dormía profundamente y ni siquiera los niños se dejaban oír. La noche era taciturna, aunque clara, las estrellas miraban por la ventana y de tiempo en tiempo susurraban los árboles movidos por el viento.

En la estancia hacía un calor sofocante y de los ansarones que estaban debajo de la cama se desprendía un olor intolerable; pero Hanka no tenía gana de abrir la ventana; el sueño se había alejado de ella por completo y la colcha y las almohadas le quemaban, haciéndole el efecto de chapas recalentadas, por lo que no hacía más que revolverse de un lado a otro. Estaba cada vez más inquieta y sus diversos pensamientos se agitaban en su cabeza como hormigas en un hormiguero; estaba toda bañada de sudor caliente y presa de tales temblores que, no pudiendo dominar su espanto, saltó de pronto de la cama, y descalza, en camisa, empuñando un hacha que se encontraba allí por casualidad, se dirigió hacia el patio.

Todas las puertas estaban abiertas de par en par; pero

nada turbaba la calma insondable del sueño. Pietrek roncaba en la cuadra, tendido cuan largo era; los caballos masticaban el forraje y hacían sonar sus cadenas; en el establo andaban sueltas las vacas, vagando unas o tendidas otras, rumiando y moviendo sus hocicos babosos. Al verla levantaron hacia ella sus pesadas cabezas cornudas y sus negros ojos sin fondo.

Aburrida volvióse a la habitación y se acostó de nuevo. No pudiendo dormir aplicaba ansiosamente el oído, pues creía oír voces extrañas y pasos que resonaban sordamente en la lejanía y que se aproximaban más cada vez.

— Gente que no duerme y que se entretiene hablando — dijo tratando de convencerse.

Así pasó la noche y al apuntar la claridad se echó de la cama y cubriéndose los hombros con la zalea de Antek, se asomó a la puerta.

La cigüeña de Witek dormía en la galería sobre una pierna y con la cabeza bajo el ala; entre los setos se apelotonaban los gansos, que trazaban su mancha blanca en el suelo.

Las copas de los árboles se destacaban en la penumbra y el rocío se desprendía de las ramas, humedeciendo la hierba. La brisa vivificaba con su frescura.

Los vapores bajos y azulinos envolvían los campos, en los que, a trechos, emergían como negruzcas y espesas humaredas los árboles más altos.

El estanque comenzó a brillar como un gran ojo velado por la obscuridad y los olmos murmuraban temerosamente. En torno de ellos todo dormía, anegado en la grisura y en el silencio impenetrable.

Sentada en el banco que había frente a la casa y apoyada contra el muro, Hanka dormitó durante un buen par de padrenuestros sin darse casi cuenta de ello, y al despertar vió con sorpresa que todo se había coloreado. La parte de levante mostrábase con el purpúreo resplandor de un gran incendio.

— Si han salido a la hora del fresco, pronto estarán aquí.

Aquel breve sueño la había entonado de tal modo que ya no pensó volver a la cama, y para que el tiempo no se

le hiciera tan largo hasta la salida del sol, tomó la ropita blanca del niño y se fué a lavarla al estanque.

El día avanzaba con buen paso y poco tardó en cantar un gallo, al que siguieron otros y un fuerte batir de alas. Los sonoros llamamientos se propagaron por toda la aldea. Luego, cantaron las alondras, a largos intervalos, y, lentamente, los muros enjalbegados, las cercas y los caminos desiertos, bañados de rocío, surgieron de las tinieblas que, por momentos, se despegaban de tierra.

Hanka lavaba furiosamente cuando, de pronto, oyó cerca un rumor de pasos. De la impresión quedó hecha un ovillo, se encogió como un ratón asustado, mirando sobresaltada en torno. Por el patio de los Balcerek se deslizaba furtivamente un hombre, ocultándose tras los árboles.

— Seguramente sale de casa de Marysia. ¿Quién podrá ser? — se preguntó sin poder distinguir al fugitivo, que desapareció sin dejar rastro. — A pesar de su altanería y de lo pagada que está de su hermosura, se pasa las noches con los mozos. ¿Quién lo hubiera pensado?

Estaba escandalizada. En aquel momento descubrió al criado del molino, que venía del otro extremo de la aldea.

— Habrá estado en la taberna con Magda. ¡Rondan de noche lo mismo que lobos! ¡Las cosas que aquí pasan!

En medio de su asombro sintió de repente un estremecimiento de deseo y se estiró y desperezó voluptuosamente una y otra vez. Finalmente, reanudó sus fregoteos y al contacto del agua fría se serenó. Y con voz impregnada de nostalgia, se puso a tararear:

Cuando asoma la aurora matinal...

La canción se alejó a ras de tierra, a través del rocío, disolviéndose en el alba teñida de rosa.

Apuntaba el sol. En la aldea comenzó el ruido de ventanas que se abrían, de pisadas de galochas y de voces.

Apenas hubo Hanka colgado en la cerca la ropa lavada, corrió a despertar a todos los de la casa; pero estaban aún tan atontados de sueño que en cuanto se levantaba una ca-

beza volvía a desplomarse pesadamente, sin darse cuenta de nada.

Se enfureció no poco al oír a Pietrek, que decía a voz en grito:

— ¡Maldita sea mi suerte! ¡Aún no es tiempo! ¡Dormiré hasta que salga el sol! — Y no se movió.

Los niños empezaron a lloriquear y Jozka imploró plañideramente:

— ¡Todavía un instante, Hanus! ¡Si acabo de acostarme!

Consoló a los niños, echó las gallinas de la pocilga y esperó aún cosa de un padrenuestro. Y precisamente al levantarse el sol, cuando el cielo se puso como una brasa y el estanque carmesí, les armó tal jollín que tuvieron que levantarse. A Witek, que andaba dormido, restregándose en las esquinas y rascándose, le soltó una felpa.

— ¡Cuando te almohace con algo duro te despertarás bien! ¿Por qué no ataste las vacas al comedero, zoquete? ¿Quieres que se espanzurren durante la noche?

El trató de contestar; pero ella se le echó encima y tuvo que librarse por pies. Luego, dió una ojeada a la cuadra y Pietrek recibió su ración:

— ¡Los caballos chocan los dientes contra el comedero vacío y tú te estiras hasta que es de día!

— ¡Pero no grite como una picaza antes de la lluvia! — ¡Todo el pueblo la oye! — refunfuñó él.

— ¡Pues, bueno, que oigan! ¡Que sepa la gente lo flojazo y gandulón que eres! Espera que venga el amo; él te meterá en vereda, ya verás. ¡Jozka! — gritó otra vez al otro lado del patio. — La *Roja* tiene las ubres duras; tira fuerte, para que no le quede otra vez la mitad de la leche. ¡Y date prisa en ordeñar! ¡En el pueblo ya se llevan las vacas! Witek, llévate tu desayuno, muévete, y si vuelves a perder los corderos como ayer, sabrás quién soy yo.

Así dió sus órdenes, yendo tan pronto de uno a otro lado. Echó unos puñados de maíz a las gallinas, llevó el cubo de harinada a los cerdos que gañían de hambre junto a la cabaña, preparó la bebida al ternero separado de su madre, esparció avena cocida entre los ansarones y los en-

caminó hacia el estanque. Witek recibió un paquetazo en la espalda dado con la alforja que contenía su desayuno. Hanka no olvidó ni a la cigüeña, y le sirvió en la galería patatas del día anterior en una marmita de hierro; el animal se acercó al biés, cocleó, picó y volvió a picar y vació la marmita. Ella estaba en todas partes, se acordaba de todo y proveía a todo.

En cuanto Witek se hubo llevado las vacas y los corderos, se ocupó de Pietrek, pues no podía sufrir que farolease sin trabajar.

— ¡Saca el estiércol del establo! Las vacas tienen demasiado calor por la noche y se ensucian como cerdos.

El sol acababa de aparecer en el horizonte, contemplando el mundo con su ojo rojo, candente, cuando empezaron a llegar los arrendatarios que venían a desquitarse trabajando en los campos de lino y de patatas que ella les había alquilado.

Mandó a Jozka a mondar patatas, dió teta al pequeñín y dijo, cubriéndose la cabeza con el delantal:

— ¡Ten la vista en todo! Y si viene Antek, házmelo saber. Yo estoy en los campos de patatas. Id, mujeres, mientras el rocío aguanta y hace fresco. Vamos a aporcar un poco las coles, y después del desayuno, volveremos al trabajo de ayer.

Las condujo más allá del molino, a las praderas bajas y pantanosas, blancas aún de rocío y de las brumas que se desplomaban. Las tierras turbosas cedían bajo los pies como correas de cuero; algunos sitios eran tan permeables que había que rodearlos; en los surcos, entre bancales, profundos como fosos, yacían aguas recubiertas de moho verde.

En los campos de coles aún no había nadie; sólo las avefrías volaban en círculo por encima de los bancales y las cigüeñas andaban balanceándose, hurgueando con el pico. El aire olía a pantano y a la crudeza áspera de los ácoros y juncales cuyos macizos rodeaban los hornagueros abandonados.

— El tiempo no es malo; pero me parece que va a hacer calor — observó una de las mujeres.

— Afortunadamente, el viento refresca un poco.

— Porque es temprano; pero seca aún más que el sol.

— Hace mucho tiempo que no se recuerda un año tan seco.

Así hablaban mientras se ponían a trabajar en las plantaciones de coles, ya avanzadas.

— ¡Cómo han crecido éstas! ¡Hay ya muchas que tienen cogollo!

— ¡Con tal que las orugas no las coman! ¡Con la sequía aún podrían echarse encima!

— Ya lo creo. En Wola lo han devastado todo.

— Y en Modlica se han secado completamente. Ha habido que plantar por segunda vez.

Hablaban picoteando la tierra con sus azadones y aporcando las hileras, muy ufanas, pero infestadas de mala hierba, pues las cerrajas llegaban hasta la rodilla y los siete en rama y los cardos crecían espesos como un bosque.

— Lo que el hombre no siembra y no le hace falta crece a las mil maravillas — observó una mujer que acababa de arrancar la raíz de una mala hierba y sacudía la tierra adherida.

— ¡Como todo lo que es malo! Tampoco nadie siembra el pecado y el mundo está lleno de él.

— Porque es fértil. Mientras haya hombres, habrá pecado. Por eso se dice que sin pecado no habría risa, y también: si no hubiese pecado, hace tiempo que el hombre habría reventado. Hay que creer que de algo sirve, lo mismo que la mala hierba, puesto que el Señor Jesús ha creado ambas cosas — declaró Jagustynka, según su buena costumbre.

— ¿Cómo va a ser el Señor Jesús el creador del mal? ¡Quita allá! Es el hombre que, como el cerdo, ha de ensuciarlo todo con su hocico — dijo severamente Hanka. En esto, todas se callaron.

El sol estaba ya bastante alto y las nieblas se habían evaporado cuando las mujeres de la aldea empezaron a acudir.

— ¡Esas sí que son trabajadoras! Esperan a que el

rocío se haya secado para no mojarse las patas — gruñó Hanka.

— No todo el mundo toma el trabajo tan a pecho como usted.

— ¡Y por qué no todo el mundo ha de batir el cobre como yo, contra! — Y lanzó un profundo suspiro.

— Cuando su hombre esté de vuelta, ya descansará.

— Ha hecho ya voto de ir a Czenstochowa sólo con tal de que vuelva. El alcalde ha anunciado que llegará hoy.

— Si se ha informado oficialmente, será verdad. Este año hay mucha gente que quiere ir a Czenstochowa. La mujer del organista irá, a lo que parece, y ha dicho que el mismo cura presidirá la peregrinación.

— ¿Y quién le llevará su barriga? — gruñó Jagustynka — ¡No se va a encargar de ella de un cabo a otro del camino! ¡Promesa en el aire, como siempre!

— Yo he ido ya muchas veces en la peregrinación, y me gustaría ir cada año — suspiró la Filipka desde el otro lado del estanque.

— A todas nos gusta corretear.

— ¡Jesús! — continuó la otra sin hacer caso de la criticona. — Es ni más ni menos como si se caminase hacia el cielo, tan bien y tan dispuesta se encuentra una durante el camino. ¡Y cuánto mundo se ve, cuántas cosas se oyen, cuántas oraciones se rezan! Todo junto no dura más que algunas semanas, y parece enteramente como si una se hubiese aligerado para algunos años de todos los cuidados y todas las miserias. Es como si una naciese por segunda vez.

— Es verdad. ¡La gracia de Dios fortifica de tal modo!... — convinieron varias mujeres.

Una muchacha venía corriendo de la aldea en aquel momento por el sendero que costea el río, entre los ácoros y el alisal joven, muy espeso. Hanka se puso la mano en forma de visera por encima de los ojos; pero no pudo distinguir quién era la mocita que corría a todo correr hasta que estuvo muy cerca; era Jozka, que gritaba desde lejos, haciendo señas con la mano:

— ¡Hanus! ¡Antek está de vuelta! ¡Hanus!

Hanka tiró su azadón, disponiéndose a correr como un pájaro que echa a volar; pero se dominó al instante, y aunque se abrasaba de impaciencia, aunque su corazón latía con tanta fuerza que le faltaba la respiración, aunque apenas podía articular palabra, dijo sosegadamente, como si no pasara nada:

— Trabajen solas, y vengan a casa a tomar el desayuno.

Se alejó lentamente, reposadamente, preguntando a Jozka sobre todo.

Las mujeres se miraban, asombradas de su cachaza.

— Se muestra tranquila por el buen parecer, para que no se diga que tiene prisa de estar con su marido. ¡Yo no me aguantaría! — dijo Jagustynka.

— ¡Ni yo tampoco! Ahora sólo falta que Antek no se aficione a otros amores.

— Ya no tendrá a Jagusia al alcance de la mano.

— ¡Fíate de eso! ¡Cuando a un hombre le gusta el olor de unas faldas, es capaz de correr detrás de ellas hasta el fin del mundo!

— Eso es verdad; las bestias no son tan inclinadas al vicio como muchos hombres.

Charlaban casi sin poner la mano en el trabajo. Entre tanto, Hanka caminaba siempre al mismo paso, cambiando algunas palabras con la gente que encontraba, aunque no supiese lo que decía ni lo que le contestaban porque no tenía más que una cosa en la cabeza: ¡Antek estaba de vuelta y la esperaba!

— ¿Ha venido con Roch? — preguntó, volviendo siempre al mismo tema.

— ¡Sí, con Roch! ¡Ya se lo he dicho!

— ¿Y cómo está, cómo?

— ¡Pero, qué sé yo! Apenas llegó al umbral, preguntó: ¿Dónde está Hanka? Yo le he dicho dónde, y en seguida he corrido a buscarla.

— ¿Ha preguntado por mí? Que el Señor Jesús te... que El... — estaba fuera de sí de alegría.

Ella le distinguió ya desde lejos. Estaba sentado junto

a Roch en la galería, y habiéndola reconocido, salió a su encuentro en el camino de setos.

Hanka avanzaba hacia él con paso cada vez más tardo y pesado, apoyándose en la cerca porque las piernas le flaqueaban; las lágrimas la ahogaban, y tenía la cabeza tan turbada que apenas pudo balbucear:

— ¡Conque eres tú! ¡Eres tú! — Las lágrimas ahogaron las demás palabras, llenas de felicidad, que intentó decir.

— ¡Soy yo, Hanus! ¡Soy yo! — El la apretó con fuerza contra su pecho y la abrazó con bondad y con todo su corazón. Ella también se apretó contra él efusivamente. Lágrimas de alegría se deslizaban por su cara descolorida y sus labios temblaban. Se dejaba abrazar por Antek como un niño querido.

Durante largo tiempo no pudo articular una palabra; pero, ¿cómo hubiera podido decir lo que le pasaba? Hubiera querido arrodillarse ante él, barrer el polvo que pisaba. Sólo de tiempo en tiempo salía de su pecho una palabra, que caía como un grano pesado, como una flor perfumada de alegría que su sangre hubiese emperlado de rocío; y sus ojos fieles y abnegados, sus ojos llenos de un amor sin límites, se ofrecían a sus pies como perros, abandonándose a su voluntad y a su favor.

— ¡Mucho has enflaquecido, Hanus! — murmuró él, acariciándole afectuosamente la cara.

— ¡Es que... he sufrido tanto, he esperado tanto!...

— ¡Ha sido una mártir! — exclamó Roch.

— Perdóneme, Roch. Le había olvidado completamente. — Y le saludó y le besó las manos. Pero él decía bromeando:

— Le prometí traérselo y aquí lo tiene. He cumplido mi palabra.

— ¡Aquí está! ¡Es él! — exclamó ella contemplando a Antek con súbita extrañeza, porque su color se había vuelto más blanco, sus facciones más delicadas, y le parecía tan hermoso, tan fuerte, de tal modo un castellano que le hacía la impresión de que era otro, sin llegar a comprenderlo.

— ¿Tanto he cambiado, que me miras con los ojos tan abiertos?

— Probablemente, no; pero eres enteramente otro.

— Espera un poco; yendo a trabajar a los campos seré en seguida como antes.

De pronto, ella se precipitó en la estancia para ir a buscar al niño nacido últimamente.

— ¡Aún no lo has visto! — exclamó, volviendo a salir con el crío, que hacía pucheritos. — Mírale; se te parece como dos gotas de agua.

— ¡Un mocetón!

Antek lo envolvió en su capote y se puso a mecerlo.

— ¡Se llama Roch! ¡Pietras, ven tú también a ver a papá! — y levantó ligeramente al pequeño, que se cogió a las rodillas de su padre parloteando algo.

Antek abrazó al uno y al otro con extraña ternura:

— ¡Vaya un par de chiquillos queridos, muñequitos de mi corazón! ¡Pero cuánto ha crecido Pietras! ¡Y lo que habla!

— ¡Ya lo creo! Y sabe lo que quiere; es inteligente. En cuanto echa mano al látigo lo hace chasquear para correr tras los gansos. — Y agachándose delante de los niños, añadió: — Pietras, di papá, anda.

En efecto, el niño tartamudeó algo por el estilo, y aun contó otras historias en su lengua peculiar, tirando al mismo tiempo de los cabellos de su padre.

— ¡Jozka! ¿Por qué te quedas en un rincón? ¡Ven acá! — exclamó Antek.

— ¡Es que no me atrevo! — contestó ella avergonzada.

— ¡Vamos, ven, tontita, ven! — y la atrajo a sí tiernamente, como un buen hermano. — Ahora me escucharás en todo como escuchabas a papá. No tengas miedo, no seré severo contigo y no tendrás que quejarte de mí.

La muchacha rompió en sollozos, recordando a su padre y a su hermano Grzela. Antek se impresionó al oírla.

— Cuando el alcalde me anunció su muerte, fué como si me hubiesen dado un garrotazo. Tuve como un desvanecimiento. ¡Un muchacho tan querido, un hermano tan bueno! ¡Quien lo hubiera esperado! ¡Yo había pensado ya en una mujer para él!... — dijo en voz baja, con profundo pesar.

Roch, para desviar el curso de aquellos lúgubres pensamientos, exclamó, levantándose:

— Está muy bien que ustedes charlen; pero yo tengo el estómago que suena a hueco.

— ¡Dios mío, lo había olvidado enteramente! Jozka, echa la mano a los pollitos amarillos. *¡ Cip, cip, cip!* ¿O tal vez quiere primero huevos, eh? ¿O pan? Es fresco, y la manteca es de ayer. Córtales la cabeza y mételos en agua hirviente. Pronto estarán a punto. ¡Seré yo boba! ¡Mira que olvidarme de usted!

— Deja los pollos para más tarde y prepáranos algo a nuestro estilo. Estoy tan cansado de esa alimentación de las ciudades que de buena gana me sentaría delante de un platazo de patatas con *barszcz* — dijo él riendo alegremente.

— Pero, para Roch, prepara alguna otra cosa.

— ¡Dios se lo pague! Precisamente tengo apetito de lo mismo.

Hanka se precipitó para ponerlo todo en marcha, y como las patatas cocían ya en un puchero, no hubo que hacer más que ir a buscar al cuartito de las provisiones la salchicha para el *barszcz*.

— La puse aparte para ti, Jantos. Es de aquella marrana que mandaste matar por Pascua.

— ¡Atiza! Era una pieza respetable; pero si Dios quiere acabaremos con ella. Diga, Roch: ¿dónde están nuestros regalos?

El anciano le entregó un fardo bastante considerable, del que Antek se puso a sacar diversas cosas para distribuirlas entre todos.

— Toma, Hanus, esto es para ti, por si alguna vez tienes que ir a alguna fiesta fuera del pueblo. — Y le entregó un pañolón de lana, precisamente como el de la organista, de fondo negro y a rayas rojas y verdes.

— ¿Para mí? ¡Has pensado realmente en mí, Jantos! — balbuceó ella con infinita gratitud.

— Mira, si Roch no me lo hubiese recordado, yo casi lo hubiera olvidado; pero hemos ido juntos y hemos elegido y comprado todo esto.

Verdaderamente había comprado mucho, porque además dió a su mujer un par de botinas y un pañuelo para la cabeza de seda azul con florecillas amarillas. A Jozka le dió un pañuelo igual, sólo que era verde, y también un collarín, y, además, un par de collares de perlas de vidrio con una larga cinta para anudarlos; para los niños trajo panecillos de especias y flautas de lengüeta; traía hasta un regalo para la mujer del herrador, envuelto en un papel, y otros dos para Witek y Pietrek.

Los gritos de admiración se sucedían a medida que se iban desempaquetando nuevas maravillas, que todos miraban y probaban con alegría. A Hanka le saltaban las lágrimas por su cara enrojecida, y Jozka, en su admiración, se cogía la cabeza con las manos.

Roch sonreía, frotándose las manos.

— Esos regalos los tenéis bien merecidos — dijo Antek. — Roch me ha contado lo bien que se ha hecho el trabajo en la granja. Bueno, basta ya; no os he traído todo eso para que me dierais tantas gracias — dijo defendiéndose, porque ellas se le echaban encima para abrazarle y besarle.

— Ni en sueños he pensado yo nunca en que trajeses tantas preciosidades — murmuró Hanka conmovida, sentándose para probarse las botinas. — Son un poquito estrechas; mis pies se han hinchado de ir siempre descalza; pero en invierno me irán perfectamente.

Roch dirigióle algunas preguntas acerca de los últimos acontecimientos de la aldea; pero ella, casi sin contestar, se dispuso a preparar el desayuno, y muy pronto dejó sobre un banco una abundante fuente de patatas copiosamente rociadas con grasa y otra con *barszcz*, en la que nadaba una salchicha grande como una rueda.

Todos mostraban gran apetito.

— ¡Esto se llama comer! — decía Antek alegremente. — La salchicha huele a gloria. Cuando se come bien se siente algo bueno en el estómago. ¡El diablo se lleve la indecente bazofia de la cárcel!

— ¡Pobrecito! ¿Has pasado hambre?

— ¡Ya lo creo! No podía tragar la comida.

— Me han dicho que la comida de la cárcel no la tragaría ni un perro. ¿Es verdad?

—Mucha verdad. Pero lo peor era estar encerrado. Mientras hizo frío, menos mal; pero cuando mejoró el tiempo y llegaron los dulces olores de la tierra, creí volverme loco. La libertad tenía mejor gusto para mí que esta salchicha. Quise escapar, rompiendo la reja; pero no pude.

— ¿Es verdad que pegan a los presos? — preguntó ella tristemente.

— Sí, les pegan. Pero es que también hay allí unos bribones que merecen recibir palos todos los días por pura justicia. Pero a mí no se atrevieron a tocarme ni con un dedo. ¡Si uno de aquellos bestias lo hubiese intentado, valiente tirón de narices se lleva!

— Naturalmente, ¿quién hubiera podido pegarte con la fuerza que tienes? — asintió ella contenta, con los ojos fijos en él, atenta al menor de sus gestos.

Pronto acabaron de comer y Antek y Roch se fueron a dormir al hórreo, donde ya Hanka había llevado al almiar colchas y almohadas.

— ¡Ay, Dios mío!... ¡Nos quiere hacer derretir como chicharrones! — dijo Roch riendo.

Ella no contestó; pero cuando hubo cerrado la puerta tras ellos, solamente entonces, sintió que se le doblaban las piernas. Muy confusa escapó al jardín a escardillar el perejil. Miró un instante en torno suyo y rompió en sollozos. Lloraba de alegría, lloraba porque el sol le calentaba la espalda, porque los árboles verdes se balanceaban por encima de su cabeza, porque los pájaros cantaban, porque todo no era más que perfumes y flores, porque se sentía tan bien, con el alma tan sosegada y dichosa, que era como si viniese de confesarse.

— ... porque todo se ha realizado por tu gracia, Jesús mío! — balbuceó levantando al cielo sus ojos llorosos, en su sincera, inexpresable gratitud por toda la dicha que experimentaba. — ¡Ahora todo cambiará! — suspiró admirada, feliz, como en éxtasis. Verdaderamente, durante el tiempo que ellos durmieron, anduvo como en un sueño, de

tan dichosa que era. Les veló como una clueca a sus polluelos. Llevó los niños lejos, al jardín, para que no se oyeran sus gritos. Echó todas las bestias del patio, sin darse cuenta siquiera de que los cerdos hozaban en las patatas primerizas y de que las gallinas escarbaban los cohombros tiernos. Había olvidado el mundo entero y no tenía ojos más que para los durmientes.

El tiempo se le hacía tan espantosamente largo que no podía esperar más. Había pasado la hora de la comida y seguían durmiendo. Mandó a todo el mundo al trabajo, sin preocuparse de lo que pudieran hacer, y siguió siempre en acecho, haciendo la lanzadera entre el hórreo y la cabaña.

Cien veces sacó sus regalos para probárselos, mirarlos y exclamar:

— ¿Dónde se encontraría otro marido tan bueno y atento?

Finalmente, corrió a la aldea, y en cuanto veía a algún conocido, le gritaba desde lejos:

— ¿No sabe usted? Mi hombre está de vuelta. En este momento duerme en el hórreo.

Reían sus ojos y su cara, y de todo su ser emanaba tal dicha y alegría que las mujeres la contemplaban admiradas.

— Ese bribón ha debido hechizarla — decía una.

— Está como tonta — añadía otra.

— Ya verá lo que tarda ésta en echar humos de señora.

— Deje usted que Antek vuelva a las andadas y verá como se le bajarán los humos — respondía alguna.

Pero ella no oyó tales comentarios y loca de felicidad regresó a casa. Inmediatamente preparó a toda prisa una suculenta comida, y oyendo que los gansos alborotaban en el estanque, salió para calmarlos a pedradas, lo que por poco le cuesta una pelea con la molinera.

Acababa de enviar la merienda a las jornaleras cuando los dos hombres salieron del hórreo. Ella les sirvió la comida junto a la puerta de la casa, a la sombra, para que gozaran del fresco, dándoles hasta aguardiente y cerveza. Luego, como postre, les ofreció media criba de cerezas muy maduras que había pedido prestadas al ama del cura.

— ¡Esto es una comida! ¡Es como una boda! — bromeó Roch.

— El amo está de vuelta. ¿No es una verdadera boda? — arguyó ella, afanándose en torno suyo, sin comer casi nada.

Cuando hubieron terminado, Roch se fué al pueblo, prometiendo volver al anochecer. Entonces, ella preguntó tímidamente a su marido:

— ¿No quieres dar una vuelta por la granja?

— ¡Ya lo creo que sí! ¡Se acabaron los días de fiesta! Habrá que ponerse al trabajo. ¡Dios mío, nunca hubiera pensado que la hacienda de padre iba a ser mía tan pronto!

Suspiró y siguió tras ella. Fueron primero a la cuadra, donde los tres caballos resoplaban recelosos, mientras el potro daba vueltas en su plaza; luego, al establo vacío, y después, al hórreo, para ver el heno de aquel año. Por último, dieron un vistazo a la pocilga y al cobertizo, donde había diferentes instrumentos y herramientas.

— Habrá que empujar la brisca hasta la era, sino se va a secar completamente.

— ¡Cuántas veces se lo he mandado ya a Pietrek! Pero es como si cantara.

Se puso a llamar a los cochinillos y a la volatería, muy ufana de su importante acrecentamiento; y cuando él hubo visto también todo aquello, le habló extensamente de los trabajos de los campos, diciéndole lo que se había sembrado y observándole como si esperase algo. Antek la oía sin pronunciar palabra, informándose de todo, y sólo cuando Hanka acabó de hablar, dijo:

— Es verdaderamente increíble que hayas podido dar cima a todo esto tú sola.

— ¡Por ti aún haría más! — murmuró ella ardientemente, muy contenta de sus elogios.

— Eres una verdadera ama de casa, Hanus. Nunca hubiera creído eso de ti.

— Era necesario. Puedes creer que no he ahorrado mis piernas.

También fué a ver el huerto lleno ya de cerezas medio

coloradas y los arriates donde crecían las cebollas, el perejil y la sementera de coles.

Volvían ya, cuando al pasar cerca de la habitación del padre, él hundió la mirada en la estancia, por la ventana abierta.

— ¿Y dónde está Jagna? — sus ojos admirados recorrían la estancia vacía.

— ¿Dónde está? En casa de su madre. ¡La he echado! — dijo con dureza, levantando los ojos hacia él.

El frunció el entrecejo, reflexionó un instante, y encendiendo un cigarrillo, tranquilo y como involuntariamente dejó caer estas palabras:

— La Dominikowa es un mal bicho y no pasará por eso sin armarnos un pleito.

— Parece que fueron ayer a presentar la denuncia al juzgado.

— De la denuncia al juicio hay gran trecho. Pero habrá que reflexionar sobre esto a sangre fría, para que no nos haga una jugarreta de las suyas.

Ella contó cómo se había originado la disputa y lo que había ocurrido, pasando por alto algunas cosas. El no la interrumpió siquiera, limitándose a fruncir el entrecejo y a lanzar miradas chispeantes, y cuando ella le entregó el acta de donación, exclamó sonriente:

— Ese papel tiene tanto valor que puedes servirte de él para ir detrás de la cerca.

— Sin embargo, es el mismo que le dió padre.

— Pero vale tanto como un bastón roto. Si ella hubiese renunciado en casa del notario, sería distinto. Te lo ha arrojado para burlarse de ti.

Se encogió de hombros, tomó a Pietrus en brazos, y se dirigió a la puerta cochera.

— Voy a ver los campos y vuelvo — dijo marchándose. Ella tenía unas ganas terribles de acompañarle. Cuando pasó cerca del almiar que había sido reconstruído y estaba lleno de heno, él la miró de soslayo.

— Mateusz lo ha rehecho. Se necesitaron tres pilas sólo para la paja del techo — gritó ella desde la puerta cochera.

— ¡Bueno, bueno! — contestó él entre dientes, porque no tenía curiosidad por nada de todo aquello. Pasó por los campos de patatas y siguió el lindero.

Casi todos los campos estaban aquel año sembrados de trigos de invierno, y por esto encontró poca gente en su camino. Pero si se cruzaba con alguno, le saludaba brevemente y pasaba de prisa. Avanzaba refrenando cada vez más el paso, porque Pietrus le rendía y el aire, pesado y cálido, le fatigaba singularmente. A lo mejor se sentaba, sin dejar de mirar cada bancal separadamente.

— ¡Anda, anda! ¡La mostaza silvestre se está comiendo el lino! — exclamó deteniéndose junto a los bancales salpicados de manchas amarillas y flores azules; —ha comprado semilla mal cribada y no la ha pasado por la criba.

Luego se detuvo cerca de la cebada, menguada y ya algo marchita; apenas se veía entre tantos cardos, manzanillas y acederas.

— ¡La han sembrado demasiado mojada! ¡Este ha hozado el campo como un cerdo! ¡Qué animal! ¡Malas calenturas le den! ¡Y cómo ha rastrillado ese avestruz! No hay más que terrones sin romper y grama en todas partes.

Escupió de cólera y se fué a un gran campo de centeno que se agitaba al sol como agua en oleaje y se balanceaba a sus pies con un fuerte rumor de espigas pesadas. Se regocijó profundamente porque había salido bien; la paja era maciza y las espigas como nudos de látigo.

— ¡Esto crece como un bosque! ¡Todavía lo sembró padre! ¡Los del castillo no lo hacen mejor!

Aplastó una espiga con los dedos; el grano era de buen tamaño y lleno, pero blando aún.

— Dentro de dos semanas necesitará la hoz. ¡Con tal que de aquí allá no granice!

Ante el trigo candeal se regocijó y se sació los ojos más tiempo. Sin duda, no era igual; formaba macizos y claros, pero por entre las barbas negruzcas y brillantes salían ya grandes espigas tiesas.

— ¡Esto producirá no poco! Habrá que darle aire en algún sitio, por demasiado espeso. ¡Está en la cima de la

colina y, sin embargo, el sol no lo ha quemado! ¡Esto será oro puro!

Yendo siempre más lejos, subió despacio la pendiente suave más allá de la cual se levantaba la negra muralla del bosque. La aldea había quedado tras él, profundamente hundida, como sumergida en los huertos; el estanque brillaba entre las casas, y aquí y allá las ventanas reflejaban el sol.

Por la parte del cementerio cortaban trébol y las hoces brillaban a ras de tierra como relámpagos azulados; en otros lugares se destacaban vestidos rojos de mujeres y rebaños de gansos blancos pacían en los barbechos; detrás de la aldea, en los campos verdes de patatas, pululaba la gente como hormigas; más arriba aún, en las lejanías apenas visibles, se difuminaban pueblos, casas aisladas, árboles corcovados al borde de los caminos, vastos campos, todo como anegado en un burbujeo de agua azulada.

Un inmenso silencio cerníase sobre las tierras, el aire caliente parecía cegar con su reflejo y el mundo era una fragua tal que a través de aquellas extensiones blanquecinas que temblequeaban sólo se veía alguna cigüeña que volaba fatigosamente sobre sus alas desfallecientes o revolotear a las cornejas.

Las alondras cantaban ocultas en el ramaje, y el cielo estaba suspendido muy alto, claro y encendido. Sólo aquí y allá se destacaba una nube blanca sobre aquellos campos de azul, como una oveja descarriada.

A ras de tierra se debatía un viento seco y cálido que daba embestidas como un hombre borracho y que a veces silbaba desenfrenado, asustando a los pájaros, se echaba en súbitos resoplidos sobre los trigos, a los que despeinaba, arremolinaba y manoseaba hasta el fondo. El viento se extinguía una vez desahogaba sus furores; pero los bancales así zarandeados, murmuraban aún largo tiempo en voz baja como si se quejasen de las dolorosas sacudidas.

Antek se detuvo encolerizado en un barbecho que había junto al bosque.

— ¡Todavía sin quitar el rastrojo! ¡Los caballos están

sin hacer nada, el estiércol se consume amontonado y este animal no se preocupa de nada! ¡El diablo le!... — exclamó, siguiendo el lindero del bosque, hacia la cruz y la carretera de los álamos.

Se sentía fatigado; la cabeza le daba vueltas y el polvo le irritaba la garganta. Se sentó al pie de la cruz, a la sombra de los abedules, puso a Pietrus, que dormía, encima de su capote, y pensativo, miró hacia adelante, enjugándose el sudor.

El sol poníase tras los bosques y las primeras sombras tímidas salían por debajo de los árboles y trepaban hacia los trigos. En el bosque, las copas de los árboles abrasadas de sol agitábanse levemente, y en el espeso monte bajo los avellanos y los pobos parecían sacudidos por la fiebre. Los picoverdes martilleaban arrebatadamente en alguna parte, lejos, y las picazas charlaban inquietas. A veces, por entre las encinas musgosas, pasaba un avispero, como si alguien hubiese echado un arco iris arrollado en forma de ovillo.

Una brisa fresca soplaba desde las profundidades tenebrosas y mudas que sólo de tarde en tarde rasgaba el sol. Se olía a setas, a resina y a charcas desecadas.

De pronto, un buitre surgió del bosque, trazó círculos por encima de los campos, se cernió un instante inmóvil y cayó en los trigos como un rayo.

Antek se lanzó en su persecución; pero ya era demasiado tarde. Voló una nube de plumas, el ladrón huyó, las perdices lanzaron gritos lastimeros y un lebrato espantado escapó a ciegas, mostrando sus blancas posaderas.

– ¡Qué bien ha acechado! ¡Valiente ladrón! — murmuró Antek, sentándose otra vez. – Pero, qué remedio, es preciso que el buitre se alimente también; hasta el último gusano ha de comer. Las cosas están dispuestas así en el mundo — caviló, tapando la carita de Pietrus, porque las abejas se encarnizaban zumbando en torno del niño y un abejarrón velludo giraba incesantemente.

Impresionado por la paz de la tarde, recordaba las tristes horas en que languidecía por su libertad, en que sus-

piraba por aquellos campos, secándosele el alma de nostalgia.

— ¡No me han hecho pasar pocas penas esos carroñas! — exclamó sin hacer ningún movimiento, porque precisamente delante de él unas cuantas codornices sacaban despacio entre el centeno sus cabezas temerosas y se llamaban con su grito habitual; pero se escondieron en seguida porque una gran bandada de gorriones se dejó caer sobre los abedules. Luego se revolcaron en el polvo gritando como locos, entrechocando, golpeándose y querellándose. De pronto se callaron y se aplanaron contra el suelo, porque el buitre se cernía otra vez tan bajo que su sombra se deslizaba sobre los bancales.

— ¡Ha sabido cómo se os ha de tratar, hato de chillones! Exactamente lo mismo que a la gente. A muchos les hace más efecto la amenaza que la súplica — pensó.

No lejos, en la carretera, se mostraron algunas nevatillas que balanceaban la cola; vagaban tan cerca que en cuanto él hizo un gesto con la mano huyeron más allá del foso.

— ¡Qué lástima! ¡Por un poco no he pillado una para Pietrus!

Del bosque salieron cornejas que avanzaron a lo largo de los surcos picoteando lo que encontraban; pero, al descubrir a Antek le miraron prudentemente inclinando la cabeza y le rodearon dando saltitos, abriendo sus sucios picos de salteadores.

— ¡No vayáis a comerme! — Les tiró una mota y huyeron a la chita callando, como ladronas.

Luego quedó amodorrado, con la mirada perdida a lo lejos y el alma atenta a los ruidos de la tierra, y todo bicho viviente se atrevió a asaltarle descaradamente: las hormigas le treparon a la espalda; las mariposas se posaron sobre sus cabellos; los saltamontes buscaron algo en su cara; grandes orugas verdes se prendieron diligentes a sus botas; pequeños pajarillos de los bosques dejaban caer algo sobre su cabeza, y una ardilla llegada del bosque levantó su cola roja y dudó un momento antes de brincar sobre él. El no se daba cuenta de nada de todo aquello embebido en la

extraña dulzura que emanaba de aquellas tierras ilimitadas, saturada su alma de un encanto embriagador, indecible.

Le parecía que se revolcaba entre los trigos, que él mismo era el brillo de las hierbas suaves, húmedas; que él era el riachuelo que rodaba por la arena caliente en medio de las praderas penetradas del aroma de los henos cortados, que echaba a volar hacia alguna parte con los pájaros, arriba, muy arriba, por encima del mundo, y que gritaba al sol con una fuerza inconcebible. Era como si él mismo fuese el rumor de los campos, el balanceo de los bosques, el vigoroso brotar de todo lo que crecía en la potencia soberana de aquella santa tierra que procreaba entre cantos y alegrías, que era al mismo tiempo todas las cosas, lo que se ve y lo que se siente, lo que se toca y se comprende, pero también aquello que no hay ni siquiera medio de concebir, lo que sólo algunas almas perciben a la hora de la muerte, lo que sólo sube y se amasa en el corazón del hombre y lo empuja hacia regiones desconocidas y le arranca dulces lágrimas y lo aplasta con una inextinguible nostalgia, como con una losa.

Todo aquello se empujaba en él como nubes, y antes que hubiese podido comprender algo, otras sensaciones seguían ya, enteramente nuevas y aun más insospechadas.

Estaba despierto, pero una especie de sueño le derramaba su adormidera en los ojos, lo llevaba no sé dónde, más allá de su destino, lo arrebataba en pleno éxtasis, de modo que acabó por sentirse como en el momento de la elevación, cuando el alma emprende raudo vuelo y boga arrodillada hacia no sé qué jardines angélicos, hacia no sé qué cielos y qué paraísos llenos de felicidad. El era, sin embargo, duro y poco propenso al enternecimiento; pero durante aquellos extraños minutos, estaba pronto a caer en tierra, a apretar contra ella sus labios cálidos y a besar toda la querida creación.

— No hay que darle vueltas; es el aire libre lo que me trastorna la cabeza — se dijo, frotándose los ojos con el puño y frunciendo el entrecejo; pero, ¿podía acaso dominarse, podía ahogar en él la alegría que le inflamaba?

Se sentía de nuevo en su tierra, en la gleba paterna y de sus antepasados, entre los suyos, y no era de extrañar que su alma estuviese jubilosa y que cada latido de su corazón pareciese gritar al mundo entero, con fuerza y alegría:

— ¡Estoy de vuelta y aquí me quedo!

Templó sus energías, dispuesto a hacer frente a su nueva vida, la vida que había vivido su padre, que habían vivido sus abuelos, y, como ellos, encorvaba las espaldas para tomar su pesada carga y llevarla sin miedo y sin fatiga hasta que Pietrus le reemplazase a su vez...

— ¡Así es cómo las cosas deben ser! El joven después del viejo, el hijo después del padre, y así sucesivamente durante todo el tiempo que sea tu voluntad, Jesús misericordioso! — pensaba.

Tenía la cabeza pesadamente apoyada entre las manos, preocupado por multitud de pensamientos y recuerdos diversos; luego, una especie de voz dura y gruñona, algo como la voz de la conciencia, se había puesto a decirle sus verdades amargas y dolorosas; él se doblegaba ante ella y se humillaba, reconociendo todas sus faltas y sus pecados...

Se le hacía muy difícil esa confesión y molesta la penitencia; pero supo vencer su orgullo y ahogó en él el amor propio y la vanidad, escudriñando toda su vida con los ojos implacables de la conciencia recobrada. En aquel momento veía a través de cada una de sus acciones y la hacía comparecer severamente ante su razón.

— He sido un tonto, y nada más. En el mundo es preciso que todo siga el orden natural. Padre era evidentemente cuerdo, al decir: cuando todos los carruajes van en la misma dirección, malo para el que se caiga de uno de ellos, porque las ruedas del de atrás le pasarán por encima. Y a pie no se puede alcanzar a los caballos. Ningún hombre puede conseguir nada sino es por su propia razón. Hay muchos a quienes lo contrario les cuesta caro — pensaba tristemente, mientras una amarga sonrisa se dibujaba en sus labios.

Un ruido de matracas llegó del bosque y se oyeron los mugidos de los rebaños que regresaban.

Volvió a tomar en brazos a Pietrus y echó por la carretera de los álamos, dejando pasar los rebaños que volvían de los pastos.

El polvo saltaba bajo las pezuñas y subía hasta por encima de los álamos, como una nube; en los torbellinos enrojecidos por el poniente, se balanceaban las pesadas cabezas cornudas, los borregos se apretaban en tropel perseguidos por los perros, porque siempre querían echarse a los trigos que bordeaban; los cerdos chillaban al cimbrar de los látigos; los terneros buscaban balando a sus madres. Algunos pastores iban a caballo, pero los más iban con los rebaños, haciendo chasquear sus látigos, charlando, gritando y entonando canciones que se oían de lejos.

Antek había quedado ya atrás cuando Witek le vió y corrió a saludarle y besarle la mano.

— ¡No has crecido poco, muchacho! — díjole afectuosamente.

— Es verdad; el pantalón que recibí en otoño me llega a la rodilla.

— No tengas cuidado; la patrona te dará otro nuevo. ¿Las vacas tienen qué pastar?

— Conviene que hablemos de eso. La hierba está quemada a ras del suelo; si la patrona no les añadiese forraje en el establo, perderían toda la leche. Deme a Pietrus y lo llevaré un poco a caballo — rogó.

— No va a poder sostenerse y se va a caer.

— ¡Como si no lo hubiese llevado ya muchas veces en la potranca! Yo lo sostendré... El chiquillo se muere de ganas de ir a caballo.

Seguidamente lo puso sobre un viejo matalón que renqueaba con la cabeza baja; Pietrus se agarró a la crin con sus manitas, golpeó los flancos del caballo con sus talones desnudos y gritó de alegría.

— ¡Qué buen mozo eres, mi querido chiquillo! — murmuró Antek; y echó a andar en seguida a campo traviesa para llegar por los linderos al camino de detrás de los hórreos.

El sol acababa de ocultarse y todo el cielo estaba inun-

dado de oro y verde pálido; el viento había cesado, los trigos dejaban pender sus pesadas espigas y a través del relente llegaban voces ruidosas y algunos cantos lejanos.

Caminaba lentamente como si estuviese apesadumbrado por los recuerdos; Jagusia le volvía a la memoria; a cada momento veía ante él sus ojos azules, sus dientes brillantes y sus labios rojos, hinchados, cuyo aliento creyó sentir tan próximo que se detuvo estremecido. Estaba como viva delante de él. Se frotó los ojos e hizo ademán de apartarla; pero, como para provocarle, ella caminaba a su lado, cadera contra cadera, lo mismo que en otro tiempo, y como en otro tiempo parecían desprenderse de ella bocanadas de un calor voluptuoso, hasta el punto que la sangre le subió a la cabeza.

— Tal vez ha hecho bien en echarla de la casa. Se ha clavado en mí como una espina dolorosa. Pero lo pasado no vuelve — suspiró con el corazón extrañamente oprimido. — No es posible. — E irguiéndose, se apostrofó vivamente a sí mismo: — ¡Acabaron las locuras de la juventud!

Ya entraba en el patio.

Estaba lleno de animación y de gente que despachaba los trabajos de la velada; Jozka ordeñaba las vacas junto al establo y cantaba con su voz de falsete; Hanka amasaba *kluskis* en la galería.

Antek dijo algo a Pietrek que observaba los caballos, y entró a visitar el lado de su padre; Hanka corrió tras él.

— Habrá que ponerlo en orden; nosotros nos trasladaremos aquí. ¿Hay cal?

— Ultimamente compré en la feria; mañana mismo llamaré a Stacho y él enjalbegará. Sin duda este lado será más cómodo para nosotros.

El parecía meditar, examinando todos los rincones.

— ¿Has estado en los campos? — preguntó ella tímidamente.

— Sí. Todo está bien, Hanus; yo mismo no hubiera podido hacerlo mejor.

Ella se puso terriblemente encarnada, de puro dichosa por el elogio.

— Sólo que Pietrek haría mejor en guardar los cerdos que en trabajar la tierra. ¡Qué puerco es!

— Eso lo sé muy bien. Hasta he dado ya voces por si se podía encontrar otro mozo.

— Voy a tomarlo por mi cuenta, y si no obedece lo mando con viento fresco.

Ella quiso añadir algo; pero los niños se pusieron a gritar y corrió hacia ellos. Antek fué al patio, examinándolo todo cuidadosamente y con tal severidad que aunque no soltaba una palabra más que de tarde en tarde, Pietrek tenía carne de gallina, y Witek, temiendo mostrarse ante él, pasaba a respetuosa distancia, por un lado.

Jozka ordeñaba la tercera vaca, cantando con voz cada vez más sonora:

Quieta, *Grisilla*, quieta,
y darás de leche la cubeta.

— Oye, aúllas como si te desollaran — le gritó él.

Ella se interrumpió de pronto; pero como era altiva y terca, volvió a empezar, más bajo, es verdad, y más plañideramente:

Madre te ruega muy galante
que le des leche abundante.
Quieta, *Grisilla*, quieta...

— ¿Cerrarás ya el pico? Ten en cuenta que el amo está en casa! — le gruñó Hanka, llevando la bebida para la vaca. — Se va a aprender otra vez a obedecer — añadió.

El le quitó el cubo de la mano, poniéndolo delante de la vaca, y dijo riendo:

— Grita, Jozia, despepítate; eso hará huir las ratas de la cabaña.

— Yo haré lo que me guste — gruñó la muchacha, huraña y agresiva. Pero cuando se hubieron marchado se calló de pronto y se contentó con poner unos hociquitos muy largos.

Hanka se ocupaba ahora de los cerdos y levantaba con tanto ardor los pesados cubos llenos de comida, que él le dijo compadecido:

— Haz llevar eso a los muchachos; es demasiado pesado para ti, bien lo veo. Voy a tomar una criada, porque Jagustynka te ayuda tanto como un perro que ladra. ¿Dónde está?

— Ha ido en busca de sus hijos; quiere reconciliarse con ellos. Naturalmente, no iría mal tener una criada; pero, ¡cuesta tanto! Yo haré el trabajo sola; pero... haz lo que quieras.

Faltó poco para que le besara la mano por gratitud; pero sólo añadió alegremente:

— Entonces se podría criar más ansarones y cebar otro cerdo para venderlo.

— Ahora somos los amos de la granja y, por lo tanto, hay que hacer las cosas como se debe, como en tiempo de padre — dijo después de larga reflexión.

Después de cenar salió delante de la cabaña, porque conocidos y amigos empezaban a venir, saludándole y alegrándose de su regreso.

Mateusz, Grzela, el hermano del alcalde, Stacho Ploszka, Klomb con su hijo, el primo Adam y otros, fueron llegando uno tras otro.

— ¡Te hemos esperado como el milano espera la lluvia! — dijo Grzela.

— ¿Qué hacer? ¡Me han retenido, me han retenido, como lobos! ¡No ha habido medio de escapar!

Se sentaron en el banco delantero, en la obscuridad; sólo Roch se puso junto a la ventana, bañado por la luz que se esparcía hasta el huerto.

La noche era tranquila, cálida, constelada de estrellas; a través de los árboles brillaban las lucecitas de las cabañas, el estanque murmuraba de vez en cuando como si suspirase y en todas partes la gente tomaba el fresco junto a los muros.

Hablaba Antek tranquilamente, cuando Roch le interrumpió:

— Ya sabéis que el gobernador ha notificado que dentro de dos semanas Lipce ha de celebrar una asamblea y votar por la escuela.

— ¿Qué puede importarnos eso? ¡Que discutan los viejos el asunto! — exclamó Ploszka con enfado; pero Grzela se le echó encima.

— Es fácil descargarlo todo sobre las espaldas de los viejos y quedarse uno mismo tumbado con el ombligo al aire. Ninguno de los jóvenes quiere molestarse por nada y así van las cosas en el pueblo.

— Cuando mi padre me entregue la tierra, me molestaré; antes no.

Empezaban a disputar de firme, cuando intervino Antek.

— No hay que darle vueltas; en Lipce nos hace falta una escuela; pero no se debe votar un solo gros para una escuela como la que quiere el gobernador.

Roch vino en su ayuda, incitándoles a la resistencia.

— Si votáis una *zlotowka* por fanega, os obligarán después a dar un rublo... ¿Os acordáis de la votación para el edificio del juzgado? Han engordado bastante con vuestro dinero. Se han redondeado la barriga, y nada más.

— Yo estoy porque la asamblea no vote eso — murmuró Grzela, sentándose junto a Roch, que lo tomó aparte y le expuso algo en voz baja y grave, dándole al mismo tiempo algunas hojas y libritos.

Los demás hablaron aún de diversos temas; pero con calma, en una especie de semisueño. Hasta Mateusz estaba triste y silencioso; pero seguía a Antek atentamente con los ojos.

Iban ya a separarse, porque había que estar en el trabajo al romper el alba, cuando se presentó el herrador, que acababa de llegar del castillo. Y empezó a echar denuestos contra el pueblo y contra todos.

— ¿Qué tábano le ha picado? — preguntó Hanka que miraba por la ventana.

— ¿Quiere usted saberlo? Me da vergüenza decirlo; pero nuestros campesinos son zoques, y nada más. El cas-

tellano les habla como a hombres, como a propietarios, y ellos se portan como chiquillos que guardan gansos. Ya se habían puesto de acuerdo con el señor, todos eran ya del mismo parecer, y en el momento de firmar, uno se rasca el cogote, mascullando: ¿Lo sé yo acaso? Otro dice: ¡Aún he de consultar a la de casa! El tercero se pone a ladrar como un perro faldero y a suplicar que le cedan, además, aquel trozo de prado colindante. ¡Con que vaya usted a hacer algo con gente semejante! El castellano se ha puesto tan furioso que no quiere oír hablar más de acuerdo, y hasta ha mandado que no dejen pacer más el ganado de Lipce en los pastos forestales y castigar con el embargo al que se propase.

Asustados con esta noticia inesperada, maldijeron a los culpables, y ya se abroncaban entre sí cada vez con más violencia, cuando Mateusz observó tristemente:

— Todo eso ocurre porque el pueblo anda extraviado y embrutecido y no hay nadie que lo lleve a la razón.

— ¿Pues Michal no ha explicado a cada uno lo que hace al caso?

— ¿Y qué significa Michal? El va en busca de su provecho y está en inteligencia con el castillo, y claro, el pueblo no se fía de él. Le escuchan, pero no le siguen.

El herrero dió un respingo y protestó calurosamente. El sólo buscaba el interés del pueblo y aún ponía dinero de su bolsillo para efectuar el acuerdo.

— ¡Aunque lo jurases en la iglesia no te creerían! — masculló Mateusz.

— Bueno, pues; entonces, que vea otro si lo consigue — exclamó el herrero.

— Naturalmente; otro habrá de tomar la cosa por su cuenta.

— ¿Pero quién? ¿El cura o el molinero?

— ¿Quién? ¡Antek Boryna! Y si él tampoco encamina al pueblo por la buena senda, no queda más que abandonar completamente el asunto.

— ¿Por qué yo? ¿Quién me escuchará a mí? — balbuceó Antek turbado.

— Tú tienes criterio, tú eres ahora el primero del pueblo y todo el mundo te escuchará.

— ¡Es verdad! ¡Tú eres el único! — se apresuraron a confirmar todos. Pero había algo que mortificaba al herrero, porque se agitaba y se retorcía y se estiraba el bigote.

— ¡Pardiez! No son los santos los que hacen girar los pucheros. Trataré de conseguirlo. Podremos discutir el asunto uno de estos días.

El herrero dibujó una sonrisa malévola al oír estas palabras de Antek.

Empezaron a dispersarse; pero cada uno le habló aún aparte para decidirle, prometiendo seguirle. Luego, le dijo Klomb:

— A la cabeza del pueblo hace siempre falta alguien que tenga sentido y energía y haga honradamente lo mejor que pueda.

— ¡Y que en caso necesario sepa acariciar las costillas de la gente con su bastón! — dijo Mateusz riendo, al par que se despedían.

Delante de la ventana no quedaron más que Antek y el herrador, porque Roch estaba arrodillado en la galería, sumido en sus oraciones.

Permanecieron largo rato en profundo silencio.

No se oía más que a Hanka, que se daba prisa en la estancia. Después de sacudir las camas y poner sábanas limpias, se lavó largamente, como para una gran fiesta; luego se peinó junto a la ventana, echando hacia los hombres miradas cada vez más impacientes; aplicaba atentamente el oído porque el herrador se había puesto a disuadir a Antek en voz baja de ocuparse del asunto, so pretexto de que no conseguiría nada con los campesinos y de que el castellano sentía hostilidad contra él.

— ¡Eso no es verdad! ¡Ha respondido por él ante la justicia! — soltó ella desde la ventana.

— Ya que usted lo sabe mejor, hablemos de otra cosa.

Estaba rabioso como un perro.

Antek se levantó y se estiró como un hombre que tiene sueño.

— Sólo quiero decirte esto para terminar: Te han dejado en libertad hasta que llegue la vista de tu proceso, ¿no es eso? Sin embargo, vas a meterte en otro fregado sin saber cuál será, finalmente, el veredicto del tribunal.

El razonamiento impresionó a Antek, que volvió a sentarse. Se había abismado en pensamientos tan sombríos que el herrador, alarmado de su expresión, se fué a casa sin esperar la respuesta.

Hanka daba señales de impaciencia, asomándose constantemente a la ventana; pero él continuaba inmóvil, sin reparar en nada.

La espera se prolongaba tanto que Hanka acabó por decir con voz plañidera, implorante:

— Ven, Jantos. Ya es tiempo de dormir. La jornada ha sido fatigosa.

— Ya voy, Hanus; ya voy.

Y se levantó pesadamente.

Hanka desnudóse con rapidez, murmurando una oración sus labios temblorosos.

— ¿Y si me condenan a la Siberia? — pensó angustiosamente al penetrar en la estancia.

V

¡PIETREK! ¡trae leña! — gritó Hanka desde la puerta de la casa. Estaba toda desgreñada y llena de harina, porque amasaba la pasta para el pan.

Un gran fuego chisporroteaba en el horno; lo revolvía de vez en cuando y corría en seguida a espolvorear los panes con harina y a llevarlos a la galería, donde los dejaba sobre una tabla un poco expuesta al sol para que se hinchasen más pronto. Trabajaba a toda prisa, porque la masa amenazaba ya desbordarse de la amasadera, que estaba cubierta con un lienzo.

– Jozka, pon leña; el hogar está todavía negruzco.

Pero Jozka no estaba allí y Pietrek tampoco se apresuraba a obedecer. Cargaba estiércol en el patio, y apisonaba la carretada por los costados, para no sembrar nada por el camino, hablando tranquilamente con el vecino ciego que trenzaba cuerda de paja junto al hórreo.

El sol de la tarde calentaba aún tanto que las paredes sudaban resina; la tierra estaba ardiente y el aire era como fuego; costaba trabajo moverse. Las moscas se agitaban zumbando por encima del carro y faltaba poco para que los caballos rompiesen los tirantes o se quebrasen las piernas, pugnando por librarse de las mordeduras de los tábanos.

En el patio hacía un calor adormecedor, aplastante, impregnado del olor acre del estiércol. Hasta los pájaros se callaban en el huerto; las gallinas estaban echadas bajo los setos, como medio muertas; los cochinillos se revolcaban gimiendo en el barro, cerca del pozo. De pronto el mendigo se puso a estornudar violentamente porque del establo salía un olor insufrible.

— ¡Dios le dé salud, padrecito!

— Eso no es precisamente incienso, ya se ve que no, y aunque ya estoy acostumbrado, se me ha metido en las narices lo mismo que rapé.

— Cuando uno se acostumbra a algo, siempre le encuentra gusto.

— ¡Anda! ¡Pues no cree ese tonto que no encuentro para oler en el mundo otra cosa que estiércol!

— Le he dicho eso porque me acuerdo de lo que me sucedió en el servicio cuando un veterano me atizó la primera morrada mientras hacía la instrucción.

— Y te acostumbraste a ellas, ¿no? ¡Hi, hi, hi!

— ¡Quiá! Pasó algo mejor. La instrucción no me entraba y una vez acabé arrimando contra un muro a aquel marrajo y le puse de tal modo la jeta que le creció la cabeza como una calabaza. Y, desde entonces, me dejó tranquilo.

— ¿Estuviste mucho tiempo en el servicio?

— Cinco años. Como no pude redimirme tuve que empuñar el fusil. Lo malo no duró mucho tiempo; mientras fuí caloyo cada cual hacía conmigo lo que se le antojaba y tuve que aguantar un sin fin de perrerías; pero los camaradas me abrieron los ojos, y acabé birlando a los demás lo que necesitaba y por tener una muchacha que me servía por mi palabra de casorio. Me llamaban Pedro Patata y se divertían a costa de mi lengua y de mis rezos.

— ¡Ah, peste de herejes! ¡Mira que burlarse de nuestras oraciones!

— Pero cuando les medí las costillas a todos cambiaron de pasatiempo.

— ¡Anda! ¿Tan fuerte eres?

— Fuerte o no fuerte, yo doy cuenta de tres a la vez — se jactó riéndose.

— ¿Has estado en la guerra?

— Ya lo creo; ¡y contra los turcos!... Les dimos un vapuleo respetable.

— Pietrek, ¿pero dónde está la leña? — llamó de nuevo Hanka.

— ¡Donde ha estado siempre! — refunfuñó él.

— Oye, es la patrona quien te llama — le advirtió el mendigo, que prestaba oído.

— ¡Déjela que llame!... ¿Acaso tengo que lavarle aún los platos?

— ¿Eres sordo o qué? — gritó Hanka saliendo de la casa y acercándosele mucho.

— Yo no voy a calentar el horno; no me he contratado para eso.

Ella se puso furiosa; pero él contestó con insolencia y ni siquiera pensó en obedecer, y cuando ella soltó una palabra que le tocó más en lo vivo, hincó su horquilla en el estiércol y gritó colérico:

— No es con Jagusia con quien se las entiende usted ahora; con gritos no conseguirá nada.

— ¡Vas a ver lo que hago! ¡Aún te has de acordar de mí! — le amenazó ella, profundamente ofendida; y en su irritación manipuló tanto la masa que llenó la estancia un torbellino de harina, que salió a bocanadas por la ventana. Murmuraba injurias contra el desvergonzado, llevando los panes a la galería o añadiendo troncos en el horno. A veces iba a dar una ojeada a los niños. Estaba fatigada por el trabajo y empapada en sudor; en la estancia hacía un calor sofocante, y en el corredor, a tiro directo con el horno, apenas se podía respirar. Como las moscas zumbaban sin cesar y tenían mala picadura, se defendía contra ellas con una rama, llorando casi; trabajaba cada vez más lentamente y con mayor impaciencia.

Estaba amasando precisamente la última porción de masa, cuando Pietrek y su carro salieron del patio.

— Espera a que te dé la merienda.

— Bueno; démela que la necesito. La comida ha sido tan abundante que me da tirones el estómago.

— ¿Acaso no has comido bastante?

— ¡Psss! La comida poco substanciosa le pasa a uno por el estómago como por una criba.

— ¿Poco substanciosa? ¡Tiene gracia! ¿Es que sólo quieres comer carne? Ya ves que no me atiborro de salchichas por los rincones y como lo mismo que tú. Y a todo esto, en estos tiempos de escasez antes de la cosecha, hay muchos que no pueden comer. Mira como viven los jornaleros.

Le dió una escudilla de leche desnatada y un pan y sentándose precipitadamente en la galería se puso a comer despacio. De cuando en cuando echábale migas a la cigüeña, que le acechaba como un perro.

— ¡Qué poco alimenta la leche desnatada! — exclamó cuando ya hubo comido buena parte de la merienda.

— Por lo visto quisieras nata pura; pero puedes esperar sentado porque hasta que te la dé te podrías cansar.

Saciada su hambre, empuñó las riendas y se dispuso a partir.

— ¡Contrátate en casa de Jagusia! Tal vez te dé mejor de comer — le gritó ella entonces.

— ¡Vaya que sí! Mientras ella fué la patrona, nadie moría de hambre aquí.

Fustigó los caballos, arrimó el hombro al carro empujándolo, y se fué.

Le había tocado el punto sensible, pero antes de que hubiese podido encontrar una respuesta ya se había marchado.

Las golondrinas cuchichearon bajo el bálago de los aleros y una bandada de palomas se desparramó por la galería, arrullándose. Entonces oyó un gañido que salía del huerto, y temió que los cerdos hozaran en las cebollas; pero, por suerte, era sólo la verraca de los vecinos que hundía el hocico por debajo de la cerca.

— ¡Eso es, hoza y registra! ¡Espera, que te voy a poner buena!

Apenas había vuelto al trabajo, saltó la cigüeña a la ga-

lería, se agachó un poco, atisbó con un ojo, luego con el otro, y empezó a picotear en los panes crudos y a tragar grandes trozos de masa.

Hanka se precipitó sobre el ave dando grandes voces.

La cigüeña escapó con el pico tendido hacia delante, haciendo grandes esfuerzos con la garganta; pero como ella iba a alcanzarla y a darle con un palo, se elevó y voló hasta el techo del hórreo, donde permaneció largo tiempo graznando y limpiándose el pico en la arista del tejado.

— ¡Espera, ladrona! ¡Te voy a romper las patas! — la amenazó, volviendo a dar forma a los panes agujereados.

Jozka vino corriendo; y claro, todo cayó sobre ella.

— ¿Por dónde rondas? Continuamente estás corriendo como un gato con una vejiga a la cola. Le diré a Antek lo trabajadora que eres. ¡Saca las brasas del horno, pronto!

— No he estado más que en casa de Kasia Ploszkowa. Todo el mundo está en los campos y no hay nadie para darle siquiera agua a la pobre pequeña.

— ¿Y qué tiene? ¿Está enferma?

— Seguramente es el sarampión; está colorada y caliente como fuego.

— ¡Si me traes su enfermedad, te llevo al hospital!

— ¡Como si fuera la primera enfermedad que he cuidado! ¿No se acuerda de cuando la velé a usted durante su parto? — Y continuó charlando, como hacía siempre, alejando las moscas de la masa y preparándose a retirar las brasas del horno.

— Habrá que llevar la merienda a la gente — interrumpió Hanka.

— Voy corriendo. ¿Hay que freír huevos para Antek?

— Puedes hacerlo; pero no derroches el tocino.

— ¿Conque le duele a usted?

— ¡Qué ocurrencia! Pero demasiada grasa puede hacerle daño.

La muchacha tenía ganas de tomar el sol, por lo que despachó su trabajo en un santiamén, y ya antes de que Hanka hubiese tapado el horno, se llevó tres pucheros con leche y pan en el delantal.

— Mira si la tela se ha secado, y cuando vuelvas mójala; se secará otra vez antes de que se ponga el sol — le gritó Hanka por la ventana; pero Jozka ya había pasado la puerta cochera y detrás de ella no se oía más que el estribillo de una canción. De tiempo en tiempo su cabeza de color de cáñamo brillaba entre los centenos.

En el barbecho del bosque las arrendatarias dispersaban el estiércol que Pietrek acarreaba, y Antek labraba.

Como la tierra arcillosa se había endurecido, a pesar de un reciente rastrillado, los terrones se partían como piedras y los caballos tiraban del arado haciendo tal esfuerzo que las cuerdas amenazaban romperse.

Antek tenía firme la esteva y trabajaba con ahinco, sin acordarse de nada más. A veces fustigaba la grupa de los caballos, pero generalmente los animaba sólo haciendo chasquear la lengua, porque estaban derrengados. Aquel trabajo era duro y penoso; pero él conducía el arado con mano firme y vigilante y destripaba los terrones, trazando en pos de sí anchos y largos bancales en los que iba a sembrar trigo candeal.

Las cornejas seguían los surcos, picoteando la tierra. El potro bayo, que pacía a lo largo del lindero, brincaba sin cesar hacia la yegua, husmeando las tetas maternas.

— ¡Cómo se acuerda! ¡Aún quisiera mamar! —refunfuñó Antek, largándole un cimbrido en las piernas, lo que hizo que el animal levantase la cola y diese un brinco de costado. Entretanto continuaba trabajando pacientemente, sin interrumpir el pesado silencio más que para decir alguna que otra palabra a las mujeres. Pero estaba tan fatigado por el trabajo y el calor, que cuando Pietrek llegó con su carro, le gritó furioso:

— ¡Las mujeres te esperan y tú zanganeando!

— Naturalmente, el camino es pesado y el caballo ya casi no puede mover las piernas.

— ¿Y por qué has tenido que pararte tanto rato en el bosque? ¡Ya te he observado!

— ¡Puede usted ir a verlo! Yo no echo arena encima, como los gatos.

— ¡Jeta de guarro! ¡Arre, pequeños, arre!

Pero los caballos iban cada vez más despacio y estaban cubiertos de espuma. El también, aunque no llevaba más que un pantalón de tela blanca y la camisa, tenía la cara bañada en sudor y las manos entumecidas de fatiga; así que gritó alegremente al divisar a Jozka:

— Llegas a punto; estamos ya sin poder respirar.

Continuó el surco hasta el bosque, desenganchó los caballos, los desembridó y dejándolos en el camino que bordea el bosque, en el que abundaba la hierba, se tumbó a la sombra y atacó el contenido del puchero con hambre de lobo, mientras Jozka le atontaba los oídos con su charla.

— Déjame en paz, no me interesan nada tus noticias — refunfuñó irritado; ella se rebeló, dijo algo y furiosa se fué al bosque a coger bayas.

El bosque estaba silencioso, caliente, perfumado, y casi un poco desfalleciente bajo el chaparrón de sol. La espesura no se movía sino de tarde en tarde y muy despacio; llegaban soplos de aire impregnados de resina, así como voces extraviadas y cantos de pájaros.

Antek se tendió en la hierba tan largo como Dios le hizo, y fumó un cigarrillo; pero como a través de una niebla cada vez más espesa vió al castellano que corría a caballo por los campos de Podlesia y diferentes gentes con perchas.

Enormes pinos que parecían tallados en bronce, se levantaban por encima de él echándole a los ojos su sombra que se balanceaba y esparcía el sueño. Ya se había amodorrado enteramente en el silencio, cuando oyó el rodar de un carro.

— ¡El criado del organista! ¡Lleva madera a la aserradurría, de seguro! — pensó levantando la cabeza y dejándola caer de nuevo. Pero no dormitó más porque alguien estaba junto a él.

— ¡Alabado sea Dios!

Eran varias jornaleras que volvían del bosque, una tras otra, con su carga de leña a la espalda. La última era Jagustynka, encorvada casi hasta el suelo bajo su haz.

— ¡Descanse usted! ¡Los ojos le salen ya casi de la cabeza!

Ella se sentó cerca, apoyando la carga contra un árbol, sin resuello.

— Ese trabajo no es ya para usted — murmuró él compadecido.

— Ya lo sé; las fuerzas me han abandonado ya enteramente.

— Pietrek, los montones más apretados, ¿comprendes? — gritó al mozo. — ¿Pero no hay nadie que la reemplace?

Ella hizo sólo un visaje, desviando sus ojos enrojecidos y tristes.

— Se ha vuelto usted de tal manera que casi no se le reconoce. ¡Hasta el pedernal se desmenuza bajo el martillo! — gimió ella, inclinando la cabeza. — ¡La miseria consume una persona más pronto que el moho el hierro!

— Este año la carestía es dura hasta para los propietarios.

— A quien no come más que sopas de menta no hace falta hablarle de miseria.

— ¡Válgame Dios! Venga a casa al anochecer, que siempre se encontrará un cuarterón de patatas para usted. Se desquitará en trabajo, al tiempo de la cosecha.

Ella lloró con toda su alma, sin poder articular una palabra de gracias.

— Tal vez Hanka encuentre aún algo más — añadió él bondadosamente.

— Si no hubiese sido por Hanka, hubiéramos muerto todos — murmuró ella lagrimeando. — ¡Ya lo creo que me desquitaré! En cuanto me necesiten. Y no es por mí que digo: «Dios se lo pague». ¿Quién soy yo? Una pobre barredura que se pisa sin verla siquiera, y no estoy poco acostumbrada al hambre. Pero cuando mis pobres pequeñuelos empiezan a quejarse: ¡Abuela, tengo hambre!, y no tiene una nada con que llenar el vientre a los pobres chiquillos, entonces digo yo que me haría picadillo o hasta sería capaz de robar algo del altar y llevárselo al judío antes que dejarles sin comer.

— ¿Es que está otra vez con sus hijos?

— Después de todo soy su madre, y, por lo tanto, no puedo abandonarles en la miseria. Y precisamente este año todas las calamidades han caído sobre ellos. La vaca ha reventado, las patatas se han podrido, tanto que hasta para plantar ha habido que comprarlas, el viento les ha derribado el hórreo, y, además de esto, desde el último parto la mujer está siempre enferma; allí todo se aguanta puramente por un milagro de Dios.

— ¡Ya se comprende! ¡Como que a Wojtek le cosquillea el aguardiente las narices y no sabe salir de la taberna!

— ¡Por miseria ha bebido algunas veces, por pura miseria! Pero desde que tiene trabajo en el bosque ya no pone los pies en casa del judío. ¡Todos son testigos de ello! — exclamó la vieja defendiendo a su hijo con tesón. — A los pobres se les tiene en cuenta una sola copa. El Señor Jesús se ha enfadado con él y no lo deja. ¿Cómo puede encarnizarse así contra un pobre diablo? ¿Y por qué? ¿Qué mal ha hecho? — exclamó levantando al cielo sus ojos furiosos e interrogativos.

— Sin embargo, usted misma los ha maldecido bastante.

— ¡Bah! ¡No hay cuidado de que Jesús haya escuchado griterías tontas! ¡A ver! Aunque una madre maldiga a sus hijos — añadió, al parecer con mayor inquietud y angustia — en el fondo de su corazón no les quiere mal. Cuando una está furiosa, la cólera va a la lengua. Esto sucede siempre.

— ¿Wojtek ha arrendado ya el prado?

— El molinero le ha ofrecido mil *zloty*; no hay nada más; pero yo me he opuesto, porque cuando uno cae en las garras de ese lobo ni el Maligno le haría soltar la presa. Tal vez salga otro con dinero.

— ¡Un hermoso prado, con sus dos cosechas de heno seguras como un amén! ¡Si yo tuviera dinero guardado! — suspiró él lamiéndose el bigote.

— Ya Maciej quería comprarlo porque está tocando con el campo de Jagusia.

El se sobresaltó al oír este nombre; pero al cabo de un avemaría preguntó evasivamente, con la mirada perdida en los campos, muy lejos:

— ¿Pero qué es lo que ocurre en casa de la Dominikowa?

Ella adivinó su deseo, una sonrisa movió sus labios marchitos, sus ojos brillaron y dijo apiadadamente, acercándosele:

— ¿Qué ocurre? ¡El infierno, el verdadero infierno! La cabaña está como al volver de un entierro; la tristeza hiela la sangre y en ninguna parte hay el menor consuelo, la menor ayuda. Derraman todas las lágrimas de sus ojos, esperando la misericordia de Dios. Pero lo peor es que Jagusia...

Y empezó a contar punto por punto diversas historias sobre los males, los pesares y el abandono de Jagusia. Hablaba con convicción, tratando de hacerse propicia y de hacerle hablar; pero él callaba obstinadamente, y de pronto se apoderó de él una nostalgia tan devoradora que le hizo temblar.

Afortunadamente, en aquel momento volvió Jozka, con el delantal medio lleno de bayas; le llenó de ellas el sombrero, recogió los cacharros, y se fué a casa a todo correr.

Entretanto, Jagustynka, que no había podido obtener de él la menor respuesta, empezó a levantarse gimiendo.

— ¡Deje el hato! ¡Pietrek, llévala en el carro! — ordenó secamente.

Empuñó de nuevo el arado y hendió pacientemente durante algún tiempo la costra endurecida de la tierra; se encorvaba bajo el yugo como un buey, entregándose en cuerpo y alma al trabajo; pero no conseguía ahogar su nostalgia.

El día empezaba a hacérsele muy largo; a menudo miraba hacia el sol y medía el campo con ojos impacientes; quedaba todavía por labrar una gran extensión. El malhumor se fué apoderando de él y se puso a pegar a los caballos sin ton ni son y a gritar a las mujeres que se diesen más prisa. Algo le irritaba insoportablemente, y tales pensamientos le revoloteaban en la cabeza y le empañaban los ojos que el arado se le caía frecuentemente de las manos y se le atascaba en las piedras, y , por fin, se hincó tan bien bajo una raíz de árbol, en la linde del bosque, que la reja se rompió.

Ya no había medio de trabajar; puso, pues, el arado sobre sus varas, enganchó el caballo húngaro y se fué a casa en busca de otro nuevo.

La cabaña estaba vacía, todo en desorden y cubierto de harina. Hanka sostenía una pelotera con alguien en el huerto.

— ¡Porcallona! ¡Para armar escándalo siempre tiene tiempo! — refunfuñó él, atravesando el patio; pero, a poco, se enfureció todavía más, porque el arado de recambio que sacó del cobertizo tampoco servía para nada. Trabajó largo tiempo, cada vez más impaciente, escuchando el altercado, porque Hanka estaba entonces fuera de sí, y vociferaba:

— Paga los perjuicios y te devolveré la marrana, y sino daré parte. Paga la tela que me desgarró en el blanqueo la primavera pasada y por las patatas que ha arrancado. ¡Tengo testigos de todo! ¡No es poco ladina! ¡Quisiera engordar su cerdo en mi huerto! ¡No quedará esto así, no! ¡Y la próxima vez os voy a romper las patas a la marrana y a ti! — aulló furiosamente. Como su vecina no se quedaba a la zaga, resultaba una escandalera de las notables; ya se blandían los puños debajo de las narices por encima del cercado.

— ¡Hanka! — gritó Antek, cargándose el arado a la espalda.

Ella acudió sin dejar de gritar, erizada como una clueca.

— ¡Gritas tanto que se te oye en todo el pueblo!

— ¡Defiendo lo mío! ¿Acaso he de dejar que los cerdos de los demás saqueen mis bancales? ¿Con tantos perjuicios y no quieres que diga nada? ¡No, no lo dejaré hacer! — vociferó. Él la interrumpió con dureza:

— Arréglate un poco. ¡Estás hecha una salvaje!

— ¡Ah, vamos! ¿Es que quieres que me vista para trabajar como para ir a la iglesia?

Él la miró con desprecio, porque estaba como si la hubiesen sacado a tirones de debajo de la cama; luego se encogió de hombros, y se fué.

El herrero estaba trabajando; la voz sonora de los martillos se oía de lejos; el fuego roncaba en la fragua, despi-

diendo un calor de infierno. Michal y su operario aplanaban gruesas barras de hierro; el sudor corría por su rostro negro de hollín; pero él martilleaba infatigablemente, furiosamente.

— ¿Para quién son esos ejes tan fuertes?

— Para el carro de Ploszka. Va a acarrear madera a la aserraduría.

Antek se sentó en el umbral y lió un cigarrillo.

Los martillos golpeaban siempre activamente, marcando su incesante compás: «dale y fuera, dale y fuera»; el hierro rojo, batido con fuerza, se hacía flexible como pasta; le daban la forma que querían. La herrería temblaba toda.

— ¿No quisieras carretear?— preguntó Michal metiendo el hierro en el fuego y dándole al fuelle.

— ¿Me dejaría el molinero? Parece que se ha asociado con el organista para el acarreo y que es carne y uña de los judíos.

— Tú tienes los caballos y todo lo menester, y tu criado no hace más que dar vueltas alrededor de la cabaña. No pagan mal... — murmuró como para dar ánimos.

— No hay que negarlo; algunos gros me vendrían bien para la cosecha; pero, de todos modos, yo no voy a implorar ayuda al molinero.

— Tendrías que hablar con los compradores.

— ¡Como si los conociera! Sería preciso que tú intervinieses por mí.

— Si quieres, lo haré. Iría a verles hoy mismo.

Antek se retiró de la fragua, porque los martillos pegaban de nuevo y las chispas saltaban como lluvia de fuego.

— Vuelvo en seguida; sólo voy a ver qué clase de madera acarrean.

La aserraduría zumbaba de movimiento y trabajo como una colmena; las sierras giraban sin interrupción, devorando largos troncos con un chirrido sordo; el agua mugiente se precipitaba desde las ruedas al río, y, cubierta de espuma y consumida como estaba, parecía hervir en su estrecho cauce. Se descargaba de los carros los colosales pinos, a los que apenas habían cortado las ramas; su caída hacía gemir

la tierra; seis hombres los escuadraban y otros llevaban las tablas al sol.

Mateusz dirigía todo el movimiento; no paraba dos minutos en el mismo sitio; en todas partes trabajaba activamente, dando órdenes, y tenía la vista en todo.

Se saludaron amistosamente.

— ¿Y dónde está Bartek? — preguntó Antek examinando a la gente.

— Se aburrió de Lipce y corrió detrás del viento.

— Los hay que han de rodar siempre por el mundo. Parece que tienes trabajo para mucho tiempo, con tantos árboles como hay aquí.

— Hay bastantes para un año o más. Si el castellano se entiende con todos nosotros, derribará y venderá la mitad del bosque.

— En Podlesia miden de nuevo la tierra.

— Porque todos los días sale alguno diciendo que está de acuerdo. Esos condenados imbéciles no han querido comprender que si se hiciera el acuerdo en masa el castellano daría más; y ahora van allá uno a uno, a hurtadillas, para tener la tierra más pronto.

— Hay gentes que son como los asnos: si quieres que avancen, has de tirarles por la cola. Como son unos imbéciles el castellano les quita algo a cada uno, porque va cada cual separadamente.

— ¿Tú has recibido tierra ya?

— Aún no ha transcurrido el plazo desde la muerte de padre, y no se puede hacer el reparto; pero ya he escogido mi parte.

Más allá del río, entre los alisos, creyó ver el rostro de Jagusia; siguió hablando, pero con los ojos escudriñaba con creciente impaciencia los jarales de la orilla.

— ¡Qué calor! Tengo ganas de ir a bañarme — dijo al fin; y descendió río abajo, como para elegir un sitio apropósito; pero en cuanto los árboles le ocultaron, echó a correr.

Era ella. Iba a los campos de coles, con su azadón.

— ¡Jagusia! — llamó él al llegar a su alcance.

Ella se volvió prudentemente, y reconociendo su voz y

su cara, que se destacaba por entre las altas hierbas, se detuvo inquieta, sin saber qué hacer, muy indecisa y asustada.

— Pero, ¿no me reconoces? — murmuró él ardientemente intentando pasar a la otra orilla. Pero el río, aunque no tenía más que algunos pasos de anchura, era profundo en aquel sitio.

— ¿Cómo no te iba a reconocer? — y se volvió miedosamente hacia los campos de coles donde se veía las faldas rojas de algunas mujeres.

— ¿Dónde te escondes que no hay medio de verte?

— ¿Dónde? Como tu mujer me ha echado de la cabaña, estoy en casa de mi madre.

— De eso desearía hablarte también. Ve una noche detrás del cementerio, Jagna. Allí te diré algo. ¡Ven una vez siquiera! — rogó Antek apasionadamente.

— ¡Eso es! ¡Para que cualquiera me vea! Bastante he sufrido por las cosas pasadas — contestó ella con voz dura. Pero él volvió a la carga tan hábilmente y tanto la suplicó, que se le enterneció el corazón y tuvo compasión de él.

— ¿Qué quieres decirme de nuevo? ¿Para qué quieres verme?

— ¿Acaso soy un extraño para ti, Jagus?

— No, un extraño no; pero un amigo tampoco. Tengo otras cosas en la cabeza.

— Ven, no te arrepentirás. Y si tienes miedo de ir detrás del cementerio, espérame detrás del huerto del cura. Ya sabes donde, ¿eh? Jagus; ¿te acuerdas todavía?...

Ella volvió la cabeza porque un súbito rubor le había subido a las mejillas.

— No hables de eso; me avergüenza... — Se había puesto como la grana.

— ¡Ven, pues, Jagus! Te esperaré hasta medianoche si es preciso.

— Bueno, pues; iré. — Se volvió rápidamente y echó a correr hacia los campos de coles.

El la miró ávidamente, y se apoderó de él tal voluptuosidad, tales ardores le encendieron la sangre que estaba a

punto de echar a correr tras ella para cogerla, aunque fuese a la vista de todos... Le costó trabajo refrenarse.

— Está visto, es este calor lo que me pone así — pensó, desnudándose de prisa para tomar su baño.

Y mientras refrescaba su cuerpo, no cesaba de pensar:

— ¡Pero eso de que el hombre haya de ser tan débil!... La menor cosa le lleva a uno como hilacha al viento...

Avergonzado miró en torno por si alguien les había visto y pesó minuciosamente todo lo que le habían contado de ella.

— ¡Esa es la clase de pájaro que eres tú, así eres! — pensó con desprecio y casi con pesar; pero de pronto se detuvo bajo un árbol y se quedó con los ojos cerrados, porque ella aparecía ante sus ojos con toda su hermosura.

— ¡No hay otra como ella en el mundo entero! — gimió, mientras le oprimía un irresistible deseo de verla otra vez, de estrecharla entre sus brazos, contra su corazón, y de abrevarse en sus labios rojos, de sorber desenfrenadamente su dulce miel y beberla hasta la última gota...

— ¡Sólo una última vez, Jagusia! ¡Por última vez! — murmuró como si le implorase a ella misma. Se frotó los ojos largo tiempo antes de recobrar sus facultades y regresar a la fragua. Michal estaba solo y precisamente iba a reparar el arado.

— ¿Es que tu carro soportará tales cargas?

— Con tal de que tenga algo para cargar...

— Si yo te lo prometo es como si la madera estuviese ya en el carro.

Antek se puso a escribir con tiza en la puerta y a calcular.

— Hasta la cosecha, aún podría hacerme con unos trescientos *zloty* — dijo alegremente.

— Eso justamente te vendría de perilla para tu asunto — dijo el herrero como por distracción.

Antek puso en seguida mal gesto y sus ojos brillaron sombríamente.

— Es mi pesadilla este asunto; cada vez que me acuerdo se me cae todo de las manos y no tengo ningún gusto de vivir.

— No es de extrañar; pero lo que me sorprende es que todavía no hayas buscado un medio de salvación.

— ¿Qué medio hay para mí?

— Cualquiera sería bueno. Supongo que no vas a poner el cuello debajo de la cuchilla como un becerro.

— Tampoco me abriré paso por la pared dando con la cabeza — suspiró tristemente.

Michal martilleó de nuevo con encarnizamiento. Antek se ensimismó en cavilaciones inquietantes y temerosas; le daban tales ideas que su cara palidecía y se puso en pie de un salto mirando en torno suyo perplejo; pero el querido cuñado no le dejó atormentarse largo tiempo, y mientras le atisbaba con sus ojos cazurros, dijo en voz baja:

— Kazmirz de Modlica ha sabido encontrar un medio...

— ¡El que ha escapado a América!

— ¡El mismo! Un animal listo; ese olió la sentencia a tiempo.

— ¿Pero ya se ha probado que mató al gendarme?

— No ha esperado a que se pruebe. ¿Cómo iba a ser tan tonto que se dejase pudrir en la cárcel?...

— Para él no era complicado; es soltero.

— El que se ve obligado, se escapa. Yo no te aconsejo nada, para que no te figures que tengo alguna segunda intención; sólo te digo lo que otros han hecho en casos parecidos. Eres enteramente libre de hacer lo que gustes. Mira: Wojtek Gajda, de Wolica, volvió de la cárcel precisamente durante las fiestas. Bueno, diez años no son la vida entera; puede soportarse.

— ¡Diez años! ¡Jesús mío! — gimió Antek cogiéndose la cabeza con las manos.

— Diez años ha hecho trabajos forzados. Es mucho tiempo.

— ¡Yo estoy dispuesto a soportarlo todo con tal de no ir a la cárcel! ¡Jesús! He estado encerrado sólo algunos meses, y por poco me vuelvo loco...

— Dentro de tres semanas estarás ya al otro lado del mar. Jankiel te dirá cómo.

— ¡Es horrorosamente lejos! Figúrate: ¡partir, abando-

narlo todo, dejar la casa, los hijos, la tierra, el pueblo y correr por el ancho mundo, para siempre!

El espanto se apoderaba de él.

— Son muchos los que se fueron por su puro gusto y no hay uno que piense en volver de aquellos paraísos.

— Sólo pensarlo me espanta.

— Sin duda; pero habla con Wojtek y verás lo que cuenta de la cárcel; eso te dará aún más qué pensar. Es un hombre que aún no ha cumplido sus cuarenta años, y está ya cano y encorvado, escupe sangre y arrastra la pata. Es probable que se vaya pronto hacia el establo del cura. Pero, ¿de qué sirve hablarle? Tú tienes buen juicio; haz lo que él te dicte.

Se detuvo un buen rato, después de observar que ya había sembrado la inquietud en su espíritu, y dejó que el tiempo hiciese lo demás, regocijándose secretamente de la cosecha que esperaba entrojar. Cuando hubo terminado la compostura del arado, dijo alegremente:

— Ahora voy corriendo a casa de los compradores; ten el carro preparado para mañana, porque vas a acarrear. No pienses en tu asunto: no vale la pena de recomerse la sangre; sucederá lo que suceda y lo que el buen Dios permita. Ya iré a verte al anochecer.

Pero Antek no pudo olvidar tan pronto; había tragado los amistosos discursos del herrero como un pez traga el cebo, y las náuseas le ahogaban; era como si le agarraran el hígado con zarpas punzantes y estaba como paralizado por el terror de sus pensamientos torturadores.

— ¡Diez años! ¡Diez años! — murmuraba de vez en cuando, pasmado de espanto.

Empezaba a obscurecer y la gente volvía de los campos; había bastante batahola en el patio porque Witek volvía con el rebaño y las mujeres ordeñaban las vacas y cuidaban de los quehaceres a cual más. En toda la aldea resonaban las voces sueltas que preceden al anochecer y gritos de niños que se bañaban en el estanque.

Antek sacó el carro de detrás del hórreo para ponerlo en estado de prestar servicio al día siguiente; pero pronto

se fastidió de todo y gritó a Pietrek que estaba abrevando los caballos:

— Engrasa el carro y ponlo en orden; desde mañana llevarás madera a la aserraduría del molino.

El criado se puso a echar pestes; aquel trabajo no le gustaba nada.

— ¡Cierra el hocico y haz lo que te mandan! ¡Hanus! Da tres medidas de avena a los caballos y que Pietrek vaya al campo a buscar trébol. Las bestias han de comer bien para reponer las fuerzas.

Hanka intentó interrogarle; pero él sólo masculló algunas palabras ininteligibles. Anduvo de un lado a otro por el patio y se fué a casa de Mateusz, con el cual vivía ahora en gran amistad.

Mateusz acababa de volver del trabajo y comía ávidamente leche cuajada para refrescarse, delante de la cabaña.

Del huerto llegaban llantos ahogados y quejumbrosos.

— ¿Quién es la que lloriquea así?

— Nastusia. ¡Es cosa de volverse loco con esos amoríos! Los esponsales están publicados, el casamiento debe celebrarse el domingo y la Dominikowa mandó decir ayer por el asesor que la granja le fué cedida a ella en contrato matrimonial, que no dará ni un bancal a Szymek y que no le admite en la cabaña. ¡Y mantendrá su palabra! ¡Conozco bien a esa ralea de perra!

— ¿Y Szymek qué piensa de eso?

— ¿El? Se ha sentado esta mañana en el huerto, y allí le tienes todavía como un tronco. No contesta ni siquiera a Nastusia. Hasta empiezo a temer que se le haya trastornado la cabeza.

— ¡Szymek! — gritó Mateusz en el huerto: — ¡Ven con nosotros! Boryna está aquí; tal vez él te dé un medio...

Se presentó al cabo de un momento y se sentó en el banco delantero sin saludar a nadie. En verdad, el muchacho estaba espantosamente demacrado y seco como una tabla de abedul; sus ojos brillaban y en su cara enflaquecida se reflejaba no sé qué decisión implacable.

— ¿Qué has pensado?—preguntó Mateusz amablemente.

— ¡Que voy a coger un hacha para matarla!

— ¡Imbécil! ¡Guarda ese género de bromas para la taberna!

— ¡Tan cierto como Dios está en el cielo que la voy a matar! ¿Qué otra cosa puedo hacer? No quiere soltar la tierra de padre, me echa de la cabaña, no me da el dinero... ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde queréis que vaya un pobre diablo como yo? ¡Y pensar que es mi propia madre quien me hace esta injusticia! — gimió enjugándose las lágrimas con la manga; pero de pronto tuvo un sobresalto y exclamó: — ¡Mal rayo me parta! ¡Yo no suelto lo que es mío! ¡Aunque me pudra en la cárcel no suelto lo que es mío!

A fuerza de calmarle consiguieron que se callase y se sentase, pero con un aire tan sombrío y salvaje que daba miedo. No contestaba siquiera ni a los cuchicheos lacrimosos de Nastusia. Entretanto, los otros dos buscaban la manera de ayudarle; pero no sacaron nada en limpio porque la Dominikowa era inatacable en su derecho. Finalmente, Nastka llevó a su hermano aparte y le explicó algo.

— ¡Esta es buena! ¡Una mujer, y ha tenido una idea acertada! — gritó alegremente volviendo a la puerta de la cabaña. — Consiste en comprar al castellano seis fanegas de tierra en Podlesia. La idea es buena, ¿no? Y podría burlarme de la vieja, que se pondría enferma de rabia.

— La idea es positivamente buena, como todas las ideas; pero ¿dónde encontrar el dinero?

— Nastusia tiene sus mil *zloty;* esto bastaría para el primer plazo.

— Y la cabaña, el ganado, los instrumentos de labor, el grano; ¿de dónde se sacan?

— ¿De dónde? ¡Pues de aquí, de aquí! — aulló de pronto Szymek, dando un salto y blandiendo los puños cerrados.

— Eso se dice, pero hacerlo es otra cosa — contestó Antek entre dientes, incrédulo.

— ¡Dadme sólo la tierra, y ya veréis; dádmela no más! — exclamó con fuerza.

— Entonces no hay necesidad de machacarse la cabeza. No tienes más que ir en busca del castellano.

— Espera, Antek, un instante; deja que reflexione bien la cosa...

— Ya veréis como yo salgo del paso — explicó Szymek muy acalorado. — ¿Y quién araba en casa de mi madre? ¿Quién sembraba? ¿Quién recolectaba? ¡Yo solo! ¿Trabajaba yo mal en los campos? ¿Soy un gandul? ¿Eh? Todo el pueblo os lo dirá y mi misma madre es testigo. Dadme sólo la tierra, ayudadme como hermanos y os quedaré agradecido hasta la muerte. ¡Ayudadme! — exclamó riendo y llorando a un tiempo, ebrio de alegre esperanza.

Cuando se hubo calmado un poco, empezaron a estudiar la cosa juntos y a reflexionar sobre aquel proyecto.

— ¡Con tal de que el castellano consienta en dar facilidades de pago! — suspiró Nastusia.

— Yo me haré fiador con Mateusz, y así me parece que cederá la tierra.

Nastusia quedó tan emocionada, que quiso besarle las manos a Antek por tanta bondad.

— He trabado no poco conocimiento con la miseria y sé el gusto que ha de dar a los demás — dijo a media voz levantándose para marcharse, pues la noche envolvía ya la tierra, aunque el cielo estaba todavía claro y los últimos resplandores del poniente lo arrebolaban todavía.

Antek se detuvo un momento al borde del estanque, dudando del camino que seguiría; pero no tardó en dirigirse a su cabaña.

Sin embargo, andaba lentamente, como por fuerza, deteniéndose a cada momento con los conocidos. Los caminos estaban llenos de gente, de bestias que vagabundeaban y de niños. De entre los setos se elevaban canciones, gansos asustados croajaban en alguna parte, chiquillos que se bañaban lanzaban gritos cerca del molino, algunas comadres se disputaban al otro lado del estanque, al parecer frente a la casa de los Balcerek, y la voz chillona de un caramillo traspasaba los oídos.

Antek no se apresuraba; le gustaba detenerse por el camino y charlar con cualquiera que fuese; pero, de todos modos, acabó por encontrarse delante de su cabaña. Las

ventanas estaban abiertas e iluminadas; uno de los chiquillos lloraba arrimado a la pared; se oía salir del patio la voz alborotada de Hanka y de tiempo en tiempo las respuestas agresivas de Jozka.

De nuevo titubeó; pero cuando *Lapa* corrió a él ladruqueando y se puso a saltar de alegría, le largó un puntapié, dominado por una repentina cólera, y se volvió a la aldea. Se metió por el camino estrecho de la rectoría, pasó tan cautelosamente por delante de la casa del organista que los perros no le advirtieron y desembocó cerca del huerto del cura, junto a la ancha faja que separaba la tierra de Klomb de la del párroco, ocultándose bajo la sombra espesa de los frondosos árboles.

La hoz lunar estaba ya suspendida en el cielo obscurecido y las estrellas empezaban a brillar con claridad creciente; era un anochecer impregnado de rocío y muy templado, verdaderamente de verano. Las codornices se llamaban en los trigos, grandes gritos de alcaravanes llegaban de los prados lejanos y una calma tan perfumada se cernía por encima de los campos que la cabeza daba vueltas.

Jagusia no parecía venir.

En cambio, a unos cincuenta pasos de Antek, el rector se paseaba a lo largo del lindero, vestido de blanco, con la cabeza descubierta, tan absorto en el rezo de sus oraciones que no parecía ver que sus caballos, en vez de pastar en el escuálido barbecho pelado, habían pasado la línea y hacían su agosto en el trébol de Klomb, que crecía con una exuberancia de bosque y aparecía negro bajo su cubierta de flores.

El cura iba y venía sin cesar, mascullando su rezo; contemplaba las estrellas, a veces se detenía con el oído atento, y en cuanto percibía el menor rumor por el lado del pueblo, daba prontamente media vuelta y se dirigía a los caballos, casi colérico:

—¿Dónde te has metido, *Blanco*? En el trébol de Klomb, ¿eh? ¡Valientes canallas! Os gusta el bien ajeno, ¿eh? ¿Queréis látigo en la grupa? ¡Látigo tendréis, látigo tendréis! —les amenazaba muy severamente.

Pero las bestias mascaban el trébol con tan buen apetito que al cura le faltaba corazón para echarlas del campo; así que sólo las miraba y les decía a media voz:

— Vamos, tomad un bocado o dos... En cambio, yo diré una oración por el alma de Klomb, o le compensaré de otro modo el perjuicio. ¡Gandulones! ¡Cómo se echan sobre el trébol fresco!

Y otra vez emprendía sus paseos, al acecho, sin sospechar que Antek le miraba, le oía y esperaba a Jagusia con creciente impaciencia.

Así pasó un buen par de padrenuestros, cuando de pronto Antek tuvo la idea de ir a su encuentro y confiarle sus cuitas.

— ¡Es tan sabio! ¡Tal vez sepa cómo sacarme del atolladero! — pensó retrocediendo en la obscuridad, hasta el hórreo. Cuando estuvo en la esquina, echó a andar resueltamente hacia el lindero y tosió recio.

El cura, al oír que alguien se acercaba, gritó a los caballos:

— ¡Condenados destrozones! ¡En cuanto se les quita los ojos de encima, se van al campo de los otros, como cerdos! ¡Quieres salir de ahí, alazán! — y arremangándose la sotana, se apresuró a echarlos.

— ¿Boryna? ¿Qué tal? — dijo al reconocerle.

— Busco al señor cura; ya he estado en la rectoría.

— He salido para rezar las oraciones y vigilar los caballos, porque Walek ha ido al castillo. Pero, ¡cuidado con esos bribones! ¡Lo viciosos que son! ¡Dios nos libre! No consigo hacerme obedecer. Mira qué espeso crece el trébol de Klomb: ¡un verdadero bosque! ¡Es de mi semilla! En cambio, heló tan bien en mis campos que no crece más que la manzanilla y el cardo — suspiró melancólicamente, sentándose en una piedra. — Siéntate y vamos a hablar. ¡Qué hermoso tiempo! Dentro de tres semanas vamos a oír cantar las hoces. No te digo más.

Antek se sentó a su lado y empezó a exponer lentamente el motivo de su venida. El cura escuchó atentamente, aspiró un polvo de rapé y gritó una vez o dos a los caballos, estornudando con toda su fuerza.

— ¡Dónde estás ya! ¿Pero no ves que estás en un campo extraño? ¡Hay que ver lo que son esos cerdos viciosos!

Antek avanzaba poco en sus explicaciones: balbuceaba y se embrollaba.

— Veo que tienes un gran peso sobre el corazón. Confiésate sinceramente y eso te aliviará. ¿A quién se va a confiar sus penas sino al cura? — Le acarició la cabeza y le ofreció una toma; Antek cobró ánimos y le contó todas sus preocupaciones.

El cura meditó largo tiempo sus palabras, suspiró y acabó por decir:

— Yo te aplicaría la penitencia eclesiástica por la muerte del guardabosque: tú defendías a tu padre, y como el muerto era un bribón y un luterano, no es un gran crimen. Pero el tribunal no lo va a tener en cuenta. Vas a llevar tus cuatro años, por lo menos. ¿Y qué aconsejarte? Dios mío, en América también vive la gente; pero los presos salen también de la cárcel. Un partido es malo y el otro no es mejor.

Tan pronto opinaba que Antek huyese al día siguiente mismo como le aconsejaba que se quedase y que cumpliese el tiempo de su condena; y, para acabar, dijo:

— Una cosa hay cierta: confiar en la Providencia y esperar la misericordia de Dios.

— Pero me encarcelarán, me desterrarán a la Siberia...

— Muchos vuelven, sin embargo; yo mismo he conocido a más de uno.

— Es posible; pero, ¿en qué estado encontraré la cabaña después de tantos años? ¿Podrá mi mujer salir adelante sola? ¡Todo lo que tengo se perderá! — murmuró indeciso.

— Desde el fondo de mi corazón quisiera ayudarte; pero, ¿qué puedo hacer?... Celebraré una santa misa a tu intención para que el Señor cambie tu suerte mejorándola. Lleva mis caballos a la cuadra porque es tarde. Te lo repito, es tarde; es hora de ir a acostarse.

Antek estaba tan absorto en sus preocupaciones que no se acordó de Jagusia hasta que salió del patio del cura. Entonces corrió ligero a su encuentro.

Ella esperaba, en efecto, acurrucada junto al hórreo.

— ¡Cuánto he esperado y esperado!

Tenía la voz como enronquecida por el relente de la noche.

— No podía negarme a acompañar al cura a su casa. Quiso pasarle el brazo por el talle; pero ella le rechazó.

— No tengo el ánimo para jueguecitos y besos.

— ¡No te reconozco ya! — Estaba resentido.

— Soy exactamente igual como me dejaste.

— No es así como eras de ordinario... — Se le acercó.

— ¿No te has preocupado de mí durante todo ese tiempo, y ahora te extrañas?

— No había medio de hacer otra cosa. ¿Podía acaso ir a verte?

— Y yo he tenido que quedarme con el muerto y con todos los cuidados.—Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

— Y tú no has tenido siquiera la idea de venir a verme; es que tenías el espíritu en otra parte.

— Pero, ¿me esperabas, Jantos, me esperabas? — balbuceó ella incrédula.

— ¡Si te esperaba! Cada día, como un imbécil, me agarraba a los barrotes de la reja y te buscaba con los ojos, y cada día esperaba que vinieses. — Un súbito rencor lo sacudía.

— ¡Jesús! ¡Te habías enfurecido tanto conmigo detrás de la hacina! Y aun antes de eso estabas tan enfadado... Y cuando te llevaron no tuviste una mirada para mí, ni una palabra... Me acuerdo bien, tuviste una buena palabra para todo el mundo, hasta para el perro, pero para mí no. Yo creí que me iba a volver loca.

— Yo no estaba enfadado contigo, Jagus; pero cuando se tiene el alma repleta de pena, tiene uno ganas de destruirse a sí mismo y al mundo entero.

Se callaron, en pie uno cerca de otro, cadera contra cadera. La luna brillaba reflejándose en sus caras. Tenían la respiración fatigosa; recuerdos torturadores les desgarraban, lágrimas de dolor y de martirio inundaban sus ojos y se cuajaban en ellos.

— ¡No es así como me recibías en otro tiempo! — dijo él tristemente.

Ella se deshizo de pronto en llanto como un niño pequeño.

— ¿Cómo quieres que te reciba, dímelo? Ya me has maltratado bastante, ya me has hecho caer bastante bajo; la gente me mira como se mira a un perro.

— ¿Soy yo quien te ha maltratado? ¿Soy yo la causa?... — la cólera se apoderó de él.

— ¡Sí, tú! Por ti me ha echado Hanka, por ti he venido a ser el hazmerreír del pueblo entero...

— ¿Es que ya no te acuerdas del alcalde... y de los demás?... — rearguyó él, amenazador.

— ¡Todo eso pasó por ti, por ti! ¡Todo! — exclamó ella cada vez más rehacia. ¿Por qué me forzaste a tu voluntad como un perro? Sin embargo, tú tenías tu mujer. Yo fuí tonta de capirote y tú me hechizaste de tal manera que en el mundo entero no veía más que a ti. ¿Y por qué me abandonaste después y dejaste que fuese presa de los demás?

Pero él también, arrebatado por el rencor, le silbó a través de sus dientes apretados:

— ¿Fuí yo, en verdad, quien te mandó que fueses mi madrastra? ¿He sido yo también quien te obligó a ser la arrastrada de quien quería?

— Entonces, ¿por qué no me protegiste? Si me hubieses querido, no me hubieras dejado correr a mi voluntad, no me hubieras abandonado a mí misma, me hubieras puesto en guardia contra los malos encuentros, como hacen los amantes. — Se quejaba dolorosamente, con una pena tan insondable que él quedó desarmado. Todos sus rencores le abandonaron y se estremeció de amor.

— ¡Cálmate, Jagus, cállate, niña mía!... — murmuró él con ternura.

— Después de haber sufrido tantas injusticias vienes a echármelo todo en cara, lo mismo que los demás.

La sentó junto a él en el lindero y empezó a atraerla contra su corazón, a estrecharla en sus brazos, a acariciarle los cabellos; luego le enjugó la cara y besó sus labios temblo-

rosos y sus ojos inundados de lágrimas amargas, aquellos ojos tan queridos y tan tristes. La mimó, la acarició y la calmó, y ella fué llorando cada vez más bajo y apretándose contra él; finalmente se colgó a su cuello y apoyó la cabeza en el hombro de Antek con tanta confianza como si se hubiese refugiado en el corazón de una madre, en cuyos brazos es tan dulce llorar todos los dolores y todos los pesares...

Antek se sentía trastornado. Tales voluptuosidades se exhalaban de ella y le abrasaba con tales ardores la tibieza de aquel cuerpo, que la besaba cada vez con mayor frenesí y la estrechaba con más fuerza.

Al principio ella no concibió siquiera lo que le pasaba a él; sólo cuando vió a Antek fuera de sí y sintió que sus labios abrasadores apretaban los suyos, intentó desprenderse de sus brazos y empezó a suplicar miedosa, casi llorando:

— ¡Déjame Jantos, déjame! ¡Jesús! ¡Déjame, porque sino voy a gritar!

Pero, ¿podía ella desprenderse de los brazos de semejante dragón? La apretaba tan fuerte que le faltaba la respiración y llamas y estremecimientos recorrían todo su cuerpo.

— ¡Por última vez! ¡Déjame por última vez! — suplicaba él, casi sin poder respirar.

La tierra dió vueltas en torno de ella y se sintió caer en el fondo de no sé qué paraíso. El la tomó, como otras veces, locamente, por la fuerza voluptuosa del amor, y ella se dió a él, como otras veces, por el dulce suplicio de su anonadamiento, en aras de una dicha insondable que era la muerte misma.

— ¡Como otras veces, Jesús, como antes, como siempre!

La noche era estrellada y la luna estaba suspendida muy alto, en medio del cielo; el aire tibio, aromático, bañaba los campos dormidos en un silencio sin límites, el mundo entero no respiraba ya, sumido en la embriaguez del olvido, en el dulce letargo de las caricias...

Lo habían olvidado todo, excepto el huracán de fuego que había en ellos; todo, menos su eterno deseo eternamente insaciado. Igual que el árbol desecado se funde con el rayo y lanza al cielo las flechas de sus llamas, hasta perecer jun-

tos con el mismo grito de su canto nupcial, habían naufragado ellos también en no sé qué ardores insaciables. Su antigua pasión se había reanimado en ellos y hacía brotar llamas alegres, crepitantes, durante un segundo de olvido, durante un último segundo de dicha.

Cuando, ya serenados, se sentaron de nuevo uno al lado del otro, algo les ensombreció el alma, y se miraron con ansiedad, a escondidas; sus ojos se huían, avergonzados y arrepentidos.

En vano buscó él con sus labios los labios de Jagna, poco antes tan hambrientos de besos; ella se desvió como con repugnancia.

En vano la llamó él muy quedo con los nombres más dulces; ella no contestó, con los ojos obstinadamente fijos en la luna; entonces él se rebeló interiormente, dominado por el rencor y la melancolía.

Estaban sentados sin saber qué decir, impacientes, preguntándose mentalmente cuál de los dos se marcharía primero.

Jagusia, como si todo su amor se hubiese consumido enteramente y no quedase de él más que cenizas, dijo con íntima irritación:

— Has tomado lo que has querido, como un ladrón.

— ¿Pero no eres mía, Jagus? — Quiso atraerla hacia sí; pero ella le rechazó enérgicamente.

— ¡No soy tuya ni de nadie, de nadie! ¿Comprendes?

Y se deshizo nuevamente en lágrimas, sin tratar él de calmarla ni de acariciarla. Al cabo de cierto tiempo, le espetó con voz ronca:

— Jagus, ¿vendrías tú conmigo por el vasto mundo?

— ¿A dónde? — y levantó hacia él los ojos humedecidos por el llanto.

— A América. ¿Vendrías conmigo, Jagus?

— ¿Y qué harías de tu mujer?

Se contrajo como si hubiera recibido un latigazo.

— Antek, te lo pregunto seriamente. ¿Qué harías de tu mujer? ¿La envenenarías?

La cogió por el talle, la estrechó fuertemente, y cubrién-

dole la cara de apasionados besos, se puso a implorarle, a suplicarle que se fuese con él por el mundo, a alguna parte donde se quedarían para siempre juntos. Habló largo tiempo de sus proyectos y esperanzas, aferrándose a la idea de huir con ella como un borracho se agarra a una cerca, y lo decía también como un borracho, todo emocionado y calenturiento. Ella le oyó hasta el fin, y contestó en tono malicioso:

— Tú me has forzado al pecado y te figuras que me he vuelto completamente tonta y que creo todas tus fantasías.

Él le juró por todo lo que más quería que no le decía más que la santa verdad; pero ella no quiso ni siquiera escucharle, y murmuró escapándose de sus manos:

— No tengo el menor deseo de huir contigo. ¿Para qué? ¿Acaso estoy mal sola? — Se cubrió con el delantal, mirando atentamente en torno suyo. — Es tarde; he de irme.

— No tengas tanta prisa. No hay en tu cabaña nadie que te espere.

— Pero para ti es hora. Hanka te estará preparando la colcha, deseosa de ti.

Estas palabras le pusieron rabioso como un perro, y contestó con rencor:

— Yo no te recuerdo quién te espera a ti en las tabernas.

— Sin embargo, tú debes saber que los hay que estarían dispuestos a esperar hasta que salga el sol. Tú lo habrías de saber. Tienes una idea tan elevada de ti mismo que te figuras que no hay otro como tú en el mundo — dijo ella, sonriendo mordazmente.

—Bueno; pues echa a correr, aunque sea a casa del judío — balbuceó él.

Pero ella no se movió. Estaban en pie, uno frente a otro, respirando con fatiga, mirándose, con la cólera en los ojos, como si buscasen en el fondo de ellos mismos las palabras más mortificantes.

— Tú ibas a decirme algo; dilo, pues, porque no volveré a encontrarme contigo.

— No pases cuidado; no seré yo quien te llame.

— Aunque gimieras a mis pies, no acudiría más a ti.

— Naturalmente; no tendrías tiempo. Son tantos los que te esperan cada noche...

— ¡Así reventaras como un perro! — y huyó a campo traviesa.

El no corrió tras ella, ni volvió a llamarla siquiera al verla correr a través de los bancales como una sombra y desaparecer detrás de los huertos; sólo se frotó los ojos como si despertase y suspiró malhumorado:

— ¡Me he vuelto completamente tonto! ¡Jesús, a lo que pueden conducirnos unas faldas!

Experimentaba un extraño sentimiento de vergüenza al regresar a su casa; no podía perdonarse lo que había pasado y el recordarlo le remordía, le atormentaba cruelmente.

Su lecho estaba ya preparado en el huerto, pues no había manera de dormir en la estancia a causa del calor y de las moscas.

Pero no se durmió; acostado boca arriba, contemplaba el lejano centelleo de las estrellas y pensaba en Jagusia, escuchando los pasos amortecidos de la noche.

—¡Ni con ella ni sin ella! Al diablo...—juró en voz baja, y suspiró tristemente, revolviéndose de un lado a otro. Luego apartó la colcha y puso los pies sobre la hierba fresca, cuajada de rocío; pero como no conciliaba el sueño, no cesó un instante de pensar en ella.

Uno de los niños se puso a lloriquear en la estancia y Hanka murmuró algo. Él levantó la cabeza; pero todo se calmó muy pronto y de nuevo le asaltaron las fantasías, como dolorosos efluvios primaverales que mecen las almas en dulces recuerdos; pero esta vez no se abandonó al capricho de ellas; al contrario, las examinó con sangre fría y el resultado de todo fué que al fin se dijo a sí mismo, como en la santa confesión:

— ¡Fuerza es que esto termine de una vez para siempre! ¡Es una vergüenza y un pecado! ¿Qué diría otra vez la gente? He de pensar que soy padre de familia y campesino propietario. Es preciso que esto acabe.

Esto decidió; pero su decisión le causó una pena indecible.

Cuando uno sigue una mala inclinación y se hace com-

pañero del Maligno, ni la misma muerte le separa de él — dijo, amargado y grave.

El alba asomaba ya y el cielo se teñía de gris como si lo cubriera una tela de saco. Antek no lograba dormirse y cuando la claridad del día comenzaba a cosquillearle los ojos, le llamó Hanka. El la miró bondadosamente, y cuando ella le dijo que el herrero había venido la noche anterior para comunicarle que estaba resuelto lo del acarreo de la madera, le pasó la mano por los despeinados cabellos, acariciándola:

— Puesto que eso ha salido tan bien, te compraré algo en la primera feria que haya.

Hanka no cabía en sí de gozo y al verle tan bien dispuesto le pidió que le comprase una aparador para la vajilla, como el de los organistas.

— Estoy viendo que acabarás pidiendo un sofá como el de los señores — contestó él riendo; y tras prometerle lo que había pedido se levantó de prisa porque la faena esperaba y precisaba poner la nuca bajo el yugo, como cada día.

Primeramente fuése en busca del herrador y al regreso, después del desayuno, ordenó a Pietrek que cargara estiércol y él dirigióse al bosque arreando a los caballos que tiraban del carro.

En la corta iba el trabajo a toda marcha; muchos hombres se empleaban en desguazar los árboles derribados en invierno, y el golpe de las hachas y el chirrido de las sierras resonaban como el martilleo ininterrumpido de los picoverdes. En el bosque pastaban los rebaños de Lipce y humeaban hogueras.

Se acordó de lo que había pasado allí poco tiempo antes y movió la cabeza al ver que los lipcianos trabajaban en buena armonía con los de Rzepki y los demás.

— ¡La miseria les ha vuelto a la razón! Pero hacía falta todo aquello para venir a parar en esto — dijo dirigiéndose a Filip, el hijo de Jagustynka, que desmochaba las ramas de los pinos.

— ¿De quién fué la culpa sino del señor y de los propietarios? — refunfuñó secamente el campesino, sin dejar de cortar ramas.

— Tal vez también de la mala fe y de la torpeza de algunos.

Se detuvo en el sitio donde mató al guardabosque y sintió en el pecho un dolor tan agudo, que juró:

— ¡Carroña! ¡Toda mi desgracia viene de ti! ¡Si pudiera, aún te añadiría algo! — Escupió y se puso a trabajar.

Durante días enteros acarreó madera hasta la aserradura, unciéndose al trabajo tan furiosamente como si hubiese querido matarse; pero lo que no mató, a pesar de todo, fué el recuerdo de Jagusia y el de su desgraciado proceso.

Un día Mateusz le dijo que había comprado tierra en Podlesia; el señor había dado facilidades de pago y prometido, además, vigas y latas para construir; por esto habían aplazado el casamiento de Nastusia hasta que Szymek hubiese puesto el terreno siquiera un poco en condiciones.

¿Qué le importaban los asuntos de los demás? ¿No tenía bastante con sus propios quebraderos de cabeza? Además, el herrador le asustaba casi todos los días y de diferentes maneras a propósito de su proceso, y poco a poco, prudentemente, el muy marrullero le hacía saber que en caso de necesidad urgente le prestaría dinero fulano o mengano...

Antek había estado ya cien veces a punto de plantarlo todo y huir; pero le bastaba mirar la aldea y pensar que la dejaría para siempre para que el terror se apoderase de él y prefiriese la cárcel, todo, incluso lo peor, antes que aquello.

Pero tampoco pensaba en la cárcel sin la desesperación en el alma.

A fuerza de luchar así interiormente, enflaqueció y se volvió de un humor tan agrio que su severidad no tenía indulgencia para nadie. Hanka se devanaba los sesos, aunque inútilmente, por saber lo que le pasaba. Al principio sospechó que estaba otra vez de acuerdo con Jagusia; pero como vigilaba muy atentamente y Jagustynka, ya reflecha y repuesta, les vigilaba también, y como, además, todo el mundo le confirmaba que se evitaban manifiestamente el uno al otro y no se daban cita en ninguna parte, se tranquilizó por este lado. Pero, por más que le servía lo más solícitamente que podía, por más que le preparase una comida

selecta, siempre a la hora exacta, aunque el orden y la limpieza reinasen en la cabaña y que la granja marchase prósperamente, él se mostraba constantemente malhumorado, gruñía por nada y no le dirigía nunca una palabra agradable.

Pero lo más penoso de todo era verle ir y venir taciturno, triste, sombrío como una noche de otoño, y, sin una palabra de cólera ni de gruñonería, exhalar profundos suspiros y marcharse a la taberna a beber durante veladas enteras con los conocidos.

Ella no se atrevía a interrogarle abiertamente y Roch juró que no sabía nada, lo cual podía ser verdad, porque el viejo no iba allí ahora más que por la noche. Rondaba días enteros por el vecindario con sus libritos y enseñaba las piadosas letanías del Corazón de Jesús, que las autoridades prohibían rezar en las iglesias.

Un anochecer, cuando estaban aún sentados en la estancia en torno de los platos, a causa del viento que se había levantado al ponerse el sol, los perros empezaron a ladrar en masa a lo largo del estanque. Roch soltó la cuchara y aplicó el oído.

— Alguien que no es de aquí. Habría que ver.

Apenas había salido cuando volvió muy pálido, y dijo precipitadamente:

— ¡Se oye ruido de sables en la carretera! Si preguntan por mí decid que estoy en la aldea.

No dió más que un salto y desapareció por el huerto.

Antek palideció mortalmente y se puso en pie.

Los perros aullaban ya entre los setos; se oyeron pesados pasos en la galería.

—¡Tal vez vienen a prenderme!—balbuceó con angustia.

Todos se llevaron un susto al ver a los gendarmes en el umbral.

Antek no podía moverse; sus ojos iban desde la puerta a las ventanas abiertas. Por fortuna, Hanka conservó toda su sangre fría y les invitó a sentarse, ofreciéndoles un banco.

Saludaron cortésmente, aludiendo al mismo tiempo a la cena, de modo que ella tuvo que hacerles un revoltillo de huevos.

— ¿Dónde van ustedes tan tarde? — acabó por preguntar Antek.

— ¡En comisión de servicio! ¡No tenemos poco que hacer! — contestó el sargento, pasando revista a los que estaban reunidos en la estancia.

— ¿Buscan ustedes ladrones? — preguntó Antek más animado, trayendo del cuartito una gran botella.

— ¡Ladrones y otros que no lo son! ¡Beba a la nuestra, patrón!

Bebió con ellos. Luego comieron los huevos revueltos, con gran ruido de cucharas.

Todos estaban quietos, como conejos asustados.

Los gendarmes rebañaron la fuente, y aun bebieron un trago de aguardiente; luego, el sargento se secó el bigote, y preguntó solemnemente:

— ¿Hace mucho tiempo que salió de la cárcel?

— El señor sargento habla como si no lo supiera.

Se sobresaltó un poco.

— ¿Y dónde está Roch? — preguntó de pronto el sargento.

— ¿Qué Roch?

Había comprendido al instante y se había tranquilizado mucho.

— Parece que hay un Roch que habita en vuestra casa.

— ¿El señor sargento habla tal vez de ese mendigo que recorre el pueblo? Es verdad, se llama Roch.

El gendarme hizo un gesto de impaciencia, y dijo en tono amenazador:

— No se haga usted el tonto; habita aquí.

— Verdad es que a veces habita en nuestra casa; pero también habita en casa de otros. Es un viejo que mendiga y pasa las noches donde puede, hoy en la cabaña, mañana en el establo, a veces también al pie de un seto. ¿Qué le quiere el señor sargento?

— ¿Qué le quiero? ¡Ah, nada, nada! Lo preguntaba porque le conozco.

— Es un buen hombre a carta cabal; ese no enturbia el agua de nadie— observó Hanka.

— ¡Ah, ya sabemos qué sujeto es, ya lo sabemos! — murmuró el sargento dándose importancia, intentando de diferentes maneras hacerla hablar. Hasta ofreció tomas de rapé; pero todos volvían siempre a recaer en las mismas expresiones vagas, hasta que, no pudiendo husmear nada, se levantó del banco colérico:

— Sé que habita con vosotros, en vuestra cabaña.

— Pero, vamos a ver; yo no me lo he metido en el bolsillo — opuso Antek.

— ¡Estoy aquí en comisión de servicio, recuérdelo, Boryna! — gritó el sargento con voz amenazadora; pero volvió a dulcificarse mucho cuando recibió para el camino una docena de huevos y un gran pedazo de manteca fresca.

Witek les siguió paso a paso, y más tarde contó que habían estado en casa del asesor y por el camino habían mirado a través de algunas ventanas todavía iluminadas; pero los perros armaban tal alboroto que no pudieron acechar en ninguna parte a hurtadillas y se fueron con las manos vacías.

Este incidente había afectado a Antek de un modo extraño, lo cual motivó que al encontrarse a solas con su mujer, le confesara sus angustias.

Ella le escuchó con el corazón palpitante, atentamente, sin perder una palabra. Pero cuando él declaró al fin que no le quedaba otro camino que venderlo todo y huir a América, ella se irguió ante él, blanca como la pared.

— ¡Yo no me iré para dejar morir a mis hijos! — exclamó con voz amenazadora. — ¡No partiré! Y si quieres obligarme les abriré la cabeza a los niños con el hacha y me arrojaré al pozo. ¡Lo haré tan cierto como hay Dios! ¡Acuérdate de esto! — gritó, arrodillándose delante de las imágenes, como para un juramento solemne.

— ¡Cálmate! Sólo lo dije por decirlo.

Ella respiró un poco, y en voz baja, haciendo grandes esfuerzos por retener las lágrimas, suspiró:

— ¡Cumplirás tu condena y volverás! No tengas miedo, ya saldré del paso... No te echaré a perder un bancal; tú no me conoces aún... nada saldrá de mis garras. Con ayuda del Señor Jesús, soportaré también esta prueba hasta el fin.

Lloraba silenciosamente. Permaneció pensativo largo rato, y acabó por decir:

— ¡Suceda lo que Dios quiera, esperaré la vista de mi causa!

Las solapadas maniobras del herrador, no le iban a servir de nada.

VI

¡CHATE de una vez y deja dormir a la gente! — gruñó Mateusz irritado, volviéndose del otro lado.

Szymek se estuvo un momento agazapado, pero en cuanto el otro volvió a roncar, empezó a deslizarse poco a poco de la hacina porque le parecía que la claridad del alba penetraba ya en el hórreo donde dormían.

A tientas buscó en la era las herramientas ya preparadas la víspera por la noche; pero se daba tanta prisa que a cada momento se le caía algo de las manos con un estrépito espantoso y Mateusz echaba pestes porque interrumpía su sueño.

Los campos yacían aún en las tinieblas, aunque las estrellas palidecían ya; un asomo de claridad apuntaba al este y los gallos más madrugadores sacudían las alas cantando con voz enronquecida.

Szymek puso en la carretilla todo lo que tenía, y deslizándose sigilosamente de la cabaña, fué a salir cerca del estanque.

La aldea dormía como un muerto; no ladraba ni un perro y en el silencio no se oía más que el mugido del agua que se precipitaba bajo las esclusas levantadas del molino.

En los caminos donde los huertos proyectaban su som-

bra, era aún tan obscuro que apenas si se perfilaba un muro blanqueado; la única claridad que se escapaba de la noche, era la del reflejo de las estrellas en el estanque. Pero cuando llegó a la cabaña de su madre acortó el paso y aplicó el oído, porque tenía el sentimiento de que alguien andaba por entre los setos refunfuñando.

— ¿Quién va? — oyó de pronto. Era la voz de su madre.

Sobrecogido, se detuvo reteniendo la respiración, sin atreverse a dar un paso. No obteniendo respuesta, la vieja echó a andar otra vez.

El la vió deslizarse bajo los árboles como una sombra; ella buscaba su camino tanteando con la punta de su bastón y recitaba una letanía a media voz.

— ¡Ronda de noche como Markus en el infierno! — pensó él; pero suspiró melancólicamente y se alejó despacio, miedosamente. — ¡Su mala acción la remuerde! — repetía con profunda satisfacción, metiéndose por la ancha carretera llena de baches de detrás del molino, y en seguida se lanzó a toda velocidad, como si le persiguieran, sin hacer caso de baches ni de piedras.

No se detuvo hasta el pie de la cruz, en la bifurcación del camino de Podlesia. Aún era demasiado obscuro para ponerse a trabajar. Se sentó, pues, cerca de la imagen, para tomar aliento y esperar.

— ¡Es la hora de los ladrones! ¡Es imposible distinguir un bancal del bosque! — murmuró, paseando la mirada en torno suyo. Los campos estaban aún anegados en las oleadas de niebla del crepúsculo; pero los rayos del alba se iban dorando ya más y más en el cielo.

Como el tiempo se le hacía muy largo, empezó una oración; pero apenas tocó con la mano la tierra impregnada de rocío, se le fueron las palabras, porque aquello le recordaba con inmenso placer que se instalaba en su tierra, que iba a tener su granja.

— ¡Te tengo y no te suelto! — pensaba con loca ufanía, devorando con sus ojos calenturientos, con el ahinco infinito del amor, las tinieblas que se amontonaban en el

bosque, donde le esperaban aquellas seis fanegas que había comprado al señor.

— ¡Voy a cuidarme de vosotras como un padre y no os abandonaré mientras viva! — murmuró abrigándose el pecho con la zalea, porque el frío le había penetrado un poco; y con la espalda apoyada en la cruz, con los ojos perdidos en el horizonte y muerto de sueño como estaba, pronto se durmió.

Los campos ya griseaban, como aguas anchamente esparcidas, y los trigos, blancos de rocío, le sacudían con sus espigas agitadas, cuando, dando un salto, se puso en pie.

— ¡Ya está aquí el día, grande como un buey! ¡Es tiempo de trabajar! — murmuró desperezándose, y se arrodilló ante la cruz para rezar su oración; pero no la despachó de cualquier modo, como hacía siempre, por cumplir solamente, lanzar grandes suspiros, golpearse el pecho y hacer tal profusión de cruces que se le cansaban los brazos: hoy era otra cosa. Muy contrito imploró cordialmente la protección del buen Dios y con tal alma que las lágrimas le saltaron. Y abrazando las piernas de Jesús, suplicó, con sus fieles ojos levantados hacia Su santo rostro de mártir:

— ¡Ayúdame, Jesús misericordioso! ¡Mi propia madre ha cometido conmigo una injusticia! ¡Soy un huérfano que no cuenta más que contigo! ¡Ayúdame! ¡Soy un pobre diablo que se unce a un pesado trabajo! Claro que soy un pecador; pero ayúdame con tu misericordia, Señor, y haré decir un par de misas. Compraré cirios, y si gano mucho hasta compraré un dosel para ti. — Así rogó y prometió, apretando con fervor sus labios contra la cruz. Dióle la vuelta de rodillas, besó humildemente la tierra y se levantó muy reconfortado, lleno de confianza en sí mismo.

Se sentía fuerte y dispuesto a todo. Estaba de tan buen humor, que empuñando la pesada carretilla la empujó como una pluma, con la mirada atrevidamente dirigida hacia Lipce, que yacía en pendiente, aún envuelto en nieblas. Lo único que se destacaba era la alta torre de la iglesia, en cuya cruz dorada se reflejaba la aurora.

— ¡Ahora vais a ver! ¡Ahá! ¡Ya se verá lo que voy a ha-

cer! — exclamó al poner los pies en su terreno. Estaba inmediatamente junto al bosque, y por un lado lindaba con los campos de Lipce. Pero, ¡Dios de bondad! ¿qué tierra era? Un retal de barbecho silvestre, lleno de hoyos de un antiguo tejar, cubierto de escombros y de montones de piedras, alfombrado de espinos rastreros. Los guardalobo, la manzanilla silvestre y las acederas crecían a porrillo en los montículos; aquí y allá algún pinito raquítico se elevaba con pena, o un puñado de chopos o de enebros. En los huecos y las hoyadas los juncos y cañaverales pululaban como bosques. En una palabra, la tierra era tal que ni un perro hubiera dado por ella un ladrido. El mismo señor había tratado de disuadirle; pero el muchacho se obstinó en adquirirla.

— ¡Es precisamente lo que necesito! Así y todo la pondré como es debido.

Mateusz también había querido disuadirle cuando vió con espanto aquella duna silvestre donde todo lo más rondaban y folgaban los perros de la granja; pero Szymek se atenía siempre a lo que había dicho, y acabó por declarar en tono concluyente:

— ¡Es cosa decidida! ¡Cualquier tierra es buena para trabajarla el hombre!

Y la tomó, porque el señor se la dió a bajo precio, a sesenta rublos la fanega, y, además, porque le prometió madera y varias otras cosas.

— ¡Anda! ¿Por qué no he de salir con la mía? — exclamó abrazando su tierra con los ojos llameantes. Y habiendo dejado la carretilla en el lindero, se puso a dar la vuelta a su propiedad, jalonada con ramas de arbusto.

Caminaba lentamente, lleno de muda felicidad, pero tan profunda, que el corazón le latía como un martillo y su garganta se ahogaba. Caminaba dando vueltas en su cabeza a una cosa después de otra: lo que había que hacer y por donde empezar. ¡Claro! Había de procurar por él, por Nastusia y por la futura generación de los Paczes, lo cual reanimó todas sus fuerzas con salvaje energía. Y seguidamente se lanzó al trabajo como un lobo hambriento clava los colmillos en la carne fresca.

Después de dar la vuelta al campo, se puso a discurrir muy preocupado dónde convenía emplazar la cabaña.

— Aquí es donde más conviene; la aldea esté al frente y el bosque a un paso; será fácil traer la leña y estará más al abrigo en invierno — pensó. Y después de señalar con piedras los cuatro ángulos, soltó su zalea, se santiguó, escupió en las palmas de las manos y se puso a nivelar y limpiar de maleza el terreno.

El día ya se había levantado con resplandores de oro; en la aldea resonaba el mugir de los rebaños impelidos a los pastos, el chirrido de las palancas de las fuentes, el barullo de la gente que iba al trabajo, el rodar de los carros en los caminos; la ligera brisa que retozaba en los trigales traía también el eco de las voces. Todo iba a su paso acostumbrado; pero Szymek no se ocupaba de nada de todo aquello, embriagado en el trabajo, y sólo de tarde en tarde enderezaba el espinazo para resoplar y enjugarse el sudor que le corría por la frente. Tras esto se agarraba de nuevo a la tierra como una sanguijuela insaciable, mascullando a cada cosa, como a criaturas vivientes, según su costumbre.

Al levantar del suelo una gran piedra, exclamó:

— Has estado mucho tiempo acostada descansando; ahora podrás sostener mi cabaña.

Y al cortar una mata de espinos, dijo sonriendo sarcásticamente:

— ¡No te defiendas, tonta! ¡Crees poder resistirme! ¿Pero tú quisieras que te dejase para que me desgarres el pantalón? ¡Tendría que ver!

Y a los montones de piedras seculares, les decía:

— A vosotras también os voy a remover, porque es lástima que estéis amontonadas. Con vosotras empedraré el establo, como está en casa de los Boryna.

A veces, mientras respiraba, envolvía su tierra con su mirada amorosa, y murmuraba con fervor:

— ¡Eres mía! ¡Mía! ¡Nadie podrá quitármela!

Y apiadándose de aquella pobre tierra llena de malas hierbas, infecunda y silvestre, abandonada de todos, añadía con voz halagüeña, como dirigiéndose a un niño pequeño:

— Espera un poco, huerfanita, voy a darte forma, voy a engordarte y a mimarte, y tú darás frutos como las demás. No pases cuidado; tendrás lo que te corresponde, lo tendrás.

El sol se levantó a ras de los campos y le brilló directamente en los ojos.

— ¡Dios te lo pague! — dijo guiñando los ojos. — Otra vez tenemos tiempo caliente y seco — añadió. El sol se levantaba intensamente rojo.

Pronto se dejó oír la campana de la iglesia y lentamente se levantaron columnas de humo azulado por encima de las chimeneas de Lipce.

— Te gustaría comer un bocado, ¿eh, señor propietario? — Se apretó el cinturón. — ¡Pero no será tu madre quien te traiga el puchero, no! — suspiró tristemente.

Los campos de Podlesia hormigueaban también de gente que, como él, se ponía a trabajar en las tierras que acababa de comprar; reconoció a Stacho Ploszka que labraba con un tronco de robustos caballos.

— ¡Jesús mío! ¿Cuándo tendré uno? — pensó.

Jozef Washnik acarreaba piedras para los fundamentos de su cabaña; Klomb, ayudado por sus hijos, cavaba un foso alrededor de su tierra; Grzela, el hermano del alcalde, medía detenidamente algo con una percha, a lo largo de la carretera, partiendo de la cruz.

— ¡Es el emplazamiento ideal para una taberna! — observó Szymek.

Grzela, después de señalar con estacas el espacio medido, vino hacia él, saludándole.

— ¡Anda, anda! ¡Trabajas por diez, según veo! — Tenía los ojos llenos de admiración.

— ¡Qué hacer! No hay más remedio. No poseo otra cosa en el mundo que mis calzones y diez dedos para trabajar — dijo entre dientes, sin interrumpir su trabajo. Grzela le dió un par de consejos y se volvió a su terruño. Tras él vinieron otros, uno con una palabra amable, otro para charlar un momento y el tercero con el mero objeto de chupar un cigarrillo y bromear; pero Szymek contestaba cada vez

más impaciente y acabó por gritar ásperamente a Pŕyczek:

— ¡Mejor harías en trabajar tú en vez de estorbar a los demás! ¡Ni que fuera día de fiesta!

Y se quedó solo, porque, viendo esto, le evitaron.

El sol iba ascendiendo; ya estaba suspendido sobre la iglesia y subía sin cesar derramando sobre el mundo su claridad deslumbradora y sus llamas; el viento se había disipado no se sabe dónde y el calor envolvía la tierra con un velo refulgente con el cual se anegaban los trigos como en un agua puesta a hervir.

— ¡No me dejaré echar por ti tan pronto! — dijo como hablando con el sol; y viendo venir a Nastusia con el desayuno, le salió al encuentro y se inclinó ávidamente hacia el puchero.

Nastusia contempló su campo con cierta melancolía.

— ¿Pero crecerá algo en estas arenas y lagunas?

— Todo crecerá, ya verás; hasta tendrás trigo candeal para hacer bizcochos.

— Espera a que los lobos se hayan comido la yegua.

— ¡No la comerán, Nastus! La tierra está aquí, y con esto es fácil esperar; tengamos un poco de paciencia. Poseemos seis fanegas enteras — dijo comiendo de prisa.

— ¡Eso es, comeremos tierra! ¿Y cómo pasaremos el invierno?

— Eso es cosa mía; no te hagas mala sangre. He pensado en todo y yo llegaré al cabo. — Apartó los cacharros vacíos, se desperezó y le fué enseñando y explicando las cosas.

— ¡Aquí se levantará la cabaña! — gritó alegremente.

— ¿La cabaña? ¿La vas a amasar con barro, como una golondrina?

— Con madera, ramas, barro, arena o con lo que sea; basta que podamos pasar un añito, hasta que nos encontremos más aliviados.

— Vas a construirme un magnífico castillo — refunfuñó ella, de mal humor.

— Prefiero un cobertizo mío que vivir realquilado.

— La Ploszkowa ha dicho que podemos trasladarnos a

su casa durante el invierno. Nos ha ofrecido espontáneamente, de corazón, una estancia.

— ¡De corazón! ¡Ya lo creo! No lo hace más que por hacer rabiar a mi madre, porque están como perro y gato! ¡Vaya una peste de costal de harina! Para nada quiero sus bondades. Tú no te preocupes, Nastusia; te construiré una cabaña tan bonita que tendrá una ventana, una chimenea y todo lo que necesites. Ya lo verás, tan seguro como amén en la oración. Dentro de tres semanas estará terminada, aunque me eche a perder las manos trabajando, estará terminada.

— ¡Vamos! ¡Mira que querer construir una casa tú solo!

— Mateusz me ayudará; me lo ha prometido.

— ¿Es que tu madre no te dará algo?

— ¡Antes reventar que pedirle nada! — exclamó; pero al verla cada vez más abatida sintió gran pena, y sentándose junto a un centenal se puso a explicarle, ahora en tono muy lastimero, cada cosa, punto por punto.

— ¡Yo no puedo cambiar las cosas, Nastusia! Me ha echado de casa y no hace más que echar pestes contra ti.

— ¡Pero, Dios mío! ¡Si nos diera tan sólo una vaca! Si no, vamos a estar peor que los mendigos; absolutamente sin nada. Da miedo y horror pensarlo.

— También tendrás una vaca, Nastus, la tendrás seguramente; ya sé donde puedo procurármela.

¡Sin cabaña, sin ganado, sin nada! — Se echó a llorar, apretándose contra él. Él le enjugó los ojos y le acarició los cabellos; pero como a él también se le iba achicando el corazón y ya le faltaba poco para llorar, se puso en pie de un salto, agarró el azadón y gritó como si estuviese muy encolerizado:

— ¡No te da vergüenza, mujer! ¡Con la faena que hay y no haces más que lamentarte!

Ella se levantó, llena de inquietantes preocupaciones y profundamente abatida.

— ¡Si no morimos de hambre nos van a comer los lobos en este arenal!

Él se enfadó de veras, y dijo con voz dura, poniéndose a trabajar:

— Si no sabes hacer más que lloriquear y machacar siempre, mejor será que te quedes con los tuyos.

Quiso apretarse contra él y apaciguarlo; pero él la rechazó.

— ¡Eso es, arrumacos ahora, como si fuera el momento! — Sin embargo, se dejó mimar, aunque sin dejar de echar pestes contra aquellos estúpidos razonamientos de las mujeres. Por último, ella se fué tranquilizada y hasta contenta.

— ¡Vamos, vamos! ¡Eso de que la mujer no comprenda una palabra cuando se le habla como a una criatura humana!... No sabe más que llorar y lamentarse. Y, sin embargo, nada cae del cielo; se obtiene todo a fuerza de puños. Como los chiquillos, no sabe más que reír y llorar, enfadarse y lamentarse. ¡Vamos, vamos! — murmuró, poniéndose a la tarea. Trabajaba con tal fervor que al poco rato había olvidado tierra y cielo.

Así trabajó día tras día. Se ponía en movimiento al apuntar el alba y no volvía del trabajo hasta anochecido. A veces no decía una palabra de un cabo a otro del día; Tereska le llevaba la comida algunas veces, porque Nastusia trabajaba a jornal en casa del cura, aporcándole las patatas.

Al principio iban a verle algunos vecinos; pero como no le gustaban las habladurías, ya nadie le miraba más que de lejos, admirándose de su trabajo infatigable.

— ¡Un tío duro de pelar! ¿Quién lo hubiera sospechado? — mascullaba Klomb.

— ¿Acaso no es de la ralea de la Dominikowa? — exclamó riendo algún otro. Grzela, que lo había observado atentamente desde el principio, dijo:

— Es verdad; trabaja como un buey y habría que ayudarle un poco.

— Caramba, sí; solo no saldrá del paso. Habría que ayudarle porque lo merece — asintieron los demás. Pero nadie se apresuró a dar el primer paso; esperaban que la petición partiese de él.

Szymek no pidió nada; ni se le ocurrió siquiera. Un buen día quedó muy sorprendido al ver un carro que se dirigía hacia él.

Lo conducía Jendrzych, que desde lejos, gritó:

— Dime dónde he de trabajar.

Szymek necesitó un buen espacio de tiempo para dar crédito a sus ojos.

— ¡Te va a pegar por tu atrevimiento, ya lo verás, pobre infeliz! Pero no importa. Le ayudaré a pesar de todo — se decía Jendrzych.

— ¿Se te ha ocurrido a ti la idea de ayudarme?

— Sí. Ya quería hace tiempo, pero tenía miedo porque madre me vigilaba, y Jagusia también me lo desaconsejó — contestó muy ufano, poniéndose a trabajar. Labraron juntos todo el día. Al marcharse, prometió volver al día siguiente.

En efecto, se presentó al salir el sol; pero Szymek vió en seguida que tenía cardenales en las mejillas. Sin embargo, hasta cerca del anochecer no le preguntó nada.

— Madre te ha debido pegar.

— ¡Pssse! No ve ni gota, y como no le es fácil encontrarme no seré yo quien vaya a meterse bajo sus garras — dijo, no sin melancolía.

— Pero Jagna no te ha hecho traición, lo supongo.

— No, Jagusia no nos hará traición.

— A no ser que le dé un arrechucho, porque con las mujeres nunca sabe uno nada — suspiró tristemente; y le prohibió que volviese.

— Yo saldré del paso solo; me ayudarás más tarde, para la siembra.

Y otra vez quedó solo, trabajando incansablemente, como un caballo atado a la rueda de un molino, sin hacer caso de la fatiga ni del calor. Por entonces hubo días tan tórridos y asfixiantes que la tierra se agrietaba, los arroyos se secaban, las hierbas se agostaban y los trigos apenas si se movían en aquel brasero infernal; los campos quedaron despoblados y taciturnos, pues no había manera de permanecer en el trabajo; el cielo derramaba torrentes de fuego y el sol hacía chiribitas. El cielo blancuzco y turbio estaba suspendido como una tela de fuego que se estremecía y envolvía la tierra entera. El calor era tal que el viento no

soplaba; los árboles no se movían ni cantaba un pájaro ni se oía una voz humana en parte alguna. Y cada día, uniformemente, el sol se encaminaba de este a oeste, sembrando inexorablemente el fuego y la sequía.

Cada día, también, uniformemente, Szymek se entregaba al trabajo, sin dejarse dominar por la canícula, durmiendo de noche en su mismo campo para no malgastar una miaja de tiempo. Mateusz quiso refrenar su encarnizado afán, pero él le contestó secamente:

— Descansaré el domingo.

El sábado por la noche volvió, en efecto, a la cabaña; pero tan derrengado, que se quedó dormido delante de su plato; el día siguiente lo pasó durmiendo; hasta la caída de la tarde no se echó del camastro. Se puso el vestido de las fiestas y se sentó a la mesa delante de las fuentes repletas; las mujeres iban y venían en torno suyo como alrededor de un gran personaje, sirviéndole a menudo y acechando el menor de sus gestos. Cuando hubo comido a razón de su hambre, se aflojó el cinturón, se enderezó los huesos y exclamó alegremente:

— ¡Dios os lo pague! Y ahora, vamos a divertirnos un poco.

Y se dirigió con Nastusia a la taberna, seguido de Mateusz y de Tereska.

El judío hizo una reverencia hasta la cintura, le sirvió aguardiente sin que lo hubiese pedido, y le llamó patrón, de lo cual Szymek quedó endiabladamente ufano.

Bebió un par de buenos tragos y metiéndose entre los primeros del pueblo habló de todo alto y recio.

La taberna estaba llena de gente y la música sonaba alegremente; pero nadie se ponía aún a bailar. Los allí congregados bebían y se lamentaban del calor y de la carestía de antes de la cosecha, como sucede siempre en la taberna.

Los Boryna estaban allí también con el herrero y su mujer; pero se habían ido a la alcoba seguramente de francachela, porque el judío les llevaba a cada momento aguardiente o cerveza.

— Antek mira hoy a su mujer como una corneja mira un hueso. ¡No conoce a nadie! — observó Jambrozy, atisbando en vano hacia la alcoba, de donde salían alegres ruidos de vasos que entrechocaban.

— ¡Toma! ¡Su propia galocha le gusta más que las botas donde todo el mundo mete el pie! — comentó Jagustynka riéndose.

— ¡Pero en esas botas nadie se lastima el pie! — añadió alguien; y toda la taberna se echó a reír porque todos comprendían que era una alusión a Jagusia.

Sólo Szymek no rió y echando a Jendrzych la mano al cuello, le besó y dijo con una lengua bastante estropajosa por efecto del alcohol:

— Hazme caso a mí, porque soy tu hermano mayor.

— ¡Si ya lo sé, hombre! Pero madre me ha mandado... — balbuceó con voz llorosa.

— ¿Qué es eso de madre? Habrás de escucharme a mí; soy un campesino propietario.

Los músicos iniciaron un pasodoble y la gente se lanzó al baile. Resonaron los taconazos, las tablas crujieron, se tararearon tonadillas y las parejas giraron.

Szymek cogió a Nastusia por el talle, desabrochó su capote, se ladeó el gorro sobre la oreja, lanzó un «da daná» con voz de trueno y se puso a la cabeza de los bailadores. Era el que gritaba más fuerte, el que pateaba el suelo más frenéticamente, el que daba las medias vueltas más impetuosas y rondaba ruidosamente, con gran ímpetu y alegría, como un río hinchado en primavera.

Cuando hubo bailado varias veces se dejó llevar por las mujeres fuera de la taberna.

Jagustynka salió también con ellos. Al llegar a la cabaña se sentaron todos a la puerta, para conversar un rato. Szymek se había serenado bastante y hablaba de volverse a su propiedad, aunque no se daba mucha prisa en emprender el regreso, que dilataba todo lo posible. Cada vez se apretaba más contra Nastusia, suspirando.

La vieja Golembianka, que les observaba, dijo de pronto:

— Quédate, hijo mío; puedes dormir en el hórreo. ¿Para qué emprender la caminata ahora de noche hasta tu campo?

— Mi madre tiene razón. Voy a prepararte la cama en el cobertizo — añadió Nastusia.

— ¡Más vale que le hagas un poco de sitio bajo tu colcha! — exclamó Jagustynka.

— ¿Qué se ha figurado usted? ¿No faltaría otra cosa? — opuso la chica avergonzada.

— Pero, ¿por qué te extraña? ¡Es tu hombre! No es pecado que el cura os eche la bendición un poco más tarde. Y el mozo es tan trabajador que bien merece una recompensa.

— Tiene usted razón. ¡Nastus, ven acá! — prorrumpió Szymek.

Ella echó a correr y él tras ella. La cogió en el huerto, rodeándola con sus brazos, e imploró mientras la besaba:

— ¿Por qué te niegas, Nastus? Ven a mí, ahora que es de noche, querida mía.

La madre simuló alguna ocupación en el corredor, y Jagustynka les dijo a los novios en el momento de marchar:

— No se lo niegues, Nastus. Las cosas buenas no abundan en el mundo, y hay que aprovecharlas cuando se presentan. Haz como la gallina ciega, que no desperdicia el grano con que tropieza.

La vieja salió de la casa, sonriente, y en el camino de los setos encontró a Mateusz, que habiendo columbrado por la ventana lo que se preparaba, gritó a Szymek:

— Bien está. ¡Yo no hubiera esperado tanto! Alguna vez ha de ser.

Y dando media vuelta y poniéndose a silbar, se fué otra vez al pueblo a divertirse por su cuenta.

Al día siguiente, al asomar el sol, Szymek estaba ya en la faena, trabajaba infatigablemente, y cuando Nastus le trajo el desayuno, se detuvo con mayor avidez en sus labios rojos que en los pucheros.

— Y si se lo cuentas a alguien te echo un cubo de agua hirviente por la cabeza — amenazó ella, apretándose contra él.

— Ya eres mía, Nastus... Has sido mía por tu propia voluntad... ya no te dejaré — balbuceó él apasionadamente. Y mirándola en los ojos, añadió:

— Nastus, quiero que sea chico el primero.

— ¡Te has vuelto loco! ¡Cuidado con las cosas que se te ocurren! — Lo empujó a un lado y echó a correr muy colorada, porque se aproximaba el señor Jacek. Venía por el camino fumando su pipa, con el violín debajo del brazo. Saludó alabando a Dios y empezó a preguntarle a Szymek sobre diferentes cuestiones. El mozo explicó con orgullo el trabajo que ya llevaba hecho; pero de pronto quedó estupefacto, y abrió los ojos desmesuradamente, porque el señor Jacek había depositado con mucha calma su violín en el suelo y tras quitarse la levita se puso a preparar la cal.

Szymek quedó boquiabierto y se le cayó el azadón de las manos.

— ¿De qué te admiras, hombre?

— ¿Cómo puede ser eso? ¡Pero el señor Jacek no se va a poner a trabajar conmigo!

— Pues, sí; voy a ayudarte a construir la cabaña. ¿No me crees capaz de construir una casa? ¡Pues vas a verlo!

Y desde entonces fueron dos en el trabajo. El viejo no tenía mucha fuerza y no estaba acostumbrado a las faenas de los campesinos; pero para todo tenía mañas, gracias a las cuales el trabajo avanzó visiblemente y estuvo mejor hecho. Naturalmente, Szymek le escuchaba en todo solícitamente, y sólo de tiempo en tiempo murmuraba algo por este estilo:

— ¡Dios mío de mi alma! ¿Se ha visto alguna vez cosa parecida?... Que un señor noble...

El señor Jacek se contentó con sonreír y se puso a hablar de unas cosas y otras. Contó tales maravillas del mundo que faltó poco para que Szymek se echase a sus pies por gratitud y admiración. Pero no se atrevió. Al anochecer, sin embargo, corrió a referírselo todo a Nastusia.

— ¡Decían que estaba algo loco y sabe tanto como el cura más inteligente! — Así concluyó su relato.

— Hay muchos que hablan bien y obran mal. Lo cierto

es que si él estuviese en sus cabales no te ayudaría ni guardaría las vacas de Weronka.

— Es verdad; eso no puedo uno imaginárselo.

— No hay más; se le ha de haber estropeado algo en la cabeza.

— No se encuentra en el mundo un hombre mejor.

Le estaba infinitamente agradecido por su bondad; pero, aunque trabajaban juntos, comiesen en los mismos pucheros y durmiesen bajo la misma piel de carnero, no llegaba a ser completamente camarada suyo.

— Sigue siendo siempre de la raza de los castellanos — pensaba con profundo respeto y mucha gratitud, porque gracias a él la cabaña subía como masa de levadura; y cuando Mateusz vino a echar una mano y Adam Klembowy acarreó del bosque la madera que hacía falta, la construcción tomó en seguida tales proporciones que se podía ver fácilmente desde Lipce. Mateusz apencó de firme durante casi una semana, excitando también a los demás al trabajo, y cuando hubo terminado el sábado por la tarde, plantó una rama verde sobre la chimenea, y exclamó:

— La casa está hecha. Desde el lunes me dedicaré de nuevo a mi trabajo.

Szymek enjalbegó todavía la estancia, y la limpió de virutas y residuos de la obra. El señor Jacek se endosó entonces su capote, se puso el violín debajo del brazo, y dijo riendo:

— El nido está preparado. No has de hacer más que meter dentro a la paloma.

— Mañana es mi boda, después de vísperas. Venga usted. ¿Cómo le agradeceré lo que ha hecho por mí?

— No he trabajado por nada. Si me echan de la aldea, vendré a habitar en tu casa. — Encendió su pipa y se fué despacito, por el lado del bosque.

Sin embargo, Szymek se entretuvo haciendo cosas, por más que todo estaba terminado. Estiraba sus huesos fatigados y contemplaba su cabaña con alegría y sorpresa.

— ¡Es mía, es mi casa! — dijo en voz alta, como si él mismo no pudiese creerlo. Tocó las paredes, le dió la vuelta

y miró por la ventana aspirando ruidosamente el olor acre de la cal y de la arcilla fresca. Hasta el anochecer no se dirigió al pueblo a hacer los preparativos para el día siguiente.

Naturalmente, todo el mundo estaba enterado de su boda. Alguna vecina llevó también la noticia a la Dominikowa, y la vieja fingió no comprender de qué se trataba.

Al día siguiente Jagusia hizo repetidas salidas, llevando siempre consigo unos fardos regulares a casa de Nastus; y la vieja, aunque se daba muy bien cuenta de lo que se trataba, no hizo ninguna oposición; vagaba por la casa taciturna y sombría, tanto que Jendrzych no se atrevió a expresar su petición hasta después de la misa mayor.

— Me voy, madre — dijo tímidamente, manteniéndose a prudente distancia.

— Mejor harías en llevar los caballos a pastar trébol...

— Hoy es la boda de Szymek, ¿no lo sabe usted, madre?

— ¡Da gracias a Dios de que no sea la tuya! — contestó ella en son de mofa. — ¡Y si te emborrachas, verás como te pongo! — le amenazó rabiosa. Y cuando el muchacho empezó a ponerse majo, ella tomó el camino de la aldea.

— ¡Me emborracho, me emborracho aposta! — murmuraba para sí, mientras se dirigía a casa de Mateusz. En aquel momento salían los novios para ir a la iglesia; pero en silencio, sin cantos, sin gritos y sin música. La unión se celebró con sólo dos cirios, pobremente, de modo que hasta Nastusia lloró. Szymek tartamudeaba no sé qué, mirando con ojos altivos y agresivos a los cuatro gatos que había diseminados por la iglesia. Menos mal que a la salida el organista tocó un par de aires que pusieron a todo el mundo de buen humor; por poco las piernas echan a bailar solas.

Jagus volvió a casa de su madre después de celebrada la boda. Más tarde fué de vez en cuando a ver a los recién casados, porque Mateusz tocaba el violín, el Pietrek de los Boryna acompañaba con la flauta y otro tamborileaba con todas sus fuerzas. El baile se celebraba en la estrecha estancia. Los más entusiastas se habían decidido a bailar frente a la cabaña, donde se instalaron los invitados alrededor de unas mesas. Todos corrían, bebían y charlaban sin escánda-

lo, porque no era correcto promover algazaras en pleno día y estando en posesión de los cinco sentidos.

Szymek no hacía más que mariposear en torno de su mujer. La atrapaba por los rincones y la besaba con frenesí. Los testigos de aquellas apasionadas escenas bromeaban entre sí y Jambrozy exclamaba sentenciosamente:

— Diviértete hoy que es fiesta, pobre alma humana. Mañana llorarás. — Y sus ojos fueron ávidamente hacia el aguardiente.

Ciertamente, la ocasión no era muy buena para expansionarse. Se observaba cierta tristeza y después de haber tomado un bocado algunos optaron por retirarse. Ya era tiempo. El sol iba a su ocaso, reflejando sus rayos moribundos hacia poniente. El que estaba de más humor era Mateusz, que tocando y cantando animaba a los jóvenes para que no se interrumpiera el baile. De cuando en cuando les servía aguardiente y al presentarse Jagusia iba hacia ella, acariciándola con los ojos y piropeándola con fuego en voz baja, sin hacer el menor caso de Tereska, que le miraba incesantemente con sus pupilas lacrimosas.

Jagus no le huía, porque no le daba frío ni calor; le escuchaba pacientemente, acechando si se presentaban los Antek, porque no quería encontrarse con ellos. Afortunadamente no vinieron. Tampoco había ninguno de los propietarios principales, aunque no habían declinado la invitación y habían enviado el regalo de boda, como lo exige la costumbre. Como alguien hizo una observación sobre esto, Jagustynka gritó, con su habitual estilo:

— Si les hubiesen preparado buenos bocados y hubiesen olido un tonel de aguardiente, ni con un bastón se hubiera podido alejar a los más presumidos; de otro modo no les gusta transportar sus panzas y galopar con la lengua seca.

Como ya había bebido bastante tenía ganas de broma y al ver a Jasiek *el Tonto* que, metido en un rincón, lanzaba grandes suspiros, se sonaba y miraba a Nastusia con ojos estúpidos, lo llevó hacia donde estaba la otra.

— Baila con ella para que tengas al menos ese placer, puesto que tu madre te ha prohibido casarte; tal vez sea

generosa contigo y te dé algo; ahora ya tiene su hombre, y uno más poco importa.

Y siguió diciendo tales enormidades que los reunidos optaron por taparse los oídos. Para completar la fiesta Jambrozy se puso también a acariciar la copita y a soltar el pico como él sabía hacerlo. La juerga quedó acaparada por ellos dos. Dijeron tales chuscadas que todo el mundo soltaba la carcajada y se apretaba el vientre, sin darse cuenta siquiera de que, bromeando, había pasado la noche casi entera.

De pronto, de todos los invitados no quedó más que Jambrozy, que iba escanciando los fondos de las botellas; los recién casados decidieron trasladarse a su morada; Mateusz hizo todo lo que pudo por hacerles quedar algún tiempo más en la cabaña; pero Szymek se obstinó en marchar. Pidió un caballo a Klomb, cargó los baúles, el ajuar de la cama y los utensilios en el carro y tras ayudar a Nastusia a subir con gran prosopopeya, se arrodilló delante de su suegra, besó a su cuñado, se inclinó profundamente ante los parientes, hizo la señal de la cruz, fustigó al caballo y marchó. A los lados caminaba la escolta.

Avanzaban en silencio; el sol acababa de hacer su aparición; los campos brillaban de rocío y resonaba el canto de los pájaros; las pesadas espigas empezaban a agitarse y el mundo entero desbordaba su alegría, el exuberante júbilo del día que brotaba entre la santa plegaria de la más pequeña brizna de hierba.

Al llegar detrás del molino, dos cigüeñas describían círculos muy altos, y la madre batió palmas, diciendo:

—¡Alabado sea Dios! ¡Buen presagio! Tendréis hijos guapos.

Nastusia se sonrojó un tantico, y Szymek, al propio tiempo que empujaba el carro para sacarlo de los baches, silbaba descaradamente y lanzaba miradas de extrema satisfacción.

Cuando se quedaron solos, Nastusia contempló su nuevo alojamiento y se echó a llorar como una Magdalena.

—¡No llores, tontita! ¡Hay otros que aún tienen menos!

¡Ya verás como no faltará quien te tenga envidia! — decíale Szymek para consolarla. Y como estaba muy cansado y había bebido se dejó caer en un rincón, sobre paja, durmiéndose al punto. Ella se sentó junto a la pared, llorando a ratos y mirando los blancos muros de Lipce que se destacaban claramente entre los huertos.

Al cerciorarse de su pobreza sintió que la pena la ahogaba; pero no tardó en extinguirse su llanto porque hubiérase dicho que el pueblo se había dado el santo y seña para venir en su socorro. La Klembowa fué la primera que se presentó con una clueca debajo del brazo y varios ansarones en su cesto; por lo visto fué ella la que dió la voz de marcha, porque casi cada día venía a verla alguna campesina, y no con las manos vacías.

— ¿Cómo os podré corresponder? — murmuraba Nastusia conmovida.

— Basta con dar las gracias — contestó la Sikorzyna, dándole una pieza de tela.

— Cuando tengas medios, harás otro tanto con los más pobres — aconsejó la Ploszkowa muy sofocada, sacando al mismo tiempo de debajo de su delantal un gran pedazo de tocino.

Le trajeron tanto, que había para ir pasando mucho tiempo; y un día, entre dos luces, se presentó el mismo Jasiek *el Tonto* y, después de atar su perro *Kruczek* a la puerta de la cabaña, echó a correr como si huyese del fuego.

Se rieron de ello y lo contaron a Jagustynka, que en aquel momento venía del bosque. La vieja torció el gesto y riendo con desprecio, dijo:

— Esta tarde ha estado en el bosque recogiendo bayas para ti, Nastus; pero... su madre se las ha quitado.

VII

AUSTYNKA llegó a la granja de los Boryna. Iba en busca de Jozka para ofrecerle fresas silvestres; pero como Hanka ordeñaba las vacas delante de la cabaña, se sentó en el banco que había allí y comenzó a referirle detalladamente los regalos recibidos por Nastusia.

— Todo esto es por hacerle tragar vinagre a la Dominikowa — dijo como comentario final.

— A Nastka le debe importar poco que lo hagan por esto. Por cierto, que yo no le he enviado nada todavía — repuso Hanka.

— Prepárale lo que quieras, que se lo llevaré.

En este momento se oyó la voz débil e implorante de Jozka.

— Hanus, dele mi cerdito. Así, cuando yo muera, que será pronto, Nastus rezará por mí.

Hanka acogió tan bien la proposición que ordenó a Witek que lo llevase a Nastus, por si, por una u otra causa, no le fuera posible llevarlo ella misma.

— Pero dile que el cochinillo se lo envío yo. Y que venga a verme, porque yo no puedo dejar la casa un momento.

Verdaderamente, no podía. Hacía una semana que Jozka estaba acostada en la otra parte de la cabaña, hinchada y calenturienta y enteramente recubierta de costras. Al prin-

cipio la sacaban durante el día al huerto, bajo los árboles, porque lo reclamaba a todo trance; pero aquello la empeoró de tal modo que Jagustynka prohibió que permaneciera al aire libre.

— Has de estarte acostada en la obscuridad, porque, con el sol, las costras van a caerte hacia dentro.

Yacía, pues, en la estancia sombría, completamente sola, gimiendo y lamentándose en voz baja de que no dejasen que se le acercaran los niños y sus amigas, pues Jagustynka, que la tenía bajo su guardia, echaba a todo el mundo con un bastón.

Así es que Jagustynka, cuando hubo charlado por los codos con Hanka, dió las fresas a la enferma y se puso a amasar un ungüento de harina pura de trigo sarraceno copiosamente diluído en manteca de vaca sin salar y yemas de huevo, que esparció luego sobre la cara y el cuello de Jozka, que recubrió con paños mojados. La muchacha se sometió pacientemente a aquel tratamiento, pero preguntó con ansiedad:

— ¿No me quedarán señales en la cara?

— Si no te rascas, no te quedará ninguna traza, como a Nastusia.

— ¡Es que esto me da un picor, Dios de mi alma! Vale más que me ate usted las manos, porque no podré resistir — imploró llorosa, porque le costaba todo el trabajo del mundo no desollarse la piel; la vieja murmuró sobre ella un conjuro, la fumigó con siempreviva seca, le ató los brazos al cuerpo y se fué a su trabajo.

Jozka permanecía tumbada y silenciosa con el oído atento al zumbido de las moscas y al extraño tintineo que continuamente le llenaba la cabeza. Oía como en sueños que a veces alguno de la casa venía a verla y se iba sin decir palabra; o bien le parecía que ramas cargadas de manzanas rojas estaban suspendidas sobre su cabeza, y por más que intentaba alcanzarlas, nunca lo conseguía; o veía corderillos que se empujaban en torno suyo, balando tristemente. Witek se deslizó en la estancia y ella lo reconoció en seguida.

— ¿Le has llevado el cochinillo a Nastusia? ¿Qué te ha dicho?

— Se ha alegrado tanto, que ha faltado muy poco para que le besara el rabo.

— ¡Mira tú éste! ¡Pues no se está burlando de Nastusia!

— No te digo más que la verdad. Y te manda decir que vendrá a verte mañana.

De pronto se agitó en su cama y gritó con terror:

— ¡Echalos, van a pasar por encima de mi cuerpo, échalos! ¡Bas! ¡Bas!

Luego, quedó como dormida, tranquila. Witek salió, pero volvió a verla infinidad de veces. La última, le preguntó inquieta:

— ¿Es ya mediodía?

— Debe ser cerca de medianoche; todo el mundo duerme.

— ¡Es verdad, está obscuro! Echa los gorriones de debajo del alero; chillan como si los desplumaran.

El se puso a hablarle de los nidos, cuando ella se echó a gritar, esforzándose por levantarse.:

— ¿Dónde está la *Gris?* Witek, no la dejes hacer estropicios, porque padre te va a dar una paliza.

Otro día le mandó que se sentara cerca, y le cuchicheó:

— Hanka me prohibe que vaya a la boda de Nastusia; pero yo iré por hacerla rabiar. Me pondré el corpiño azul y la falda que llevaba el día de los santos patronos. ¡Qué ojos van a poner! Witek, cógeme manzanas, pero no te dejes sorprender por Hanka. ¡Claro que no bailaré más que con los mozos!

De pronto se calló y se durmió.

Witek pasó horas enteras sentado junto a la cama, aventando las moscas con una rama y dándole agua, velando por ella con toda solicitud; Hanka lo retenía en casa para que la ayudase; Macius, el hijo de Klomb, llevaba entretanto las vacas a pastar al propio tiempo que las suyas.

Al principio, el muchacho se aburría y echaba de menos el bosque y el retozar al aire libre; pero la enfermedad de Jozka le preocupaba tanto que hubiera sido capaz de descolgar las estrellas del cielo por ella; y se devanaba los sesos

pensando qué podría inventar para hacerla reír. Un día le trajo toda una manada de perdigones.

— Jozia, acarícialos, verás cómo pían, acarícialos.

— ¿Y cómo quieres que los acaricie? — balbuceó ella levantando la cabeza.

Cuando él le hubo desatado las manos, ella tomó los pajarillos temblorosos en sus dedos tiesos y sin fuerza, frotándolos contra su cara y sus ojos.

— ¡Cómo les palpita el corazón! ¡Qué miedo tienen, pobres pequeñuelos!

— ¡Los he rastreado yo mismo y no los voy a soltar! — aseguró; pero, a pesar de todo, los soltó.

Otra vez le trajo un lebrato, y sujetándolo por las orejas, lo puso delante de ella, sobre la colcha.

— ¡Pobre lebratillo! ¡Te han separado de tu madre! ¡Estás completamente abandonado! — murmuró apretándolo contra su pecho y mirándolo y acariciándolo como si fuese un niño pequeño; pero el lebrato dió un balido como si lo desollaran y se le escapó de las manos; de un brinco se plantó en el corredor, en medio de un grupo de gallinas, que se dispersaron con grandes alaridos, y desembocó en la galería, y saltando por encima de *Lapa*, que dormitaba, escapó al huerto. El perro le persiguió, y Witek también, dando grandes voces. Todo esto produjo tal jollín, que hasta Hanka vino del patio a ver lo que pasaba. Jozka se desternillaba de risa.

— Tal vez lo haya alcanzado el perro — dijo la niña algo inquieta.

— ¿Alcanzado? ¡Gracias si le ha visto el trasero! La liebre ha desaparecido en el trigo como una piedra en el agua. ¡Esa sí que sabe escabullirse! ¡No te apenes, Jozka, yo te traeré otra cosa!

Le trajo todo lo que pudo: una vez una codorniz que parecía empolvada de oro; luego, un erizo, una ardilla domesticada que daba los brincos más chocantes, y golondrinas jóvenes que piaban tan quejumbrosamente que los padres, dando fuertes chillidos, querían entrar en la estancia, por lo que Jozka le dijo que las llevase fuera. Y aún le trajo más

cosas de todo género; sin contar las peras y las manzanas, de las que trajo tantas como se podían comer y ocultar a los demás. Pero todo esto no la alegraba ya, y a menudo miraba como si no viese nada y luego se volvía del otro lado, cansada y aburrida.

— No quiero eso; tráeme otra cosa — refunfuñaba; ni una sola vez miraba a la cigüeña, que se paseaba a zancadas, procurando meter el pico en todos los cacharros que encontraba y acechando en vano a *Lapa* detrás de la puerta. Sólo un día en que Witek trajo un abejaruco, se puso de buen talante.

— ¡Válgame Dios! ¡Qué cosa más linda! ¡Parece pintado!

— ¡Pero ten cuidado que no te agarre la nariz, porque es malo como la peste!

— ¡Pues no parece querer huir! ¿Está domesticado?

— Tiene las alas y las patas atadas y le he pegado los párpados con pez.

Se divirtieron algún tiempo con el pájaro; pero el abejaruco estaba siempre inmóvil y triste. No quería comer, y acabó por morir, con gran sentimiento de todos los de la casa.

Así pasaban los días.

Fuera, el sol seguía abrasando. Cuanto más se acercaba la recolección, más aumentaba el calor, de modo que, durante el día, era ya imposible poner los pies en el campo; las noches tampoco traían frescor. Eran cálidas y sofocantes y hasta en los huertos el calor no dejaba dormir. Esto se iba convirtiendo en una verdadera calamidad para la aldea; la hierba estaba tan tostada que el ganado regresaba hambriento de los pastos y mugía en los establos; las patatas se marchitaban y cuando eran del tamaño de una avellana ya no crecían más; las avenas habían sufrido tanto al sol que les pasaba lo mismo; las cebadas amarilleaban prematuramente y los centenos se secaban antes de madurar y adquirían el tono blanco de las espigas hueras. Todo esto preocupaba no poco. Cada atardecer la gente miraba el cielo con una remota esperanza de que cambiara el tiempo; pero el cielo estaba siempre terso, sumergido en un brasero

blancuzco como vidrio, y el sol iba a su ocaso sin que apuntara la sombra de la más leve nube.

Más de uno rezaba ya a las santas imágenes para que el tiempo cambiase, pero de nada servía. Los campos seguían anegados en el mismo vaho solar, los frutos se secaban y caían de los árboles, los pozos se agotaban y hasta en el estanque había tan poca agua que la aserraduría no podía funcionar. Tampoco trabajaba el molino. De este modo, el pueblo, reducido a la miseria, hizo una cuestación para una misa votiva con exposición del Santísimo, a la que asistió toda la aldea.

Los fieles rezaron con todo su corazón y con tanto fervor que hasta una piedra hubiera tenido compasión de ellos.

Es de creer que el Señor Jesús les escuchó en su misericordia. Al día siguiente hizo tanto calor y tanto bochorno que los pájaros caían extenuados y las vacas mugían tristemente en los pastos; los caballos no querían salir del establo y la gente, casi sin fuerzas, se refugiaba en los huertos frutales quemados por el sol, sin atreverse siquiera a poner los pies en los campos. Pero hacia mediodía, cuando todo lo viviente parecía a punto de exhalar el alma en el espejeo blanco del aire en ebullición, el sol se enturbió y se ensombreció de pronto, como si alguien le hubiese echado encima puñados de ceniza, y poco después hubo en el cielo una especie de rumor como un aleteo de pájaros gigantescos y de todas partes salieron nubes cárdenas que descendían cada vez más bajas y amenazadoras.

Pasó un soplo terrible; todo lo que vivía se calló y se detuvo temblando secretamente.

Oyéronse lejanos redobles de trueno, un viento corto se desató, torbellinos de polvo se levantaron en las carreteras, el sol se desparramó como una yema de huevo en la arena, obscureció súbitamente y hubo en el cielo un hormigueo de relámpagos como si alguien hubiese agitado cuerdas de fuego. El primer rayo cayó con estrépito muy cerca de allí, tanto que la gente se asomó a las puertas de las cabañas.

Los elementos se habían desencadenado, el sol había desaparecido en un caos salvaje y era tal la tormenta que

en las tinieblas acumuladas sólo se veía los rayos que caían como corrientes de cegadoras claridades, oíase el estallido de los truenos que llenaba el cielo, la lluvia chorreaba, el viento rugía, los árboles gemían.

Relámpagos deslumbradores se sucedían sin interrupción y caían tales cascadas que no se veía nada del mundo; a los lados reventaban nubes cargadas de granizo.

La tormenta duró cosa de una hora, de modo que los trigos se acostaron y verdaderos ríos de agua espumosa convirtieron los caminos en torrentes; pero apenas se había parado un instante y el cielo había empezado a clarear, cuando el trueno mugió de nuevo, como si millares de carros rodasen a toda velocidad sobre tierra helada, y de nuevo cayó la lluvia a cántaros.

La gente miraba fuera con angustia; aquí y allá encendíase ya las lamparillas ante la imagen de la Virgen y se cantaba la antigua canción: «Bajo tu protección»; otros ponían las santas imágenes sobre los bancos, junto a la pared, para proteger las casas; pero cuando la tormenta se había calmado casi por completo y caía la lluvia como por un tamiz, se desgarró la última nube que flotaba sobre el pueblo y cayó un rayo en el hórreo del alcalde.

Crepitaron las llamas, se elevó una columna de humo y en un abrir y cerrar de ojos quedó el hórreo convertido en inmensa hoguera. En la aldea se oyó un clamor horrible, y todos corrieron hacia el lugar del siniestro. Mas fué inútil todo esfuerzo. El hórreo ardió como un montón de astillas. Antek, Mateusz y algunos más afanábanse por salvar la cabaña de Koziol y las construcciones próximas. Por suerte, no escaseaba el agua ni el barro, y por ello se pudo atajar el fuego cuando ya prendía casi en los lugares próximos, por las chispas que el viento llevaba.

El alcalde no estaba en el pueblo. Aquella mañana habíase ido a la ciudad, y la alcaldesa tuvo que correr de un lado a otro lanzando grandes lamentos, como una gallina que cacarea. Cuando pasado el peligro la gente empezó a dispersarse, la Kozlowa avanzó hacia ella, se puso los puños en las caderas y dijo burlonamente:

— Ya lo ves; Dios te ha dado una lección, señora alcaldesa, vaya que sí. Esto es el castigo por la injusticia que me has hecho.

Y seguramente se hubiera armado una trapatiesta, porque la alcaldesa se lanzaba hacia la otra con las garras a punto, si Antek no hubiese conseguido, con mucha dificultad, separarlas. Y después le soltó a la Kozlowa tal fraterna que ella se fué a su casa como un perro con el rabo entre piernas; pero aún murmuró entre dientes:

— ¡Híspete, señora alcaldesa, híspete: yo te devolveré con las setenas la injusticia que me has hecho!

Pero nadie la escuchaba. La granja se había quemado enteramente; los hombres echaron barro sobre los restos humeantes y cada cual se fué a su casa. No quedó más que la alcaldesa, que se deshizo en lamentaciones con Antek; éste escuchó todo el tiempo que pudo; pero, finalmente, hizo un gesto con la mano, y se largó también.

La tormenta se había alejado más allá de los bosques, salió el sol, manadas de nubes blancas se empujaron por el cielo, los pájaros volvieron a cantar, el aire era ya más vivo y fresco, y la gente salía de las casas para hacer correr las aguas y rellenar los hoyos que había hecho la lluvia torrencial.

Antek estaba casi delante de su cabaña cuando de improviso se cruzó con Jagusia, que pasaba con un cesto y un azadón. El se apresuró a saludarla, pero ella le miró con ojos de lobo y pasó sin decir palabra.

— ¡Atiza, qué orgullo gasta! — masculló colérico; y viendo a Jozka en el camino entre setos la riñó severamente porque rondaba por fuera expuesta a la humedad.

La chica estaba ya bastante restablecida y resistíase a permanecer en el huerto; sus costras se secaban muy bien, sin dejar huella; pero Jagustynka seguía untándola a escondidas con su ungüento, a pesar de que Hanka le ponía cara de perro por el gran consumo de manteca fresca y huevos.

Pasaba los días tendida, restableciéndose poco a poco, completamente sola. Witek había vuelto a guardar sus vacas, y sólo recibía de tarde en tarde la visita de alguna ami-

guita, con la que conversaba un rato. A veces le hacían compañía Roch o la vieja Agata, que le refería siempre lo mismo: que con toda seguridad al tiempo de la cosecha moriría como una campesina propietaria en la estancia de Klomb. Sus amigos más felices eran *Lapa*, que no la dejaba un instante, la cigüeña, que al menor llamamiento acudía corriendo, y los pájaros que revoloteaban y picoteaban las migas de pan que ella les echaba.

Un día que no había nadie en la casa, vino a verla Jagusia, que le trajo un puñado de caramelos; pero antes de que Jozka hubiese tenido tiempo de darle las gracias, se oyó la voz de Hanka en alguna parte y Jagna huyó asustada.

— ¡Que te sepan bien! — le gritó aún desde el camino de los setos; y desapareció en dirección a la casa de su hermano para entregarle algo que llevaba oculto en su corpiño.

Al llegar vió que Nastusia acariciaba a una vaca que bebía ruidosamente en un cubeto, mientras Szymek construía una especie de cochera o cobertizo, silbando alegremente.

— ¿Ya tenéis una vaca? — preguntó muy admirada.

— ¡Vaya que sí! ¿Verdad qué es hermosa? — exclamó Nastusia llena de orgullo.

— ¡Hermosa vaca! Debe ser de la raza del castillo. ¿Cuándo la habéis comprado?

— La vaca es bien nuestra, aunque no la hemos comprado. ¡Si te lo cuento, no lo vas a creer! Ayer, antes del alba, oí que algo se frotaba contra la esquina de la cabaña, hasta el punto de hacerla temblar. Entonces, pensé para mí: eso es que llevan el ganado a los pastos y ha venido algún cerdo a rascarse el barro. Me volví a la cama y al poco escuché un mugido bajo. Salí y miré: a la puerta había una vaca con una brazadera de trébol bajo sus morros; tenía las ubres hinchadas y alargaba la cabeza hacia mí. Yo me froté los ojos porque me parecía cosa de sueño; pero, no; la vaca estaba allí, vivita y coleando, y mugía y me lamía las manos. Naturalmente, yo estaba segura de que se había extraviado del rebaño, y Szymek decía también: en seguida vendrán a buscarla. Lo que más me daba que pensar era que

estuviese atada, porque vamos, no podía haberse atado la cuerda ella misma... Pero pasó mediodía y nadie vino a reclamarla. Entonces la ordeñé para aliviarla, porque ya se le iba la leche. Se pasó la velada, pasó la noche, pregunté a diestra y siniestra en el pueblo y hasta pregunté al pastor del castillo: nadie había oído decir que se hubiese perdido una vaca. El viejo Klomb dijo que podría ser muy bien una jugarreta de ladrón y que valía más llevar la vaca a la cancillería. Claro que eso me daba pena; pero no era posible hacer otra cosa; a eso de mediodía se presenta Roch, y dice:

— Como tú has sido siempre una buena mujer, y la necesitas, ahora el Señor Jesús te regala una vaca.

— ¡Claro está! ¡Como si las vacas cayeran del cielo! ¡Eso no lo cree ni el más tonto!

Se echó a reír y dijo marchándose:

— La vaca os pertenece; no tengas miedo, nadie os la quitará.

Con esto creí que la vaca venía de su parte, y me eché a sus pies para darle las gracias; pero él no lo permitió.

— Y cuando encontréis al señor Jacek por el camino — dijo riendo, — no le deis las gracias por la vaca, porque podríais recibir bastonazos; él no hace las cosas para que se las agradezcan.

— ¿Entonces es el señor Jacek quien os ha dado la vaca?

— ¿Dónde se encontrará otro tan bueno para el pobre pueblo?

— Es verdad; también le dió a Stacho madera para construir su casa.

— ¡Ni más ni menos que un santo! Cada día rezo por él.

— ¡Con tal de que nadie te quite la bestia!

— ¡Cómo! ¿Robarme mi vaca? ¡Jesús! ¡Le sacaría los ojos al ladrón, le perseguiría hasta el fin del mundo! ¡Jesús no permitirá tal injusticia! La meteré en la estancia durante la noche hasta que Szymek haya construído un establo. El *Kruczek* de Jasiek velará también por nuestra bestia. ¡Mi consuelo, mi querida, pequeña mía! — murmuró abrazándola por el cuello y besándole el hocico de tal modo que la

vaca se puso a gemir, el perro ladró alegremente, las gallinas, asustadas, cacarearon y Szymek silbó más fuerte que nunca.

— ¡En eso veo que el Señor Jesús os da la bendición! — suspiró Jagusia, hubiérase dicho con cierto secreto rencor, contemplando a los dos con mucha atención. Le parecían otros; pero Szymek le causaba mayor sorpresa. Antes le consideraba como un gaznápiro incapaz de contar hasta tres; era el burro de carga de la cabaña y se le hacía ir por donde uno quería; y ahora se le presentaba muy distinto; tenía la mano certera para hacer las cosas, se comportaba dignamente y hablaba como un hombre entendido.

— ¿Cuáles son vuestros campos? — preguntó después de largas reflexiones.

Nastusia se los mostró, explicándole lo que sembrarían en cada parcela.

— ¿Y de dónde sacaréis las semillas?

— Szymek ha dicho que él las tendrá, y las tendrá, porque nunca habla inútilmente.

— Es mi hermano y, al oirte a ti, se me aparece como un extraño.

— Es tan bueno, tan hábil, tan trabajador, que no hay otro como él en el mundo — añadió Nastusia con calor.

— No hay duda — repitió Jagusia tristemente. ¿Y de quién son esos campos mojonados de poco?

— De Antek Boryna. Aún no trabajan en ellos, pues, a lo que parece, espera el reparto de la herencia de Boryna.

— No es mala tierra.

— ¡Que el Señor Jesús les dé diez veces más! Antek es quien ha salido fiador ante el castellano de nuestra tierra, y nos ha ayudado en muchas ocasiones.

— ¡Tanto se ha interesado por Szymek!

No volvía en sí de admiración.

— Hanka ha sido tan buena como él; me ha dado una marrana, que aún es jovencita; pero es lo que necesitamos por ser de una raza que da buenas lechigadas.

— ¡No es posible! ¿Hanka te ha dado una marrana? ¡Eso no puedo creerlo!

Volvieron delante de la cabaña; Jagusia sacó diez rublos del nudo de su pañuelo y los metió en la mano de Nastusia.

— Toma estos gros; no he podido antes porque el judío aún no me había pagado los ansarones

Ellos le dieron las gracias de todo corazón. Al partir, les dijo:

— Esperad un poco; madre acabará por apaciguarse y creo que os enviará algo.

— No me hace falta; que se lo guarde para el ataúd. ¡La injusticia que me ha hecho no tiene perdón! — exclamó Szymek tan súbitamente y con tanta saña que ella se fué sin añadir palabra.

Volvió a su casa muy pensativa, con el alma triste y nostálgica.

— ¿Y yo, qué soy yo? ¡Un tallo seco del que nadie se preocupa! — suspiró, sintiéndose abandonada como una huérfana.

A medio camino encontró a Mateusz. Iba a casa de su hermana; pero desanduvo lo andado y escuchó atentamente lo que ella le refería de los Szymek.

— Todos no tienen la misma suerte — dijo él malhumorado.

La conversación languidecía; él suspiraba, no se sabe por qué, rascándose la cabeza con aire preocupado, y Jagusia contemplaba Lipce envuelto en las llamas del ocaso.

— A fe mía, sí; se está estrecho y se ahoga uno en este mundo — se dijo hablando consigo mismo.

Ella le miró a los ojos, preguntándole:

— ¿Qué te pasa? Pones un gesto como si hubieses bebido vinagre.

El se extendió en lamentaciones sobre la vida y el pueblo; todo le hastiaba, y probablemente se marcharía a la ventura, tan lejos como alcanzaran sus ojos.

— Si te casaras lo verías todo diferente — bromeó ella.

— ¡Con tal que me quisiera la que yo quiero! — El la miró sin disimulo; pero ella volvió la cabeza, perpleja y algo confusa.

— Pregúntaselo. Todas se casarían contigo, y hay muchas que están ya esperando a los *zwaty*.

— ¿Y si ella no quiere? Entonces me quedaría con la vergüenza y el pesar.

— En este caso te quedaría el recurso de enviar aguardiente a otra.

— Yo no soy así. Después de la que yo quiero, las demás no me atraen poco ni mucho.

— Para los hombres todas huelen lo mismo y de todas quisieran llevarse algo.

El no protestó; pero presentó la cosa por otro lado:

— ¿Sabes, Jagus? Hay mozo que está deseando el momento de enviarte la *vodka*.

— ¡Que se la beba solo! Yo no me casaré de nuevo — repuso con tanta energía que él se quedó hecho de palo. Ella hablaba con toda sinceridad, porque ninguno le parecía más agradable que otro, excepto Jasio, naturalmente, pero Jasio...

Exhaló un profundo suspiro, abandonándose con voluptuosidad a los recuerdos que guardaba de él, y Mateusz, que no había podido obtener de ella otra respuesta, se volvió a casa de su hermana.

Ella, por su parte, dejaba vagar a lo lejos una mirada ansiosa, pensando:

— ¿Qué estará haciendo ahora?

De repente, sintió que alguien le sujetaba por detrás y ella hizo esfuerzos para desasirse.

— ¡Ahora no te escapas! — le murmuró al oído el alcalde.

Ella se libertó de su abrazo, furiosa.

— Si me toca usted le saco los ojos y armo tal escándalo que acudirá todo el pueblo.

— ¡Cálmate, Jagus! Te traigo un regalo — y le puso en la mano unas sartas de corales.

— ¡Métalos usted dondequiera! ¡Sus regalos tienen para mí tanto valor como una caña rota!

— Pero, Jagusia, ¿qué te pasa? — balbuceó él estupefacto.

— A mí, nada.

— Entonces, ¿por qué te pones así?

— Porque es usted un cerdo, y no le permito que se pegue a mí.

Escapó muy colérica y se precipitó en su casa como un huracán; su madre mondaba patatas y Jendrzych ordeñaba las vacas entre los setos. Sin decir una palabra emprendió las faenas del anochecer, temblando de rabia, y como no conseguía calmarse corrió de nuevo fuera en cuanto cerró la noche.

— Voy a ver a los organistas — dijo a su madre.

Visitábales a menudo y les prestaba diferentes servicios con el solo objeto de oír hablar de Jasio de vez en cuando.

Fué, pues, deseando tener noticias suyas y con la secreta esperanza de saber cosas nuevas.

Las ventanas iluminadas del cuarto de Jasio brillaron en la obscuridad; Michal escribía bajo la lámpara que colgaba del techo y el organista y su mujer estaban sentados delante de la casa tomando el fresco.

— Jasio llegará mañana después de mediodía — le dijo la mujer del organista por vía de saludo; a ella le faltó poco para caer de espaldas, le flaquearon las piernas y el corazón le latió con tanta violencia que perdió la respiración. Le quemaban las carnes y sentía estremecerse todo su ser. Sentóse un momento para disimular y después corrió carretera adelante, hacia el bosque, como si la persiguieran.

— ¡Jesús mío de mi alma! — prorrumpió gozosa, con los brazos extendidos. Las lágrimas le brotaban de los ojos y la alegría le rebosaba del cuerpo. Hubiera querido reír y llorar, recorrer los caminos, abrazar los árboles y tumbarse sobre los campos dormidos bajo la claridad lunar.

— ¡Qué feliz soy! ¡Jasio llegará mañana! — murmuraba estremeciéndose como un pájaro, corriendo con todas sus fuerzas impelida por el deseo, como si fuese al encuentro de una dicha inefable.

La velada había pasado ya cuando Jagus emprendió el regreso por el mismo camino. Las ventanas estaban obscuras y la gente recogida. Sólo había luz en casa de los Bo-

ryna, donde se celebraba una reunión, y Jagus se dirigió a su casa para soñar en el pronto regreso del seminarista.

Ya en la cama se revolvió de un lado a otro sin poder dormir, y cuando su madre dormía se levantó sin hacer ruido y, cubriéndose la cabeza con su delantal, se sentó a la puerta de la casa para esperar el sueño o el despuntar del día.

En la cabaña de los Boryna, al otro lado del estanque, estaba aún iluminada una de las dependencias y a veces salían apagados rumores de conversación.

Al principio, contempló los reflejos de luz que rielaban sobre el agua, luego olvidó todo lo del mundo, sumiéndose en cavilaciones brumosas y vacilantes que se tejían en torno suyo como telarañas y la transportaban de pronto a una región desconocida que iluminaba una roja luz crepuscular, a un mundo de nostalgias infinitas.

La luna había desaparecido ya, espesas tinieblas envolvían los campos, las estrellas centelleaban muy alto y a veces caía alguna con tan loca velocidad y tan espantosamente lejos, que le faltaba aire para respirar y sentía que un frío le helaba los huesos; a veces una tenue brisa templada la rozaba como una caricia, como manos queridas; pero otras veces se levantaba de los campos un soplo ardiente y embalsamado que le penetraba el corazón. Poseída de voluptuosidad se estiraba toda y tendía los brazos, o se dejaba caer al suelo para entregarse a sus ensueños, con el cuerpo bañado en una inexplicable dulzura, como una yema que se hincha y se concentra... La noche se deslizaba ante ella como si evitara sobresaltar su dicha.

En casa de los Boryna seguía habiendo luz y Witek estaba en acecho en la carretera para que oídos extraños no pudiesen escuchar cuanto allí se dijera. La reunión se celebraba secretamente para tomar acuerdos relacionados con lo que había de tratarse en la alcaldía al día siguiente y para lo cual el alcalde había invitado a todos los propietarios de Lipce.

La estancia estaba iluminada por un cabo de vela que brillaba débilmente en el borde de la chimenea, de modo que sólo se podía distinguir algunos de los allí congregados.

Había una veintena de campesinos, todos los que secundaban los planes de Antek y Grzela.

Roch, sumido en la penumbra, explicaba largamente lo que representaría para el pueblo la fundación de una escuela en Lipce y Grzela instruía a cada uno en particular acerca de lo que había de contestar al delegado y qué había de votar.

Deliberaron hasta muy avanzada la noche, porque la sesión no transcurrió sin disputas; pero acabaron por ponerse de acuerdo y se separaron precipitadamente antes de que apuntase el alba, pues la sesión había de empezar muy de mañana.

Jagusia seguía siempre en el banco delantero, abismada en sus ensueños, en la obscuridad; ciega y sorda a todo, sólo de vez en cuando murmuraba con fervor, como las palabras de una oración sin terminar:

— ¡El va a venir, va a venir!

Y se inclinaba involuntariamente como sobrecogida ante el misterio de la mañana, como deseosa de descubrir lo que iba a traerle aquella alborada gris, y, angustiada y feliz al mismo tiempo, aceptaba de antemano cuanto había de suceder.

VIII

CERCA de mediodía el calor era ya inaguantable. El pueblo se había reunido en masa delante de la casa municipal; pero el delegado aún no estaba allí. A cada momento el escribano salía hasta el umbral y miraba a lo ancho de la carretera bordeada de sauces retorcidos, poniéndose la mano a modo de visera; pero no veía más que charcas lucientes que se habían formado con el chubasco del día anterior, algún carro retrasado que llegaba lentamente o algún capote de campesino que blanqueaba aquí y allá.

La muchedumbre esperaba pacientemente; sólo el alcalde se agitaba como un endemoniado, miraba hacia la carretera y daba prisa con voz cada vez más insistente a los campesinos que rellenaban los baches y los hoyos de la plaza.

— ¡Más de prisa, muchachos! ¡Dios mío, con tal que hayamos terminado antes de que llegue! ¡Daos prisa, hombres! Estoy aquí en función oficial y no es el momento de bromear.

— Usted que es el alcalde no habría de tener miedo más que de Dios — se chungueó uno de Rzepki.

— ¡Al primero que abra la boca, lo mando encerrar! — gritó el alcalde secamente; y se fué corriendo hacia el cementerio, que estaba sobre la colina en la que se apoyaba parte del edificio municipal, para atalayar el horizonte. A sus pies

se elevaban árboles inmensos, seculares; la torre gris de la iglesia aparecía a través de las ramas; los brazos negros de las cruces se inclinaban por encima de la cerca de piedra, asomándose a la carretera que atravesaba el pueblo.

Como no veía venir a nadie el alcalde dejó allí al asesor y al grupo que le había seguido y volvió al ayuntamiento, donde había un continuo ir y venir, pues de tiempo en tiempo el escribano llamaba a uno de los campesinos y le aconsejaba en voz baja a propósito de los impuestos retrasados, de la cuota para el tribunal que no había sido pagada o de alguna otra cosa. Naturalmente, tales amonestaciones no eran del gusto de nadie. ¿Qué se podía hacer ahora, en el rigor de la carestía? ¿Cómo pagar cuando eran muchos los que no tenían siquiera ni para la sal? Los requeridos contestaban con un suspiro y no les quedaba otra salida que hacer una profunda reverencia, llegando algunos hasta besarle la mano o deslizar en su palma estirada su última *zlotowka*, y todos, tantos como eran, le suplicaban que tuviese paciencia hasta la cosecha o hasta la feria ya próxima.

El escribano era maestro en marrullerías, astuto y ladino como nadie. Se valía de todos los medios para desollar a la gente, ya amenazando con los gendarmes, complicando las situaciones o tratando a los vecinos en tono amistoso, según le conviniera, para obtener lo que pudiera. Pedía avena o paja si se andaba escaso de ellas, o bien aludía a la necesidad de obsequiar al delegado con unos ansarones, y con este procedimiento lograba por grado o por fuerza lo que quería, siempre a cambio de vagas promesas. Luego, cuando quedó solo, fué llamando a los más rehacios para aconsejarles como amigo que votasen en favor de la escuela.

— Hazlo así, porque de lo contrario podría molestarse el delegado y anular el acuerdo que habéis concertado con el castellano respecto al bosque.

Lo que le interesaba era coaccionar a la gente para que votase.

— Eso no es posible — le replicó Ploszka maravillado. — Nosotros hemos concertado el pacto libremente con el señor.

— Ya lo sé; pero no debes ignorar que el señor puede

hacer lo que se le antoje y que, en última instancia, siempre es el campesino el que pierde.

Ploszka salió de la entrevista muy preocupado. El escribano, tras los de Lipce, continuó su tarea llamando a los vecinos de otros pueblos que se habían congregado allí por el mismo motivo, y les conminó a que votasen por la escuela mediante amenazas.

En la plaza eran muchos los reunidos. Los campesinos, que no bajarían de doscientos, habíanse reunido por aldeas, cada cual con los suyos, por lo que resultaba fácil distinguir a los de Lipce de los de Modlica, o a los de Przylenka de los de Rzepki, más que nada por su diferente manera de vestir.

La noticia de que el delegado estaba decidido a que se votase por la escuela, se extendió como un reguero de pólvora. Entonces se rompió la formación y todos se confundieron. Sólo los hidalgüelos de Rzepki quedaron aparte, contemplando con cierto desdén a los demás campesinos, a pesar de que eran unos pobres diablos como los otros y tan tronados que para cada tres sólo tenían una cola de vaca, como decían en son de burla los de las aldeas restantes. Todos menos ellos, se desparramaron por la plaza para comentar lo que sucedía al abrigo de la sombra de los árboles del cementerio o junto a sus carros.

En la hostería, frente a la casa comunal, rodeada de altos árboles que formaban un umbrío bosquecillo, era donde reinaba mayor animación, pues a pesar del viento fresco que venía de los campos el calor hacíase insoportable. El sol abrasaba de tal modo que más de uno tenía que recobrar la respiración bebiendo cerveza. La hostería rebosaba de gente. Bajo los árboles se apretujaban los hombres, que comentaban en voz baja las noticias que iban llegando y observaban atentamente el ayuntamiento y el domicilio del escribano, situado en la plaza igualmente, donde las aperturas y el tumulto eran cada vez mayores.

La mujer del escribano asomaba por la ventana de vez en cuando, para vociferar:

—¡Date prisa, Magda! ¡Lástima que no te rompas las piernas de una vez, porcallona!

Al oír tales gritos la criada atravesaba las habitaciones como un huracán, haciendo temblar los vidrios. Un crío se puso a llorar a grito pelado, en el corral de la casa cacareaban las gallinas asustadas y el alguacil, sin poder respirar, se lanzaba en persecución de los ansarones que se solazaban en los trigos y en la carretera.

— Me parece que van a invitar a comer al delegado — dijo uno.

— A lo que parece, el escribano trajo ayer un cajón lleno de botellas.

— Seguramente, la borrachera de este año no será menor que la que pilló el año pasado.

— ¿Quién se lo impide? ¿No se paga bastantes impuestos? Y, además, no hay nadie que les mire las manos — declaró Mateusz.

Una voz, gritó:

— ¡Han llegado los gendarmes! ¡Callaos!

— Os rondan como lobos, sin que se sepa tan sólo cuándo ni de dónde vienen.

Sin embargo, se callaron, bastante inquietos, porque los gendarmes se habían sentado frente al ayuntamiento rodeados de un grupo de gente en el que se encontraban el alcalde y el molinero; un poco más lejos se retorcía el herrador, con el oído despierto.

— El molinero hace el perro acostado como un gozquecillo hambriento.

— ¡Toma! Los que él quiere más son los que los otros temen.

— Puesto que están aquí los gendarmes, no tardará en llegar el delegado — exclamó Grzela, el hermano del alcalde, que se reunió con Antek, Mateusz, Klomb y Stacho Ploszka, que se mantenían un poco aparte. Después de una conversación se dispersaron por entre la gente explicándoles algo que debía ser importante porque se les escuchaba con gran silencio. Sólo de tiempo en tiempo suspiraba alguien, se rascaba con aire preocupado o miraba de reojo hacia los gendarmes. El corro se hacía cada vez más compacto.

Antek, junto a la esquina de la hostería, hablaba lacó-

nicamente; pero sus palabras eran enérgicas y casi imperiosas; en otro grupo, bajo los árboles, peroraba Mateusz, intercalando chuscadas que hacían reír a muchos; y más allá, cerca del cementerio, Grzela decía palabras tan sensatas como si leyese en un libro abierto, tanto que era difícil comprenderle.

Los tres trataban de inculcar en la gente la misma idea: no escuchar al delegado ni a los que están siempre a favor de las autoridades, y no votar la escuela.

El pueblo escuchaba con recogimiento, inclinándose tan pronto a un lado como a otro, como sucede cuando el viento mueve las cimas de un bosque.

Nadie decía palabra; sólo las cabezas oscilaban a modo de asentimiento, porque hasta el más tonto comprendía que todo el provecho de la nueva escuela sería pagar nuevos impuestos, y, para eso, nadie tenía prisa.

De todos modos la inquietud se apoderaba de la muchedumbre; la gente se sostenía tan pronto sobre una pierna como sobre la otra, tosía o carraspeaba, y nadie sabía aún qué hacer.

El caso era que Grzela hablaba con mucha inteligencia y que Antek tenía palabras que salían del alma; pero también daba que pensar hacer frente al delegado y mostrarse en desacuerdo con las autoridades.

Uno miraba al otro y cada cual daba vueltas a la cosa en su interior, consultando con los ojos a los más ricos; el molinero y los principales de los otros pueblos se mantenían casi separados, próximos a los gendarmes y al escribano.

Antek fué a exponerles la cuestión; pero el molinero rearguyó:

— El que tiene criterio sabe qué ha de votar — y se volvió hacia el herrero, que era del parecer de todo el mundo y que se retorcía entre los grupos, con aire inquieto, porque olía lo que se tramaba. Volvía hacia el escribano, charlaba con el molinero, ofrecía rapé a Grzela, y disimulaba tan hábilmente sus intenciones que hasta el fin no se supo de qué parte estaba.

La mayoría, sin embargo, se inclinaba a votar contra la escuela, y con este convencimiento los hombres se dispersaban por la plaza, y, sin hacer caso del calor de mediodía, discutían cada vez en voz más alta y con mayor atrevimiento. De pronto, el escribano gritó desde la ventana:

— ¡Que venga uno de vosotros!

Pero nadie se movió, como si no hubiesen comprendido.

— Que vaya alguien corriendo al castillo a buscar el pescado. Lo habían de traer esta mañana temprano; pero no ha venido nadie todavía. ¡De prisa! — gritó con voz imperiosa.

— No hemos venido aquí para hacer de criado — dijo una voz altiva.

— ¡Que eche a correr él mismo, aunque le duela sacudirse la barriga! — bromeó alguien, porque el escribano tenía una panza como un tambor.

El escribano soltó un taco y momentos después el alcalde salió del patio, se deslizó por detrás de la hostería y corrió por el lindero del pueblo en dirección al castillo.

— Ya ha limpiado los críos del escribano y les ha mudado los pañales, y ahora tiene que airearse — dijo uno.

— Ya se comprende; a la escribana no le es posible soportar malos olores en sus habitaciones — añadió otro.

— Pronto le harán vaciar también el vaso de noche — se mofó el de más allá.

— ¡Es raro que no se vea aún al castellano! — hizo observar un vecino; pero el herrero contestó a esto, sonriendo ladinamente:

— No es tan tonto que se deje ver.

Los demás le miraron con aire interrogativo.

— Naturalmente; él no puede ponerse frente al delegado ni votar por la escuela porque le aplicarían una tarifa muy elevada. ¡Es muy lagarto!

— Pero, tú, Michal, ¿estás con nosotros? — le preguntó Mateusz apremiantemente.

El herrador se revolvió como un gusano al que han pisado, y después de murmurar algo entre dientes, se fué abriendo paso para llegar hasta el molinero, que había salido

al encuentro de varios campesinos y decía al viejo Ploszka en voz alta, para que los demás pudiesen oírle también:

— Mi opinión es que votéis como quieren las autoridades. La escuela es necesaria y aun cuando sea muy mala siempre será mejor que no tenerla. En cuanto a una escuela como vosotros la quisierais, no os la concederán. Aquí de nada sirve el querer; con la cabeza no se abre una pared. Y si no dais vuestra conformidad a la escuela, la construirán sin vuestro consentimiento.

— Si no damos el dinero, ¿con qué van a establecerla? — preguntó uno del montón.

— ¡Imbécil! Lo tomarán ellos mismos, y si no lo das voluntariamente te venderán tu última vaca y te encerrarán a ti para fin de fiesta por haberte resistido. ¿Comprendes? Ahora no es con el señor con quien tenemos que ver — y volviéndose hacia los lipcianos, añadió: — es con el delegado, que no gasta bromas. Os lo repito, haced lo que se os manda, y dad gracias a Dios de que no tengáis que soportar cosas peores.

Los que pensaban como él manifestaron su asentimiento. Luego, el viejo, después de reflexionar detenidamente, dijo de la manera más inesperada:

— Tiene usted razón. Roch ha querido engañar al pueblo, empujarle a la ruina.

Entonces salió de la multitud un campesino de Przylenka, y dijo en voz alta:

— Roch se entiende con los señores y por eso nos excita contra el gobierno.

Le abroncaron por todos lados; pero el campesino no se intimidó, y en cuanto se restableció la calma, levantó de nuevo la voz:

— Sólo le secundan los imbéciles — y fijando una mirada escrutadora en torno suyo, prosiguió: — y el que no le guste oírlo que salga, que le repetiré cara a cara que es un imbécil. Ya sabéis que siempre ha sido así: los señores se sublevan, excitan al pueblo, lo llevan a su desgracia; pero cuando se trata de pagar los vidrios rotos, ¿quién los paga? ¡Los campesinos! Y cuando acantonen cosacos en

vuestros pueblos, ¿quién recibirá los latigazos? ¿Quién sufrirá? ¿A quién llevarán a la cárcel? ¡A vosotros solos, a los campesinos! Los señores no intervendrán por vosotros, seguramente; os lo negarán todo como Judas y aun invitarán a los oficiales a comer en sus castillos.

— ¿Qué es para ellos el pueblo? Para eso está, para que ellos le chupen la sangre.

— Y si pudieran implantarían de nuevo la esclavitud sin esperar a mañana — gritaron diferentes voces.

— Grzela dice — reanudó el campesino — que es preciso que la enseñanza sea en nuestra lengua, y si no, quieren que no votemos por la escuela, que no demos un gros, que resistamos; ya sé que para un criado es cosa fácil gritar a su amo: no quiero trabajar más, bésame cierta parte, y echar a correr antes de que le administren algo. Pero el pueblo no puede escapar a los golpes cuando se subleva porque nadie ofrece sus espaldas en su lugar. Os aseguro que resultará más barato edificar una escuela que oponerse a las autoridades. Es cierto que en ella no se enseñará en nuestra lengua; pero así y todo no nos harán volver rusos, porque nadie dirá sus oraciones ni hablará con los suyos más que como su madre le enseñó. Y para acabar voy a deciros: no pensemos más que en nuestro interés de campesinos. Y si los señores se disputan entre ellos, a nosotros no nos importa nada que se peleen y se muerdan hasta matarse. ¡Que la peste se los lleve!

Una compacta muchedumbre se apelotonó en torno del que hablaba, gritándole como si fuese un perro rabioso, y por más que el molinero lo tomó bajo su protección y de que algunos intentaron defenderlo, los partidarios de Grzela empezaban ya a blanderle los puños en su nariz, y la cosa hubiera acabado mal de no gritar el viejo Priczek:

— ¡Los gendarmes!

Hubo un silencio súbito; pero el viejo salió de filas y empezó a decir casi colérico:

— Es la santa verdad lo que os he dicho; consideremos nuestro propio interés. ¡Silencio! Tú has dicho tu parecer deja que los demás den también el suyo. Porque gritan se

creen ser los más listos. ¡Si el buen criterio consistiese en gritar, cualquier charlatán sería más avispado que el mismo cura! Reíos si queréis; pero yo puedo deciros cómo iban las cosas durante los años en que los señores se sublevaron. Me acuerdo muy bien de cómo nos explicaron y prometieron que cuando volviese a existir Polonia nos darían la libertad y tierra y bosque y todo lo que se puede dar. Proyectos y promesas, como siempre; pero lo que actualmente tenemos nos lo ha dado otro, y aun ha sido preciso que éste les castigue porque no querían conceder ninguna mejora al pueblo. Haced caso de los señores si sois bastante tontos para eso; pero a mí no me la darán con queso. Yo sé lo que significa su Polonia. No es más que un látigo para nuestras espaldas, y servidumbre y esclavitud. A mí todavía ninguno me ha...

— ¡Dadle un puñetazo en la jeta y que cierre el hocico por fin!... — gritó una voz.

— Soy yo tan señor como no importa quién, estoy en mi derecho y que nadie se atreva a tocarme con el dedo — continuó el viejo. — Para mí Polonia está donde yo me encuentro bien, donde yo...

Una granizada de exclamaciones y frases burlonas e irónicas que caían por todas partes interrumpió su discurso.

— ¡También el cerdo gruñe de satisfacción y alaba su establo y su dornajo lleno!

— Y cuando ha engordado bien recibe su mazazo en la cabeza y le hunden el cuchillo en el cuello.

— ¡Los gendarmes lo apalearon en la feria y dice que nadie se atreve a tocarle!

— ¡Ese que despotrica tiene tanta inteligencia como la cola de mi caballo.

— ¡Valiente señor! Tiene su libertad, ya lo creo, la libertad de hacerse llevar por sus piojos.

— La verdad es que la suela de mis botas diría lo mismo.

— No sabe ni tentar el culo de una gallina y se quiere pasar de listo... ¡Pinzón de estercolero!... ¡Carnero!

El viejo era presa de una rabia ciega.

— ¡Carroñas! ¡Ya no respetan ni siquiera las canas! — gruñó enfurecido.

— Entonces para ti habría que respetar a cada borrico blanco sólo porque tiene el pelo blanco, ¿eh?

Todos soltaron la carcajada y se volvieron de pronto para mirar hacia el tejado del ayuntamiento, donde se había encaramado el alguacil, junto a la chimenea, para escrutar el horizonte.

— ¡Josek, cierra la bocaza, sino te va a caer algo dentro! — le gritaban riendo, porque toda una bandada de palomas revoloteaba sobre él; pero él aulló:

— ¡Allí está! ¡Allí está! ¡Ahora dobla el recodo de Przylenka!

La multitud se apretó aún más delante de la casa, mirando pacientemente hacia la carretera, todavía desierta.

El sol había declinado un tanto y en la plaza se hizo un poco de sombra. Allí dispusieron una mesa, que cubrieron con un paño verde, y en medio pusieron una cruz. El escribiente, de pelo rojo, rechoncho y mofletudo, trajo los papeles, los puso sobre la mesa y no cesó de hurgarse las narices.

El escribano se apresuró a ponerse la levita de los domingos, mientras toda la casa resonaba de nuevo con los ladridos de su mujer, el entrechocar de los platos, el estrépito de los muebles cambiados de sitio y las idas y venidas. Al cabo de un avemaría, el alcalde hizo también su aparición. Estaba en pie en el umbral, rojo como una remolacha, sudoroso, sin resuello; ya se había puesto alrededor del cuello la cadena oficial, y gritaba con voz severa, haciendo girar los ojos sobre la multitud:

— ¡Silencio, que no estáis en la taberna!

— ¡Oiga, Piotz, quisiera decirle algo! — le interrumpió Klomb.

— ¡Cuidado! ¡Aquí no hay ningún Piotz; no hay más que un funcionario! — replicó con altanería.

La frase pasó de boca en boca, y la risa se hizo general, cuando de pronto, la voz del alcalde gritó solemnemente:

— ¡Paso libre! El señor delegado.

En efecto, apareció un carruaje en la carretera, y dobló

por delante de la cancillería, tambaleándose mucho a causa de los baches.

El delegado se llevó la mano a la frente, los campesinos se quitaron los sombreros, se hizo el silencio y el alcalde y el escribano se precipitaron para ayudarle a bajar del coche; los gendarmes permanecían ante la puerta, tiesos como palos.

El delegado se dejó tomar su capa blanca, luego se volvió y recorrió la multitud con la mirada, acarició su barba amarillenta, pajiza, frunció el entrecejo, hizo una ligera inclinación de cabeza, y entró en la habitación que le tenía preparada el escribano, que se había doblado por la mitad.

El coche se alejó y los campesinos se apretujaron alrededor de la mesa, creyendo que la sesión iba a empezar en seguida; pero pasó un avemaría, pasó también todo un padrenuestro, y el delegado no aparecía; sólo de las habitaciones del escribano salía un campanilleo de vasos, estallidos de risa y unos olores tan ricos que cosquilleaban las narices.

Como todo el mundo estaba ya más que cansado de esperar y el sol apretaba, hubo quien intentó escabullirse hacia la hostería; pero el alcalde los detuvo:

— ¡Que nadie se aleje! Y el que desobedezca sufrirá una multa.

¡Ya lo creo que se detuvieron! Pero jurando como condenados y mirando con impaciencia hacia las ventanas del escribano, que alguien había cerrado por dentro,

— Seguramente les da vergüenza entregarse a la francachela a la vista de todo el mundo.

— De todos modos, más vale así, pues de lo contrario se nos haría la boca agua — comentaban los presentes.

De la cárcel, que estaba en los bajos de la casa municipal, se escapó un berrido lastimero y un instante después salió el alguacil llevando sujeto de una cuerda a un ternero que berreaba con todas sus fuerzas y que, apenas vió la calle, le asestó un testarazo que le derribó al suelo, emprendiendo la huída envuelto en una nube de polvo.

— ¡A ver si le coges! — le gritaban al alguacil.

— ¡Y échale sal en la cola para que vuelva!

— ¡Qué insolente! ¡Se escapa de la cárcel y aún se atreve

a levantar la cola delante del alcalde! — decía la gente burlándose del alguacil que, tras correr en persecución del ternero, le pudo alcanzar merced a la ayuda de los asesores.

Aún no habían recobrado el aliento cuando el alcalde les ordenó que diesen un barrido a la prisión, vigilando él mismo el trabajo y hasta dando una mano por si se le ocurría al delegado echar un vistazo.

— Oiga usted, alcalde; habría que perfumar este calabozo con incienso para que no huela qué clase de prisionero han tenido ustedes ahí dentro.

— No tengáis cuidado. El aguardiente le habrá hecho perder el olfato.

De tiempo en tiempo se le dirigía al alcalde pullas tan picantes que él lanzaba miradas furibundas y rechinaba los dientes; pero acabaron por cansarse también de aquellos alfilerazos. Estaban tan abrumados de esperar al sol y tan hambrientos, que un gran número se fué bajo los árboles, sin hacer caso de la prohibición del alcalde, al que, por otra parte, apostrofó Grzela.

— ¡Ah, pero tú crees que somos perros! Ya puedes gritar hasta la noche porque nadie vendrá a echarse a tus pies. — Y contento de ver que la gente no estaba ya bajo la mirada de los gendarmes, empezó de nuevo a ir de uno a otro, recordando a cada cual lo que había de votar.

— ¡No les tengáis miedo! — añadía. — La razón está de nuestra parte. Lo que nosotros votemos es lo que ellos han de ejecutar; nadie puede forzar a una colectividad.

Apenas había empezado la gente a tenderse a la sombra y a comer un bocado, cuando acudió el alcalde, gritando:

— ¡Vamos a empezar! Ya viene el delegado, señores.

— Hasta ahora se ha estado llenando el buche, conque espere un poco. Por nuestra parte no tenemos ninguna prisa. Que espere — murmuraban furiosos, reuniéndose perezosamente ante el ayuntamiento.

Los asesores se pusieron cada cual a la cabeza de su aldea y el alcalde se sentó al otro lado de la mesa. A su lado tenía al ayudante del escribano que, sin dejar de hurgarse

las narices, silbaba a los palomos, una bandada de los cuales, asustada por el ruido, revoloteaba sobre la plaza.

— ¡Firmes! — gritó de pronto uno de los gendarmes, que estaban envarados junto al umbral.

Todos los ojos se volvieron hacia la puerta; pero sólo salió el escribano que, llevando en la mano un papel, se sentó en la mesa junto al alcalde.

Este agitó la campanilla, y dijo solemnemente:

— Se abre la sesión. Cállense los de Modlica. El señor secretario va a leer ahora lo referente a la escuela. Y escuchad atentamente para que cada cual comprenda de qué se trata.

El escribano se caló los anteojos y empezó a leer lenta y distintamente.

Hacía ya tal vez un padrenuestro que estaba leyendo, en medio de un silencio absoluto, cuando una voz tonante, exclamó:

— ¡No comprendemos nada!

— ¡Lea usted en nuestra lengua! ¡No comprendemos! — gritaron numerosas voces.

Los gendarmes se pusieron a escudriñar atentamente la asamblea.

El escribano torció el gesto, y siguió leyendo en polaco.

La asamblea, apaciguada de nuevo, escuchaba con recogimiento pesando cada palabra, con la mirada fija en él como en una imagen. El escribano proseguía reposadamente:

— «En consecuencia de lo cual ha ordenado construir en Lipce una escuela que sirva para Modlica, Przylenka, Rzepki y otras aldeas más pequeñas».

Terminada la lectura expuso largamente el provecho que reportaría la escuela y los beneficios que proporciona la instrucción, añadiendo que las autoridades pensaban noche y día en el medio de ayudar al pueblo, de animarlo, de orientarle y ponerle al abrigo del mal. Luego, para terminar, presentó el presupuesto de los terrenos y del nuevo edificio de la escuela así como el del sostenimiento de la misma y sueldo del maestro, deduciendo que para todo ello habría que votar un tanto por ciento suplementario de veinte copecas por fanega. Dicho esto se calló, limpió los

cristales de sus lentes, y añadió como si hablase consigo mismo:

— El señor delegado ha dicho que si votáis la escuela se empezará a construir este mismo año, de modo que los niños podrán asistir a ella en el otoño próximo.

Había terminado; pero nadie decía nada. El que más y el que menos daba vueltas al asunto en sus adentros; pero encorvando las espaldas como bajo el peso del nuevo impuesto. Finalmente, el alcalde tomó la palabra.

— Ya habéis oído lo que ha leído el señor secretario.

— ¡Claro que sí; no somos sordos! — contestaron aquí y allá.

— Y el que tenga que decir algo en contra, que salga y pida la palabra.

Los allí congregados empezaron a darse codazos, a empujarse hacia delante, a rascarse las greñas, a mirarse mutuamente o a consultar con la mirada a los de más edad; pero nadie tenía el valor de ser el primero.

— Puesto que nadie habla, votemos rápidamente este impuesto y volvámonos a casa — propuso el alcalde.

— Entonces, ¿hay unanimidad en el acuerdo? — preguntó solemnemente el escribano.

— ¡No, no queremos, no! — vociferaron Grzela y muchos más.

— ¡No tenemos necesidad de esa escuela! ¡No la queremos! Ya tenemos bastantes contribuciones! — gritaban ahora por todos lados, abiertamente y hasta con aire de resistencia.

Los gritos hicieron salir al delegado, que se detuvo en el umbral. Al verle se calmaron. Se acarició su barba puntiaguda y dijo con aire protector:

— ¿Cómo están ustedes, señores campesinos?

— ¡Dios se lo pague! — Contestaron los que estaban delante, cediendo al empuje de la muchedumbre que se apretaba hacia delante para oír al delegado. Este, apoyado en el marco de la puerta, se puso a decir algo en su lengua; pero a cada momento tenía que eructar.

Los gendarmes se precipitaron sobre el pueblo, gritando:

— ¡Los gorros! ¡Fuera gorros!

El delegado, que había empezado en ruso y con cierto tono benévolo, terminó su discurso hablando imperativamente, en polaco.

— Voten el impuesto, porque no tengo tiempo que perder.

Y miró severamente a todos. Varios se sintieron vencidos por el miedo, la multitud vaciló y se oyeron murmullos ansiosos y ahogados.

— Entonces, ¿qué? ¿votamos por la escuela? ¡Hable usted, Ploszka! ¿Qué vamos a hacer?... ¿Dónde está Grzela? Votamos porque se nos obliga. ¡Vamos a votar, pues!

El tumulto de voces era cada vez más grande cuando, finalmente, avanzó Grzela y dijo con osadía:

— No votaremos ni un gros para una escuela de esa índole.

— ¡No votaremos! ¡No queremos! — aprobaron un buen centenar de voces.

El delegado frunció el entrecejo con aire amenazador.

El alcalde palideció y los lentes del escribano se le cayeron de la nariz; pero Grzela no se turbó; tenía los ojos duramente fijos en él y aún quería añadir algo cuando el viejo Ploszka se adelantó e, inclinándose muy profundamente, empezó en tono humilde:

— Pido a S. E. el señor delegado que tenga la bondad de escuchar lo que voy a decir, según yo concibo la cosa a mi entender: por lo que toca a votar la escuela, la votaríamos; pero nos parece que es demasiado un zloty y diez gros por fanega. Los tiempos son duros y los gros no se encuentran con facilidad. Es todo lo que quería decir.

El delegado no contestó; estaba absorto en sus pensamientos, y sólo de tiempo en tiempo movía la cabeza como asintiendo, o se frotaba los ojos; envalentonado con esto, el alcalde habló violentamente en favor de la escuela, y tras él sus compañeros también empujaron la rueda; pero el que más vociferó fué el molinero, que no hacía caso de las pullas y mordaces observaciones de los partidarios de Grzela, hasta que éste gritó furioso:

— Todo eso son discursos inútiles — y después de es-

perar el momento favorable, se adelantó y preguntó resueltamente:

— ¿Y cómo habría de ser esa escuela?

— ¡Como todas las demás! — contestó el delegado, fijando en él la mirada.

— Precisamente por eso, no la queremos.

— Para una escuela que enseñase en nuestra lengua, daríamos hasta medio rublo por fanega; pero para la otra ni un gros.

— ¡Para qué necesitamos una escuela rusa! Mis hijos han ido a una de esas tres años y no conocen ni la *A*.

— ¡Silencio, silencio!

— Los corderos quieren emanciparse y el lobo ya está en acecho para asaltar el rebaño.

— ¡Esos charlatanes van a acarrear una nueva desgracia sobre el pueblo! — se gritaba a diestra y siniestra, lo que produjo un jollín monumental, porque cada cual quería decir la suya y convencer a los otros; se excitaban más y más, se dividían en grupos, y en todas partes había altercados y peleas. En todas partes eran los partidarios de Grzela los más endiablados y los que abroncaban más fuerte, protestando contra la escuela. El alcalde, el molinero y los campesinos de las otras aldeas, explicaban las cosas, suplicaban y hasta intentaban asustar valiéndose de sabe Dios qué amenazas; pero la mayoría se iba volviendo cada vez más insolente y furiosa y decía todo lo que se le ocurría.

Entretanto, el delegado permanecía sentado como si no ocurriese nada, cuchicheaba con el escribano y les dejaba hablar cuanto querían, deliberadamente; y cuando le pareció que bastaba de dimes y diretes inútiles, dijo al alcalde que agitase la campanilla.

— ¡Silencio! ¡Atención! ¡Silencio! — dijeron los asesores para apaciguar a la gente.

Y antes de que se restableciese la calma, resonó la voz imperiosa del delegado.

— La escuela es necesaria, ¿comprendéis? ¡Tenéis que obedecer y hacer lo que se os manda!

Su tono era severo; pero no asustó a nadie, y el viejo Klomb, replicó:

— Nosotros no mandamos a nadie que ande de cabeza; por lo tanto, nos han de dejar a nosotros la libertad de andar como queramos.

— ¡Cerrad el hocico! ¡Silencio, banda de arrastrados! — juró el alcalde, agitando inútilmente la campanilla.

— Repito lo que ya he dicho: ¡en nuestra escuela hay que enseñar en nuestro idioma!

— ¡Karpienko! ¡Iwanow! — rugió el delegado, dirigiéndose a los gendarmes que estaban en medio de la muchedumbre; pero los campesinos los cercaron estrechamente al punto y alguien les susurró:

— ¡Probad de tocar a uno de nosotros! ¡Somos más de trescientos!... ¡no lo olvidéis!...

E inmediatamente les abrieron paso y se dirigieron tras ellos hacia el delegado con un pisoteo sordo y exasperado. Los más excitados juraban y blandían los puños, y de vez en cuando surgía de la multitud la voz de un campesino que expresaba a gritos su parecer.

— Todo el mundo tiene sus ideas, y a nosotros se nos prohibe hasta pensar.

— Continuamente se nos dan órdenes, y el campesino no tiene más que obedecer, pagar y aún quitarse el gorro para dar las gracias.

— A este paso pronto tendremos que pedirles permiso hasta para ir a cierto sitio.

— Ya que tienen tanto poder que ordenen a los puercos cantar como alondras — vociferó Antek.

Los demás rieron la chuscada, y él prosiguió diciendo:

— O que hagan mugir a un ganso como un buey. Cuando lo hayan logrado votaremos por la escuela.

— Quieren que paguemos los impuestos, y los pagamos; nos piden reclutas, y se los enviamos; pero ahora que no traten de meternos los dedos en la boca porque morderemos.

— ¡Cállate, Klomb! El zar todopoderoso nos ha dado una Constitución y en ella se dice claramente que en las escuelas y en los tribunales de aquí se ha de hablar polaco.

El mismo zar lo ordena y tenemos que obedecerle — gritó Antek nuevamente.

— ¿Quién eres tú, que tanto gritas? — le preguntó el delegado clavándole la mirada.

El se estremeció; pero dijo atrevidamente, señalando los papeles que había encima de la mesa:

— Ahí está escrito. ¡No me he caído del cielo!

El delegado cambió algunas palabras con el escribano, y éste declaró en seguida que Antonio Boryna estaba sometido a un proceso y que no tenía derecho a tomar parte en la asamblea general.

Antek enrojeció de cólera; pero antes de que pudiese articular una palabra, bramó el delegado:

— ¡Lárgate de aquí! — y con la mirada lo señaló a los gendarmes.

— ¡No voteis, muchachos! ¡El derecho está de nuestra parte, no tengais miedo de nada! — gritó Antek en tono de reto; y se alejó lentamente hacia la aldea, dirigiendo a los gendarmes la misma mirada que un lobo echaría a unos gozquecillos, de modo que fueron quedándose más y más atrás.

De pronto, la multitud hirvió como agua en un caldero; todos se pusieron a hablar a la vez, a gritar y a querellarse rabiosamente, de modo que no se entendía a nadie. No se oía más que juramentos y tacos aislados, o amenazas y mofas que volaban como piedras por encima de las cabezas. Parecían poseídos del diablo. Nadie podía comprender por qué ni cómo había sobrevenido todo aquello.

Discutíase lo de la escuela y se entablaban disputas acerca de la expulsión de Antek y hasta por la lluvia del día anterior. Uno echaba en cara a su vecino los perjuicios que por su culpa había sufrido el año pasado y el otro desahogaba su rabia; y se armó tal batiburrillo y tal gritería que parecía que de un momento a otro iban a agarrarse por las greñas y por el gañote. Grzela y otros intentaron calmarles; pero nada pudieron contra aquel furor desencadenado. El alcalde campanilleaba tanto que casi tenía las manos entumecidas, y llamaba al orden inútilmente. Muchos se atacaban como pavos rabiosos, sordos y ciegos a todo.

Sólo cuando uno de los asesores se puso a dar grandes bastonazos sobre un tonel vacío que estaba debajo del canalón, y que sonó como un redoble de tambor, empezaron a recobrar un poco el sentido y a apaciguarse.

El delegado, que esperaba a que se restableciese el silencio, gritó furioso:

— ¡Silencio ya! ¡Basta de discusiones!¡ Cierren el hocico cuando yo hablo! Vais a votar por la escuela.

Se hizo un silencio tan absoluto que se hubiera oído caer un alfiler. El miedo se apoderó de todos, sintieron que algo glacial les paralizaba la sangre y quedaron como envarados, mirándose unos a otros, mudos, absortos. Ya ni siquiera se les ocurrió resistir. El delegado estaba en pie, mirando amenazadoramente en torno suyo.

Volvió a sentarse, y el alcalde, el molinero y algunos más acometieron a la gente para reducirla a la obediencia y meterle miedo.

— ¡Votad por la escuela, votad, votad!

— ¡De lo contrario, esto va a acabar mal! ¡Ya estais oyendo lo que dice!

Entretanto, el escribano pasaba lista, y a cada momento se oía voces de: ¡Presente! ¡Presente!

Después de pasar lista el alcalde se subió a la silla y ordenó:

— Los que están por la escuela que pasen a la derecha y que levanten la mano.

Un buen número pasó a la derecha; pero la mayoría se quedó en su sitio. El delegado frunció el ceño y mandó que se procediese a votación nominal.

Esto desconcertó a Grzela porque comprendía muy bien que no se podía confiar en la votación si cada cual había de dar su voto separadamente.

Pero no era posible evitarlo. El escribiente empezó a leer los nombres de la lista y cada cual vino a su vez separadamente. El escribano señalaba con una rayita a los que votaban en favor y con una cruz a los que votaban en contra.

Esta operación se hizo bastante larga; pero, por fin, se anunció:

— Doscientos votos por la escuela y ochenta en contra.

Los partidarios de Grzela levantaron una formidable gritería.

— ¡A votar otra vez! ¡Eso es un engaño!

— ¡Yo he dicho que no y, sin embargo, ha puesto una raya! — exclamó uno; y después de él, muchos sostuvieron lo mismo, y los más acalorados gritaron a un tiempo:

— ¡No se puede permitir esto! ¡Hay que romperles esos papeles!

Por fortuna, en aquel momento desembocó en la plaza el coche del señor del castillo, y la gente tuvo que separarse a ambos lados. El delegado leyó la carta que le había entregado el lacayo, y dijo solemnemente:

— Está bien; se construirá la escuela en Lipce.

Naturalmente, nadie se atrevió a decir esta boca es mía; estaban rígidos como un muro y le miraban estupefactos.

Firmó algunos papeles, tomó asiento en el carruaje y se fué. La gente se inclinó a su paso en actitud humilde; pero él no miró a nadie ni hizo siquiera un movimiento de cabeza; dijo algunas palabras a los gendarmes y emprendió el camino lateral que conducía al castillo de Modlica.

Los campesinos le siguieron silenciosos durante algún tiempo. Finalmente, uno de los partidarios de Grzela, dijo:

— Ese corderillo tan manso que se podría poner encima de una herida en vez de bálsamo, en cuanto ataca se pone furioso como un lobo y te deshace.

— ¿Con qué quieres que tengan a raya a los tontos sino con amenazas?

Grzela suspiró, miró la multitud reunida y murmuró en voz baja:

— Hoy hemos perdido la batalla; no era empresa fácil ganarla. El pueblo no está aún acostumbrado a resistir.

— Tiene miedo y no se acostumbrará fácilmente.

— ¡Vaya con el hombre! ¡Para él la ley es como nada!

— ¡Toma! ¡La ley la han escrito para nosotros; pero no para ellos!

Un campesino de Przylenka vino a quejarse a Grzela:

— Yo quería votar con vosotros; pero cuando me ha

atravesado con sus ojos, la lengua se me ha quedado pegada y el escribano ha escrito lo que ha querido.

— ¡Ha habido tantas trampas que se podría denunciar esta votación!

— ¡Venid a la hostería! ¡Mal rayo les parta! — exclamó Mateusz. Y volviéndose hacia la multitud, dijo:

— ¿Sabéis, amigos, lo que el delegado se ha olvidado de decir? Que sois unos asnos y unos perros falderos. Esa obediencia a sus órdenes, la pagaréis cara. Por mí que os desuellen si quieren, ya que sois tan tontos.

Estas palabras motivaron nuevos altercados, que finalizaron al aparecer una brisca judía. En ella iba Jasio, el hijo del organista.

Los lipcianos le acogieron con muestras de afecto y Grzela explicóle lo sucedido. Y luego de charlar un rato Jasio ordenó al cochero que siguiera adelante.

Ya en la hostería, Mateusz apuró un par de copas, y clamó:

— Los responsables de todo son el alcalde y el molinero.

— Cierto; son los que más asustaban a la gente — confirmó Stacho Ploszka.

— Yo creo que las amenazas del delegado iban dirigidas a Roch — añadió alguien. — Debe saber lo que pasa.

— Si no lo sabe no faltará quien se lo diga. Siempre hay traidores.

— ¿Dónde están los gendarmes?— preguntó Grzela inquieto.

— Se han ido en dirección a Lipce.

Grzela conversó todavía un instante y procuró salir de la hostería sin ser visto.

Y por los linderos de los campos, siempre al acecho, encaminóse hacia la aldea.

IX

ANTEK contempló a la multitud como un gato al que apartan de un plato de leche, y vaciló antes de cumplir la orden del delegado. Al ver que los gendarmes iban hacia él adoptó la decisión de marcharse. Por el camino arrancó una fuerte rama y arrimándose a una cerca se puso a cortarla de modo que le fuera fácil empuñarla. A todo esto no perdía de vista a los grisones (1), que se iban aproximando lentamente.

— ¿A dónde va el sargento? ¿A vigilar, sin duda? — preguntó con ironía.

— Voy en comisión de servicio. ¿Acaso seguimos el mismo camino?

— No me sabría mal; pero temo que no sea así.

De una rápida mirada Antek se cercioró de que la carretera estaba desierta; pero la casa comunal distaba tan poca distancia que optó por seguir andando con los gendarmes, pegado a la cerca y sobre aviso, por si se le ocurría a la pareja echarse sobre él de improviso.

El sargento se puso a charlar amistosamente, quejándose mucho de no haber tenido nada en qué hincar el diente desde por la mañana muy temprano.

---

(1) Capotes grises; en polaco se daba a las tropas rusas el nombre de *burki* por alusión al color de su uniforme.

— El escribano ha agasajado al delegado y puede que hayan quedado sobras para el señor sargento. No es en el pueblo donde encontrará usted bocados delicados; a lo más panecillos blancos y col, y esto no es nada para unos señores tan majos — dijo con mofa, tanto que el más joven, un mocetón de ojos saltones, refunfuñó algo; pero el sargento no respiró.

Antek sonreía; sus zancadas eran cada vez más largas y ellos apenas podían seguirle, aun renunciando a evitar los baches y los charcos. La aldea estaba desierta, como muerta, y el sol apretaba tanto que apenas de tiempo en tiempo asomaba alguien para verle, o aparecían en la sombra rubias cabezas infantiles; sólo los perros les daban constante escolta, acompañada de un bonito concierto de ladridos y gruñidos.

El sargento encendió un cigarrillo, escupió entre dientes, y luego empezó a lamentarse diciendo que no tenía nunca un día ni una noche de descanso, sino siempre servicio y más servicio.

— Y lo peor es que uno ha de bregar con los campesinos, a los que jamás se les puede arrancar una palabra.

El gendarme lanzó imprecaciones contra ellos y aludió finalmente hasta a las perras de sus madres; y Antek, que estaba harto de aquellos alfilerazos, apretó más fuertemente su bastón y dijo en tono abiertamente ofensivo:

— Voy a decirle la verdad: el único provecho que nosotros sacamos de ustedes es que ladren los perros y que perdamos alguna que otra zlotowka.

El sargento calló también esta vez, aunque estaba verde de rabia y tentaba su sable; pero cuando llegaron a la última cabaña, se echó de repente sobre Antek y gritó a su camarada:

— ¡Sujétalo!

Pero habían tomado mal las medidas porque antes de que pudiesen cogerlo los mandó a paseo de un empujón como perros importunos, brincó hacia la cabaña, rechinó los dientes como un lobo y blandiendo su tranca gritó con voz sofocada:

— Seguid vuestro camino... No conseguiríais sujetarme aunque fuérais cuatro y os romperé las patas y los colmillos como si fuérais perros. ¿Qué me queréis? Yo no os he hecho nada... Y si buscais camorra, la tendremos; pero encargad antes un carro para vuestros huesos... Acercaos, tocadme, probadlo tan sólo... — gritó amenazándoles con el garrote, pronto al asalto.

Los gendarmes quedaron como clavados en tierra, porque era un hombrón temible y estaba ya fuera de sí de rabia. Su nudosa tranca se balanceaba de un lado a otro, y el sargento, comprendiendo que aquel paso podía acabar mal, intentó transformar la cosa en broma.

— ¡Jí, jí! ¡Tiene gracia! — y apretándose los riñones como si riese a carcajadas, retrocedió; pero aun no había andado veinte pasos, le amenazó con el puño y exclamó en otro tono:

— ¡Aun nos volveremos a ver, señor campesino; ya hablaremos!

— ¡Antes te lleve la peste! — replicó Antek. — ¡Qué matón! Lo que te ha hecho reír es el miedo. Yo también hablaré contigo, en cuanto te encuentre en cualquier parte solo y frente a frente — refunfuñó, siguiéndoles con los ojos hasta que desaparecieron.

— El delegado los ha excitado contra mí. El imbécil creía que me atraparían como los perros cazan una liebre. ¡Y todo porque he hecho oposición! — ¡Troncho! ¡Se ve que no le gusta que le digan la verdad! — pensaba. Y, habiendo llegado al jardín del castillo, se sentó a la sombra para descansar un poco, pues todo su cuerpo se estremecía aun y estaba bañado en sudor.

Por encima de la cerca de madera se distinguía el castillo en medio de un bosque de alerces; las ventanas, abiertas de par en par, eran como agujeros negros, y los castellanos estaban sentados en la terraza bordeaba de columnas. Debían de estar comiendo porque los criados iban y venían en torno suyo, se oía ruido de vajilla y a veces llegaban a oírse prolongadas y alegres carcajadas.

— ¡Estos no se aburren! ¡Comen, beben y todo les es

igual! — pensó atacando el pan y el queso que Hanka le había deslizado en el bolsillo.

Mientras comía, paseaba la mirada por los grandes tilos que bordeaban la carretera; estaban todos en flor e invadidos de abejas zumbadoras; su dulce perfume tostado por el sol le penetraba con una especie de bienestar; en alguna parte del vivero de peces chillaba un pato y se oía el soñoliento croar de las ranas; en las espesuras y matorrales agitábanse infinitos seres y en los campos vibraba el canto monocorde de los grillos. Algunas horas después todos aquellos ruidos se acallaron como anegados bajo el chaparrón de sol. El mundo enmudeció y todo lo que vivía se agazapó en la sombra, al abrigo de las llamas, y sólo las golondrinas vagaban por el espacio.

El sol de mediodía lanzaba tales resplandores que sus llamas hacían daño a los ojos; hasta en la sombra el calor era sofocante; los últimos charcos se habían secado y de los trigos casi maduros y de los barbechos calcinados, llegaban como de un horno ráfagas asfixiantes.

Después de descansar, Antek se dirigió a buen paso hacia el bosque próximo; pero apenas hubo salido de la sombra y caminó por la carretera anegada de sol, fué presa de un deslumbramiento, como si hubiese andado a través de llamas abrasadoras. Se quitó el capote; pero aun así se le pegó la camisa a los costados como una chapa de hojalata calentada; se quitó también las botas y sus pies se hundieron en la arena como en cenizas ardientes.

Los torcidos abedules que crecían de trecho en trecho al borde de la carretera, no daban sombra todavía, los centenos inclinaban sus pesadas espigas y las flores cegadas de sol colgaban inertes.

El aire descansaba en la paz de los grandes calores y en ninguna parte se veía hombre ni pájaro, ni ser viviente alguno, ni una hoja que se moviese, ni la más menuda brizna de hierba; era como si en aquella hora la diosa de mediodía se hubiese encorvado hasta la tierra y chupase con sus labios abrasadores toda la fuerza de la desfallecida tierra.

Antek iba cada vez más despacio, pensando en la asam-

blea. Varias veces le dominó de nuevo la cólera; pero al punto le daban ganas de reír y, finalmente, el desaliento se apoderó de él:

— ¡Vaya usted a emprender algo con gente así! ¡Basta que se presente un gendarme para que tengan miedo!... Si les mandasen besar la bota del delegado, lo harían también. ¡Hato de carneros! — pensaba, entre compasivo y colérico. — Verdad es que a todos les es difícil la vida, que cada uno se retuerce como una culebra a la que han puesto un pie encima y no hay nadie que sepa cómo sacudirse la miseria. ¡Porqué romperse la cabeza por estas cosas! El pueblo es tan ignorante y tan pobre, que ni siquiera sabe lo que le hace falta.

Cavilaba muy pesaroso sobre todo aquello y sentía zozobra por todos ellos.

— El hombre es como un cerdo: se le hace difícil levantar el hocico hacia el sol.

Se devanaba los sesos y suspiraba; pero todo lo que sacaba en limpio de sus cavilaciones y sus perplejidades era que se daba muy bien cuenta de cuán miserable era su vida, de que era tal vez peor aún que la de los demás.

— ¡Sólo lo pasan bien los que no tienen nada en qué pensar!

Hizo un gesto con la mano y continuó su camino tan absorto en sus pensamientos que por poco se dió de narices con un ropavejero judío que estaba sentado al borde de los trigales.

— ¿No puede usted más? ¡Claro, con este calor!—le dijo.

— Esto es un horno de cocer pan; esto no es calor, es un castigo de Dios — exclamó el judío; y levantándose, se pasó la correa por su viejo cogote jorobado, se pegó a su carretilla como una sanguijuela y la empujó haciendo un esfuerzo infinito, porque estaba cargada de sacos de trapos y de cajas de madera y, sobre esto, un cesto de huevos y una jaula con polluelos. Como, además, la carretera era arenosa y el calor atroz, a pesar de que sacaba toda la poca fuerza que le quedaba, a cada momento tenía que detenerse para tomar aliento.

— ¡Natán, vas a llegar tarde al sábado! — se decía con voz llorosa, para darse ánimo. — ¡Tira, Natán! ¡Si eres fuerte como un caballo!... ¡Arre! ¡Una... dos... tres!... — y se echaba sobre la carretilla dando un grito de desesperación, la empujaba una docena de pasos y se paraba otra vez.

Antek le saludó con la cabeza y siguió adelante; pero el judío le suplicó:

— Ayúdeme, buen hombre; le pagaré bien; yo no puedo más, no puedo más — y se dejó caer sobre la carretilla, respirando fatigosamente, pálido como un cadáver.

Antek retrocedió sin decir palabra, puso encima del carrito su capote y sus botas y lo empujó con tanta presteza que la rueda rechinó y se levantó una nube de polvo; el judío trotaba junto a él, jadeante, y le decía para animarle:

— Sólo hasta el bosque, allí la carretera es buena; no está muy lejos. Le daré una dziesiontka.

— Métetela en la nariz. Tonto, ¿crees que hago esto por una dziesiontka? Los judíos piensan que todo en el mundo se hace por dinero.

— No se enfade y le daré unos pollitos preciosos para los niños, ¿eh?, o tal vez hilo, agujas, cintas, panecillos, bombones, rosquillas o lo que quiera. Tengo de todo. ¿Por qué no me compra un paquete de tabaco? ¿Puedo ofrecerle una copita de aguardiente? Es del bueno. Lo guardaba para mí, pero ya que nos conocemos... Se lo juro, sólo para celebrar nuestro conocimiento...

Le dió tal acceso de tos que los ojos le saltaban de la cabeza. Antek disminuyó un poco el paso y él se cogió al carrito y siguió a su lado renqueando, mirándole con sus ojos llenos de lágrimas.

— La cosecha será buena. El precio del centeno ya ha bajado — dijo, pasando a otro asunto.

Y si no es buena, no nos lo pagarán más caro. Siempre es el campesino quien pierde.

Es un tiempo espléndido este que nos da Dios; el grano está ya seco. — Desgranaba las espigas y mascaba el grano.

— Ciertamente, Dios nos da este tiempo; pero la cebada ya está echada a perder.

Charlaban reposadamente y por fin abordaron el tema de la asamblea. El judío estaba enterado, pues, mirando miedosamente en torno suyo, dijo:

— ¿Sabe usted? Aun era invierno cuando el delegado estipuló el contrato con un contratista para la construcción de la escuela de Lipce. Mi yerno cobró el corretaje.

— ¿Este invierno? ¡Antes de la votación! ¿Cómo es posible?

— ¿Cree usted que necesitaba perdir permiso? ¿Por ventura no es el amo en su distrito?

Antek ya no cesó de preguntarle al judío, porque éste demostraba saber muchas cosas curiosas y las contaba gustoso; al fin, dijo lleno de indulgencia:

— Así es como debe ser. El campesino vive de la tierra, el mercader del comercio, el señor de su patrimonio, el cura de su parroquia y el funcionario de todos. Es preciso que esto suceda así, porque todos hemos de vivir. ¿No digo bien?

— Pero no es cosa de que se desuelle al prójimo, sino de que cada cual viva según la justicia, como Dios lo ha mandado.

— ¿Qué le va usted a hacer? Cada cual vive como puede.

— Ya sé que cada cual busca su provecho; por eso va tan mal el mundo.

El judío encogióse de hombros y se calló.

Llegaron al bosque, donde el camino era mejor. Antek paró la carretilla, compró una zlotowka de bombones para los niños, y cuando el judío se deshizo en zalemas, refunfuñó:

— No digas tonterías. Te he ayudado porque me ha dado la gana.

Se encaminó hacia Lipce con paso rápido; un frescor agradable lo envolvía; los árboles abrigaban tan bien la carretera con sus gruesas ramas que sólo se veía en medio una franja de cielo mientras que sobre la tierra reverberaba un deslumbrante torrente de sol. Era un viejo bosque frondoso; encinas, pinos y abedules se apiñaban en multitud espesa y confusa y a su cobijo crecía el pueblo enano de avellanos,

chopos, enebros y ojaranzos. En algunos sitios se extendían gallardamente plantíos de abeto, lanzando sus cimas jóvenes hacia el sol.

En la carretera lucían aun muchos charcos formados por la lluvia del día anterior y yacían cimeras o ramas de árbol desgajadas; algunos esbeltos arbolillos desarraigados de cuajo, estaban tumbados de través, como un cadáver. El silencio reinaba en aquella fresca penumbra perfumada de setas, oliendo a musgo; los árboles, inmóviles, parecían contemplar el cielo; el sol sólo de trecho en trecho atravesaba sus cúpulas tupidas, y por encima de los musgos y de las fresas rojas, sembradas como gotas de sangre cuajadas entre las hierbas pálidas, corría algo así como arañas de oro.

Antek quedó tan impresionado por la frescura y la paz profunda de la selva, que se sentó al pie de un árbol y dormitó a pesar suyo; pero le despertaron el ruido del trote y el resoplar de un caballo, y cuando reconoció que el jinete era el señor del castillo, se dirigió a él.

Se saludaron como es costumbre entre vecinos.

—¡Vaya un calor, eh! —dijo el señor, acariciando a su yegua inquieta.

—Sí, aprieta de tal modo que dentro de una semana sin duda habrá que sacar las hoces.

—En la finca de Modlica siegan ya el centeno que da gusto.

—Es tierra arcillosa; pero en todas partes este año será la cosecha temprana.

El señor le interrogó sobre la asamblea y cuando se enteró de cómo habían ido las cosas, quedó tan pasmado que abrió los ojos en redondo.

—¿Conque habéis reclamado abiertamente, en voz alta, una escuela polaca?

—Tal como se lo digo; yo no hablo por hablar.

—¡Que os hayais arriesgado a tanto delante del delegado! Vaya, vaya.

—Está bien claramente en la Constitución, y la razón era mía.

— Pero, ¿cómo os ha venido de pronto la idea de reclamar una escuela polaca?

— ¡Cómo! Somos polacos y no alemanes u otra cualquier cosa.

— ¿Quién os ha metido eso en la cabeza? — preguntó en voz más baja e inclinándose un poco hacia él.

— Hasta sin maestro llegan los chicos a la edad de la razón — contestó Antek evasivamente.

— Veo que Roch no corretea en balde por los pueblos — continuó el señor en el mismo tono.

— El y el hermano del señor enseñan al pueblo todo lo que pueden — dijo Antek recalcando las palabras y mirándole fijamente a los ojos. El señor puso un gesto de no tenerlas todas consigo y habló de otra cosa; pero Antek volvió al mismo tema y a los diferentes males de los campesinos, quejándose siempre de la ignorancia y el abandono en que vivía el pueblo.

— Es que no quieren escuchar a nadie. A mí me consta lo mucho que se preocupan los curas por ellos y cómo les exhortan al trabajo; pero es lo mismo que si se eligiese un palomo para trillar arbejas.

— ¡Toma! Los sermones alivian tanto como incensar a un muerto.

— Entonces, ¿qué hay que hacer? Veo que en la cárcel te has despabilado — dijo el castellano maliciosamente. Antek se sonrojó y le miró de soslayo; pero, con mucha calma, dijo:

— Así es; me he vuelto listo, y sé que la culpa de todo es de los señores.

— ¡Qué desatino! ¿Qué mal te han hecho?

— Me han hecho esto: cuando todavía éramos polacos, no supieron más que oprimirnos y gobernarnos con el látigo, y en sus constantes festines y francachelas no pararon hasta derrochar el último gros del pueblo, y ahora todo está por hacer otra vez desde los cimientos.

El castellano, que era hombre de poca correa, salió de sus casillas, y gritó:

— ¡Patán! ¿Qué te importa a ti lo que los señores hi-

cieron? Cuida de tu estiércol y de tu hoz, ¿has comprendido? ¡Y tén la lengua detrás de tu hocico para que no te la agarren!

Hizo restallar el látigo y lanzó su yegua a triple galope.

Antek prosiguió su camino, indignado contra el señor.

— ¡Engendro de can! — murmuró furioso. — ¡Qué hato de marranos esos señores nobles! Cuando tenía necesidad de los campesinos y de sus favores, fraternizaba con todos. ¡Carroña! ¡No vale ni siquiera un piojo tostado y quiere tratar a los demás de patanes! — refunfuñaba asestando puntapiés a todos los hongos colorados que encontraba al paso.

Ya había salido del bosque y desembocado en la carretera de los álamos, cuando de pronto oyó voces que le parecieron conocidas; miró atentamente en torno; cerca de la cruz una brisca polvorienta se cobijaba a la sombra de los abedules, y en el lindero del bosque distinguió a Jasio, que iba con Jagusia.

Ss restregó los ojos, convencido de que había visto visiones; pero no, estaban allí delante, a unos quince pasos de él a lo más, mirándose a los ojos y singularmente risueños.

No fué pequeña su sorpresa, y tendió el oído; pero, aunque oía las voces, no pudo distinguir ni adivinar la menor palabra.

Pensó que se habían encontrado casualmente al regresar ella del bosque y paseando él en carruaje; pero en el mismo instante sintió como un mordisco en el corazón, su frente se anubló y una vaga sospecha punzante le revolvió las entrañas.

— ¡No hay más, se han dado cita! — Pero, al fijarse en el traje talar de Jasio y en su cara que casi tenía expresión de santidad, se tranquilizó y lanzó un suspiro de infinito alivio. Pero lo que no podía comprender era porque Jagusia se había puesto tan maja para ir al bosque, y porque sus ojos radiantes estaban tan azules; porque sus labios rojos estaban tan agitados y porque emanaba de ella tanta alegría. La devoraba con los ojos, con sus ojos de lobo hambriento, mientras ella ofrecía a Jasio una canastilla de la cual tomaba él fresas, comiendo unas y metiendo otras en la boca de ella...

— ¡Es casi cura y quiere divertirse como un mozo!... — murmuró con desdén, prosiguiendo el camino a paso largo al ver por la posición del sol que la tarde tocaba a su fin.

— ¡Mientras no toco esta espina no me duele! — se dijo, pensando en Jagusia. — ¡Y qué miradas tan glotonas le lanzaba ella! ¡Lo comía con los ojos! ¡Bueno, por mí que no quede!

Pero por más que trataba de arrancársela, la espina seguía clavada allí, en su carne viva.

— ¡Y de mí huye como de la peste! ¡Claro, un amor nuevo es mejor que uno viejo! Pero con Jasio no puede llegar a nada bueno. — Se iba poniendo más y más furioso. — Las hay que son como perras: se les silba y vienen corriendo.

Corría casi; pero no conseguía sacudir sus amargos recuerdos. Algunas personas se cruzaron con él, sin reconocerlas; no se calmó hasta cerca del pueblo, cuando vió a la mujer del organista sentada al borde de la zanja con una media en la mano: su crío más pequeño se revolcaba en la arena delante de ella y una bandada de ansarones emplumados pastaban la hierba entre los álamos.

— ¿Con que la señora ha hecho todo ese camino con esos gansos? — preguntó deteniéndose para enjugarse el sudor del rostro.

— He venido al encuentro de Jasio, que va a llegar de un momento a otro.

— En efecto, lo he dejado atrás al pasar por el lindero del bosque.

— ¿A Jasio? ¡Con que ya está aquí! ¡Pilús, pilú, pilú! — exclamó, poniéndose en pie. — ¿A dónde vais, salteadores? — gritó a los gansos que de pronto se habían acercado al centeno que bordeaba la carretera y trituraban vorazmente las espigas.

— Le he visto en el Calvario hablando con una mujer.

— Seguramente habrá encontrado a alguna conocida; pero pronto vendrá. Es un muchacho muy cumplido; no dejaría pasar ni un perro sin hacerle una caricia. ¿Y quién era?

— No la he reconocido bien; pero me ha parecido que era Jagusia. — Y al ver que la vieja torcía involuntariamente el gesto, añadió con una sonrisa irónica: — No la he reconocido porque les he perdido de vista; iban hacia el plantío... seguramente huyendo del calor...

— ¡Dios Todopoderoso! ¿Qué ideas tiene usted? ¡Rebajarse Jasio con una así!...

— Es tan buena como las demás, o tal vez mejor — contestó muy colérico.

La organista arregló sus agujas de hacer calceta y miró su media con una atención singular.

— ¡Así te caiga la lengua, chismoso! — pensaba, profundamente resentida. — Jasio se envilecerá con esa moza... él que casi ha recibido las órdenes... — Y al recordar diversas historias de curas se apoderó de ella viva inquietud; se rascó la cabeza con su aguja de hacer media y decidió no preguntar más; pero Antek ya no estaba allí. En cambio un torbellino de polvo levantábase por la carretera, viniendo del bosque y rodando hacia ella a toda velocidad, y antes de un avemaría Jasio la abrazaba con toda su fuerza y exclamaba afectuosamente:

— ¡Querida mamá! ¡Mamaíta mía!

— ¡Santos del Paraíso! ¡Pero me vas a ahogar! ¡Suéltame, dragón, suéltame! Y al soltarla le tocó a ella el turno de abrazarlo, besarlo y devorarlo apasionadamente con los ojos.

— ¡Cómo te han dejado enflaquecer, pobrecito mío! ¡Y qué pálido estás, hijo! ¡Que mala cara haces!

— El caldo de agua bendita no engorda — dijo él riendo y balanceando en sus brazos a su hermanillo, que chillaba de contento.

— No tengas cuidado; yo te alimentaré como conviene — murmuró ella acariciándole tiernamente la cara.

— Sube al coche, mamá, y llegaremos antes a casa.

— ¡Y los gansos! ¡Santos de la corte celestial! ¡Otra vez de merodeo!

El dió un brinco para echarlos, porque habían vuelto al centeno y se zampaban las espigas que era un gusto. Después

puso a su hermano en la brisca y azuzando a los gansos caminó por en medio de la carretera, contándole a su madre las incidencias de su viaje.

— ¡Mira que cara se ha puesto el cestillo! — observó ella señalando al pequeño.

—Se ha aprovechado de mis fresas. ¡Come, Stasio, come! He encontrado a Jagusia en el bosque, que volvía de coger fresas y me ha echado algunas en el cestillo... — dijo sonrojándose.

—Boryna me ha dicho hace un instante que os había encontrado.

— No le he visto; ha debido pasar sin decir nada.

— Hijo mío, en el pueblo la gente ve a través de las paredes y hasta lo que no ha pasado siquiera — declaró acentuando las palabras y bajando los ojos para mirar sus agujas.

Jasio pareció no haber comprendido, porque, viendo una bandada de palomas que volaban a ras de los trigos, les tiró una piedra y exclamó alegremente:

— Se conoce, por lo lleno que llevan el buche, que son del cura.

— ¡Chitón, Jasio! ¡Podrían oírte! — le riñó ella con indulgencia, pensando que él también sería algún día cura.

— ¿Y cuándo viene Felek el del molinero de vacaciones?

— ¡Cómo! ¿No sabes, mamá, que lo han detenido?

— ¡Todos los santos! ¡Detenido! ¿Y qué ha hecho? Siempre pronostiqué que acabaría mal. Para un desordenado como él una plaza en las escribanías hubiera sido muy bastante; pero el molinero y su mujer han querido hacer de él un doctor y ya ves el resultado. ¡Lo orgullosos que estaban de él y los aires de grandeza que se daban! ¡Y ahora, su hijo en la cárcel! ¡Qué satisfacción para ellos!

La vieja se estremecía de rencoroso regocijo.

— Está preso en la Ciudadela.

— ¿En la Ciudadela? Entonces debe de ser por algo político — dijo bajando la voz.

Jasio no supo qué contestar, o tal vez no quiso contestar. Ella murmuró asustada:

— Hijo mío, no te mezcles en nada de eso.

— A nosotros no nos es permitido ni siquiera hablar de ello; seríamos inmediatamente expulsados.

— ¡Ya ves! Te expulsarían y no llegarías a ser cura, y yo moriría de pesar. ¡Dios tenga misericordia de ti!

— Por mí no has de tener ningún cuidado, madre.

— Y luego ya sabes cómo trabajamos y la pena que nos damos para que la vida te sea un poco más fácil. Tú mismo sabes lo duro que es; somos muchas bocas en casa y los ingresos son cada día más pequeños, y si no fuese por ese poquitín de tierra que tenemos ya hubiéramos muerto de hambre muchas veces con un cura como el nuestro. ¿No sabes que ahora el cura se entiende directamente con los campesinos para las bodas y los entierros? ¡Se ha visto cosa igual! ¡Dice que tu padre desollaba a la gente! ¡Qué alma tan generosa, cuando se trata del bolsillo de los demás!

— Es verdad que los desollaba — balbuceó Jasio tímidamente.

— ¿Qué dices? ¿Vas a levantarte contra tu padre? ¿Contra tu propio padre? Y si los desollaba, ¿por quién lo hacía? Seguramente no era por él, sino por vosotros, por ti, para pagar tus estudios — se lamentó amargamente.

Jasio le pidió perdón; pero fué interrumpido por un ruido de campanillas que salía de alguna parte al otro lado del estanque.

— ¿Oyes, mamá? Seguramente es el cura que va a llevar el Viático a algún enfermo.

— Será más bien un repiqueteo para las abejas, para que no se escapen. Hoy debían meter los enjambres en la rectoría. El cura vigila más su toro y su colmenar a estas horas que la iglesia.

Llegaban al cementerio cuando, de pronto, oyeron junto a ellos un murmullo, una especie de zumbido. Jasio sólo tuvo tiempo de gritar al cochero:

— ¡Las abejas! ¡Pare los caballos, que se van a asustar!

En efecto, en la plaza de la iglesia roncaba un enorme enjambre; se elevaba por el aire como una nube sonora que giraba en círculo para escoger un sitio conveniente y que

luego descendía y pasaba por entre los árboles. Detrás corría el cura, que no llevaba más que el pantalón y la camisa, sin sombrero. Jadeante, blandía sin cesar su hisopo. Jambrozy se deslizaba por los lados, en la sombra, tocando y aullando como un poseído; dieron vuelta a la plaza un par de veces, siempre corriendo y sin descansar un solo instante porque las abejas bajaban cada vez más como si quisiesen arrojarse sobre una de las casas hasta el punto de tener que huir los niños despavoridos, y de pronto se remontaron un poco y se dirigieron directamente hacia la brisca de Jasio; la mujer del organista lanzó un alarido y echándose las faldas sobre la cabeza, se agazapó como pudo en la zanja. Los caballos empezaron a encabritarse, el cochero corrió a taparles los ojos y los gansos escaparon por todos lados. Solo Jasio permaneció tranquilamente en pie, y el enjambre, después de volár sobre su cabeza se fué derecho al campanario.

— ¡Agua! — bramó el cura corriendo tras ellas a todo correr; y cuando las alcanzó las remojó tan bien que, no pudiendo mover sus alas empapadas, se posaron en la ventana del campanario.

— ¡Jambrozy! ¡La escalera! ¡La criba! ¡Y deprisa, porque sino van a escapar! ¡Despáchate, muletero! ¿Cómo va eso, Jasio? Anda, enciende un incensario; hay que ahumarlas para que se calmen — gritó con gran excitación, sin cesar de rociar el enjambre, que iba bajando. En solo el tiempo de un avemaría apareció la escalera apoyada en el campanario; Jambrozy tocaba, Jasio incensaba y el cura trepaba sudoroso. Al llegar a la altura de las abejas buscó entre ellas a la reina.

— ¡Hela aquí! ¡Gracias a Dios! ¡Ahora ya no se escaparán! Jasio, inciénsalas por abajo; parece que quieren dispersarse — le ordenó recogiendo las abejas con las manos desnudas, pues no las temía aunque se posasen sobre su cabeza y le corriesen por la cara. Les hablaba y las metía a puñados en el tamiz, pues el enjambre era muy grande.

— ¡Cuidado! ¡Se agitan y podrían picar! — avisó a los demás bajando de la escala rodeado de toda una nube rui-

dosa y zumbadora que giraba en torno suyo. Cuando estuvo en el suelo, puso el tamiz delante de él con tanta gravedad y tan solemnemente como si hubiese sido la custodia; Jasio balanceaba el incensario, envuelto en humo, y Jambrozy tocaba y de vez en cuando echaba hisopazos de agua. Toda la procesión llegó así hasta el colmenar, que estaba detrás de la rectoría, donde, en un recinto especial, zumbaban algunas docenas de colmenas; hubiérase dicho que las abejas iban a enjambrar en cada una.

Cuando el cura instalaba las abejas, Jasio, hambriento y fatigado, escapó a hurtadillas a su casa.

Naturalmente, su llegada fué una alegría sin límites para todos, y referir todos los gritos, los besos que le dieron y las preguntas que le hicieron es tarea imposible. Ya calmados le sentaron delante de la mesa, y empezaron a traerle diferentes golosinas, a llenarle el plato y a forzarle a que comiese; toda la casa resonaba de gritos y carreras, pues todos querían servirle a la vez y estar muy cerca de él.

En medio de aquel jaleo apareció Grzela, el hermano del alcalde, sin resuello, y preguntó muy inquieto si habían visto a Roch. Pero nadie le había visto.

— No logro encontrarle en ninguna parte — dijo preocupado; y, sin entrar en detalles, se fué corriendo a buscarle por las cabañas. Apenas había salido, llamaron a Jasio a la rectoría. Hizo el remolón y se entretuvo; pero no había más remedio que ir.

El rector esperaba en la galería, tomando su colación; le abrazó paternalmente, le hizo sentar junto a él y le dijo, muy amablemente:

— Me alegro de que hayas llegado; así tendré con quien rezar el breviario. ¿Sabes cuántos enjambres tengo este año? ¡Quince! Y magníficos, lo mismo que los antiguos. Ya hay varios que han llenado de miel la cuarta parte de la colmena. Tenía más enjambres; pero una vez le dije a Jambrozy que vigilase el colmenar, y como el animal se durmió, las abejas, ¡psst!... ¡la del humo! Además, el molinero me ha robado un enjambre. ¡Como te lo digo, me lo ha robado! Las abejas escaparon a su peral, y él las cogió

como si fuesen suyas. Ya no ha querido devolverlas. Me tiene inquina por lo del toro, y ese bribón se venga de mí como puede. ¿Ya te has enterado de lo que le ha ocurrido a Felek? ¡Estas condenadas moscas pican hoy como avispas! ¡Fuera! — exclamó defendiéndose con el pañuelo de las moscas que continuamente se le ponían sobre la calva.

— Sólo sé que está en la Ciudadela.

— ¡Con tal de que no le suceda algo peor! Tiene lo que él mismo se ha buscado. ¡Y cuidado con lo que yo le he dicho y repetido lo que tenía que hacer! Pero el gran cabeza de carnero no ha querido hacer caso, y ahora sufre las consecuencias. El viejo es un cabezota y un farsante, pero es lastimoso lo de Felek: es un chico de talento y sabe tanto latín como el señor obispo. ¡Pero de qué le sirve! ¡Cuando se mete uno pataratas en la cabeza y se quiere ir contra el sol con un azadón!... Y, sin embargo, está escrito: a ver, ¿cómo es eso?... ¡Ah, sí! No hagas lo que no está permitido y lo prohibido rodéalo desde mucha distancia. Un ternero humilde mamará de dos madres... — prosiguió con voz cada vez más débil, defendiéndose de las moscas. — Fíjate en esto, querido mío, fíjate en lo que te digo, fíjate bien... — La cabeza le colgaba y se arrellanó en su sillón; pero cuando Jasio se levantó de su silla, abrió los ojos y murmuró: — ¡Estas abejas me han fatigado! Al anochecer puedes venir por acá para el rezo. Pero ten cuidado y no te familiarices con los campesinos, porque al que se mezcla con las granzas lo comen los cerdos. Sí, eso te digo, lo comen los cerdos, ¡y se acabó! — Se cubrió la calva con el pañuelo y no tardó en roncar solemnemente.

El organista debía ser del mismo parecer, porque cuando el criado se llevaba los caballos a los pastos Jasio saltó sobre uno de ellos y su padre le gritó:

— ¡Apéate en seguida! No es correcto que un seminarista monte caballos en pelo y conviva con los gañanes.

Como tenía muchas ganas de montar se apeó muy tristón y dirigióse al jardín a rezar sus oraciones de la tarde, pues comenzaba el crepúsculo vespertino. Pero no le era posible concentrar sus pensamientos ni seguir la hilación

del rezo. A sus oídos llegaban las canciones de una moza, el chismorreo en el huerto inmediato de un grupo de mujeres, cuyas palabras se deslizaban a través del prado cubierto de rocío, el estruendo de los chicos que se bañaban en el estanque, el eco de ruidosas carcajadas, el mugido de las vacas y el cacareo de las gallinas de Guinea. El pueblo parecía una colmena en ebullición y él se equivocaba continuamente. Cuando por fin pudo reanudar el hilo, se arrodilló junto al centeno y dirigiendo su mirada hacia el cielo sembrado de estrellas, elevó su alma hacia las regiones más puras. En este momento acrecieron los gritos y las imprecaciones y, exasperado, huyó hacia su casa.

Cabalmente, su madre salía a llamarle para cenar.

— Pero, ¿qué pasa? ¿Se pelean?

— Jozef Washnik ha vuelto del ayuntamiento un poco bebido y se ha peleado con su mujer. Hace ya mucho tiempo que esa tía hubiera debido recibir una zurra de reglamento. No tengas miedo; no le pasará nada.

— ¡Pero grita como si la desollaran!

— Chilla siempre de esta manera. Si él le pegara con un garrote, se callaría. Ya se vengará ella mañana, no lo dudes. Ven, niño mío, que la cena está fría.

Apenas probó bocado, y como estaba cansadísimo fué a acostarse en seguida. A la mañana siguiente se levantó con el sol, corrió a los campos, dió trébol a los caballos, hizo rabiar a los pavos del cura que se pusieron a gorgorear encolerizados, acarició a los perros que por poco rompieron en su alegría las cadenas, echó alpiste a las palomas, ayudó a su hermano menor a sacar las vacas del establo, partió leña en lugar de Michal, examinó las frutas tempranas que maduraban en el huerto, retozó montado en el potro y lo saludaba todo besándolo con los ojos como a íntimos amigos, como a hermanos queridos, hasta las malvas llenas de flores, hasta los lechoncillos que se calentaban al sol, hasta las ortigas y las malezas que se agazapaban por los muros, y tan tiernos eran sus transportes que su madre, que corría detrás de él con la mirada llena de amor, murmuró con una sonrisa de indulgencia:

— ¡Qué locuelo, qué locuelo!

Entre tanto él vagaba de un lado a otro y estaba radiante como un día de julio claro, risueño, soleado, caluroso. Besaba al mundo entero con todo el amor de su alma; pero cuando la campana empezó a tañer, lo dejó todo y corrió a la iglesia.

Cuando salió el cura a decir la misa, Jasio le precedía, llevando un sobrepelliz nuevo recientemente adornado con cintas rojas. Los órganos tocaron una melodía sonora y variada; una gran voz que hizo temblar la llama de los cirios se elevó del coro, y los fieles fueron llegando y arrodillándose ante el altar. Empezó el santo oficio de la misa.

Jasio ayudaba y rezaba con fervor en los intervalos. Pero esto no le impidió distinguir a Jagusia, y cada vez que ella levantaba la cabeza veía sus ojos azules, brillantes, fijos en él, y en sus labios rojos, entreabiertos, vagaba no sé qué secreta sonrisa.

Terminada la misa el cura se lo llevó a la rectoría para que le escribiera algunas cosas, y por esto, contra su voluntad, no pudo ir en seguida en busca de sus conocidos.

Ya pasadas las doce se internó por el pueblo. Primeramente fué a casa de los Klemby, porque eran los que habitaban más cerca; no había más que atravesar la senda. No había nadie en la cabaña; pero en el corredor, cuyas puertas de ambos extremos estaban abiertas, vió que se movía algo en un rincón.

— ¿Quién está ahí?

— Soy yo, Agata — contestó una voz ronca y cascada.

La vieja se quedó sorprendida al reconocerle.

— ¡Jesús! ¡Es el señor Jasio! — añadió incorporándose con los brazos abiertos.

— Estése quieta; no se mueva de la cama — advirtió solícitamente. Y aproximando un tajo se sentó a su lado, tratando de observar su cara apergaminada.

— No espero más que la misericordia del Señor — dijo con voz ahilada.

— ¿Qué tiene usted?

— Nada; sólo que siento ya a la muerte y sé que tardará

poco mi último momento. Los Klomby me dan cobijo para que la muerte me llegue bajo su techo, y yo rezo mis oraciones y espero pacientemente a que la *Chata* me diga: «Ven, alma cansada».

— ¿Y por qué no la llevan a un cuarto?

— ¡Oh, mientras no llega el momento para qué ocupar sitio!... Así y todo han tenido que sacar el becerro del corredor. Pero me han prometido llevarme a la estancia en el último momento y ponerme en la cama, debajo de las santas imágenes, y encenderme un cirio... y me traerán el cura... y luego me vestirán con mis vestidos de las fiestas y me harán un entierro como a una campesina hacendada. Todo lo he pagado por adelantado, ya se comprende... Son buena gente y no perjudicarán a la pobre abandonada... No les estorbaré mucho tiempo... y me lo han prometido, delante de testigos.

— ¿Y no se le hace el tiempo largo estando tan sola? — su voz se quebraba, conmovido y lloroso.

— Aquí estoy perfectamente, señorito. Veo el mundo por la puerta abierta; hay gente que pasa por la carretera, que habla muy cerca de aquí y hasta quien viene a verme para dedicarme una palabra amable; es como si corretease yo misma por el pueblo. Y cuando están todos en el trabajo, las gallinas vienen a escarbar en las barreduras, los cerdos gruñen detrás de la pared, los perros me rodean, los gorriones picotean por el corredor, el sol me ilumina un poco antes de ponerse, o a veces algún bribonzuelo me arroja una motita de tierra. Así pasa el día, sin que una se dé cuenta siquiera. Por la noche también vienen a verme... sí, sí... más de uno...

— ¡Qué suerte! ¿Y quiénes son? — preguntó mirando de cerca sus ojos abiertos que parecían no ver.

— Todos los míos, que ya hace tiempo que murieron, todos los parientes y conocidos. Vienen realmente, señorito... Y una vez — susurró sonriendo con una dulzura y una dicha inefables — la Virgen Santa vino a verme y me dijo en voz baja: «¡Estate acostada, Agata, el Señor Jesús te recompensará!...» Era la Virgen de Czenstochowa en perso-

na; la reconocí en seguida... Llevaba su corona y su manto, e iba toda cubierta de oro y de corales. Me acarició la cabeza, y dijo: «No tengas miedo alguno, pobrecita; tú serás una de las primeras campesinas propietarias en la corte celestial, una señora castellana...»

Así iba charlando la vieja, como un pájaro parlero que se duerme. Jasio, inclinado hacia ella, la escuchaba y miraba con los ojos dilatados, como en un abismo enigmático en que algo misterioso murmura y charla y brilla y donde pasa algo que el entendimiento humano no puede comprender de ningún modo. El espanto se apoderó de él; pero no lograba separarse de aquel despojo humano, de aquella brizna de hierba consumida que titilaba como un rayo de luz que las tinieblas van a extinguir, y que soñaba en los días de una vida nueva. Era la primera vez en su vida que contemplaba tan de cerca el inexorable destino de los seres humanos, y no era extraño que le sobrecogiese un terror espantoso y que una dolorosa lástima le anudase el corazón; las lágrimas brotaban de sus ojos, una compasión misericordiosa le inclinaba hacia la tierra, y una plegaria ardiente acudía espontáneamente a sus labios temblorosos.

La anciana volvió a la realidad, y levantando un poco la cabeza, murmuró extasiada:

— ¡Mi Angel de la Guarda! ¡Curita de mi corazón!

Después de esto él permaneció largo tiempo en pie, apoyado en el muro, calentándose al sol y alegrándose los ojos con aquel día claro y ante la vida que bullía en torno suyo.

¿Qué importaba que un alma humana gimiese entre las garras de la muerte?

El sol brillaba intensamente, los trigos susurraban, nubes blancas recorrían el cielo muy altas, muy altas, los niños se solazaban en los caminos, las manzanas se coloreaban y maduraban en los huertos, los martillos golpeaban en la herrería sobre el yunque tan fuertemente que se oían en toda la aldea; uno reparaba su carro, otro martilleaba el filo de su hoz y se preparaba para la cosecha; se percibía el agradable olor de los panes al salir del horno; las mujeres cotorreaban; la ropa blanca estaba puesta a secar sobre las

vallas, la gente se agitaba en los campos y en los patios como todos los días, como siempre; el hormiguero humano se afanaba en sus pesares y disgustos, sin preguntarse siquiera quién sería el primero que rodaría al abismo.

¿Y de qué hubiera servido a nadie?

Jasio se sacudió también su pesar y se dirigió al pueblo. Estuvo un rato con Mateusz, que había construído ya la cabaña de Stacho hasta la armadura del techo; se detuvo a la orilla del estanque con la Ploszkowa, que blanqueaba tela; fué a ver a Jozka, que seguía enferma; aguantó las lamentaciones de la alcaldesa; dió un vistazo a la fragua, donde el herrador retemplaba guadañas y daba filo al corte de las hoces; vió también los huertos donde trabajaban la mayor parte de las mozas, y en todas partes se alegraban de verle, le saludaban amistosamente y lo contemplaban con mucho orgullo, porque era hijo de Lipce, donde todos formaban una familia.

Por último, fué a casa de la Dominikowa; la vieja estaba sentada delante de la casa hilando lana. Se sorprendió al ver que tenía los ojos vendados.

—Tentando con los dedos sé si el hilo es grueso o delgado —explicó; y encantada de la visita llamó a Jagusia, que estaba ocupada en el patio. Vino en seguida, vestida un poco a la ligera, pues sólo llevaba la camisa y la falda, y al ver a Jasio se tapó el pecho con las manos y roja como una guinda huyó a esconderse en la cabaña.

—¡Jagus! Trae leche; tal vez al señor Jasio le venga bien refrescarse.

Al poco rato trajo una jarra y un tarrito pequeño. Llevaba un pañuelo en la cabeza; pero estaba tan avergonzada que cuando se puso a verter la leche las manos le bailaban y palidecía y se ruborizaba sucesivamente, sin atreverse a levantar los ojos.

Y en todo aquel tiempo ella no le dijo una palabra; pero cuando él se marchó lo acompañó hasta la carretera y le siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido. Se sentía irresistiblemente impulsada a seguirle, y con tanto ímpetu que, por no dejarse llevar de la tentación, se preci-

pitó en el huerto, se cogió a un árbol con las dos manos, y apretándose contra él quedó allí sin respiración y sin conocimiento, a cubierto del manto que formaban las pesadas ramas cuajadas de manzanas; allí estaba en pie, con los párpados entornados, con una sonrisa agazapada en la comisura de los labios, llena de dicha y al mismo tiempo de espanto, llena también de no sé qué dulces lágrimas y no sé qué voluptuoso estremecimiento, como aquella noche de primavera en que le vió a través de la ventana.

Parecía que también Jasio se sintiese atraído hacia ella, pues las visitaba con frecuencia y se despedía siempre singularmente alegre. Además, todos los días la veía en la iglesia; ella permanecía arrodillada durante toda la misa, como trasportada al cielo y tan absorta en sus oraciones que él la miraba con una dulce emoción y hasta una vez refirió lo devota que era.

Su madre se encogió de hombros al oírle.

— No tiene poco que hacerse perdonar de Dios misericordioso, créeme.

Jasio tenía el alma pura como la flor más blanca, y por eso no comprendió la alusión; y como solía ella ir a su casa, como en su casa todo el mundo la quería, como él la veía piadosa, no se le ocurrió ni la menor sospecha; sólo le admiraba que no hubiese ido a verle ni una sola vez desde su regreso.

— Precisamente acabo de mandar por ella, porque tengo mucho que planchar — contestó su madre.

No tardó en llegar, y tan emperifollada que Jasio se admiró.

— ¿Qué pasa? ¿Va usted a una boda?

— Tal vez han ido a su casa a llevarle la wodka — exclamó una de las muchachitas.

— ¡Me gustaría saber quien es capaz de atreverse! Lo mandaría a paseo y lo echaría de casa — contestó riendo y sonrojada porque todo el mundo la miraba.

La vieja le rogó que le planchase la ropa, y las niñas del organista, y Jasio con ellas, corrieron tras ella. Estaban todos de tan buen humor y soltaban tales carcajadas por

la más pequeña tontería y armaron tanta jarana, que la mujer del organista tuvo que apaciguarles.

—¡Silencio, banda de urracas! Mejor harías en irte al jardín, Jasio; no me parece bien que estés ahí bobeando.

Contra su voluntad, cogió el libro de rezo y se fué como de costumbre por los campos, donde, lejos del pueblo, sentado bajo los perales o sobre un jalón se abismaba profundamente en la lectura o divagaba.

Jagusia conocía bien aquellos escondrijos solitarios, sabía donde había de buscarle con los ojos encandilados y donde había de seguirle, aunque sólo fuese en su placentero pensamiento. Ella daba vueltas en torno suyo como una mariposa alrededor de la luz, y era necesario que girase así porque se sentía invenciblemente atraída, arrastrada hacia él tan irresistiblemente que ya se abandonaba inconsciente a aquel dulce poder desconocido que, a flote de las olas de un mar espumoso, la llevaba a un soñado mundo de felicidad. Se entregaba a aquella fuerza con toda el alma y con todo el corazón, sin pensar siquiera en qué orilla y hacia qué destino podía llevarla.

Y lo mismo cuando se acostaba avanzada la noche que cuando saltaba de la cama por la mañana, siempre hacía temblar su corazón el mismo anhelo:

—¡Hoy volveré a verle! ¡Hoy también le veré!

Y a veces, estando arrodillada ante el altar, cuando el cura celebraba la misa y los órganos modulaban sus notas penetrantes, y el humo del incienso se esparcía por el aire, y las oraciones fervientes brotaban en murmullos temblorosos, y cuando con la mirada perdida en el recogimiento contemplaba a Jasio que, vestido de blanco, esbelto, hermoso, aparecía con manos de oro a través del humo y de los colores reflejados por los ventanales, creía que un ángel volaba hacia ella sonriendo dulcemente... Entonces se abría en su alma un paraíso, caía de bruces, en el polvo, sus labios se posaban en los sitios que él había pisado, y arrebatada por el éxtasis, cantaba con todo el ardor de su corazón inundado de dicha:

—¡Santo, santo, santo!

Y muchas veces, cuando ya terminada la misa la gente se dispersaba, Jambrozy hacía resonar las llaves en la iglesia vacía y ella permanecía arrodillada aun con los ojos fijos en el sitio donde había estado Jasio, sumida en la calma y la beatitud del deliquio, en una felicidad pletórica de dolor, las lágrimas se deslizaban de sus ojos sin sentirlo, como los granos llenos, pesados y purísimos de un collar.

Los días eran para ella como perpetua fiesta, como la celebración solemne de un oficio interminable y alegre que se desenvolvía en su alma sin interrupción. Cuando miraba los campos nada sonaba para ella de otro modo, ni las espigas maduras, ni la tierra tostada, ni los árboles encorvados bajo el peso de sus frutos, ni los bosques lejanos, ni las nubes errantes, ni siquiera la hostia encendida del sol elevada sobre el mundo: todo lo que sus ojos veían cantaba al unísono de su alma el mismo himno de gratitud y júbilo, que ascendía hasta el cielo.

— ¡Santo, santo, santo!

¡Oh, qué delicioso es el mundo cuando se contempla con ojos enamorados y qué fuerte es el ser humano entonces! Se opondría al mismo Dios, desafiaría sus designios y lucharía con la muerte sin temor, sin desánimo. La vida se ofrece como un perpetuo canto nupcial y la más insignificante criatura es como un hermano. En estos momentos se arrodillaría uno ante cada cosa para expresar su gratitud, y bendecir a las estrellas, y darse por entero al prójimo, porque se es rico de afectos y se cree que los días venturosos no han de tener fin.

El alma se eleva a otros mundos, contempla los astros de cerca, vaga por los cielos y sueña en una eterna bienaventuranza porque no hay límites para su fuerza y su pasión.

Esto creía Jagusia en aquella hora encantada de su amor.

Los días transcurrían como de costumbre, preparándose trabajosamente para la cosecha. Pero ella atendía a sus quehaceres cantando como una alondra, incansablemente, florida y alegre como una rosa en su rama, esbelta como las malvas y rozagante como una flor en los campos de Dios.

Y atraía tanto las miradas, hechizaba de tal modo con sus ojos brillantes y su inmutable sonrisa, que hasta los hombres machuchos la seguían con los ojos. En cuanto a los mozos, empezaban otra vez a hacer la rueda en torno suyo, a suspirar y a rondar su cabaña. Pero ella no quería saber nada de nadie.

— ¡Aunque echaras ahí raíces, no adelantarías nada! — se mofaba ella al ver algún nuevo pretendiente.

— ¡Se está burlando de todos! ¡Y es guapa y fina como una castellana! — le decían los despechados a Mateusz, que contestaba con un melancólico suspiro, porque ni él mismo lograba otra cosa que hablar alguna vez a la caída de la tarde con la Dominikowa para ver entre tanto a Jagusia, dedicada a sus quehaceres, u oír las cancioncillas que tarareaba. Mirábala con tanta avidez y la escuchaba con tanta atención, que cada vez salía de allí de peor humor. Por esto frecuentaba la taberna con mayor asiduidad, y, en consecuencia, promovía más frecuentemente escándalos en casa. Naturalmente, la peor parte era para Tereska, que estaba ya medio muerta por los repetidos disgustos y que sólo deseaba ocasión de zaherir a Jagusia para vengarse. Un día en que se tropezaron en la calle, le volvió la espalda y escupió con descaro.

Jagusia, que caminaba abismada en sus sueños, pasó adelante sin fijarse siquiera.

Tereska se volvió furiosa hacia las mozas que lavaban al borde del estanque, y gritó:

— ¿Habéis visto a la presumida? Es tanto su orgullo que ni saluda al pasar.

— Va vestida como para una fiesta.

— ¡Toma, como que pasa el día arreglándose!

— Y siempre comprando cintas y garambainas para el adorno de su cuerpo — decían con envidia.

Desde hacía algún tiempo, en cuanto se asomaba a la calle, seguíanla las miradas mujeriles, penetrantes como garras de fiera y venenosas como víboras. Criticaban todos sus actos y la despellejaban hasta dar compasión, pues no podían perdonarle que fuese mejor ataviada que las otras

y más hermosa que todas, aún dejando aparte el partido que tenía entre los hombres.

— Mira a la gente con un desprecio que no se puede tolerar.

— Y se adorna como una marquesa.

— ¿De dónde sacará tanto dinero?

— Anda; pues del alcalde.

— También se dice que Antek no le niega nada — se contaban al oído las campesinas reunidas en el sendero entre setos de Ploszka.

— A Antek le importa ella tanto como a un perro su quinta pata. Hay a la vista otro muy diferente — se entrometió Jagustynka, riendo con una expresión que revelaba estar tan enterada que todas se pusieron a suplicarla por todos los santos que las informase; pero ella se limitó a decir:

— Yo no llevo chismorrerías de un lado a otro; todas tenéis ojos; estad a la mira.

Y, en efecto, desde aquel momento cien pares de ojos siguieron todos los pasos de Jagna; la perseguían como una jauría a la pobre liebre; pero Jagusia, a pesar de encontrar en todas partes miradas en acecho, no sospechó nada. Y, finalmente, ¿qué le importaba a ella todo esto si podía ver a Jasio a todas horas y casi anegarse en sus ojos hasta morir?

Iba a ver a la mujer del organista casi todos los días, y siempre cuando Jasio estaba en casa. Más de una vez, estando él sentado cerca de ella y sintiendo que la miraba, le faltó poco para desvanecerse de voluptuosidad. Su cuerpo se estremecía ardoroso, sus piernas temblaban y su corazón le golpeaba como si recibiera martillazos. Otra vez, mientras instruía a sus hermanas en el cuarto de al lado, retenía la respiración para oír mejor su voz, el dulce timbre de su voz, hasta el punto de que la mujer del organista se dió cuenta de ello.

— ¿Qué escucha tan atentamente?

— Es que Jasio enseña cosas tan sabias que yo no consigo comprender palabra.

— ¿Le gustaría saberlas? — preguntó la organista riendo

con indulgencia. — Toma, no es en cualquir parte donde él aprende, si no en el Seminario — añadió con orgullo; y soltó el trapo contándole largas historias sobre su hijo, pues quería a la joven y la invitaba gustosa, sobre todo porque Jagusia ayudábala de buena gana en toda clase de faenas y le traía a menudo pequeñeces: peras, fresas, y hasta manteca fresca.

Jagusia escuchaba siempre aquellas efusiones con la misma avidez; pero en cuanto Jasio salía de casa, ella también tenía prisa por volver a la de su madre, porque se complacía en mirarle desde lejos, y muchas veces, agachada entre los trigos o detrás de un árbol, le contemplaba largo rato con tanta ternura que tenía que dominarse para no llorar.

Pero lo que le gustaba más que todo, eran las noches cortas, cálidas, claras, porque entonces, en cuanto su madre se dormía, sacaba al huerto las ropas de su cama y tendida de espaldas contemplaba el cielo que brillaba a través de las ramas, dejándose deslizar hacia un abismo de ensueños deliciosos. Las ráfagas cálidas de la noche rozaban su cara, las estrellas se reflejaban en sus ojos muy abiertos; las voces de las tinieblas impregnadas de perfumes, llenas de calor y de una inquietante voluptuosidad, los susurros ahogados de las hojas, los balbuceos adormecidos, interrumpidos de pronto, de los seres, algo como suspiros ahogados, como gritos que venían de alguna parte bajo tierra, como leves risas asustadas, toda aquella extraña música se derramaba en ella y la saturaba de un ardor que la hacía estremecer; todos aquellos sonidos le cortaban la respiración y sacudían su cuerpo con tan dulces temblores que se dejaba rodar por la hierba fresca de rocío y caer pesadamente como una fruta madura... Y allí quedaba acostada, inerte, pletórica de no sé qué santa fuerza, de la savia de los alumbramientos, como aquellos campos que maduraban, como aquellas ramas pesadas por la carga de sus frutos, como aquellos trigos dorados, prontos a entregarse a las hoces, a los pájaros o a los huracanes, porque esperaban cumplir su destino, cualquiera que fuese, con el mismo impaciente deseo.

Así eran aquellas noches cortas, cálidas y claras para Jagusia, como también aquellos días abrasadores, encendidos, de julio, que pasaban como un dulce sueño que se quisiera tener siempre.

Sus días transcurrían como si estuviese encantada, sin darse cuenta de cuándo se hacía de día y cuando llegaba la noche.

La Dominikowa comprendía que le pasaba algo extraño, pero no alcanzaba lo que podía ser, y se contentaba con alegrarse de la inesperada, apasionada y ardiente devoción de la joven.

— Créeme, Jagus; quien está con Dios, Dios está con él —le repetía bondadosamente.

Jagusia se limitaba a sonreír, llena de una dicha silenciosa y de una humilde esperanza.

Y un día, inesperadamente, encontró a Jasio. Estaba sentado al pie de un mojón, con un libro en la mano. No pudo huir, y quedó en pie delante de él, con el rubor en el rostro y muy avergonzada.

— ¿Qué hace usted ahí?

Ella balbuceó algunas palabras, preguntándose ansiosamente si él sospecharía algo.

— Siéntese; veo que está usted cansada.

Ella titubeó, sin saber qué hacer; él la cogió por la mano y ella se sentó junto a él, dándose maña para ocultar sus pies desnudos debajo de sus faldas.

Pero Jasio también estaba turbado y miraba en torno suyo con aire perplejo. Los campos estaban desiertos, los tejados y los frutales de los huertos de Lipce surgían entre los trigos como islas lejanas, el viento doblegaba ligeramente las espigas, se respiraba perfumes de serpol silvestre y de centeno y un pájaro voló por encima de sus cabezas.

— Hace hoy un calor terrible—observó él por empezar la conversación.

— Ayer también tostó el sol regularmente. — Un miedo alegre le anudaba la garganta, impidiéndole casi pronunciar palabra.

— La cosecha va a empezar de un día a otro.

— ¡Ah, sí!... — exclamó ella fijando en él sus ojos profundos. El sonrió y se esforzó por hablar con soltura, casi en broma:

— Jagusia, usted está cada día más hermosa...

— ¿Para qué me sirve esta hermosura? — Se puso de color carmín; sus ojos, más obscuros que de ordinario, brillaron de pronto y sus labios temblaron secretamente con una sonrisa de júbilo.

— Entonces, ¿es verdad que no quiere casarse?

— Ni lo pienso siquiera. ¿Tan mal estoy sola?

— ¿Acaso porque nadie le gusta?—preguntó él cobrando ánimos.

— ¡Nadie, nadie! — y sacudió la cabeza contemplándole con sus ojos dulcemente soñadores. El se inclinó y miró profundamente en aquellos abismos azulados. Ella tenía en la mirada una súplica, la más profunda, la más dulce y la más confiada de las súplicas, el grito ardiente del corazón que brota en el momento de alzar. Su alma brilló en su rostro como las chispas del sol sobre los campos, como el pájaro que prorrumpiendo en cantos vuela muy alto por encima de la tierra.

El se echó hacia atrás con no sé qué extraña inquietud, se restregó los ojos y se levantó.

— Se hace tarde y es preciso que vuelva a casa. — La saludó con un movimiento de cabeza y se fué hacia la aldea por un ancho lindero, tan pronto leyendo en su libro como dejando vagar la mirada. Pero, al cabo de algún tiempo, se volvió y se detuvo.

Jagusia caminaba a algunos pasos detrás.

— Para mí también es este el camino más corto — se excusó algo turbada.

— Entonces, vayamos juntos — murmuró él. Pero, no muy contento de su compañía, fijó los ojos en su libro, y, andando lentamente, leyó a media voz.

— ¿De qué habla eso? — preguntó ella tímidamente, mirando las páginas.

— Si usted quiere, le leeré un poco.

Como cabalmente había un frondoso árbol muy grande a

poca distancia del lindero, se sentó a su sombra y empezó a leer. Jagusia se tendió en tierra, y apoyando el mentón sobre el puño, escuchó con toda su alma, sin separar la mirada, clavada en él.

— ¿Le gusta? — le preguntó él al cabo de un instante.

Ella se ruborizó y, esquivando su mirada, balbuceó avergonzada:

— ¿Lo sé yo acaso?... ¿No es alguna historia de reyes?

El no hizo más que un visaje y volvió a leer; pero despacio, distintamente y palabra por palabra. Lo que leía trataba de los campos y de los trigos, de un castillo que se alzaba en medio de un bosque de abedules, y parecía referirse al hijo de un señor que regresaba al hogar y de una señorita castellana sentada en el jardín con unos niños... Todo estaba en verso, y leía como si recitase desde lo alto del púlpito. Oyéndole le daban ganas de suspirar y de santiguarse y las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos de tan afectada que estaba.

En aquel lugar hacía un calor horrible. En torno se levantaba una espesa muralla de centeno, entremezclada con acianos, esparcillas y albohol odorífero, y ni una brisa venía a refrescarlo. En aquella calma asfixiante, sólo se percibía a veces el susurro de las espigas que se inclinaban; de tiempo en tiempo piaban los gorriones entre las ramas, zumbaba una abeja, y la voz de Jasio resonaba henchida de una singular dulzura; pero por más que Jagusia le contemplase como una imagen muy hermosa, sin perder ni una de sus palabras, cabeceaba a cada momento porque el calor la aplanaba y el sueño la rondaba tan de cerca que a duras penas podía mantenerse despierta.

Afortunadamente, él interrumpió la lectura y la miró profundamente en los ojos.

— Es muy hermoso, ¿verdad?

— Ah, sí, extraordinariamente hermoso... como un sermón.

Sus ojos echaron chispas y se sonrojó su cara cuando él empezó a leer de nuevo los pasajes en que se hablaba de los campos y de los bosques; pero ella le interrumpió:

— Hasta un niño sabe que en los bosques hay árboles, que en los ríos hay agua y que los campos se siembran. Entonces, ¿a qué imprimir todo eso?

Jasio no volvía en sí de estupefacción.

— Lo único que a mí me gusta son las historias de reyes, o de dragones, o de aparecidos, que dan tal emoción que parece que le corren a una hormigas por la espalda sólo de oírlas, o parece que una se quema como si le aplicaran una brasa en el pecho. Cuando Roch cuenta a veces historias así, le estaría escuchando todo un día y toda una noche. ¿Tiene usted libros sobre esas cosas?

— ¡Quién había de leer semejantes paparruchas! — exclamó él con desdén.

— ¡Paparruchas! Pero, vamos a ver; Roch ha leído esas historias, y en un libro impreso.

— Son tonterías y mentiras.

— Pero, cómo: ¿sólo por mentir se hubiera inventado todas esas maravillas?...

— Cierto; todo eso no son más que fábulas e invenciones.

— ¿Entonces tampoco es verdad lo de las diosas de mediodía? ¿Y lo de los dragones? — preguntó ella cada vez más apesarada.

— No es verdad. ¡Cuando yo se lo digo!... — replicó él muy impaciente.

— Entonces tampoco es verdad que el Señor Jesús iba de camino con San Pedro y que...

El no tuvo tiempo de contestar, porque de pronto la Kozlowa pareció salir de la tierra, mirándoles con ojos burlones.

— ¡Y se está buscando al señor Jasio por todo el pueblo! — dijo dulzonamente.

— Pues, ¿qué pasa?

— Han venido a la rectoría tres briscas llenas de gendarmes.

Se puso en pie, sobresaltado, y casi echó a correr.

Jagusia también se dirigió a la aldea con el corazón oprimido.

— Seguramente he interrumpido sus oraciones, ¿eh? — cuchicheó la Kozlowa, que caminaba a su lado.

— ¿Oraciones? ¡Qué ocurrencia! Me estaba leyendo un libro de historias escritas en verso.

— ¡Es posible!... Pues yo había pensado muy otra cosa. La mujer del organista me ha enviado en busca suya... Vine corriendo para acá, miré por todas partes... todo desierto... Entonces se me ha ocurrido mirar debajo del peral... por ver... y allí estaban los dos tortolitos sentados... de palique... Claro; es el lugar soñado..., lejos de todas las miradas... ¡ya lo creo!...

— ¡Así se le tuerza y se le atraviese su asquerosa lengua! — exclamó Jagna; y corrió camino adelante.

— Tú ya sabes lo que te haces. ¡Así tendrás en seguida quien te absuelva del pecado! — gritó tras ella la otra, burlonamente.

X

En cuanto entró en el pueblo, Jagusia se dió cuenta de que ocurría algo grave; los perros ladraban en los patios más de lo razonable; los chiquillos se escondían en los huertos, poniéndose en acecho detrás de árboles y vallas, la gente volvía ya de los campos aunque el sol estaba todavía alto, las mujeres secreteaban en voz baja, y en todos los rostros se leía una inquietud cruel y los ojos miraban temorosos y espectantes.

— Pero, ¿qué pasa? — preguntó a la Balcerkowna, que atisbaba apostada desde una esquina.

— No lo sé; pero vienen soldados por el bosque.

— ¡Jesús, María! ¡Soldados! — las piernas le flaquearon de miedo.

— Y uno de los chicos de Klomb acaba de decir que los cosacos vienen de Wola — añadió la Pryczkowna, que llegaba corriendo.

Jagusia apresuró el paso y se precipitó en su cabaña, muy alarmada. Su madre estaba sentada en el umbral con la rueca en ristre y cerca de ella hablaban algunas mujeres muy excitadas.

— Les he visto como veo a ustedes; están sentados en la galería y los oficiales se alojan en casa del cura, en sus habitaciones.

— Y han enviado a Michal el del organista en busca del alcalde.

— ¿En busca del alcalde? ¡Dios mío! ¡Entonces no es un grano de anís! ¡Anda, anda, la cola que va a traer esto, ya veréis!...

— Acaso no han venido más que para cobrar los impuestos.

— ¿Y para eso hubieran venido tantos? Ha de ser cuestión de otra cosa.

— Probablemente; pero no resultará nada bueno, ya lo veréis, acordaos de lo que digo.

— Pues yo os voy a decir a qué han venido — empezó Jagustynka, juntándose a las comentadoras.

Formaron corro en torno suyo y estiraron el cuello, como gansos, escuchando con avidez.

— ¡Vienen a reclutar gente para el ejército! — exclamó burlonamente; pero nadie la creyó.

La Dominikowa le soltó con malicia:

— ¡Usted no piensa más que en embromar a la gente!

— ¿Y por qué de una paja hacen ustedes una viga? Por poco se les caen todos los dientes de miedo, y, sin embargo, todas están deseando que suceda algo. ¡Gendarmes! ¡Vaya una gran cosa!

La Ploszkowa condujo su barriga rellena por el sendero entre setos y se puso a referir el presentimiento que tuvo cuando vió las briscas y como...

— ¡Calle! ¡Allá va Grzela corriendo hacia la rectoría con el alcalde!

Las miradas se dirigieron al otro lado del estanque, siguiendo la marcha de los dos hombres.

— ¡Anda! ¿También convocan a Grzela?

Pero no habían acertado. Grzela dejó correr a su hermano y él se detuvo ante las briscas paradas frente a la rectoría. Interrogó a los cocheros, inspeccionó a los gendarmes sentados en la galería y corrió muy alarmado en busca de Mateusz, que trabajaba en la cabaña de Stacho. Estaba sentado a horcajadas en una viga de la techumbre en la que iba abriendo ranuras para ensamblar las traviesas.

— ¿Aún no se han ido? — preguntó sin parar de dar hachazos.

— ¡Todavía no, cuerno! Y lo peor es que aun no se sabe a que han venido.

— Detrás de todo eso hay algo feo — tartajeó el viejo Bylica.

— Tal vez tenga eso que ver con la asamblea. El delegado nos amenazó y los gendarmes quieren saber quién incita a Lipce a la rebelión — dijo Mateusz, dejándose deslizar al suelo.

— Entonces, podría ser muy bien que los gendarmes viniesen a prenderme a mí — murmuró Grzela lanzando en torno suyo miradas de ansiedad. Palideció y la respiración se le hizo pesada.

— A mí me parece que más bien será a Roch — observó Stacho.

— Es verdad, puesto que ya han preguntado por él. ¡Que no se me haya ocurrido siquiera! — Respiró, aliviado; pero muy alarmado en cuanto a Roch.

— No cabe duda; vienen a detener a Roch —añadió.

— Pero, ¿debemos permitirlo? ¡Es como un padre para nosotros! — exclamó Mateusz.

— ¡Cuerno! No hay medio de oponerse; no cabe ni pensarlo siquiera.

— Tendría que esconderse en alguna parte; pero habría que advertirle, naturalmente... — balbuceó Bylica.

— ¿Y si se trata de otro? ¿Por qué no del alcalde?... — sugirió tímidamente Stacho.

— Por si acaso voy corriendo a advertirle — exclamó Grzela; y emprendió la marcha a través de los trigales para llegar acasa de los Boryna por la parte de los huertos.

Antek estaba sentado en la galería batiendo las hojas de las hoces sobre un pequeño yunque. Inquieto, dejó su trabajo cuando se enteró del asunto.

— Ahora mismo acaba de llegar. ¡Roch, venga en seguida! — gritó.

— ¿Qué pasa? — preguntó el anciano, asomando la cabeza por la ventana; pero antes de que pudiesen con-

testarle llegó corriendo sin resuello el Michal de los organistas.

— ¿Sabe usted? Es por usted, Antón, por quien vienen los gendarmes. Ya están a la orilla del estanque...

— Seguramente me buscan a mí — gimió Roch, dejando caer tristemente la cabeza.

— ¡Jesús, María! — exclamó Hanka que había aparecido en el umbral, rompiendo en sollozos.

— ¡Silencio! De cualquier modo hay que tomar una decisión — murmuró Antek muy pensativo.

— ¡Yo pediré socorro por todo el pueblo y no dejaremos que le hagan nada!... — exclamó Michal amenazador, rompiendo una sólida rama y haciendo girar los ojos fieramente.

— ¡No digas tonterías!... Roch, corra detrás del pajar y métase en el centeno; ¡pero ligero!... Ocúltese en cualquier rincón, túmbese en un surco hasta que yo le llame; pero pronto, pronto, porque le van a sorprender.

Roch fué todavía a echar un vistazo en la estancia, arrojó algunas hojas de papel a Jozka que estaba acostada en su cama, y murmuró:

— Escóndelas debajo de ti, y no se las dés a nadie.

Y tal como estaba, sin gorro ni capote, se lanzó al huerto y desapareció como una piedra en el agua; a lo sumo, el centeno se movió un poco en algún sitio, detrás del pajar.

— ¡Vete, Grzela! ¡Hanka, a tu trabajo! ¡Escapa, Michal, y chitón! — ordenó Antek volviendo a sentarse ante su trabajo interrumpido. Y volvió a dar corte al filo de su hoz con tanta precisión y calma como antes, exceptuando que de vez en cuando levantaba la hoja a contraluz y guiñaba los ojos hacia todos lados, porque los ladridos de los perros se acercaban más y más y resonaban pasos pesados, voces y ruido de sables.

El corazón le latía y las manos le temblaban; pero afilaba las hojas con igual exactitud, una después de otra, y no levantó los ojos hasta que los gendarmes se detuvieron ante él.

— ¿Está Roch en casa? — preguntó el alcalde muy atemorizado.

Antek abarcó con una rápida mirada aquella turba, y contestó lentamente:

— Debe de estar en el pueblo; no le he visto desde esta mañana.

— ¡Abra! — vociferó un sargento.

— ¡Pero si está abierto! — contestó Antek, levantándose con calma del banco.

Un funcionario entró en la cabaña al mismo tiempo que los gendarmes, mientras otros se destacaban para vigilar el huerto y el patio.

La mitad de la aldea se había reunido ya en la carretera; todos miraban en silencio como registraban la casa como si fuese una hacina de heno. Antek tuvo que enseñárselo y abrírselo todo, mientras Hanka, sentada junto a la ventana, daba el pecho a su chiquitín.

Naturalmente, las pesquisas fueron vanas; pero lo rebuscaron todo, sin omitir rincón alguno, registrando hasta debajo de la cama.

— ¡Ahí va a estar sentado, esperándoles! — murmuró Hanka.

Un sargento vió sobre la mesa unos libritos puestos bajo un crucifijo, se echó sobre ellos como una fiera y se puso a examinarlos atentamente.

— ¿De dónde proceden?

— Supongo que los habrá dejado Roch.

— La Borynowa no sabe leer — explicó el alcalde.

— ¿Quién de ustedes sabe leer?

— ¡Nadie! Nos enseñaron tan bien en la escuela que no hay uno que pueda deletrear en el libro de ir a misa — contestó Antek.

El sargento dió los libritos a uno de sus acompañantes y todos pasaron al otro lado de la casa.

— ¿Qué tiene? ¿Está enferma? — preguntó el sargento, al ver a Jozka.

— Sí; ya hace algunas semanas que está en cama con la viruela.

El hombre no necesitó saber más para batirse en retirada hasta el corredor.

— ¿Conque él habita en esta estancia? — preguntó al alcalde.

— Y en la otra también y dondequiera que fuese, como se acostumbra con los mendigos.

Escudriñaron todos los rincones y huronearon hasta detrás de los cuadros de las imágenes; Jozka les seguía con los ojos encendidos y temblando de miedo, hasta el punto que al aproximársele uno de los gendarmes se echó a gritar como una loca:

— ¿Cree que lo he escondido debajo de mis faldas? ¡Búsquelo, pues!...

Cuando hubieron terminado, Antek se adelantó hacia el sargento, le hizo un profundo saludo y le preguntó con voz humilde:

— Dispense, ¿es que Roch ha cometido algún robo?

El interrogado le miró de hito en hito, y dijo recalcando las palabras:

— Si se descubre que tú le escondes, os meterán a los dos en la misma cárcel.

— De todos modos, no puedo adivinar de que se trata. — Se rascaba con aire indeciso. El sargento le lanzó una mirada irritada, y se fué a la aldea con su tropa.

Visitaron aún varias cabañas, escudriñaron aquí y allá, interrogando a los que encontraban al paso, y el sol había ya traspuesto y los caminos estaban invadidos de rebaños que regresaban de los pastos cuando partieron con las manos vacías.

Este resultado fué un alivio para el pueblo. Al marchar surgieron los comentarios en todas partes, refiriéndose lo sucedido en casa de Klemby, de Grzela y de Antek. Cada uno de los comentaristas lo había visto todo mejor que los demás, y hasta se vanagloriaba de haber tenido menos miedo de los gendarmes y de haberles tomado más el pelo.

Cuando Antek se quedó solo con Hanka, le dijo muy por lo bajo:

— Conviene tomar precauciones, pues por el sesgo que toman las cosas no va a ser posible tenerlo en casa.

— ¿Acaso lo vas a echar, a un hombre tan bueno, tan santo, a quien debemos tantos favores?

— No te avienes a razones. ¡Que el diablo os lleve a todos! — prorrumpió, sin saber que determinación tomar.

En aquel instante llegaron Grzela y Mateusz para tomar determinaciones, y como acudía gente a preguntar por lo sucedido optaron por encerrarse en el hórreo para que nadie les molestara.

Había obscurecido. Hanka ordeñaba las vacas y Pietrek volvía del bosque cuando acabaron de deliberar. Antek preparó la brisca y Grzela y Mateusz fueron en busca de Roch cabaña tras cabaña, para despistar.

La gente se mostraba sorprendida porque todos estaban convencidos de que Roch se ocultaba en casa de Boryna.

— Después de comer tomó las de Villadiego y nadie le ha vuelto a ver — divulgaban por todas partes sus amigos.

— Ha hecho bien; de otro modo ya estaría en la cárcel.

La noticia corrió tendenciosamente en un santiamén a través de todo el pueblo.

— Ha tenido buen olfato al hacer la del humo — decían alegremente.

— ¡Que no vuelva más! Aquí nada tiene que hacer — opinó el viejo Ploszka.

— ¿Le molesta a usted o le ha perjudicado en algo? — le replicó Mateusz.

— Y no poco. Él nos ha puesto en un aprieto y él es el que excita al pueblo a la rebelión. Puede que todos tengamos que sufrir y no poco por culpa suya.

— Pues, búsquele y entréguele a la justicia.

— Hace tiempo que debíais haberlo hecho si tuviéseis juicio.

Mateusz acogió estas palabras con juramentos, insultos y amenazas y le hubiera pegado de no evitarlo los presentes. Y al marchar, todavía le amenazó con el puño.

Como había cerrado la noche, los demás se marcharon también.

Era precisamente lo que deseaba Antek. Y en cuanto las carreteras quedaron desiertas, y la gente se puso a cenar

y la aldea se llenó de olor a tocino asado y de ruido de cucharas y de conversaciones sostenidas de una a otra parte de la mesa, condujo a Roch a la estancia donde estaba Jozka sin permitir siquiera que encendiesen luz.

El viejo comió algo precipitadamente, recogió sus cosas y se despidió de las mujeres. Hanka se dejó caer a sus pies y Jozka, enternecida, estalló en sollozos y gemidos.

— ¡Quedad con Dios! ¡Aun nos volveremos a ver! — murmuró con voz lacrimosa apretándolas contra su pecho y besándolas en la frente como hubiera hecho su propio padre. Pero como Antek le espoleaba, bendijo a los niños y la casa, se santiguó y se dirigió hacia el pajar por la puerta cochera.

— Los caballos le esperan en casa de Szymek, en Podlesia; Mateusz le conducirá.

— Es preciso que vaya a ver todavía a alguien en el pueblo... ¿Dónde nos encontraremos?

— Cerca del Calvario, en el lindero del bosque, adonde iremos en seguida.

— Muy bien; tengo que hablar mucho con Grzela antes de partir.

Y desapareció en las tinieblas. Ni siquiera se oyeron sus pasos.

Antek enganchó los caballos, puso en la brisca casi una medida de centeno y un saco de patatas, habló bastante rato con Witek en un rincón, y, luego, dijo en voz alta:

— Witek, lleva los caballos a Podlesia, a casa de Szymek, y vuelve pronto. ¿Comprendes?

El chiquillo no hizo más que un guiño, cogió las riendas y se fué con tal ímpetu que Antek le gritó:

— ¡Más despacio, no seas bestia! ¡Me vas a estropear los caballos!

Entretanto, Roch se dirigió a hurtadillas a casa de la Dominikowa, donde tenía varias cosas, y se encerró en la alcoba.

Jendrzych se puso en acecho en la carretera, Jagusia vigilaba constantemente el camino entre setos, y la vieja, sentada en la estancia, prestaba oído con inquietud.

Pasaron un buen par de padrenuestros antes de que saliese. Ya en la puerta cambió algunas palabras aparte con la Dominikowa, y, con su fardo a la espalda, se despidió para marcharse; pero Jagus se empeñó en llevarle el hato hasta el bosque. El no se opuso, y después de despedirse de la vieja, emprendieron el camino por el huerto para ganar los campos.

Iban por los linderos de los cultivos, despacio, con precaución y silencio. La noche estaba clara y el cielo muy estrellado; en los campos reinaba el silencio, y sólo en la aldea ladraba algún perro.

Ya habían llegado al bosque cuando Roch se detuvo de pronto y la cogió por la mano.

— Jagus—murmuró cariñosamente,—óyeme con atención.

Ella se hizo toda oídos, agitada por un mal presentimiento.

Le habló como el cura en el confesionario, echándole en cara lo de Antek, lo del alcalde y, sobre todo, lo de Jasio. Le rogó y la conjuró en nombre de todo lo santo a que se enmendara y empezase una vida nueva.

Confusa, desvió la cara, que inundaba el fuego ardiente de la vergüenza; su corazón latía con dificultad; pero cuando mencionó a Jasio, levantó la cabeza altivamente.

— ¿Qué es lo que hago con él que esté mal hecho, diga?

El se puso a explicarle a su manera y en tono bondadoso a qué tentaciones se exponían y a qué pecado podía conducirles el Maligno.

Ella no oía, suspirando y transportada con el pensamiento hacia Jasio; sus labios brillantes y túrgidos de sangre murmuraban queda, cálida y locamente:

— ¡Jasio! ¡Jasio! — Y sus ojos encendidos buscaban algo como los pájaros que cantan alegremente y revolotean sobre su cría.

— ¡Le seguiría hasta el fin del mundo! — exclamó involuntariamente. Roch tuvo un sobresalto, miró sus grandes ojos dilatados, y se calló.

Al borde del bosque, bajo la cruz, blanqueaba algo como capotes.

— ¿Quién está ahí? — preguntó con alguna zozobra.

— Somos nosotros, tus amigos.

— Las piernas no quieren llevarme; he de descansar un poco — dijo sentándose entre ellos. Jagusia dejó caer el fardo y se sentó algo apartada, al pie de la cruz, en la profunda penumbra de los abedules.

— ¡Con tal de que no sobrevengan sobre vosotros nuevos contratiempos! — dijo el viejo.

— ¡Bah!... Lo peor es que tenga usted que dejarnos!... — contestó Antek.

— Ya volveré algún día, seguramente.

— ¡Qué pandilla!... ¡Echar a un hombre así como un perro sarnoso! — prorrumpió Mateusz.

— ¿Y por qué, Dios mío, por qué? — suspiró Grzela.

— ¡Porque quiero la verdad y la justicia para el pueblo!— declaró Roch solemnemente.

— Todos estamos mal en este mundo; pero ninguno tanto como el justo.

— No te aflijas, Grzela; todo se arreglará.

— Eso pienso yo también, porque se hace muy duro pensar que todo lo que se sufre es por nada.

— Espera sentado hasta que los lobos hayan devorado la yegua — murmuró Antek, mirando hacia la sombra donde la cara de Jagusia se destacaba por su claridad.

— Yo os digo que el que extirpa la cizaña y siembra buena semilla cosechará al tiempo de la recolección.

— ¿Y si el año es malo? Porque esto puede suceder también.

— Sí; pero cada cual siembra creyendo cosechar doble algún día.

— Naturalmente, sino, ¿quién se prestaría a derrengarse por nada?

Cavilaron profundamente sobre estas cosas.

El viento soplaba, los abedules susurraban, el bosque murmuraba sordamente, y de los campos venía el olor que despedían los trigos al agitarse. Salió la luna y corrió

por el cielo como por una calle bordeada de nubes blancas amontonadas en hileras; los árboles proyectaban sombras tamizadas de claridad; los murciélagos cruzaban sobre sus cabezas en su vuelo silencioso y tortuoso, y un sentimiento de duelo llenaba sus corazones.

Jagusia lloraba muy despacito y sin saber por qué motivo.

— Vamos, ¿qué te pasa? — le preguntó Roch amablemente, acariciándole los cabellos.

— Ni lo sé yo misma. Tengo pena...

Los demás tampoco se sentían mejor; sus almas estaban abatidas, y permanecían sentados, tristes, mirando con ojos empañados a Roch, que se les figuraba ahora uno de los santos del cielo. Estaba sentado al pie de la cruz, desde donde el Cristo que colgaba pesadamente parecía bendecir con sus manos ensangrentadas aquella cabeza blanca y fatigada, y hablaba con una voz llena de confianza:

— No os preocupéis por mí, no temáis; yo no soy más que polvo, una brizna de hierba en un prado. Si me cogen y muero, ¿qué puede importar, puesto que quedarán aún muchos como yo y cada cual de vosotros estará también dispuesto a dar la vida por la causa?... Tiempo vendrá en que surgirán a millares; vendrán de las ciudades, vendrán de las cabañas, vendrán de los castillos, y en procesión continua ofrecerán sus cabezas, darán su sangre, y caerán uno después de otro, y sus cuerpos se amontonarán como piedras, hasta que con aquellas piedras se levante la santa iglesia con que nosotros soñamos... Y yo os digo que será constituída y que durará por los siglos de los siglos, y ninguna fuerza malévola la vencerá nunca, porque habrá brotado de la sangre del sacrificio y del amor.

Después habló extensamente diciendo que ni una sola gota de sangre, ni una sola lágrima, ni un solo esfuerzo sería en vano, pues, lo mismo que los trigos en un terreno abonado, surgirían siempre nuevos defensores, nuevas fuerzas, nuevos sacrificios, hasta que llegase el santo día, el día de la resurrección, el día de la verdad y de la justicia para todo el pueblo...

Su palabra era cálida y a veces tan elevada que no había manera de comprenderlo todo; pero la llama sagrada les penetraba, los corazones se hinchaban de entusiasmo y de fe con tal fuerza y tal aspiración, que Antek exclamó:

— ¡Jesús!... Guíenos usted sólo, y... yo le seguiré, le seguiré hasta la muerte...

— Le seguiremos todos, y si hay obstáculos los derribaremos.

— ¿Quién podrá resistirnos? ¿Quién puede vencernos?... ¡Alguien tendría que sufrir la prueba!

Uno tras otro prorrumpieron en palabras decididas y en expresiones exaltadas, hasta el punto de tener que calmarles; y acercándose más a ellos les explicó como sería el triunfo y lo que había que hacer para apresurar su advenimiento.

Les dijo cosas tan graves y tan inesperadas, que le escuchaban reteniendo la respiración con angustia y alegría a un tiempo, acogiendo sus palabras con la emoción íntima de la fe, como la sagrada comunión... El les abría el cielo y les mostraba el paraíso, de suerte que sus almas se sentían arrastradas por el éxtasis, sus ojos veían inefables maravillas y sus corazones escuchaban el dulce canto angélico de la esperanza.

— Depende de vuestra voluntad que esto suceda — terminó, ya muy fatigado. La luna se escondió detrás de una nube, el cielo se puso gris, los campos se enturbiaron, el bosque se puso a murmurar algo muy quedo, los trigos se movieron miedosamente, y de alguna parte de la aldea lejana llegaron hasta ellos ladridos de perros. Entretanto, seguían sentados, mudos, extrañamente recogidos, escuchando como embriagados sus palabras y tan singularmente solemnes como después de un juramento.

— ¡Es tiempo de irme! — dijo Roch levantándose. Les estrechó entre sus brazos y los besó en la cara. Faltó poco para que llorasen de pesar. Luego se arrodilló, rezó una corta oración, y cayó de bruces para abrazar la tierra como a una madre.

Jagusia lloraba a lágrima viva y los campesinos se enjugaban disimuladamente los ojos.

Separáronse seguidamente.

Antek y Jagusia volvieron a la aldea; los otros desaparecieron a lo largo del bosque.

— ¡Sobre todo no hables delante de nadie de lo que has oído! — díjole él después de largo silencio.

— ¿Tengo yo la costumbre de llevar chismes de una casa a otra? — contestó ella enfadada.

— ¡Dios no quiera que el alcalde se entere! — le advirtió Antek severamente.

Ella no contestó, y apretó el paso. Pero él no quiso quedarse atrás y se mantuvo a su lado, mirando de vez en cuando su cara llorosa e irritada.

La luna brilló de nuevo; estaba suspendida verticalmente sobre la carretera, de modo que parecían andar por una franja de plata bordeada por las sombras torcidas que proyectaban los árboles. De pronto, el corazón de Antek se sobresaltó, el deseo tendió hacia él sus brazos insaciables, se acercó un poco a ella, luego más aún, tan cerca que no había de hacer más que alargar el brazo para atraerla a él; pero no lo alargó porque no se atrevía y porque le detenía su silencio obstinado, desdeñoso. Así que se limitó a decir al fin maliciosamente:

— Corres como si quisieras huir de mí...

— Y es la verdad. Si nos viesen habría chismorreos otra vez.

— O tal vez tienes prisa por encontrarte con alguien.

— Toma, podría hacerlo si quisiera. ¿No soy viuda?

— Veo que no en balde se dice que te dispones a ser ama de cura.

Ella echó a correr como un vendaval. De su rostro desprendíanse lágrimas ardientes.

XI

En los campos de tierras fértiles y grasas brillaban ya las hoces segadoras. Pero no sucedía lo mismo donde las tierras eran más perezosas para el alumbramiento. En varias aldeas los hombres preparábanse todavía para la siega, que esperaban comenzar de un día a otro.

Esto es lo que sucedía en Lipce, días después de la huída de Roch. Los hombres reparaban activamente los adrales de los carros, limpiaban los carros en el estanque, ponían orden en el interior de los hórreos ya abiertos de par en par, tejían cuerda de paja y hacían resonar los martillos sobre el yunque. Las mujeres metían afanosas panes en el horno y preparaban las provisiones de boca. Era tanta la animación y tanto el ruido que la aldea ofrecía el aspecto de la víspera de una gran fiesta.

De los pueblos circunvecinos llegaba mucha gente montada en carros y los alrededores del molino rebosaban como en día de feria. Es que la gente traía ya su trigo a moler. Pero el exceso de molienda contrastaba con la escasez de agua, por lo que sólo trabajaba una muela y ésta avanzaba muy poco. Sin embargo, cada cual esperaba pacientemente su turno, porque todos querían terminar su molienda antes de la recolección.

Eran también muchos los que se apretujaban en casa

del molinero para comprar harina, sémola y hasta pan.

El molinero estaba enfermo en cama; pero no se hacía nada sin su autorización, pues constantemente le daba órdenes a su mujer, sentada delante de la ventana abierta:

— ¡Y no les fíes ni por el valor de un gros a los de Rzepki! Puesto que han llevado sus vacas al toro del cura, que el cura les anticipe también lo que les falte.

Y todo fué inútil; no valieron ruegos ni súplicas; por más que ella intervino en favor de los más pobres, se obstinó en no querer dar a crédito, aunque fuese medio cuarterón de harina, a quienquiera que hubiese llevado su vaca a la rectoría.

— ¡Ya que les ha gustado tanto el toro del cura, que lo ordeñen! — exclamaba.

La molinera, un poco quejumbrosa, parecía haber llorado y llevaba la cara vendada. A pesar de los gritos de su marido se encogía de hombros y hacía crédito a hurtadillas a más de uno.

Una tarde presentóse la Klembowa, que venía a pedir medio cuarterón de harina de mijo.

— Si paga usted al contado será usted servida; no le doy ni un grano a crédito.

Quedó muy confusa, porque, naturalmente, había venido sin dinero.

— Tomek está con el cura a partir un piñón; no tiene más que ir a pedir allá.

Esto la ofendió, y contestó en tono provocativo:

— Ciertamente que está bien con el cura y seguirá estándolo; pero yo no pondré más los pies aquí.

— A poco daño poco llanto. Busque usted donde le muelan.

La Klembowa se fué muy preocupada porque no tenía un gros en casa; pero como por el camino encontró a la mujer del herrador, le confió sus cuitas y lloriqueó refiriéndole la jugada del molinero.

Pero la mujer del herrero contestó riendo:

— Una cosa puedo decirle, y es que no será el único por mucho tiempo.

— ¡Anda! ¿Quién es capaz de competir con un ricacho como él?

— Cuando alguien plante en sus narices un molino de viento, cambiarán las cosas.

La Klembowa abrió mucho los ojos, admirada.

— Mi marido va a construir un molino de viento. Precisamente ahora acaba de irse al bosque con Mateusz para escoger la madera; lo van a construir en Podlesia, cerca del Calvario.

— ¡Hay que ver! Nunca hubiese creído que Michal construyese un molino. Antes hubiera esperado la muerte que eso. ¡Vaya, vaya! Pero le estará muy bien empleado al molinero. ¡Que se le deshinche de una vez la barriga!...

Aquella novedad la había reanimado tanto que emprendió el camino de su casa a grandes pasos, y al ver a Hanka que lavaba la ropa blanca delante de la casa, se dirigió a ella para comunicarle el hecho inaudito.

Antek, que recomponía un carro, exclamó al oírla:

— Magda le ha dicho la verdad; el herrero ha comprado ya al señor veinte fanegas de tierra en Podlesia; son las que están precisamente junto a la Cruz; allí se construirá el molino de viento. El molinero se va a poner enfermo de rabia; pero esto le bajará un poco las agallas. Ha molestado ya tanto a todos, que nadie se compadecerá de él.

— ¿No saben ustedes nada de Roch?

— ¡Absolutamente nada!

— Es particular; ya han pasado tres días y no se sabe lo que ha sido de él.

— No es la primera vez que se va para reaparecer tiempo después.

— ¿Quién de ustedes irá a Czenstochowa? — preguntó Hanka.

— Mi Jawka ira con Macius. Del pueblo no irán muchos este año.

— Yo iré también; precisamente estoy lavando alguna ropa para el viaje.

— Dicen que en los otros pueblos son muchos los que se preparan.

— Han escogido el momento oportuno, cuando el trabajo es más urgente — refunfuñó Antek, aunque no se oponía a que su mujer fuese, porque conocía de tiempo la intención de su voto.

Empezaban a hablar de otros asuntos cuando se presentó corriendo Jagustynka.

— ¿Saben ustedes? — gritó. — ¡Jasiek ha vuelto del regimiento!

— ¡El marido de Tereska! Ella decía que no volvería hasta la cosecha de las patatas.

— Acabo de verle; tiene muy buen aspecto. Sentía una impaciencia terrible por estar con los suyos.

— Es un buen muchacho, pero testarudo. ¿Está en casa Tereska?

— Está escardillando el lino del cura y aun no sabe quién la espera.

— Va a haber otra vez jaleo en Lipce; todo se lo dirán en seguida y...

Antek escuchaba atentamente, pues la noticia le interesaba mucho; pero no despegó los labios. Entretanto, Hanka y la Klembowa se compadecían sinceramente de Tereska y le pronosticaban de lo malo lo peor. Finalmente, Jagustynka las interrumpió:

— ¡No daría yo un bledo por vuestra justicia! ¡Pues qué! ¡Se va por el mundo durante años, deja a su mujer sola, y porque le pase algo a la pobre infeliz va a ser capaz de querer matarla! Y, además, todas van contra ella. ¿Pero dónde está la justicia? ¡Cualquier muñeco con figura de hombre puede divertirse como perro y perra en boda y nadie le dice una palabra! ¡Qué tontamente está arreglado el mundo! ¿No es la mujer un ser viviente? ¿Es de madera, o qué? Pues si alguien ha de responder de lo hecho, que el galán pague también su escote, puesto que han faltado los dos. ¿Por qué ha de ser el placer para él y las lágrimas para ella, a ver?

— ¡Dios de bondad! ¡Así sucede desde tiempo y así sucederá siempre! — murmuró la Klembowa.

— Para perdición del pobre pueblo y regocijo del Ma-

ligno. Yo arreglaría las cosas de otro modo; el que se aproveche de la mujer de otro, debe cargar con ella para siempre, y si no quiere, porque ya tiene otra a la vista más de su gusto, entonces, palo seco al carroña, y a la cárcel.

Antek se echó a reír y ella se dirigió a él, gritando:

— Para vosotros esto es cosa de risa, ¿eh? ¡Peste de bandidos! Para vosotros la mujer preferida es la que no habéis podido obtener. Y, después, aún bromeáis sobre ello.

— Grita usted ni más ni menos que una picaza cuando el tiempo amenaza lluvia — repuso él con mal gesto.

Ella se fué corriendo a la aldea y no volvió hasta cerca del anochecer, con cara llorosa.

— ¿Pero qué le ha pasado? — le preguntó Hanka con inquietud.

— ¡Qué me ha de haber pasado! Que he bebido un buen trago de hiel y esto me ha trastornado completamente. — Se echó a llorar, y entre lágrimas y sollozos, añadió: — Figúrense: ¡la Kozlowa ha tomado a Jasiek bajo su protección y ya se lo ha contado todo!

— Si no hubiese sido ella, hubiera sido otra; esas cosas salen siempre a relucir.

— Me temo que en aquella casa pase algo terrible. Esta mañana estuve allí; pero no había nadie, y ahora he vuelto a pasar. Estaban los dos llorando, y sobre la mesa vi los regalos que le ha traído. ¡Jesús! Me ha dado frío en la espalda, como en una tumba. No se hablan; lloran. La madre de Mateusz me ha contado la escena, y sólo de oírla se me han puesto los pelos de punta.

— ¿No sabe si él ha hablado de Mateusz? — se informó Antek con interés.

— ¡Jura y perjura contra él que es un horror! Jasiek no se lo perdonará jamás, de seguro.

— No tenga miedo; no será Mateusz quien le pida perdón — rearguyó él colérico; y sin escuchar más se fué a la carrera a Podlesia a advertir a su amigo.

Le encontró en casa de Szymek, hablando con Nastusia en voz baja. Se lo llevó fuera, y cuando estuvieron a buena distancia, se lo contó todo.

A Mateusz se le atragantó la noticia y empezó a jurar.

Los dos se volvieron al pueblo. Mateusz tenía la cara larga y lanzaba melancólicos y profundos suspiros.

— Me parece que te pesa la noticia y que te ha afectado de veras — insinuó Antek prudentemente.

— ¡Qué me ha de afectar! ¡La tenía ya más atravesada que un hueso en la garganta! Es muy otra cosa lo que me acoquina.

Antek quedó muy sorprendido; pero no se atrevió a preguntar más.

— ¡No tendría bastante tiempo si hubiese de echarlas de menos a todas! Me cayó entre las manos, y la cogí; todo el mundo hubiera hecho otro tanto. Pero no creas: he tenido tanto placer con ella como un perro en un pozo hondo. Los lloriqueos que he tenido que aguantar bastarían para toda una vida. Si la dejaba me seguía como mi sombra. Que Jasiek la goce ahora. Llevo en la cabeza algo más importante que estos devaneos.

— ¡Decididamente, convendría que te casaras!

— Precisamente Nastka me estaba diciendo lo mismo.

— Hay más mozas que arena en el pueblo, y la elección no es tan difícil.

— Hace ya mucho tiempo que tengo algo en perspectiva — se le escapó de los labios, sin querer.

— Entonces tómame por padrino y fija la fecha de la boda, aunque sea inmediatamente después de la cosecha.

Esto no pareció caerle bien a Mateusz, porque, desviando la cara, volvió al tema de Jasiek. Seguidamente habló de los Szymek y de su granja, y confesó de paso, como quien no quiere, que Jendrzych le había comunicado en secreto a Nastusia que la Dominikowa iba a pleitear con motivo de la tierra de Jagusia, heredada de Maciej.

— Eso lo firmó mi padre, y nadie en el mundo se lo discutirá; naturalmente que no entregaré la tierra, pero le pagaré escrupulosamente su valor. ¡Qué quisquillosa! ¡Hasta por eso quiere armar pleito!

— ¿Es verdad que Jagusia devolvió a Hanka la escritura de la donación? — se informó Mateusz prudentemente.

— Sí; pero eso no significa nada, puesto que no la ha anulado en casa del notario.

Mateusz quedó visiblemente reconfortado, y no pudiendo disimular por más tiempo habló con calor de Jagusia, alabándola declaradamente en todo.

Antek, que se dió cuenta del pie que cojeaba su amigo, dijo con toda ironía:

— ¿Sabes lo que se dice ahora de ella?

— Ya sé que las malas lenguas del pueblo le atribuyen siempre lo peor.

— Que va detrás de Jasio como una perra salida — expuso Antek con intención bien deliberada.

— ¿Lo has visto tú? — Estaba rojo de rabia.

— Yo no les espío, porque eso no me da frío ni calor; pero todos los días se encuentra con Jasio en el bosque y corretean juntos por los campos.

— A esas charlatanas habría que apalearlas una después de otra. Sólo así acabarían pronto las habladurías.

— Pruébalo; tal vez les entre miedo y hagan caso — dijo Antek lentamente, recalcando las palabras, porque de pronto se habían apoderado de él los celos y sólo pensar que Mateusz podía casarse con ella le ponía frenético.

No siguió contestando a las palabras agresivas y con frecuencia desagradables de Mateusz por no descubrir lo que le atormentaba; pero en el momento de separarse no pudo contenerse y dijo sonriendo maliciosamente:

— El que se case con ella tendrá muchos cuñados.

Se separaron bastante fríamente.

Pero Mateusz, cuando se hubo alejado algunos pasos, se sonrió pensando:

— Debe mostrarse bastante arisca con él para que esté tan furioso contra ella y hable como habla. ¿Qué importa que vaya detrás de Jasio? Es todavía un niño. Y lo que a ella le atrae es más la sotana que lo que hay bajo... — discurría indulgentemente. Después de lo que Antek acababa de decirle sobre la escritura, había tomado la decisión absoluta de casarse con ella. Fué retardando el paso y calculó de memoria cuánto habría que pagar a Jendrzych y Szy-

mek para quedar único propietario de la tierra, de veinte fanegas enteras.

— La vieja es difícil de aguantar; pero tampoco vivirá eternamente.

Se acordó de las historias de Jagusia, lo que le preocupó algo.

— Lo que ha sucedido no volverá a suceder; y si quiere tener nuevos enredos yo le haré pasar pronto las ganas.

Su madre le esperaba en el camino entre setos delante de la cabaña.

— Jasiek está de vuelta — murmuró con zozobra; — ya se lo han contado todo.

— Más vale así; no habrá necesidad de mentir.

— Tereska ha venido ya varias veces; amenaza con que se va a tirar al estanque... que ella no...

— ¡Cuerno! ¡Es capaz de hacerlo, ya lo creo!...—murmuró él con espanto, y tanto se afectó que no pudo comer nada. No hacía más que aplicar el oído hacia el huerto de Jasiek, pues eran vecinos. Una inquietud creciente le angustiaba; apartó el plato y se puso a fumar cigarrillo tras cigarrillo; pero por más que luchó contra la inquietud que le atormentaba, por más que juraba contra sí mismo y contra todas las mujeres y procuraba tomar la cosa en broma, su intranquilidad por la suerte de Tereska iba siempre en aumento y se convertía en insoportable tortura. Varias veces se levantó para ir a la aldea, deseoso de estar entre gente, pero volvió a quedarse, esperando... no sabía qué.

Ya había obscurecido cuando de pronto oyó pasos, y antes de que pudiese distinguir de qué parte venían, Tereska se había colgado a su cuello.

— ¡Sálvame, Mateusz! ¡Jesús, lo que te he esperado y lo que te he buscado!

Él la hizo sentar a su lado, pero ella se apretaba contra su pecho como un niño pequeño, bañándole con las lágrimas que se desprendían de sus ojos, y sin cesar, murmuraba con desesperación:

— ¡Se lo han dicho todo! Antes hubiera esperado la muerte que verle hoy. Yo estaba en el linar, en el campo

del cura... Vino una mujer y me lo dijo... Por poco me caigo... Para mí era como si fuese al último suplicio... Tú no estabas en casa... he ido buscándote... no estabas en el pueblo... he rondado más de una hora; pero había que volver a casa... Y en medio de la estancia estaba él, blanco como la pared... Ha venido hacia mí con los puños levantados... preguntándome si era verdad... si era verdad...

Mateusz dió un respingo y se enjugó el sudor frío de su rostro.

— Se lo he confesado todo. Las mentiras no hubieran servido de nada... Cogió el hacha y... viendo que había llegado mi fin, me adelanté a decir: «Mátame; eso nos aliviará a los dos». Pero no me ha tocado siquiera. Sólo me ha mirado, se ha sentado delante de la ventana y se ha echado a llorar. ¡Jesús misericordioso! ¡Si al menos me hubiese dado una paliza, o me hubiese pisoteado, o maldecido!... Lo hubiera preferido, de seguro. Está allí sentado, y llora. ¡Y ahora, desdichada de mí, qué he de hacer yo! ¿Dónde he de ir? ¡Sálvame! ¡Sino me tiro al pozo o hago algo peor! ¡Socórreme! — gritó arrojándose a sus pies.

— ¿Qué he de hacer para ayudarte, desgraciada?—tartamudeó él, perplejo.

Ella se levantó de pronto, lanzando un aullido salvaje, delirante de rabia.

— Entonces, ¿por qué me has tomado? ¿Por qué me has engañado? ¿Por qué me has conducido al pecado?

— Habla más bajo; todo el pueblo va a acudir aquí.

Ella se arrojó de nuevo a él, apretó su cuerpo contra el suyo, lo cubrió de besos y le imploró con toda la vehemencia de su miedo, de su amor y de su desesperación.

— ¡Tú, el único, el que más quiero, acógeme, no me eches de tu lado! ¿Me quieres? ¡Entonces cógeme en tus brazos por última vez, tómame, abrázame, sácame de este suplicio y de este dolor y no me eches a la perdición! No tengo más que a ti en el mundo, a ti solo... Déjame estar contigo; te serviré como un perro fiel, como la más humilde criada.

Sus palabras eran como gemidos y salían de lo más profundo de su alma atormentada.

Pero Mateusz se revolvía como si estuviese cogido con tenazas y procuraba lo mejor que podía contestar con palabras evasivas, besándola y acariciándola y diciendo que sí a todo lo que ella quería. Cada vez más miedoso e impaciente, miraba en torno suyo porque le parecía que Jasiek estaba sentado en el umbral de la puerta que daba al camino de setos.

De pronto, Tereska, que repentinamente había traslucido toda la verdad, le rechazó y se puso a gritar como si le azotara con un látigo.

— ¡Mientes como un perro! ¡Siempre me has mentido! ¡Pero ahora no me engañarás más! Le tienes miedo al látigo de Jasiek y por eso te retuerces como un gusano pisoteado. ¡Y yo que te he creído un hombre honrado! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Y a Jasiek que es tan bueno, que me ha traído regalos, que nunca me ha dirigido una mala palabra, qué mal le he pagado! ¡Confiar en semejante embustero, en un perro así! ¡Vete corriendo hacia tu Jagusia! — gritó acercándose a él con los puños levantados. — ¡Anda y que el desollador os case! Sois el uno para el otro, tal para cual.

Se arrojó al suelo dando aullidos desgarradores.

Mateusz estaba de pie junto a ella sin saber qué hacer. Su madre se tragaba las lágrimas en un rincón, junto al muro cuando Jasiek surgió en el huerto y abrazando a su mujer se puso a cuchichearle palabras tiernas, impregnadas de lágrimas y de bondad.

— ¡Ven a casa, ven, desgraciada! No tengas miedo, no te haré nada; ya te has atormentado bastante, ven, pobre mujer...

La levantó, la llevó por el camino entre setos, y desde allí gritó a Mateusz:

— ¡Mientras viva no te perdonaré lo que me has hecho, tan cierto como Dios está en el cielo!

Mateusz no dijo una palabra; la vergüenza le ahogaba y le inundaba el corazón de una amargura tan penetrante y tan dolorosa, que se fué a la taberna y allí estuvo bebiendo durante toda la noche.

Todo lo ocurrido se supo en la aldea en un abrir y cerrar

de ojos. Se comentaba la conducta de Jasiek con general admiración y con mucho respeto.

— ¡Ya se puede buscar otro como él que no se encontrará! — comentaban las mujerucas muy conmovidas. En cambio, despotricaban de lo lindo contra Tereska; pero Jagustynka tomó su defensa con apasionamiento.

— Tereska no es culpable — gritaba, dondequiera que fuese, en cuanto oía que la criticaban. — Era todavía una mocosa cuando se llevaron a Jasiek al servicio; quedó enteramente sola, sin tener siquiera un chiquillo. Por lo tanto no es maravilla que después de tantos años haya echado de menos un cacho de hombre. Ninguna hubiera ayunado tanto tiempo. Y Mateusz la olió como un perro que husmea el buen rastro, y se puso a hacerle la corte, a decirle mentiras, a llevarla al baile, hasta que la tonta se dejó seducir.

— ¡Que no haya ningún tribunal para esos embaucadores! — suspiró una de las mujeres.

— La cabeza se le pone calva y aun va tras las faldas.

— Un pobre huérfano como él, un pobre soltero, ¿dónde ha de buscar ciertas cosas sino en casa de los demás? — bromeaba la gente.

— Mateusz es inocente. Ya sabéis todos que si la perra no quiere ningún gozque la obtiene — bromeó Stacho Ploszka; y faltó poco para que la broma le valiera una rociada de golpes de las mujeres.

Las habladurías cesaron pronto porque la cosecha estaba en puerta; vinieron los días secos y cálidos; en las alturas los centenos parecían implorar las guadañas y las cebadas también estaban en su punto; todos los días iba alguien a inspeccionar los campos y los más ricos ya reclutaban jornaleros.

El primero que se puso a segar fué el organista; había tomado a jornal unas quince mujeres y hasta la suya propia y sus hijas empuñaron la hoz; él lo vigilaba todo con ojos de lince. Jasio no acudió hasta después de la misa y no disfrutó mucho tiempo del campo, porque en cuanto se hizo sentir el gran calor de mediodía su madre lo mandó a casa para que no pillase una insolación.

— Va a buscar sombra al lado de Jagusia; es precisamente lo que quiere — masculló la Kozlowa mientras él se iba.

Encontró la casa muy calurosa y aburrida; y las moscas picaban con tal encarnizamiento que se fué al pueblo. Al pasar cerca de la casa de los Klemby, oyó una especie de gemido ahogado que salía de la cabaña, abierta por todos lados.

Agata estaba tendida en el corredor, junto al umbral. La estancia estaba desierta, pues toda la familia había ido al campo.

La llevó a la estancia, la tendió sobre la cama, le dió de beber, y después de muchos esfuerzos para reanimarla recobró un tanto el conocimiento y abrió sus ojos lacrimosos.

— Es mi fin, señorito — dijo sonriendo como un niño que despierta.

El quiso ir corriendo en busca del cura; pero ella le retuvo por la sotana.

— La Virgen Santa me ha dicho hoy: «prepárate para mañana, pobre alma fatigada». Aun tengo tiempo, señorito. ¡Mañana será!... ¡Gracias, Dios misericordioso, gracias! — tartamudeó cada vez más débilmente. Una sonrisa iluminó sus labios, juntó las manos y con la mirada perdida hacia no sé qué lontananzas pareció abismarse en una profunda oración, una plegaria de toda su alma. Jasio, dándose cuenta de que empezaba la agonía, corrió a llamar a los Klemby.

No volvió a verla hasta por la tarde. Estaba tendida en la cama y conservaba todas sus facultades. Tenía el cofre junto a ella, sobre un banco, y con sus manos rígidas sacaba de él todo lo que se había preparado para aquella su última hora: una sábana limpia para ponerla debajo, un cubrecama nítido, agua bendita, un hisopo todavía en muy buen estado y un gran trozo de cirio, una pequeña imagen de la Virgen de Czenstochowa para conservarla entre sus manos, una camisa nueva, una rica falda de lana, una cofia profusamente acanalada, una pañoleta que habían de anudarle al pecho y botinas completamente nuevas; todo el vestuario funerario que había ido completando en el curso

de su vida de mendiga, lo disponía en torno suyo, regocijándose ante cada cosa y elogiándola delante de las mujeres. Hasta se probó la cofia, y mirándose al espejo, murmuró muy dichosa:

— Me sienta bien; cuando esté muerta tendré aire de campesina acomodada.

Y acto seguido recomendó mucho que la vistiesen con aquellas preciosidades al día siguiente, al despuntar el alba.

Naturalmente, nadie se opuso a su voluntad; se andaba de puntillas en torno suyo para dulcificar sus últimos momentos todo lo posible.

Jasio permaneció sentado junto a ella hasta el crepúsculo, leyendo oraciones en voz alta. Ella repetía sus palabras durmiéndose de vez en cuando por corto tiempo, con una ligera sonrisa difusa en sus labios.

Cuando se sentaron a cenar, pidió huevos revueltos; pero picoteó una miaja de nada y apartó el plato. Al acostarse llamó a Tomek.

— No tengas miedo; no voy a incomodarte mucho tiempo — dijo plañideramente.

Al día siguiente a primera hora la vistieron como ella había ordenado y la tendieron en la cama de la Klembowa sobre las sábanas que le pertenecían. Ella misma vigilaba para que todo se hiciese como era debido; ella misma alisaba su delgada colcha dando golpecitos con sus manos temblorosas; ella misma vertió el agua bendita en un plato y puso en él el hisopo, y habiendo convenido, previo un postrer examen, que las cosas estaban como debían estar en hora tal en casa de un labriego, mandó buscar al cura.

Este vino con el Viático, la preparó para su último viaje y recomendó a Jasio que se quedase hasta el fin, porque él tenía prisa.

Jasio se sentó junto a la cama y leyó a media voz en su breviario. Los Klemby se quedaron también en casa, y no tardó en llegar Jagusia, que se acurrucó en un rincón sin hacer más ruido que un ratoncillo. En la estancia no se oía más que el zumbido de las moscas, pues la gente iba y venía

sin hablar, como sombras, contemplando temerosamente a Agata. Permanecía acostada con el rosario en la mano, en posesión de todas sus facultades; se despedía de todos los que entraban en la cabaña y hasta distribuyó algunos gros a los niños que se apelotonaban en el corredor y frente a la ventana.

— Toma, esto es para ti; y reza una oración por Agata — murmuraba contenta.

Luego, durante horas enteras, no dijo una palabra a nadie.

Estaba dignamente acostada, como una verdadera hacendada, en su cama y bajo sus santas imágenes como durante toda su vida había soñado. Descansaba llena de un tranquilo orgullo y de una dicha indescriptible; en sus ojos brillaban lágrimas de alegría. Hacía con los labios pequeños movimientos, sonreía como una bienaventurada, y por la ventana miraba hacia el cielo profundo, hacia los campos sin límites donde ya brillaban y resonaban las guadañas y caían los altos centenos maduros, hacia infinitas lontananzas que sólo podía ver su alma agonizante.

Pero cuando el día iba ya a declinar y los encendidos fulgores del poniente se esparcían en la estancia, tuvo un violento sobresalto, se sentó, y extendiendo las manos dijo con voz fuerte y desconocida:

— ¡Ha llegado mi último momento!

Y se desplomó.

Un gran pavor invadió la estancia, estallaron sollozos, los presentes se arrodillaron en torno a la cama, Jasio se puso a leer la oración de los agonizantes y la Klembowa encendió el cirio. La moribunda iba repitiendo las palabras de Jasio; pero cada vez con voz más débil, cada vez más desmayada, cada vez más hueca; sus ojos se extinguieron como un día de verano rendido de fatiga y su rostro se hundió en la niebla de la noche eterna. Soltó el cirio, y expiró.

Aquella mediga había muerto como la principal propietaria de la aldea. Jambrozy, que había llegado justamente a tiempo, le cerró los ojos; el mismo Jasio recitó por ella una

ardiente plegaria y toda la aldea vino a rezar junto a sus despojos, a llorar, a admirarse y a envidiar su muerte venturosa y su breve agonía.

Pero cuando Jasio vió sus ojos muertos y su cara petrificada como un bloque de tierra surcada por las garras de la muerte, le sacudió tal espanto que huyó a su casa. Se echó sobre la cama, hundió la cabeza en las almohadas y se puso a sollozar.

Jagusia corrió muy pronto en su busca, y aunque ella misma estaba poseída de espanto y de pesar, se puso a tranquilizarle y a enjugar su rostro desolado. El se apretó contra ella como lo hubiera hecho contra su madre, puso su cabeza dolorida sobre su seno, le pasó los brazos en torno al cuello, y, siempre sollozando, se lamentó:

— ¡Dios mío, qué espantoso, qué horrible!

En aquel momento entró la mujer del organista. Al verles se puso fuera de sí:

— ¿Qué estáis haciendo?

Y adelantándose hasta el centro de la estancia aulló loca de furor, fuera de sí:

— ¡Vaya qué manera de consolar a mi hijo! ¡Eres una consoladora digna de pelar! Pero, es lástima, hija, porque Jasio no necesita niñera. Se sabe limpiar las narices solo.

Jagusia levantó hacia ella sus ojos llenos de lágrimas, y temblando de miedo, se puso a hablar de la muerte de la anciana. Jasio también procuró explicar a su madre lo ocurrido; pero la mujer del organista, a la que, por lo visto, sus comadres le habían llenado la cabeza previamente, le vociferó:

— ¡Eres tonto como un ternero! Vale más que te calles, si no quieres recibir algo.

Se precipitó hacia la puerta, la abrió de par en par y gritó a Jagusia:

— ¡Lárgate de aquí, y no vuelvas a acercarte porque te suelto los perros!

— ¿Qué mal he hecho yo? — tartamudeaba, enloquecida de vergüenza y de dolor.

— ¡Despeja en seguida o te suelto los perros! ¡No seré yo quien llore por culpa tuya, como Hanka o la alcaldesa! ¡Ya te enseñaré a hacer el amor, so zorra! ¡Te acordarás de mí, arrastrada!... — gritó con todas sus fuerzas.

Jagusia prorrumpió en sollozos y salió corriendo.

Y Jasio se quedó como herido por un rayo.

XII

De pronto se precipitó hacia la puerta para correr tras ella.

— ¿A dónde vas? — gruñó su madre amenazadora, cerrándole el paso delante de la puerta.

— ¿Por qué la has echado, mamá, por qué? Ha sido muy buena conmigo. Es injusto, no lo permitiré. ¿Pero qué mal ha hecho? — exclamó febrilmente, tratando de sustraerse a la dura mano de su madre.

— Siéntate aquí, ahora mismo; de lo contrario llamo a tu padre. ¿Qué por qué la he echado? Te lo voy a decir en seguida: tú has de ser cura, y por eso no quiero que me traigas a casa una querida; no quiero pasar por la vergüenza de que la gente te señale con el dedo. Por eso la he echado. ¿Comprendes ahora?

— ¡En nombre del Padre y del Hijo! ¿Pero qué dice mi madre? — balbuceó Jasio, profundamente indignado.

— ¡Digo lo que sé! Ya estaba enterada de que te encontrabas con ella en el bosque; pero tomo a Dios por testigo de que no abrigaba ninguna sospecha de ti. Yo sólo me decía: tu hijo no se atreverá nunca a manchar el traje talar. ¡Te maldeciría por toda la eternidad, te arrancaría para siempre de mi corazón, aunque me hubiera de hacer en añicos!

Sus ojos centelleantes estaban llenos de tan santo e inexorable horror, que Jasio quedó inmóvil de miedo.

— La Kozlowa me ha abierto los ojos y ahora he podido ver yo misma a dónde quería llevarte esa perra...

El se echó a llorar, y sollozando y lamentándose de aquellas horribles sospechas, refirió todos sus encuentros con tal sinceridad que ella le creyó completamente, y atrayéndolo contra su pecho se puso a enjugarle las lágrimas y a calmarle.

— No te extrañe que haya tenido miedo por ti, porque ella es la correntona de peor calaña de todo el pueblo.

— ¡Jagusia! ¡La peor del pueblo!

No podía dar crédito a sus oídos.

— Me da vergüenza; pero por tu bien te lo voy a contar todo.

Y le contó diferentes historias, sin olvidar las habladurías y las falsedades que se habían inventado sobre Jagna.

A Jasio se le erizaron los cabellos y poniéndose en pie, exclamó:

— Eso no es verdad; no creeré nunca que Jagusia tenga una conducta tan baja, nunca...

— Te lo dice tu madre, y basta. Esas historias no las he sacado de la punta de los dedos.

— ¡Eso son habladurías, nada más que calumnias! ¡Sería espantoso! — y se retorcía las manos con desesperación.

— ¿Y por qué la defiendes con tanto tesón?

— ¡Yo defiendo a todos los que son inocentes, a todos!

— ¡Tienes una cabeza de chorlito! — decía colérica, lastimada por tanta credulidad.

— Como tú quieras, madre. Pero si Jagusia es una perdida, ¿por qué permites que venga a casa?

Estaba rojo como un gallo en plena pelea.

— No quiero darte más explicaciones, ya que eres bastante tonto para no comprenderlas; pero puedo decirte una cosa: ponte a distancia de ella, porque si os vuelvo a pillar juntos, dondequiera que sea, le voy a arrear tal paliza, aunque esté delante todo el pueblo, que habrá de pen-

sar en mí durante un mes ruso! (1) ¡Y hasta es posible que lleves también tu parte!

Y salió de la habitación, dando un portazo.

Jasio, sin comprender bien porqué le interesaba tanto la buena reputación de Jagusia, mascaba las palabras de su madre como cardos espinosos; su pensamiento volvía siempre a lo mismo y le llenaba el alma de amargura.

— ¡Conque una así Jagusia, una así! — lamentaba en tono de reproche; y si en aquel momento se hubiese presentado ella, le hubiera vuelto la espalda con desprecio y cólera. ¡Nunca lo hubiera pensado siquiera! ¡Ni por asomo se le hubieran ocurrido tan horribles ideas! Cavilaba sobre esto con una pena más y más torturadora, deseoso de correr hacia ella para mirarla al fondo de los ojos y echarle en cara toda la retahila de sus pecados.

— ¿Cómo podrá negar lo que se dice de ella? — pensaba febrilmente; pero cada vez creía más en su inocencia. Una gran compasión se apoderaba de él, un gran deseo mudo le impulsaba hacia Jagna, despertando los dulces y alegres recuerdos de sus encuentros pasados, y una niebla de sol, un placer inexplicable le velaba los ojos esparciendo por su alma algo así como un bálsamo suave. De repente se levantó y se puso a gritar como si se dirigiese al mundo entero:

— ¡No es verdad! ¡Eso no es verdad! ¡Eso no es verdad!

Durante la cena tuvo obstinadamente fija la mirada en su plato, evitando la de su madre, y aunque se habló de la muerte de Agata, no se mezcló en la conversación. Se limitó a criticar algunas cosas, hizo dengues a la comida, contradijo a sus hermanas, se quejó del calor, y en cuanto levantaron la mesa huyó a la rectoría. El cura estaba sentado en la galería con la pipa entre los dientes, en conversación con Jambrozy. Los evitó desde lejos, y paseándose por debajo de los árboles del huerto del cura, se abismó en aplastantes cavilaciones.

---

(1) Entre el mes católico romano, que es el polaco, y el mes ruso, hay trece fechas de diferencia que, añadidas a un mes ordinario, dan el mes largo a que alude la mujer del organista.

— Sin embargo, tal vez sea verdad. Mamá no puede haber inventado eso.

Las ventanas de la rectoría esparcían franjas de luz sobre el césped, donde retozaban los perros. Un vozarrón se hizo oír desde la galería:

— ¿Has visto bien la cebada de la Hoyada de los Cerdos?

— La paja está aún un poco verde, pero el grano está seco como pimienta.

— Tendrías que airear mañana mis ropas. Se van a apolillar. Lleva el sobrepelliz y las albas a casa de la Dominikowa y que Jagusia los limpie. Pero, oye: ¿quién ha venido con su vaca esta tarde?

— Un hombre de Modlica. El molinero lo ha encontrado en el puente y ha intentado conquistarlo para su toro, y hasta le ha prometido dejar cubrir la vaca por nada; pero el hombre ha preferido el nuestro...

— Ese tiene la cabeza sobre los hombros; por un rublo tendrá provecho para toda la vida; a lo menos tendrá vacas como han de ser. ¿Sabes si los Klemby van a pagar los gastos del entierro de Agata?

— ¡Ya lo creo! Ha dejado diez rublos cabales para su entierro.

— Entonces la podremos enterrar con pompa, como una labriega acomodada. Y di a los de la hermandad que yo puedo venderles cera y que compren sólo de la blanca. Mañana arreglará Michal la iglesia y tú, por lo tanto, ve a la cosecha con la gente, y espoléales; el barómetro no dice nada bueno y podría haber tormenta. ¿Cuándo se ponen en camino los peregrinos para Czenstochowa?

— Han encargado una misa de alba para el jueves; luego, es de pensar que se irán en seguida.

Esta conversación fastidiaba un poco a Jasio. Se fué más lejos, hasta cerca de la valla baja de ramas entrecruzadas, que separaba el huerto del colmenar, en el estrecho sendero invadido por la broza, y se paseó, dando de vez en cuando con la cabeza contra las ramas doblegadas bajo el peso de tantas manzanas.

La vesperada era cálida y sofocante, el aire olía a miel

y al centeno recolectado en alguna parte detrás del huerto; la atmósfera era pesada, los troncos blanquecinos se perfilaban en la obscuridad, como largas camisas puestas a secar; cerca del estanque los perros lanzaban ladridos agresivos y de casa de los Klemby llegaban de tiempo en tiempo, a ráfagas, letanías fúnebres y plañideras.

Fatigado por todas sus reflexiones, Jasio se volvía ya a casa cuando oyó de pronto un ruido: algunos cuchicheos ardientes y sofocados parecían venir del colmenar.

No vió a nadie; pero se detuvo y escuchó, reteniendo el aliento.

— ... al diablo... suéltame; ¡suelta o voy a gritar!...

— ... tonta... ¿por qué te resistes? ¡Si yo no quiero hacerte ningún daño!...

— ... nos van a oír. Dios mío, me vas a hundir las costillas... suéltame...

¡El Pietrek de los Boryna y la Marysia del cura! Los reconoció por la voz y se alejó sonriendo; pero después de dar algunos pasos, volvió a donde estaba antes y aplicó el oído con el corazón extrañamente emocionado. Espesos arbustos les abrigaban y la noche era tan obscura que no se podía distinguir nada; pero oía cada vez más claramente palabras breves, cortadas, palabras ardientes que se elevaban como llamas, y a veces, durante largos ratos, se percibía como una efervescencia de respiraciones calenturientas, palpitantes, y el roce de dos cuerpos.

— ... uno enteramente igual al de Jagusia, tú verás..., pero no has de ser así, Marys...

— ... como si yo fuera a creerte en seguida!... Yo no soy una de esas... ¡Dios mío, déjame respirar!...

Los arbustos moviéronse con gran ruido y algo pesado se desplomó en tierra; pero al poco rato empezaron de nuevo los ardientes murmullos, cortos y estremecidos, las risas ahogadas y los besos.

— ... no puedo ni dormir, pensando en ti, Marys..., en ti, querida mía...

— ... lo mismo les dices a todas... Te esperé hasta media noche... y tú estabas con otra.

De pronto fué como si Jasio no oyese ya nada: temblaba como una hoja de árbol. Un soplo de viento pasó por el huerto, los árboles se movieron, susurraron quedamente como embriagados por el sueño, y del colmenar venían tan dulces perfumes que le oprimían el pecho; sus ojos se llenaron de lágrimas, un estremecimiento caluroso le recorrió todo el cuerpo y le inundó una sensación tan deliciosa que no hizo más que desperezarse y suspirar.

— ... pienso tanto en ella como en esas estrellas... Jasio es el que ahora le gusta.

Recobró sus facultades, se apretó contra la valla, y escuchó, estremeciéndose más y más.

— ... es verdad... cada noche va ella a buscarle... la Kozlowa les ha sorprendido en el bosque...

El mundo dió vueltas en torno suyo y sus ojos se obscurecieron; apenas le sostenían las piernas, pero allá en la espesura se oían siempre los rumores de besos que le trastornaban, las risitas ahogadas y los cuchicheos.

— ... te echaré agua hirviente a la cabeza como a un perro...

— ... sólo esta única vez, tesoro mío... no te haré daño... ya lo verás...

— ... ¡Pietrus, Dios mío, Pietrus!...

Jasio dió un salto atrás y echó a correr como un gamo. Su sotana quedaba siempre prendida en la maleza. Volvió a su casa precipitadamente, rojo como una remolacha, sudando y con calentura. Por fortuna, nadie se fijó en él. Su madre estaba sentada delante de la chimenea con su rueca, e hilaba tarareando: «Todas nuestras penas cotidianas»; sus hermanas juntaban por lo bajo sus voces a la de ella, lo mismo que Michal, que estaba limpiando los candeleros de la iglesia. El padre dormía.

Jasio se encerró en su cuarto y se sentó delante de su breviario; pero de poco le sirvió repetir una a una las palabras latinas: seguía oyendo siempre aquellos cuchicheos y aquellos besos, y, finalmente, apoyó la frente contra el libro y se entregó sin querer a sus pensamientos, que se agitaban como un huracán de fuego.

— ¡Conque es así!... — pensaba con horror creciente; pero, al mismo tiempo, con una especie de delicioso espeluzno. — ¡Es así! — exclamó de pronto en voz alta; y queriendo substraerse a aquellos pensamientos odiosos, tomó su breviario bajo el brazo y fué a donde estaba su madre.

— Voy a rezarle una oración a Agata — dijo quedamente, con voz humilde.

— Ve, hijo mío, yo iré a buscarte más tarde. — Y le miró con gran ternura.

En la cabaña de los Klemby ya casi no había nadie; sólo Jambrozy mascullaba oraciones en su libro junto a la difunta, que estaba cubierta con un sudario; en el borde de la cama lucía un cirio metido en un cacharrito; ramas recargadas de manzanas miraban por la ventana abierta; el cielo estaba cuajado de estrellas; a veces algún transeúnte retrasado asomaba por la ventana su cara extrañada; en el corredor los perros no hacían más que ladrar.

Jasio se arrodilló junto al cirio y se entregó con tanto ardor a sus oraciones que ni se dió cuenta de que Jambrozy se había vuelto a su casa renqueando, que los Klemby dormían en un rincón del huerto y que los gallos cantaban el primer canto. Por fortuna, su madre no le había olvidado. Vino por él, y marcharon a descansar.

Pero el sueño huía de él aquella noche, y en cuanto empezaba a adormecerse aparecíasele Jagusia como si fuera de carne y hueso. Entonces se incorporaba en la cama, se restregaba los ojos y miraba asustado en torno suyo. Naturalmente, no había nadie; toda la casa estaba sumida en un profundo sueño y se oía el ronquido de su padre en la otra estancia.

— Entonces, tal vez sólo por eso ella ha... — pensaba acordándose de sus ardientes besos, de sus ojos fulgurantes y de su voz temblorosa. — Y yo creía que... — Sacudido por la vergüenza, saltó de la cama, abrió la ventana, se sentó y meditó hasta el alba, profundamente arrepentido de sus faltas y tentaciones involuntarias.

Por la mañana, durante la misa, no se atrevió ni a levantar los ojos hacia la gente ni a mirar la iglesia; pero no

por eso rogó menos ardientemente por Jagusia, pues ahora creía firmemente en sus terribles pecados. Sin embargo, su recuerdo no podía despertar en él el menor enojo ni la menor repugnancia.

— ¿Hombre, qué te pasa? ¡Suspirabas tan fuerte que por poco apagas los cirios! — le preguntó el cura en la sacristía.

— ¡Me ahogo de tal modo bajo mi sotana! — se lamentó, apresurándose a volver la cara.

Jasio le besó la mano y fué a desayunarse; caminando a la sombra, a lo largo del estanque, porque el sol apretaba, encontró a la Marysia del cura; tiraba del caballo ciego por la crin y cantaba con voz chillona.

La escena de la noche anterior le pinchaba como una lezna, y se dirigió a ella irritado:

— ¿Por qué estás tan contenta, Marysia? — le preguntó mirándole medio avergonzado y con curiosidad.

— Porque estoy de buen humor — contestó ella riendo. Sus dientes brillaron, empujó el caballo y volvió a cantar aún más fuerte.

— ¡Estará de tan buen humor por lo de anoche!—pensó Jasio desviando la mirada porque bajo la falda muy arremangada, lucían las blancas pantorrillas desnudas de la muchacha; hizo un gesto de indecisión, abriendo los brazos y dejándolos caer, y entró en casa de los Klemby. Agata yacía con gran pompa en medio de la estancia, vestida con sus ropas de fiesta y con su cofia, cuya ancha franja alechugada le cubría la frente; llevaba perlas en el cuello, una falda de lana nueva, y botinas lazadas con trencillas rojas; su cara era como un vaciado en cera blanca y tenía una expresión singularmente serena; entre sus dedos rígidos había atravesada una pequeña imagen; dos cirios ardían a cada lado de su cabeza; Jagustynka espantaba las moscas con una rama; de la chimenea salía humo de enebro que se esparcía por toda la estancia; a cada instante entraba alguien a rezar una oración por la difunta, y algunos niños iban y venían a lo largo de los muros.

Jasio lanzó una mirada un tanto angustiosa en torno a la estancia.

— Los Klemby se han ido al pueblo — le susurró Jagustynka al oído. — Les ha dejado bastante para el entierro y se verificará con todos los honores. Y, además, era parienta suya. No se hará hasta mañana, porque Mateusz no ha terminado todavía el ataúd.

La estancia olía a cerrado y la cara amarillenta de la muerta, inmovilizada en una sonrisa, le llenó de tal espanto que no hizo más que santiguarse y salir. Precisamente en el umbral se encontró de manos a boca con Jagusia. Ella iba con su madre y se detuvo al verle, pero él se cruzó con ella sin decir palabra; ni siquiera alabó al Señor. Sólo en el camino de setos se volvió sin querer, para verla; ella estaba aún en pie en el mismo sitio y le miraba fijamente con sus ojos tristes.

En casa no quiso tomar el desayuno, alegando un dolor de cabeza agudo.

— Paséate un poco; tal vez te pasará — le aconsejó su madre.

— Pero, ¿dónde quieres que vaya, mamá? Si me voy vas a pensar sabe Dios qué.

— ¿Por dónde me sales, Jasio?

— Pero, mamá, ¿si no me dejas mover de casa? Me has prohibido hasta hablar con la gente... — En su mal humor procuraba vengarse de ella.

Y el resultado de todo fué que ella le vendó la cabeza con un paño empapado en vinagre, le acostó en el cuarto obscuro y después de despachar a los niños al patio le veló como una gallina clueca hasta que hubo dormido un buen sueño y comido convenientemente.

— Ahora ve a pasearte — le dijo; — ve a la carretera de los álamos; allí hay más sombra y hace más fresco.

El no contestó nada; pero sintiéndose atentamente seguido por los ojos de su madre, tomó adrede otro camino; anduvo sin dirección por el pueblo; vió como los ayudantes del herrador asestaban sus martillazos, dió una ojeada al molino, vagó por las huertas, examinando cuidadosamente los linares y todos los sitios donde lucían vestidos rojos de mujeres, se sentó al lado del señor Jacek que apacentaba las

vacas de Weronka en un lindero, bebió leche en casa de los Szymek en Podlesia, y no volvió al pueblo hasta el crepúsculo, sin haber hallado a Jagusia.

No la vió hasta el día siguiente, en el entierro de Agata. Ella le miró tan fijamente durante todo el oficio que las letras le bailaban ante los ojos y se equivocó cantando. Cuando condujeron el cadáver al cementerio, sin hacer caso de las miradas amenazadoras de la mujer del organista, ella se colocó casi a su lado, y al oír Jasio sus suspiros de pena se sintió que se derretía como la nieve bajo el sol de primavera.

Cuando metieron el ataúd en la fosa y estallaron las lamentaciones, él oyó también su llanto deshecho; pero comprendió que no sollozaba por la muerta, sino porque una pena aplastante torturaba su alma herida.

— Es preciso que le hable — decidió al volver del entierro; pero durante mucho tiempo no pudo eclipsarse como él quería, pues, desde mediodía, la gente de otros pueblos y hasta de otras parroquias empezó a llegar a Lipce para la peregrinación del día siguiente a Czenstochowa. El grupo había de partir temprano, inmediatamente después de la misa solemne. Iban llegando despacio; los caminos, en torno al estanque, se llenaron de carruajes y de voces. Muchos fueron también a la rectoría, y Jasio tuvo que quedarse y ayudar al rector en diferentes cosas. Pero, al anochecer, acechó el momento oportuno, cogió su libro y se deslizó sin ser visto hasta la linde, detrás de los hórreos, bajo el peral donde varias veces se había sentado con Jagusia.

No hay que decir que ni siquiera abrió el libro, sino que lo tiró sobre la hierba. Miró a los campos circundantes, anduvo a través de los centenos y encorvado, casi a gatas, se deslizó hasta el huerto de la Dominikowa.

Jagusia trabajaba en los campos de patatas sin sospechar que la miraba, pues de tiempo en tiempo se erguía penosamente y, apoyada en su azadón, dejaba vagar a lo lejos sus ojos tristes, exhalando largos y profundos suspiros.

— ¡Jagusia! — exclamó él con temor.

Ella se puso como un lienzo de lino blanco y quedó como

petrificada, sin poder dar crédito a sus oídos. Su pecho oprimido quedó sin respiración. Le miró como si fuera una aparición maravillosa, una dulce sonrisa brilló en sus labios, que, de pronto, se pusieron carmíneos, todo su ser se dilató como una llama y se puso radiante como el sol.

Los ojos de Jasio brillaron con el mismo fulgor y una dulzura de miel invadió su corazón; pero se dominó, permaneció silencioso y acabó sentándose en un tajo mirándola con singular delicia.

— Temía no volver a verle nunca, Jasio...

Fué como si un viento perfumado, viniendo de las praderas, soplase sobre él y le hiciese bajar la cabeza. Aquella voz, al resonar en su alma, le inundaba de una dicha inconcebible.

— Jasio, ayer no me miró siquiera... en casa de los Klemby.

Estaba en pie delante de él, encendida como un zarzal de rosas, como la flor del manzano que desfallece en el fuego del deseo, llena de hermosura y enteramente parecida a un hada maravillosa.

— ¡Creí que el corazón me iba a estallar! Por poco pierdo la razón.

Las lágrimas que brillaron bajo sus pestañas, como diamantes, velaban el cielo azul de sus ojos.

— ¡Jagusia! — se le escapó a él de lo más hondo de su corazón.

Ella se arrodilló en el surco, y apretándose a sus rodillas puso en él sus ojos que eran como abismos de fuego, sus ojos azules como el cielo, insondables como él, sus ojos embriagadores como besos y como las caricias de manos queridas, sus ojos en que reflejaba a la vez la tentación y la inocencia.

El tuvo un violento sobresalto, y, como para defenderse de sus encantamientos, se puso a reprocharle severamente todos sus pecados, todos los que le había contado su madre. Ella bebía sus palabras sin apartar de él los ojos; pero no se daba muy bien cuenta, porque ella sabía sólo una cosa: que el que ella quería por encima de todo estaba sen-

tado allí delante de ella, que le contaba cosas, que sus ojos brillaban, que ella estaba arrodillada a sus pies como delante de un santo y que le adoraba con la fe sin límites del amor.

— ¡Jagus, di que todo eso no es verdad! ¡Dilo! — le instaba él con voz implorante.

— ¡No es verdad! ¡No es verdad! — confirmó ella con tal sinceridad que él la creyó.

Entonces ella apoyó su pecho en las rodillas de Jasio, y, como anegada en sus ojos, le confesó su amor en voz baja... Como en la santa confesión abrió su alma, tan grande como era, cayendo a las plantas del hombre amado como un pajarillo extraviado, y en una ardiente plegaria de adoración, se abandonó toda entera a su compasión y a su voluntad, buena o mala.

Jasio temblaba como hoja de árbol sacudida por violenta tempestad; quería rechazarla y huir, pero sólo murmuró con voz desfallecida, extraviada:

— Cállate, Jagus; eso no puede ser, es un pecado.

Ella calló, en efecto, sin fuerzas... Ya no se dirigieron ni una palabra más, sus ojos se evitaban y, al mismo tiempo, se acercaban tanto el uno al otro que oían los latidos de sus corazones y su respiración pesada, ardiente; un bienestar indecible les inundaba el pecho, les corrían las lágrimas por sus caras pálidas, sus labios rojos se sonreían, y, como en el momento de la elevación, sus almas estaban sumidas en un silencio santísimo, en una claridad misteriosa que irradiaba en alguna parte, en las alturas, hacia las que volaban ambos.

El sol había traspuesto ya y la tierra estaba inundada de arreboles, como sumergida en un rocío dorado. Todo callaba, todo retenía su respiración, todo se recogía piadosamente esperando que las campanas tocasen el Angelus, todo parecía dar gracias a Dios en una plegaria muda por la santa gracia del día recibido. Fueron por los campos que el poniente espolvoreaba con su oro, caminaron por los linderos floridos, a través de los trigos maduros, rozando con las manos las espigas que llegaban hasta sus rodillas,

andaban con los ojos fijos en los últimos fulgores del sol, en el ancho precipicio dorado del cielo, y tenían el cielo en el alma, el cielo en los ojos y como un nimbo celeste en torno de la cabeza.

Era como si en ellos se celebrase una misa, tan llenos estaban de divina piedad, tanto sus almas se desmayaban en el éxtasis, tanto cantaban sus corazones transportados al cielo para dar gracias a Dios por lo que les había revelado a los dos en aquella hora de la vida.

No hablaban; sólo sus miradas se cruzaban continuamente como relámpagos, miradas llenas del fuego de sus corazones y ya casi inconscientes de sí mismas.

Tampoco se daban cuenta de que habían empezado a entonar una canción, una canción que brotaba de sus almas, y que, gorjeando como un pájaro, se lanzaba por encima de los campos crepusculares, a través del mundo entero.

No sabían siquiera donde estaban, ni adonde iban, ni qué objeto tenía aquella caminata.

De pronto se oyó tras ellos una voz dura y seca.

—¡Jasio, a casa!

El volvió en sí instantáneamente; estaban en la carretera de los álamos y su madre permanecía en pie delante de ellos, con cara amenazadora, inexorable. El tartamudeó algo incomprensible.

—¡A casa, inmediatamente!

Lo agarró por el brazo y tiró de él furiosa. El se dejó llevar humildemente, sin oponer resistencia.

Jagusia les seguía como hechizada, y la organista cogió inopinadamente una piedra del camino y se la lanzó con una rabia espantosa.

—¡Márchate! ¡A tu garita, perra! —le gritó con desprecio.

Jagusia miró en torno suyo, sin comprender lo que quería aquella mujer. Cuando hubieron desaparecido vagó largo rato por los caminos, y ya en su casa, al acostarse todos, se sentó fuera, apoyada en la pared, y allí se quedó hasta el alba.

Pasaron las horas. Los gallos cantaban, los caballos relinchaban junto a los carros a lo largo del estanque, apuntó la aurora y la aldea empezó a agitarse; se iba a buscar agua al estanque, se llevaba el ganado a los pastos, había quien se dirigía ya a su trabajo, las mujeres charlaban, los niños lloriqueaban, y ella, siempre sentada en el mismo sitio, con los ojos abiertos, soñaba con Jasio, creía hablar con él, que se miraban tan de cerca que deliciosas llamas la rodeaban toda, que caminaban juntos y que cantaban algo que no conseguía retener; soñaba siempre el mismo sueño, único.

La presencia de su madre y de Hanka, vestida para la romería, hizo que se desvanecieran sus maravillosas visiones. Hanka les alargó la mano con cierta cortedad en señal de reconciliación.

— Voy a Czenstochowa y quiero pediros perdón antes de marchar por las ofensas que os haya podido hacer.

— Dios la bendiga por su buena acción; pero la injusticia siempre es injusticia — refunfuñó la vieja.

— Demos al olvido lo pasado. Mi arrepentimiento es sincero.

— No le guardo rencor — expuso la Dominikowa suspirando.

— Ni yo tampoco, a pesar de lo que me ha hecho sufrir — declaró Jagusia gravemente. Y como ya tañía la campana fué a vestirse para ir a la iglesia.

— ¿Saben que Jasio forma también parte de la peregrinación? — dijo Hanka después de una pausa.

Al oír la noticia Jagusia salió precipitadamente de la estancia a medio vestir.

— La misma organista acaba de decirme que su hijo quiere ir a toda costa a Czenstochowa. Para nosotras será más agradable y hasta un honor hacer el viaje con un curita.

Dicho esto se despidió para dirigirse a la iglesia. Por el camino fué refiriendo a todo el mundo lo de Jasio. La noticia sorprendía, verdaderamente, y, al conocerla, Jagustynka movió la cabeza y dijo en voz baja:

— Aquí hay gato encerrado. Estoy segura de que no va porque sí.

Pero no había tiempo para hacer largos comentarios, pues la mitad del pueblo se había reunido en la iglesia y el cura empezaba ya la misa de los peregrinos.

Jasio le ayudaba como siempre; pero tenía la cara un poco más pálida y reflejaba una expresión singularmente dolorosa: sus ojos inflamados estaban aún empañados de lágrimas y veía a la gente congregada en la iglesia como a través de una niebla: a Tereska, tendida en cruz durante todo el oficio, los ojos espantados de Jagusia, a su madre, que estaba sentada en el banco de los castellanos, y a los peregrinos que iban avanzando para comulgar, a todos les veía a través de la bruma de sus lágrimas apenas retenidas, a través de la pena que le desgarraba el corazón y de su mortal tristeza.

El cura, en pie delante del altar, hizo la señal de la cruz sobre los que se marchaban, y cuando salieron en masa delante de la iglesia los roció con agua bendita y les bendijo; en seguida izaron el estandarte, la cruz brilló a la cabeza de la comitiva, alguien entonó un cántico y la expedición se puso en marcha, empezando su larga ruta.

De Lipce figuraban Hanka, Marysia Balcerkowna, la Klembowa con su hija, Grzela, el de la jeta de través, Tereska y su marido, que habían hecho voto de no tomar nada caliente durante todo el camino, y algunas arrendatarias; con la gente de otros pueblos eran unos cien.

Toda la aldea les escoltaba. Algunos carros cargados de fardos seguían detrás. A pesar de ser muy de mañana el calor aumentaba ya, el sol cegaba los ojos y el polvo se levantaba en torbellinos, envolviéndoles en sofocantes nubes grises.

Jagusia iba con su madre. Tenía el rostro terriblemente descompuesto y temblaba interiormente de tan apenada que estaba. En medio de su abandono miraba a Jasio como hubiera mirado al sol; pero desde lejos, claro está, porque la organista y sus hijos no se separaban de él ni un momento, de modo que no había medio de hablarle ni siquiera de presentarse a él.

Mateusz le contaba algo y su madre y algunas amigas

le hablaban también; pero ella no oía ni sabía nada fuera de que Jasio se marchaba para siempre y que ella no volvería a verle nunca, nunca más.

Al llegar a la cruz del bosque, la escolta se despidió de los peregrinos, que continuaron su camino cantando. Por fin se perdieron de vista enteramente; ya sólo se veía a lo lejos las espirales de polvo que se alzaban de la carretera.

— ¿Por qué se va, por qué? — gemía ella arrastrándose como una muerta tras los que volvían a la aldea.

— ¡Voy a morir! — pensaba, sintiendo como el primer contacto de la muerte y avanzando cada vez más despacio y más pesadamente, extenuada por el calor, el cansancio y aquel espantoso suplicio.

— ¿Qué haré ahora? — se preguntaba contemplando aquella claridad que la cegaba dolorosamente y pensando en su soledad.

Esperó nostálgicamente la calma de la noche; pero tampoco la noche le trajo alivio ni confortación; vagó hasta el alba en torno a la cabaña, se arrastró por la carretera, se fué hasta Podlesia, al pie de la cruz, donde había visto a Jasio por última vez, y con sus ojos hinchados por el sufrimiento parecía buscar en la ancha carretera polvorosa las huellas de sus pasos, aunque no fuese más que su sombra, aunque no fuese más que un poco de tierra que él hubiese pisado...

No le quedaba nada en la tierra, no había para ella misericordia ni salvación.

Finalmente, le faltaron hasta las lágrimas. Sus ojos embotados por la tristeza y la desesperación, brillaban como pozos de insondable dolor.

Sólo de tiempo en tiempo, cuando rezaba, una queja melancólica escapaba de sus labios ardientes:

— ¿Y por qué todo esto, Dios mío, por qué?...

XIII

En casa de la Dominikowa la vida se hizo realmente insoportable: Jagusia vagaba como alma en pena y no sabía nada de lo que pasaba en este mundo; Jendrzych se despachaba del trabajo de cualquier modo, y cada vez pasaba más tiempo en casa de Szymek; en la granja todo iba a río revuelto hasta el punto de que a veces las vacas pastaban sin haberlas ordeñado; los cerdos gruñían de hambre y los caballos mordían el comedero. La vieja no podía atender a todo; medio ciega y con los ojos vendados, tenía que servirse de su bastón para encontrar el camino y, por lo tanto, nada tenía de extraño que con tantos pesares no supiera dónde tenía la cabeza.

El estiércol destinado a la sementera del candeal se secaba en el campo y no había nadie que lo labrase; el lino estaba implorando que lo arrancasen; hubiera convenido escardar y aporcar aun otra vez las patatas; no había leña para la cocina, los aperos de labranza se echaban a perder; dentro de poco habría que recolectar, había trabajo sobrado para diez brazos, y, sin embargo, iba todo tan despacio como si no se hiciese más que meterse el dedo en la nariz. Tomó a jornal a una mujer y ella misma trabajaba todo lo que podía, excitando a sus hijos al trabajo; pero Jagusia permanecía sorda a sus ruegos y a sus reflexiones, y una vez que

la oyó reconvenir duramente a Jendrzych le habló sin el menor respeto.

— ¡Cualquier día lo echo todo a rodar! Ya estoy harta de sus gritos. Usted, que echó de casa a Szymeck, acabará teniendo que hacer sola el trabajo. ¡Y bien contento está de haber salido de esta casa! No la echa a usted de menos para nada. Tiene su hogar, dinero, mujer y una vaca, y es dueño de su persona — exclamó con el deliberado propósito de exasperarla, aunque desde prudente distancia.

— La verdad es que ese bandido se ha salido con la suya — murmuró la vieja irritada.

— Hasta la Nastusia se admira al ver lo bien que le va todo.

— Habrá que tomar un criado o contratar a algún jornalero — suspiró la vieja.

Jendrzych se rascó la cabeza, y se atrevió a decir:

— ¿Para qué tomar a nadie si Szymeck lo podría hacer todo? Sólo habría que decirle una palabra.

— ¡Burro! No metas la nariz donde no te importa — gritóle la madre disgustada solo de pensar que tuviera que acabar poniéndose de acuerdo con el otro.

Pero lo que más le preocupaba en aquellos momentos era saber lo que le pasaba a Jagusia. Jendrzych no lo sabía tampoco, y no se atrevía a preguntar nada a las comadres por temor a que añadieran demasiado de su propia cosecha. Durante los tres días siguientes a la partida de los peregrinos se sumió en diferentes conjeturas como a través de espesas tinieblas. Por fin, el sábado por la tarde, ya fuera de sus casillas, se fué a la rectoría con un hermoso pato debajo del brazo.

Volvió al anochecer, agitada como una noche tempestuosa, llorando y suspirando. No dijo nada a nadie; pero después de cenar, al quedar sola con Jagusia, cerró la puerta del corredor, y dijo:

— ¿No sabes lo que se dice de ti y de Jasio?

— No tengo curiosidad por enterarme de esas habladurías — contestó de mala gana, levantando hacia su madre sus ojos brillantes, calenturientos.

— Tengas curiosidad o no la tengas, has de saber que no se puede ocultar nada a la gente, y que si se hace algo muy callandito pronto se habla de ello en voz alta. Bueno, pues; de ti dice la gente algo que es un horror.

Desesperada, movida por la cólera, le refirió extensamente cuanto le habían dicho el cura y los organistas.

— La noche del día en que os sorprendió la madre, celebró la familia consejo para ver lo que se hacía con Jasio. El cura asistía también, y, finalmente, llamaron a Jasio y la madre le arreó una soberana paliza. Hasta el cura le propinó unos cuantos golpes con el tubo de su pipa (1), y para separarle de ti lo han enviado a Czenstochowa. Ya lo oyes, ya sabes lo que por tu culpa ha sucedido — terminó diciendo con la mayor severidad.

— ¡Dios mío! ¡Le han pegado! ¡Han pegado a Jasio! — exclamó haciendo ademán de correr en su defensa; pero se contuvo, y apretando los dientes, rugió como una leona herida:

— ¡Así se les sequen los brazos! ¡Que la peste se los lleve!

De sus ojos enrojecidos por la rabia brotaron amargas lágrimas; manaban como sangre que se le escapara de todas las heridas de su alma.

La Dominikowa, sin hacer el menor caso de este acceso de rabia, comenzó a fustigarla echándole en cara todas sus faltas y pecados, sin perdonarle uno solo, sacando a relucir todo lo que le roía el corazón desde hacía tiempo y la atormentaba cruelmente.

— ¡Esto acabará de una vez para siempre, so perra! ¡No es posible que continúes viviendo así! — gritaba exaltándose más y más, no obstante las ardientes lágrimas que traspasaban la venda que le cubría los ojos. — ¡Que se te tenga por la peor de las peores y que todo el mundo te señale con el dedo! ¡Que en mis últimos años tenga que pasar por semejante vergüenza! ¡Y qué vergüenza, Jesús mío!

— Usted no fué mejor que yo en su juventud — le contestó la hija como un trallazo.

---

(1) Téngase en cuenta que estos tubos suelen ser de cerezo y medir 80 centímetros. Son pipas que se dejan descansar en el suelo.

A la vieja le dió tal furor al escuchar estas palabras, que apenas pudo tartamudear:

— ¡Hasta de los santos dijeron!

Y así acabó la borrascosa escena entre madre e hija. Acto seguido Jagusia púsose a planchar unos pecherines.

Con el anochecer vino una fuerte ventolera. Los árboles crugían ruidosamente, la luna corría por un cielo invadido de nubes plomizas y por el pueblo oíase cantar a las muchachas y un violín modulaba un alegre bailable.

Al pie de la ventana de Jagusia se oyó de pronto la voz de la alcaldesa, que pasaba por allí:

— Ayer se fué al gobierno de la provincia y no sé nada de mi marido desde entonces.

— Sí, ya lo sé — le contestaba Mateusz; — marchó con el escribano, en el mismo coche. El asesor me ha dicho que les mandó llamar el delegado.

Cuando dejaron de oír la voz de ambos, la vieja le preguntó a Jagusia, en tono conciliador:

— ¿Por qué has dejado escapar a Mateusz?

— Porque me fastidia. Nada tiene que hacer conmigo ni yo necesito marido.

— Sin embargo, te convendría uno, y debes buscarlo. Si te volvieras a casar ya no te criticaría la gente. Mateusz es un obrero hábil y un buen hombre. Creo que no debes desecharlo.

Y para animar a Jagna púsose a enumerar sus cualidades; pero como ella no se daba por aludida, absorta en su trabajo y en sus preocupaciones, acabó por dejarla en paz y atenerse a su rosario. Fuera habían callado ya las voces; los árboles luchaban con el viento y el molino roncaba. Era tarde; la luna parecía completamente sumergida en la masa de nubes, y sólo de vez en cuando se veía brillar sus bordes que despedían haces de claridad.

— Jagus, mañana tendrías que ir a confesar. Te sentirías aliviada al ser absuelta de tus pecados.

— ¡Qué me importa a mí eso! ¡No iré!

— ¿No quieres ir a confesar? — Tenía la voz ronca de furor.

— No. El cura es muy dado a imponer castigos y a pegar a quien no debe; pero cuando hay que hacer algo por una, ya puede esperar sentada...

— Cállate, si no quieres que Jesús te castigue por tus palabras heréticas. Ve a confesar, haz penitencia y ruega a Dios, y así puede que cambien las cosas en tu favor.

— ¿Acaso no tengo ya bastantes penitencias? ¿Y qué pecados he hecho? Seguramente en pago de todos mis afanes y desvelos y de todos mis tormentos, me ha tocado lo peor que le puede pasar a una — se lamentó muy apenada.

La pobre muchacha no sospechaba siquiera que aun iba a caer sobre ella una desgracia peor, y más inesperada e injusta.

Al día siguiente, domingo, antes de misa mayor, corrió por el pueblo la noticia de que habían detenido al alcalde porque faltaba dinero en la caja comunal.

Al principio no había manera de creerlo; y, sin embargo, a cada momento llegaba alguien más que confirmaba la noticia y que aún agregaba algo peor; pero no se tomaba la cosa muy en serio.

— Son invenciones de gente ociosa — decían los más sensatos.

Pero lo creyeron cuando el herrero volvió de la ciudad y lo confirmó todo, palabra por palabra, y cuando hacia mediodía Jankiel dijo a toda su clientela reunida:

— ¡Todo es verdad! Faltan cinco mil rublos en caja. Para responder de ellos le confiscarán la granja y si no bastara Lipce tendrá que pagar la diferencia.

Esto indignó terriblemente a todo el mundo. ¡Pensar que la gente vivía en la miseria, que no había nada que poner en el puchero y que más de uno había tenido que pedir prestado para poder ir tirando tan solo hasta la cosecha, y que ahora habría que pagar por un ladrón! Esto era superior a la paciencia humana, y, por lo tanto, no era de extrañar que todo el pueblo se sintiera iracundo y que las blasfemias, las amenazas y los insultos cayeran sobre el ausente como granizo.

— ¡Así revientes como un perro, canalla!

— ¡Como no me asocié con él no pagaré ni un gros!

— ¡Ni yo tampoco! ¿Por qué vamos a pagar nosotros sus calaveradas? — decíanse tan exasperados que más de uno hubiera llorado de rabia.

— Ya hace tiempo que yo le tenía el ojo encima y pronostiqué en qué pararía esto. Yo bien os advertí; pero vosotros no hicísteis caso, y ahora tenéis que tomar parte en el baile — dijo con intención el viejo Ploszka, secundado por la Ploszkowa, que contaba a quien quería oírla:

— ¿Sabéis? Antek ha calculado que para sacar del apuro al alcalde tendremos que pagar tres rublos por fanega; pero por un amigo tan bueno no le dolerían a uno ni aun que fueran diez.

Estas noticias deprimieron de tal modo a la gente, que muy pocos fueron a la iglesia. No se hacía más que hablar y lamentarse y la exasperada muchedumbre se desparramaba por los caminos de setos, delante de las cabañas y, sobre todo, a orillas del estanque. Por más que se devanaban los sesos no podían comprender qué había hecho el alcalde con tanto dinero.

— Han debido sustraerle una parte, pues no hay manera de que uno solo haya derrochado tanto dinero.

— Ha confiado en el escribano y ya sabemos qué clase de alhaja es.

— ¡Lástima de hombre! Nos ha perjudicado a todos, claro; pero él se ha perjudicado más — dijeron algunos de los más reposados. En aquel momento surgió entre ellos el barrigón de la Ploszkowa, y empezó a frotarse los ojos, que tenía enjutos, y a simular que se apiadaba.

— ¡Pobre alcaldesa! Es digna de compasión. Vivía como una dama, se daba humos de marquesa y ahora, ¿qué? Le quitarán su cabaña, venderán su tierra y tendrá que ir a jornal, la pobrecita. ¡Si al menos hubiese participado de los placeres del marido!

— ¿Pero acaso no ha gozado de todas las cosas buenas? — aulló la Kozlowa, haciéndole coro; pero en otro sentido. — Los carroñas se han dado una vida regalada como castellanos. ¡Comían carne todos los días! La alcaldesa se echaba

medio tarro de azúcar en el café y bebían arac puro en vasos. Yo le he visto traer de la villa cestas enteras llenas de toda clase de golosinas. ¿Y de dónde queréis que hayan sacado sus barrigazas? ¡No será de los ayunos!

La escuchaban con circunspección, por más que siguió contando las paparruchas más imposibles. Pero fué la mujer del organista quien les tocó el punto sensible. Como por casualidad apareció en la aldea, y habiendo oído lo que se decía soltó con la más aparente inocencia:

— ¿No sabéis de qué manera ha gastado el alcalde tanto dinero?

Se apretujaron todos en torno suyo y la acribillaron a preguntas, obligándola a hablar.

— Lo ha despilfarrado con Jagusia; eso es bien sabido.

La gente no esperaba oír tanto, y se miraban unos a otros asombrados.

— Toda la parroquia habla ya de eso desde la primavera. No os contaré los detalles; basta que preguntéis a cualquiera, hasta en Modlica, y podréis saber toda la verdad.

Y reanudó su camino como si no quisiera echar al vuelo la noticia; pero las mujeres no la dejaron marchar. La acorralaron, y tanto la importunaron con sus preguntas que se puso a explicarles con gran secreto qué sortijas de oro puro había traído de la villa el alcalde para Jagusia, y cuantas pañoletas de seda, y qué finas batistas, y qué corales, y cuanto dinero le había dado a toca teja. Naturalmente que mentía descaradamente; pero ellas lo creyeron como el evangelio. Sólo Jagustynka protestó colérica:

— ¡Naranjas de la China!... ¿Ha visto usted todo eso?

— Yo lo he visto, y hasta puedo jurar en la iglesia que él ha robado el dinero por ella, y que tal vez ella le ha inducido a hacerlo. ¡Toma! ¡Está dispuesta a todo, no hay nada sagrado para ella, no tiene vergüenza ni conciencia! Corretea por el pueblo como una perra salida y a todas partes lleva el escándalo y la desgracia. ¡A mi mismo Jasio ha querido pervertirlo, un muchacho inocente como él, un niño todavía! El le tomó miedo y me lo contó todo. ¡No es espantoso que ni a un cura deje en paz!

Habló muy deprisa, ahogada por la cólera.

Como si una chispa hubiese caído en un barril de pólvora, así estallaron de pronto todos los antiguos rencores contra Jagusia, todas las envidias, y los celos, y los odios: cada cual descargó contra ella todo lo que le pesaba sobre el estómago, de modo que se armó una gritería indescriptible. Todas vociferaban a cuál más, enfurecidas.

— ¡Que la santa tierra pueda sostener un engendro así!

— ¿Y por culpa de quién murió Maciej Boryna? ¡Acordaos!

— ¡Va a ser preciso que todo el pueblo haga penitencia por una peste como esa!

— ¡Hasta a un cura ha querido inducir al pecado! ¡Jesús, ten misericordia de nosotros!

— ¡Y las borracheras que ha motivado, y las pendencias, y las ofensas a Dios!

— ¡Es la perversión de todo el pueblo! Por su culpa se señala a Lipce con el dedo.

— ¡El cólera no sería peor que semejante roña!

— ¡Mientras haya una como ella en el pueblo, habrá siempre pecado, libertinaje y daño! Hoy ha sido el alcalde quien ha robado por ella, mañana será otro.

— ¡Habría que matarla a palos y echar la carroña a los perros!

— ¡Hay que expulsarla del pueblo, para que vaya por bosques y selvas como una apestada!

— ¡Echadla! ¡Echadla! Es lo más acertado.

Gritaban tumultuosamente, fuera de sí, dispuestas a todo, y tras la organista se dirigieron a casa de la alcaldesa.

Ésta salió a su encuentro, con la cara hinchada de tanto llorar. Tenía un aspecto tan lastimero y quejumbroso que empezaron a abrazarla compadecidas de su suerte.

Hasta pasado un rato no empezó la organista a hablar de Jagusia.

— ¡Es la pura verdad! ¡Ella tiene la culpa de todo, ella sola! — empezó a lamentarse con voz desesperada. — ¡Esa perra correntona, esa moza de partido que así reviente al pie de un seto por el daño que me ha hecho! ¡Que la roan

los gusanos por la vergüenza que ha echado sobre mí! — Y se dejó caer en un banco sollozando.

Cuando la caterva mujeril hubo llorado y se hubo lamentado a sus anchas, se fueron a sus casas porque ya el sol iba al ocaso. No quedó más que la mujer del organista. Las dos se encerraron a solas y tomaron una gran decisión, y antes de que anocheciera recorrieron las cabañas para empezar solapadamente una misteriosa maniobra.

Los Ploszka y algunos más se juntaron a ellas; finalmente, fueron a ver al párroco, que, al escucharlas, abrió las manos perplejo, y exclamó:

— Yo no me mezclo en nada, haced lo que queráis, no quiero saber nada de nada y mañana temprano me voy a Zarnowo para no regresar hasta la noche.

La velada fué muy agitada, llena de conciliábulos, de disputas y de misteriosos cuchicheos. Ya era noche cerrada, cuando, invitados por los organistas, se reunieron todos en la taberna para deliberar. Los principales propietarios y casi todas las mujeres casadas se habían reunido allí, y hacía ya bastante tiempo que discutían cuando la Ploszkowa exclamó:

— ¿Y dónde está Antek Boryna? Todo el pueblo se ha reunido y falta el primer propietario de Lipce; no podemos tomar ninguna decisión sin él, porque no sería válida.

— Es verdad, hay que ir a buscarle. Sin él no se puede hacer nada — gritaban.

— ¡Tal vez salga en su defensa! ¿Quién sabe? — murmuraron algunas mujeres.

— No se atreverá a oponerse a todo el pueblo.

El asesor corrió a buscarle; pero tuvo que sacarle de la cama porque ya se había acostado.

— Ha de venir usted y decir su parecer. Y si no viene la gente va a decir que usted la protege y que va contra la comunidad. Las hembras no le perdonarían sus antiguos pecados. Venga usted; hay que acabar de una vez con tanta vergüenza.

Antek fué, pues, con el corazón apesadumbrado.

La taberna estaba rebosante, tanto que casi era impo-

sible poder entrar. Precisamente el organista había escalado el banco y hablaba como si pronunciase un sermón.

— ... y no hay otro remedio! El pueblo es como una casa. Si un ladrón se lleva los bloques del basamento y otro las vigas y un tercero arrauca un trozo de pared, acabará por caer la casa entera y aplastará y matará a cuantos haya dentro. Poneos en guardia. ¿Si a cada cual se le deja robar, atacar y engañar a la gente y entregarse al libertinaje, qué va a ser del pueblo? De continuar las cosas así esto no será un pueblo sino una infernal pocilga de puercos y una vergüenza para la gente honrada. La gente dará un rodeo para no ver un pueblo tal y se santiguará al oírlo nombrar. Yo os digo que tarde o temprano caerá sobre tal pueblo el castigo de Dios, como cayó sobre Sodoma y Gomorra, y todos perecerán miserablemente porque todos tienen culpa, tanto los pecadores como los que permiten que el pecado tome incremento. La Sagrada Escritura, nos dice: si tu mano te avergüenza, córtatela; y si tu ojo ha pecado, arráncatelo y échalo a los perros. Jagusia, yo os lo digo, es peor que la peste, porque siembra el escándalo, falta a todos los mandamientos y atrae sobre el pueblo la cólera de Dios y su terrible venganza. Echadla, mientras sea tiempo. La medida de sus pecados se ha desbordado ya y ha llegado el momento del castigo — mugió como un toro, saliéndole los ojos del rostro, que estaba cárdeno.

— ¡Sí, ha llegado el momento! ¡El pueblo tiene poder para castigar y recompensar! ¡Hay que echarla del pueblo, hay que echarla! — aullaban cada vez con mayor iracundia.

Grzela, el hermano del alcalde, tomó también la palabra, el viejo Ploszka expuso su opinión, Gulbas berreó la suya; pero no se les oía mucho porque todos hablaban a la vez. La mujer del organista no hacía más que contar cómo había ocurrido el lance con Jasio; la alcaldesa expuso sus cargos a todo el mundo y los demás también dieron rienda suelta a la lengua, de modo que reinaba una batahola como en una feria.

Sólo Antek no decía palabra; estaba en pie cerca del mostrador, sombrío como la noche, con los dientes apretados,

pálido por el sufrimiento interior. Había momentos en que abrigaba intenciones de agarrar un banco y golpear con él a todas aquellas fauces aulladoras y de aplastar con el tacón aquella chusma como gusanos repugnantes; y todo le indignaba tanto que bebía copa tras copa, escupiendo continuamente y jurando en voz baja.

Ploszka avanzó hacia él y le dijo en voz alta:

— Todo el mundo quiere echar del pueblo a Jagusia. Di tú también lo que piensas, Antón.

Hubo un silencio repentino en la taberna; todos los ojos se fijaron en él; se estaba casi seguro de que iba a oponerse; pero respiró profundamente, se irguió, y contestó con firmeza:

— Pertenezco a una comunidad y me debo a la comunidad. Si queréis echarla, echadla; si queréis ponerla en un altar, ponedla. Todo me es igual.

Apartó con la mano a los que se encontraban en su camino, y salió sin mirar a nadie.

Se deliberó aun durante mucho tiempo después de haberse ido, casi hasta el alba, y por la mañana todo el mundo sabía ya que se había decidido expulsar a Jagusia de la aldea.

Muy pocos tomaron su defensa, y a éstos se les hizo callar a grandes voces. Sólo Mateusz no tuvo miedo de nadie y les apostrofó a todos en pleno rostro, maldijo al pueblo entero y fuera de sí de rabia corrió en busca de Antek.

— ¿Sabes lo que pasa con Jagusia? — estaba pálido como un cadáver y todo su cuerpo temblaba.

— Lo sé; están en su derecho — contestó Antek lacónico, saliendo tranquilamente a lavarse a la fuente.

— ¡Que los lleve la peste con tales derechos! ¡Esto es obra de los organistas! ¿Hemos de permitir que se consuma semejante injusticia? ¿Qué mal ha hecho a nadie? Y eso de que se la acusa no es más que una sarta de embustes. ¡Jesús! ¡Que se arroje del pueblo a una persona como si fuera un perro rabioso! ¡No es posible que suceda esto!

— ¿Cómo oponerse a lo que pide todo el pueblo?

— Tú dices eso como si estuvieras de parte de ellos, y no lo estás — gruñó en tono de reproche, amenazador.

— Yo no estoy de parte de nadie, y en cuanto a ella es para mí tanto como esta piedra.

— ¡Ayúdame, Antek, dame un consejo! ¡Dios mío! ¡Me da vueltas la cabeza! Piensa lo que va a ser de ella. ¿Adónde irá? ¡Hato de perros, asesinos, lobos! ¡Voy a agarrar un hacha y a dar de firme! ¡Eso no lo permito!

— No puedo ayudarte. ¡Ellos lo han decidido! ¿Qué puede uno contra todos? ¡Nada absolutamente!

— Tú tienes algún resquemor con ella... — exclamó de pronto Mateusz.

— Que lo tenga o no lo tenga no le importa a nadie — contestó secamente; y apoyado en el brocal del pozo, miró a lo lejos. Pero sus amores y sus celos que, sin embargo, seguían vivos, trenzaban en su corazón una dolorosa madeja. Vacilaba y gemía interiormente como un árbol sacudido por la tormenta.

Al volverse, de pronto, Mateusz ya no estaba allí; la aldea le pareció singularmente extraña y odiosa. En las calles había un gran tumulto.

Aquel día memorable apuntaba de un modo extraordinario. El sol, muy pálido, se arrastraba como tumefacto; hacía un calor atroz y bochornoso, el cielo, muy bajo, mostrábase lleno de grandes nubes sucias; de tiempo en tiempo se levantaba la ventolera y barría la tierra; torbellinos de polvo levantábanse de las carreteras. Se preparaba una tormenta y, al parecer, relampagueaba detrás de los bosques.

La gente también empezaba a mostrar la inquietud que precede a los estados tormentosos. Por las calles de la aldea corrían todos como poseídos, se armaban peleas en todas las cabañas, las mujeres se agarraban por los cabellos y los perros ladraban sin cesar. Casi nadie había ido a trabajar a los campos y el ganado mugía en los establos. Aquel día, sin celebrar misa, el cura partió en carruaje al rayar el alba; la confusión era cada vez mayor y la inquietud aumentaba por momentos.

Dándose cuenta de que en el camino entre setos de los organistas se congregaba más gente cada vez, Antek se

echó la guadaña al hombro y se apresuró a ir a su campo, lindante con el bosque.

El viento, muy molesto, entremezclaba los tallos del trigo y le cegaba los ojos; pero él se internó por los trigales y se puso a segar, escuchando tranquilamente el rumor lejano.

Este aumentó de repente de tal modo que Antek no pudo reprimir una exclamación.

— Tal vez esté sucediendo ahora lo que se preparaba.

Su corazón latía con violencia, como si se lo golpearan con un martillo. Tuvo un acceso de cólera y se irguió empuñando la hoz, animado por el deseo de correr en socorro de Jagna. Pero se dominó al punto.

— El que peca ha de sufrir el castigo. No hay otro remedio.

Los centenos se doblegaban ruidosamente refluyendo hacia él como olas encrespadas, el viento le revolvía el cabello y secaba su rostro sudoroso por el sufrimiento, y sus ojos apenas si podían ver lo que tenían delante. Pensaba en el drama que se estaría desarrollando en torno de Jagusia, y, como aturdido, sus manos encallecidas manejaban con mecánica destreza la hoz, segando furiosamente gavilla tras gavilla.

De la aldea llegó en alas del viento el eco de un clamor prolongado. Entonces soltó la guadaña y se sentó de espaldas al centenero, como si quisiera arraigar en la tierra o extraer toda la fuerza que encerraba. Hundía en ella sus uñas de hierro, cada vez con más rabia, sin soltar su presa, a pesar de que sus pies sentían el impulso de volar hacia la aldea como pájaros enloquecidos, a pesar de que de su corazón brotaban alaridos de angustia y de que todo su ser temblase y se estremeciese de desesperación.

— Todo lo que pasa en el mundo es porque debe pasar. Hay que labrar para sembrar, hay que sembrar para cosechar, y la cizaña hay que extirparla para que así suceda — decíale en su interior una voz extraña, severa, eterna, como si fuera un eco de aquella tierra y de aquellas casas.

Su corazón trataba de rebelarse contra aquella voz interior; pero cada vez la escuchaba con mayor humildad.

— Claro está que todos tienen derecho a defenderse contra los lobos, sin duda.

Algo así como una postrera añoranza se apoderó de su ánimo y un pensamiento punzante, como un mal viento, le envolvió en una nube sombría que le arrastraba, irresistiblemente, a la venganza. Por último, se puso en pie de un salto, afiló la hoz, se santiguó, escupió en la palma de sus manos y entregóse al trabajo con tal furia que segando mata tras mata hacía vibrar la hoja y gemir los espesos muros de centeno.

Entretanto, en la aldea había sonado la hora terrible del juicio y del castigo. De Lipce se había apoderado una borrachera de furor, hasta el punto de que las personas sensatas atrancaban las puertas o marchaban al campo. Los exaltados se habían reunido junto al estanque y la rabia les espoleaba con gritos salvajes; blasfemaban, se revolvían y vociferaban presas de frenética agitación. En lontananza parecía tronar ininterrumpidamente.

En un momento dado aquella multitud enfurecida se puso en marcha hacia la cabaña de la Dominikowa como un torrente desbordado, desolador. Al frente de todos iban la organista y la alcaldesa, y tras ellas se apelotonaba el rebaño ululante.

Se arrojaron contra la cabaña como un huracán, haciendo temblar las paredes. La Dominikowa trató de cerrarles el paso; pero fué derribada y pisoteada por la turba desenfrenada. Jendrzych corrió en auxilio de su madre, más lo hicieron rodar por los suelos, y los más decididos dirigiéronse rápidamente al cuarto de Jagna para arrastrarla tirando de sus cabellos. Pero no contaban con Mateusz, que, hecho una fiera, les esperaba allí enarbolando una tranca. No por esto se amilanaron los asaltantes, que tras resistir alguno de sus terribles golpes se apoderaron de él. La paliza que le propinaron fué de tal calibre que Mateusz yacía sin sentido, en un rincón de la estancia, con una profunda herida en la cabeza.

Jagusia logró encerrarse en la alcoba, y cuando derribaron la puerta apareció ante aquellos energúmenos arri-

mada a la pared de enfrente, de pie y como paralizada por el terror. No se defendió, no profirió ni una palabra, ni un solo grito. Estaba pálida como un cadáver y en sus ojos, desmesuradamente abiertos, brillaba la lúgubre llama del que ve aproximarse la muerte pavorosa.

Cien manos se tendieron hacia ella, cien manos la cogieron como garras ávidas de destrucción, arrancándola del suelo como un arbusto arraigado a flor de tierra y arrastrándola hasta el camino entre setos.

— ¡Atadla para que no se nos escape! — gritó la alcaldesa como una poseída.

En la carretera esperaba una carreta llena hasta la rasa de las tablas laterales de estiércol extraído poco antes de alguna pocilga. La echaron violentamente sobre la carreta, a la que había uncidas dos vacas negras, la ataron como un cordero y se puso en marcha la comitiva en medio de un griterío infernal. Las burlas sangrientas, los insultos, las risas retadoras y las imprecaciones caían sobre la desgraciada como una granizada.

El cortejo se detuvo al llegar frente a la iglesia.

— Habría que dejarla en cueros para azotarla bajo los pórticos con una vara — gritó la Kozlowa.

— Siempre se ha hecho así con esas tales — gritaron varias mujeres.

— ¡Bajadla de la carreta! — dijeron otras.

Afortunadamente estaba cerrada la gran puerta de hierro del cementerio, y entonces avanzaron hacia la pequeña los que conducían a Jagusia; pero, al llegar allí, sufrieron una desagradable sorpresa. Ante ellos apareció Jambrozy empuñando la escopeta del cura y, al detenerse, les rugió:

— ¡Si alguien se atreve a poner el pie en la iglesia le pego un tiro, tan cierto como Dios está en el cielo! ¡Al que dé un paso adelante lo mato como a un perro!

Miraba a la gente de un modo tan terrible y parecía tan dispuesto a disparar que el grupo varió de propósito y se dirigió a la carretera de los álamos.

El cielo se ensombreció de pronto y la tormenta rugió amenazadora. Los amotinados apretaron el paso para ganar

tiempo y consumar su obra. El viento zarandeaba los álamos con fuerza, el polvo subía en remolinos de los pies a los ojos y el trueno retumbaba sobre aquellas cabezas.

— ¡Adelante, Pietrek, adelante! — azuzaban al criado de Boryna, que conducía la carreta.

La tormenta que amagaba había calmado un poco las ansias de venganza y todos avanzaban por los lados de la carretera para evitar la insufrible polvareda del centro. De vez en cuando alguna de las más encarnizadas se aproximaba al vehículo para desahogar su furor.

— ¡Puerca, guarra, pendanga! ¡Has de acabar en moza cuartelera, mala peste, bribona! —gritaba desaforadamente.

— ¡Después de lo que has hecho pasa ahora la vergüenza! ¡Esta es la pena que mereces! — le decían las demás.

El criado de Boryna, que se había ofrecido voluntariamente a llevar la carreta, fustigaba las vacas, y, aprovechando un momento favorable, le murmuró a Jagna compasivamente:

— Ya estamos cerca; tenga un poco de paciencia. ¡Malditos sean los autores de esta injusticia!

Jagna, tendida sobre el estiércol, amarrada con cuerdas, echando sangre después de los golpes sufridos, con los vestidos rotos y públicamente deshonrada y maltratada hasta más allá de los límites de la humana compasión, yacía como si no se diese cuenta de lo que sucedía en torno suyo. Gruesas lágrimas se deslizaban incesantemente por sus lívidas mejillas y a veces se hinchaba su seno como para lanzar un lamento o un grito, que se petrificaba en su garganta.

— ¡Más deprisa, Pietrek, más deprisa! — gritaban los amotinados con frecuencia, impacientes. Hubiérase dicho que empezaban a volver en sí, y casi corrían al llegar a los límites del término, próximos al bosque.

Varios hombres quitaron las tablas del carro y la echaron abajo al mismo tiempo que el estiércol, como carroña apestosa. La tierra pareció gemir al caer Jagna, que quedó de espaldas, sin moverse siquiera.

La alcaldesa se precipitó hacia ella, le dió un puntapié, y vociferó:

— ¡Y si vuelves al pueblo te haremos devorar por los perros! — Cogió algo del suelo, una mota de tierra o una piedra, y la lanzó contra ella con toda su fuerza:

— ¡Toma, por el daño que has hecho a mis hijos!

— ¡Por la vergüenza de todo el pueblo! — dijo otra, arrojándole también una piedra.

— ¡Revienta de una vez!

— ¡Que la santa tierra te rechace!

— ¡Así te mueras de hambre y de sed!

Insultos, motas de tierra, piedras, puñados de arena, de todo caía sobre ella. Jagna permanecía tendida como un tronco de árbol, con los ojos fijos en las ramas que se balanceaban sobre su cabeza.

De pronto el mundo se ensombreció y una lluvia gruesa y espesa empezó a caer.

Pietrek tardó bastante en arreglar algo de la carreta y los demás se fueron en grupos, sin esperarle. Todos estaban singularmente taciturnos. A mitad del camino encontraron a la Dominikowa; iba ensangrentada, con los vestidos desgarrados; sollozaba y con dificultad encontraba el camino valiéndose de su bastón. Cuando observó que se cruzaban con ella, estalló en terribles imprecaciones:

— ¡Que la peste, el cólera, el fuego y el agua os maten!

Cada cual hundió la cabeza entre los hombros y huyó espantado, mientras ella corría a grandes zancadas en socorro de Jagusia.

. . . . . .

La tormenta estalló de veras, el cielo se puso violáceo como un hígado, el polvo empezó a bullir y a arremolinarse, los álamos se inclinaron hacia tierra lanzando como sollozos y gritos, y los vientos bramaron y se abatieron más y más furiosamente sobre los trigos y mugiendo como toros furiosos se echaron sobre los bosques, cuyos árboles se balanceaban locamente y murmuraban con voz fuerte.

Un trueno seguía a otro y sus estampidos se prolongaban a través del mundo entero, haciendo estremecer la tierra y temblar las cabañas.

Las enmarañadas madejas de nubes de color azul co-

brizo suspendían muy bajo sus panzas hinchadas, tumefactas, y siempre había una u otra que reventaba, que lanzaba su rayo y hacía brotar torrentes de claridades deslumbradoras.

A veces caía un poco de granizo, que crepitaba contra hojas y ramas.

En el crepúsculo azulado del día, lluvia y granizo, árboles, malezas y trigos luchaban desesperadamente, como si quisieran arrancarse de tierra para huir; pero batidos por todos lados por la tormenta, cegados por el rayo, enloquecidos por el trueno, no podían hacer más que volverse sobre sí mismos y sacudirse dando un silbido salvaje. Cárdenos resplandores cruzaban a través de nubes, tinieblas y huracanes; corrían como serpientes de fuego escapadas sabe Dios de dónde a no importa dónde; corrían fulgurantes para apagarse de pronto, cegaban el mundo entero, y ellos mismos eran ciegos y mudos como el destino humano. Esto duró con breves interrupciones hasta el anochecer. Sólo al crepúsculo se calmó la tormenta por completo para dejar paso a una noche tranquila, obscura y fresca.

El amanecer fué espléndido; el cielo aparecía límpido y de un azul tan puro como si hubiese sido lavado, la tierra chispeaba de rocío, los pájaros cantaban alegremente y todos los seres se bañaban con delicia en el aire vivo y perfumado.

En Lipce todo había vuelto a encauzarse en el orden antiguo. En cuanto el sol se levantó a una o dos alturas de hombre, como si se hubiesen dado la consigna, todos empezaron a dirigirse a la siega; de cada cabaña salían grupos, delante de cada casa brillaban hoces y guadañas y de los patios de las granjas salían carros que avanzaban por la carretera y los caminos terreros.

Y cuando en la iglesia sonó la campana, cada cual estaba ya dispuesto en su terruño. Cuando los campesinos oyeron el toque y los que estaban en los campos más próximos percibieron hasta la voz penetrante de los órganos, se pusieron a rezar sus oraciones; uno se arrodillaba, su vecino oraba en voz alta, otro lanzaba sólo un piadoso suspiro, aspirando

al mismo tiempo aire y fuerza, y cada cual se santiguó, escupió en la palma de la mano, afirmó recientemente ambos pies en su tierra, encorvó el espinazo, y con gran fervor, con la hoz o la guadaña bien aseguradas en la mano, se puso a cortar y segar.

Un silencio solemne envolvió los campos ubérrimos; era como si se celebrase el santo oficio del trabajo incesante y fecundo.

El sol se elevaba más y más, el calor aumentaba de hora en hora, un ardor de fuego inundaba los campos y aquel día se desarrollaba como el oro del candeal y sonaba como el grano maduro, dorado y lleno.

La aldea aparecía desierta y como muerta, las cabañas estaban cerradas, todo lo que vivía, todo lo que tenía piernas para moverse se había ido a la siega, hasta los niños, hasta los viejos y los enfermos. Incluso había perros que tras romper sus ataduras habían escapado de las granjas abandonadas para reunirse con sus amos.

Y en todos los campos, hasta perderse la vista, en la terrible hoguera solar, en medio de los trigos dorados, en el aire que reflejaba y cegaba, desde el alba hasta el atardecer, hoces y guadañas lanzaban sus rayos, en todas partes blanqueaban las camisas y se destacaban las rojas faldas; la gente trabajaba incansablemente, silenciosamente; nadie perdía el tiempo ni miraba a los vecinos ni pensaba siquiera más que en trabajar, bañado con el sudor de su frente, encorvado sobre su terruño, como un buey.

Sólo los campos de la Dominikowa estaban desiertos y como olvidados; el grano caía ya de las espigas, los trigos desfallecían y nadie aparecía por allí; de ellos se apartaba los ojos con una tristeza miedosa; más de uno suspiraba ya ante aquel abandono, más de uno se rascaba la cabeza preocupado y miraba a los otros con inquietud; pero, después de esto, todos se uncían al trabajo con mayor celo: no había tiempo para atormentarse ante la cosecha perdida.

Los días de la siega avanzaban como ruedas chispeantes y doradas con radios hechos de sol, se deslizaban uno tras otro y cada vez más deprisa, empapados en los mismos

sudores y entregados a las mismas tareas fatigosas y alegres.

Algunos días después, como el tiempo era magnífico, empezaron a atar los trigos segados en grandes gavillas para llevarlos a Lipce poco a poco.

Era una procesión continua de pesados carros repletos, venían de todos los campos, por todos los caminos, y entraban en todos los hórreos, que tenían los portalones abiertos de par en par. Era como si grandes olas hinchadas de granitos de oro se hubiesen derramado por los caminos, por los patios y las eras, hasta en torno al estanque; por los caminos colgaban de los árboles barbas de paja dorada, y el mundo entero estaba perfumado con el aroma de hierbas y de espigas.

Aquí y allá resonaban ya los trillos que martilleaban a toda prisa para tener grano. En los anchos campos solitarios y en los rastrojos dorados, rebaños de gansos hurroneaban ávidos de grano y pastaban rebaños de corderos y de vacas; aquí y allá humeaban los primeros fuegos, y desde la mañana hasta la noche todo eran canciones sonoras de las mozas, gritos de alegría, llamamientos, rodar de carros, y, en todas partes, radiantes rostros humanos tostados por el sol.

Aun no habían sido segados los centenos cuando ya en las alturas las avenas imploraban la guadaña; las cebadas maduraban casi a la vista y los candeales dorados tomaban un creciente tinte de herrumbre, por lo que nadie tenía tiempo de respirar ni de comer tranquilamente. Pero, apesar del penoso trabajo y del cansancio, que a más de uno rendía sobre su plato, al anochecer, al regresar de los campos, Lipce parecía sacudido por gritos alegres, risas, ocurrencias, cantos y música.

La carestía del verano había terminado, los hórreos estaban llenos, el trigo era excelente, y hasta el más miserable levantaba altivamente la cabeza, miraba con confianza el día de mañana y soñaba en dichas deseadas desde largo, muy largo tiempo.

Uno de aquellos días dorados de la siega, cuando ya se carreteaba la cebada, pasó por el pueblo el mendigo ciego

guiado por su perro; apesar del calor, no se detuvo en ninguna parte, sino que se apresuró a llegar a Podlesia. Trabajo le costaba arrastrarse sobre sus piernas torcidas, con su voluminosa barriga, que le obligaba a ir despacio. Olía el aire sin cesar y estiraba las atentas orejas. Cuando pasaba cerca de segadores, alababa al Señor, ofrecía una toma de rapé y por poco que recibiese un gros inesperado masculla una oración; pero, sin dejar comprender nada, se informaba de Jagusia y de los asuntos de Lipce.

Sin embargo, no pudo sacar gran cosa, pues todos eludían sus preguntas y contestaban de mala gana.

Cuando llegó a Podlesia, se sentó al pie de la cruz para respirar un poco. Por casualidad pasó Mateusz. Cerca de allí cortaba la madera para el molino de viento del herrero.

— ¿Quiere usted decirme por dónde se va a casa de los Szymek? — le preguntó el mendigo poniéndose penosamente en pie con ayuda de sus muletas.

— En su casa no podrá usted descansar. No encontrará allí más que llantos y penas — murmuró Mateusz.

— ¿Está enferma Jagusia todavía? Me han dicho que tenía la cabeza un poco trastornada...

— No es verdad, aunque sigue en cama y casi no se acuerda de nada de este mundo. ¡Hasta las piedras tendrían compasión de ella! ¡Ah, qué gente! ¡Qué gente!

— ¡Qué se pueda llevar así a la perdición a un alma cristiana! Pero, a lo que parece, la vieja ha denunciado a todo el pueblo.

— No conseguirá nada. Fué decidido por todos, por el pueblo entero.

— ¡Es una cosa terrible la cólera de todo un pueblo, una cosa terrible! — y temblaba al decirlo.

— Claro que sí; pero también es una cosa tonta, mala e injusta — exclamó Mateusz. Y habiéndole acompañado hasta la cabaña, entró con él; pero volvió a salir pronto, enjugándose disimuladamente las lágrimas. Nastusia hilaba lino junto al muro; el mendigo se sentó a su lado y sacó de su alforja una botella azul.

— ¿Sabe usted? Hay que rociar a Jagusia con esta agua

tres veces al día y frotarle las sienes, y dentro de una semana el mal habrádesaparecido. Me la han dado las buenas Hermanas de Przyrowa.

— Dios se lo pague. Ya van dos semanas, y sigue acostada sin recobrar el juicio; sólo a veces le da un sobresalto, quiere huir, se lamenta y llama a Jasio.

— Y la Dominikowa, ¿cómo está?

— Está también como un cadáver, siempre sentada a su lado. ¡No durarán mucho tiempo!

— ¡Jesús, cuánta gente hay que tiene la vida en peligro! ¡Jesús! ¿Y dónde está Szymek?

— En Lipce; él vela y procura por todo y yo cuido a la madre y hermana.

Nastusia le puso en la mano una dziesiontka; pero el mendigo no quiso aceptarla.

— He traído eso de corazón y ahora voy a rezar una oración para que Nuestro Señor le dé mejor suerte. Era buena con los pobres como pocas en el mundo, y muy honrada.

— Es verdad que tenía buen corazón, es verdad, y tal vez por eso ha de sufrir tanto — murmuró Nastusia, dejando vagar una triste mirada.

Sonó en Lipce el toque del Angelus; se oía también de vez en cuando rodar de carros, el tintineo de las guadañas afiladas y cantos lejanos, muy lejanos. La dorada polvareda del poniente empezaba a bañar la aldea, y los bosques y las selvas.

El mendigo se levantó, llamó a su perro, arregló sus alforjas y dijo, apoyándose en sus muletas:

— ¡Quedad con Dios, buenas gentes!

FIN DE «LOS CAMPESINOS»